VICENTE PALERMO

La alegría y la pasión

RELATOS BRASILEÑOS Y ARGENTINOS EN PERSPECTIVA COMPARADA

conocimiento



La alegría y la pasión

Del mismo autor

Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea, Buenos Aires, 2007

Del otro lado del río. Uruguayos y argentinos entre el ambientalismo y la política (compilación), Buenos Aires, 2007

A ditadura argentina (1976-1983) (en colaboración con Marcos Novaro), San Pablo, 2007

O caminho das pedras. Manual para boemios das linguas e das culturas, Buenos Aires, 2008

"La vida política argentina (1960-2000)", en Mariano Ben Plotkin (ed.), *Argentina. La búsqueda de la democracia*, Buenos Aires, 2012

"La guerra de las Malvinas. Memorias y olvidos en la democracia argentina", en Carlos Fico y otros (orgs.), *Violência na história, memória, trauma e reparação*, Río de Janeiro, 2012

Vicente Palermo

La alegría y la pasión

Relatos brasileños y argentinos
en perspectiva comparada



Primera edición, 2015

Benjamín Matienzo 1831, 10º D
1426-Buenos Aires
c/Sitio de Zaragoza, 6, 1ª planta
28931 Móstoles-Madrid
www.katzeditores.com

ISBN Argentina: 978-987-4001-00-9
ISBN España: 978-84-15917-20-5

1. Estudio Comparativo. 2. Brasil. 3. Argentina. I. Título.
CDD 306

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en la Argentina
por Altuna Impresores SRL
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice



Para Adela, por el amor y los espejos

Introducción*

Este libro está destinado a brasileños y argentinos por igual. No se trata de un texto estrictamente académico sino de un ensayo, aunque me he valido de los más diversos materiales, desde libros, periódicos, artículos académicos propios y ajenos, hasta entrevistas y testimonios que yo mismo realicé, así como de mis experiencias de vida en ambos países. Que no sea un texto del todo académico significa que me he sentido más libre para formular mis afirmaciones, para generalizar a partir, a veces, de pocas observaciones, y para llevar a cabo comparaciones que podrían no resistir el rigor metodológico de la academia. No me arrepiento porque, por otra parte, la academia tiene sus propias ambigüedades, saltos comparativos e imprecisiones. A veces hay que pagar un precio para tener libertad para pensar, y eso es lo que he hecho aquí, abordando un tema como la comparación multidimensional entre Brasil y Argentina que parece inconmensurable.[1]

El 24 de mayo de 2014, el famoso futbolista Ronaldo, miembro del Comité Organizador de la Copa Mundial de Fútbol, hizo declaraciones: culpó a los gobiernos por los atrasos en las obras y por las dificultades de Brasil para organizar el Mundial debido al exceso de burocracia: "Me siento avergonzado. No podemos estar dando esa imagen hacia afuera". Mostró su irritación con Paulo Coelho, que lo tildó de imbécil por haber dicho que no se hacía una Copa con hospitales sino con estadios.

* Quiero agradecer profundamente el intercambio de ideas, y los comentarios y sugerencias, por parte de Juan Lucca, Rafael Mantovani, Thiago Melamed Menezes, José Natanson y Miriam Gomes Saraiva.

1 Existe un trabajo, este sí más académico, que también aborda esa comparación multidimensional, y es la excelente obra colectiva organizada por Grimson (2007), en la que toman parte diez autores.

El 25 de mayo, Cristina Fernández de Kirchner, en Buenos Aires, declaró: "No me interesa la unidad nacional para volver atrás, para no ocuparse de los pobres".

No me propongo aquí entrar en el mérito de ambas declaraciones, sino observar que ellas hacen patente la vigencia de llamativos tics que persisten a lo largo del tiempo. En el caso brasileño, un problema –los atrasos en las obras– es sentido como motivo de vergüenza, fuente de preocupación por la imagen que se da hacia afuera; en el caso argentino, una imputación –no quieren ocuparse de los pobres– es suficiente para problematizar la unidad nacional. Estos tics, que irrumpen abrupta e inopinadamente en cualquier momento o circunstancia, tienen raíces hondas y de larga data. Como muchísimos otros, se alimentan en la historia, en la cultura, en la cultura política, en los patrones identitarios que se han ido formando y transformando a lo largo del tiempo.

Creo posible aprehender muchos de esos tics, porque hablan elocuentemente de modos de ser y de sentir de las dos comunidades, y porque pueden ser comparados, revelando a través de esas comparaciones mucho de lo que en ambos casos se elabora –colectivamente a veces, por medio del historiador, el hombre de letras, o el ensayista en otros– como modos de comprender e interpretar el propio quehacer cultural y político, y que no siempre brasileños y argentinos conocen del otro.

Asimismo, me pareció importante dar cuenta de otro ángulo de la relación entre argentinos y brasileños: el de las imágenes –casi siempre convertidas en clichés por el uso– que tiene una comunidad sobre la otra. Esos clichés tienen fuerza persuasiva y son como cauces que se han cavado en los cursos de la relación recíproca, de los que resulta difícil salir.

Los últimos veinte años han sido muy diferentes para ambos países. La Argentina conoció la mayor debacle económica de su historia en el siglo XX y luego de ello una recuperación fulminante, pero que mal alcanzó para restaurar los indicadores sociales previos a la crisis, que ya eran muy malos. Brasil tuvo una mejoría lenta, gradual, pero con pocos retrocesos y, en especial en los gobiernos de Lula, conoció una fenomenal mejora de las condiciones de vida de millones de brasileños, muchos de los cuales salieron de la pobreza y en conjunto accedieron inéditamente al mercado de consumo (es lo que se ha denominado, equivocadamente, "nueva clase media"), que se expandió de modo fenomenal.

Hasta la década de 2010 el estado de ánimo dominante en Brasil era en algún grado autocomplaciente; una suerte de reedición del viejo *ufanismo* brasileño. Sin embargo, el ánimo más firme consistía en un talante enteramente nuevo: la expectativa de que problemas siempre considerados

irresolubles, como la corrupción, la miseria, el subdesarrollo, podían ser resueltos. Las manifestaciones de protesta, que se extendieron por las principales ciudades, surgieron de la noche a la mañana y pusieron en evidencia una "revolución de las expectativas crecientes", tuvieron por blanco principal al Estado, imputándole tanto un uso perdulario de sus recursos como una pésima prestación de los servicios públicos. Los indignados brasileños, por lo que todo indica, han llegado para quedarse. La agitación de los meses previos al Mundial de Fútbol es un ejemplo de manual de disparador de la acción colectiva: ¿qué mejor posibilidad de tirar piedras al tejado de vidrio brasileño que cuando el mundo (recordemos el tic) tiene puestos sus ojos en Brasil? Si es así, los cambios positivos experimentados por la sociedad brasileña en las últimas décadas, y no los males y problemas que aquejan (sin duda) a Brasil, habrían conducido a una novedad, algo que no forma parte de la identidad histórica brasileña: las manifestaciones y las protestas. Hay expectativas de una mejora mayor en los estándares sociales, pero junto a ello hay una menor tolerancia a la desigualdad. Y esta tesitura se expresa en el único lugar que era posible, ya que los partidos carecen por completo de medios para canalizarla.

Entre tanto, los indignados argentinos tienen muchas más diferencias que semejanzas con los movilizados brasileños. Han salido a la calle masivamente los miembros de una clase media que ha experimentado una mengua en sus ingresos y la pérdida de posiciones relativas, o que han sido testigos de cómo eso ocurre con personas o familias de su misma condición. Sin embargo, no están en condiciones de formular demandas corporativas en el terreno económico, y en cambio han sido especialmente sensibles a una agenda institucional: la concentración desaforada del poder, la corrupción organizada desde el centro del poder político. Si en el caso brasileño la democratización social aparejada a la mejora de las condiciones de vida ha hecho posible y hasta necesaria la protesta, en el argentino los indignados pertenecen a sectores sociales que han visto cómo sus posiciones se ponen en jaque, cómo han de hacer un esfuerzo mayor para proporcionar a sus hijos una educación no siempre de excelencia, y cómo un gobierno que aumenta los impuestos es a su vez insanablemente corrupto. En Argentina y Brasil, los indignados exigen al poder no solamente ser escuchados, sino también una atención perentoria de sus reclamos, pero en ambos países son diferentes, y en Brasil representan una práctica expresiva novedosa. Por fin, en ambos casos, la juventud es un segmento importante de quienes se movilizan (aunque los jóvenes no han sido preponderantes, por ejemplo, en las manifestaciones contra la reelección presidencial en la Argentina). Sin embargo, aun así, no ha tenido lugar la constitución de una

identidad juvenil, no es tan claro que los jóvenes que se movilizan lo hagan en tanto jóvenes. Esto es bastante raro en el caso de la Argentina que ha contado siempre con juventudes capaces de dar a la política un color peculiar, y menos sorprendente para Brasil, donde el activismo juvenil fue históricamente menor.

Este libro, siempre orientado por la comparación de los dos países, se ocupa de muchas paradojas como esta, recorriendo senderos históricos, políticos, culturales y sociales.

* * *

Aunque el mantra de la integración regional define a Argentina y Brasil como países hermanos, no es cierto que brasileños y argentinos seamos "hermanos"; no es cierto –en otro plano– que seamos "aliados estratégicos" (hoy día somos algo más hermanos y algo menos aliados estratégicos todavía; una cosa no va de la mano con la otra). No tenemos los mismos (hipotéticos, míticos e imaginarios, por supuesto) padres, y tampoco tenemos casi una historia en común. El grado de desconocimiento recíproco es todavía fenomenal.[2] Cabe presumir razonablemente que tenemos intereses comunes y sobre todo que podemos tener, si somos capaces de conseguirlo, una convergencia de intereses muy prometedora en el futuro, pero lograrla depende del arte político y del esfuerzo, y el peor comienzo es darla por descontado. No hay, desde luego, ninguna hostilidad básica entre nosotros. Ni siquiera en fútbol, actividad deportiva y cultural tan importante en ambos países.[3] No hay hostilidad, entonces, pero sí muchos preconceptos y prevenciones. Es verdad que, desde las hipótesis de guerra y la desconfianza e incluso sorda hostilidad dominantes hasta fines de los setenta, y los niveles de cooperación y de afinidad actuales, se ha avanzado muchísimo.[4] Pero

2 La simbiosis de las lenguas en algo como el portuñol (aunque en rigor deberíamos hablar de portuñoles, ya que el *portunhol* hablado por un brasileño nada tiene que ver con el portuñol hablado por un argentino) da cuenta de una cierta ganancia de terreno, y por ende del conocimiento mayor aunque incompleto y reciente.

3 La rivalidad futbolística con Brasil no es menos intensa, pero sí esencialmente diferente, que la rivalidad con Inglaterra. Esta está cargada de conflictos que la sobredeterminan, principalmente la cuestión Malvinas, mientras que la rivalidad con Brasil no lo está.

4 Por ejemplo, es conocida la tirria de Juan Perón contra el "país hermano". La desconfianza y la animadversión eran recíprocas. La conducción "estratégica" de los Estados estaba en manos de élites que concebían sus relaciones como un juego de suma cero y la paz como períodos, aunque fueron prolongados, de "no guerra" entre virtuales enemigos.

dar por descontado que somos "hermanos", o "aliados estratégicos", es tan simplista como estéril y hasta nocivo: asume que hay *ya* algo en común, y de decisiva importancia, entre nosotros, cuando en verdad *todavía* no lo hay; y ese supuesto no contribuye en nada, más bien perjudica, la exigente tarea de construir lazos. Si ignoramos de qué materiales básicos realmente disponemos para construir la casa de nuestra amistad y de nuestra integración, no seremos buenos arquitectos.

En rigor conviene tener una cuota de moderado pesimismo (que no debería inmovilizar); las razones por las que la convergencia es improbable son muchas, y sin un grado de convergencia en distintos campos, como el económico, la posición en el mundo, entre otros, se hace más difícil la integración. Pero esto no impide una aproximación y un intercambio culturales que apenas han comenzado.

Sarna para se coçar: sarna con gusto no pica

El punto de partida de la investigación que tiene a este ensayo por uno de sus resultados está dado por las imágenes y representaciones de argentinos y brasileños sobre sí mismos, así como por las imágenes y representaciones recíprocas, orientadas tanto a modos de ser personales como colectivos. En tanto que las imágenes recíprocas permiten identificar las construcciones que en cada caso se han ido elaborando sobre el otro, arrojando por añadidura una información valiosa sobre la propia autopercepción, las imágenes y representaciones sobre sí mismos en cada caso hacen posible una comparación casi siempre elocuente sobre rasgos nacionales (o bien de grupos sociales pertenecientes a los colectivos nacionales). Claro está que tales imágenes consisten en su mayoría en estereotipos, más o menos arraigados, pero mi propósito no es refutarlas ni confirmarlas, sino, por un lado, problematizarlas a la luz de relatos, interpretaciones (ensayísticas o académicas), otros estereotipos, etc., existentes en cada país sobre sí mismo. Y, por otro lado, partir del supuesto de que, en su gran mayoría, esos relatos o interpretaciones se pueden comparar –en algunos casos ya existen comparaciones– y ese ejercicio –esto es, observar cada relato a la luz de uno que proponemos como homólogo en el otro país– puede contribuir a comprender más y mejor el relato del otro país tanto como el del propio. Identificar las contrapartidas de determinados fenómenos o procesos políticos, sociales o culturales puede contribuir a una mejor comprensión en ambos casos.

Históricamente, era común que los argentinos miraran a los brasileños por encima del hombro; y ciertamente esto era percibido con molestia por los brasileños. Entre tanto, Brasil y Argentina tuvieron dos trayectorias colectivas muy diferentes en los últimos cuarenta años. ¿Por qué eso no da lugar al resentimiento argentino? ¿Por qué en general los brasileños no experimentan tal sentimiento por parte de los argentinos?

En primer lugar, precisamente porque aquella imagen depreciada que los argentinos tenían de Brasil también fue cambiando, fue dando paso a una imagen positivizada. Esto sobre todo en los últimos quince años, cuando se hace patente la repercusión global del país. El cambio de la percepción argentina sobre los brasileños, viene de la mano de esa nueva resonancia global. Es decir, si siempre la Argentina se manejó en el concierto internacional como si fuera Gran Bretaña, ahora que Brasil hace las veces de potencia emergente, y así es valorada por los demás, el mito argentino de "somos una potencia intermedia (o en decadencia)" no puede sostenerse, y se opaca al lado de Brasil. Además, es interesante en este punto ver cómo, cuando uno plantea esto, aquellos que aún tienen el berretín de ese nacionalismo mal aprendido, en seguida identifican al Brasil de la desigualdad, de la exclusión, de la pobreza, y de la longevidad de esas marcas. Y en segundo lugar, tal vez porque la apertura mental y cultural argentina puede asimilar el conjunto de novedades brasileñas. Lo que hay más bien es heterogéneo: sana envidia, admiración, desubicación (al cambiar tanto el lugar brasileño en el mundo, ¿cuál es el lugar argentino?). Todo mezclado con un esfuerzo por tematizar matices y dar cuenta de aspectos todavía negativos. Pensando más malévolamente, se diría que, hasta hace poco, el argentino no se daba cuenta de lo que no podía o no quería darse cuenta: las posiciones relativas cambiaban pero no las percepciones, ancladas en las viejas asimetrías.[1]

La percepción del otro permite la percepción de uno mismo por contraste; se ve en el otro aquello que no puede verse en uno mismo, aquello que es una carencia o una ausencia positiva. Hasta cierto punto, la percepción sobre Brasil revela la percepción sobre la propia Argentina. Esto en un marco en el que quizás el principal contraste sea la erosión del "mito fundador" argentino y la convalidación del "mito fundador" brasileño. Pero en gran medida las percepciones no se fundaban (con importantes excepciones, como las comunidades fronterizas) en algún conocimiento directo del otro sino en imágenes lejanas, vagas e imprecisas, de distintas fuentes (como los medios), que daban lugar y reproducían prejuicios (no es que el conocimiento directo estuviera libre de prejuicios pero él permitía la posibilidad de que estos se reforzaran o se disiparan en la interacción).

1 "No puedo dejar de comparar las situaciones de Argentina y de Brasil en los años '60-'70 y la actualidad. Me resulta muy difícil explicar el diferente comportamiento de ambas sociedades. [...] Mi reflexión es que desde hace sesenta años la Argentina declina –casi en cualquier dimensión cuantificable– mientras que Brasil '*va pra frente*'. ¡Los datos son elocuentes y bastante escalofriantes!". (Testimonio.)

Por décadas, como dijimos, fue común que los argentinos miraran a Brasil con desdén (y una cierta hostilidad que nunca pasó de latente).[2] Y con una mezcla de desconfianza (fuerte en las élites y plenamente correspondida) y arrogancia.[3] Viejos preconceptos y sólidas ignorancias hacían que, para un argentino que se jactaba de vivir en un país europeo, blanco y culto, con una ancha clase media y ascenso social, Brasil pudiera ser menospreciado por ser, supuestamente, todo lo contrario (por ejemplo, por el hecho de "no tener clase media", tópico argentino si los hay).[4] Pero a medida en que Bra-

2 El deseo de dominación político-económica sobre la cuenca del Plata era acompañado por un sentimiento de superioridad cultural o "racial" de la Argentina en relación con Brasil que se expresa hasta hoy en la fijación de estereotipos sociales que aún perfilan la relación entre los dos países (Frigerio y Lins, 2002).

3 A lo largo de todo el siglo XIX el desprecio mutuo de los regímenes políticos por parte de gran parte de las élites ahondó el cauce de percepciones que dejaron un largo legado. Las élites brasileñas (con la Guerra del Paraguay esto comienza a cambiar en un sector) veían en la Argentina una república tumultuosa y el riesgo de la anarquía, y las argentinas un despotismo esclavista (Murilo de Carvalho, 2007). Es interesante la descripción que formula este historiador sobre las percepciones recíprocas en tiempos de la Guerra del Paraguay pero que por supuesto son más permanentes: "Para los gobernantes argentinos, Brasil era un imperio esclavista y expansionista, factor de perturbación en la política de las repúblicas del Plata. Para los gobernantes brasileños, la Argentina y sus vecinos eran repúblicas inestables y no confiables, gobernadas por caudillos bárbaros. El papel de Brasil en la región era contener el expansionismo argentino y dar un ejemplo de civilización". Hacia fines del siglo XIX, la autopercepción brasileña y la percepción internacional sobre Argentina le conferían fuerza a la imagen de grandeza sobre esta última (Paradiso, 1993). En tanto, la Argentina se percibía a sí misma como superior y a un tiempo sentía una amenaza en la supuesta intención expansionista de Brasil (Russel y Tokatlian, 2003; Winan, 2010). John William Cooke, embajador en Brasil del primer peronismo, se refería al "pensamiento generalmente antiargentino del brasileño culto, construido por años de propaganda hostil y por evidentes complejos, inclusive de inferioridad racial", y a los constantes ataques a la Argentina por parte de los escritores, periodistas y hombres públicos". Y asimismo: "Itamaraty mantiene, desde la época de Rio Branco, un pensamiento y una conducción basados en el axioma de que el predominio brasileño en América del Sur solamente está amenazado por la posible expansión argentina, en caso de que continúe el progreso de nuestra nación en los sectores industrial, cultural y económico. La palabra de orden para sus diplomáticos es, desde las primeras clases que reciben en el instituto, oponerse al engrandecimiento argentino. Al mismo tiempo [...] comprenden que una actitud públicamente hostil sería contraproducente, inclusive por la desconfianza que causaría en los demás gobiernos del continente, que no dejan de observar con preocupación los afanes de 'liderazgo' de Brasil" (en Almeida, H., 2005).

4 Todavía hoy –y probablemente la vigencia del cliché esté destinada a perdurar– muchos brasileños ven Buenos Aires (sinécdoque de la Argentina) como un símil de Europa. Después del propio Brasil, el destino más elegido por los nuevos viajeros (integrantes del contingente de la clase media recientemente ascendida) es la ciudad

sil evidencia desempeños económicos, sociales, políticos, que son considerados exitosos,[5] en tanto la Argentina no logra sacar los pies del pantano de su decadencia, la percepción argentina cambia (ello muestra el grado en que las percepciones recíprocas se relacionan con las percepciones sobre sí mismos).[6] Y asimismo cambia la percepción brasileña, que en términos de movilidad social aparece como la otra cara de la moneda argentina.[7] Con este telón de fondo, nos parece, juegan los medios de comunicación, que por un lado son sensibles a la opinión pública –y los periodistas se "fascinan" también con los logros brasileños, con Lula, etc.–,[8] y por otro, utilizan a Lula y los "éxitos" de Brasil como ariete para arrojar dardos contra los gobiernos cuando se les antoja hacerlo (este es un rasgo de integración político-cultural bastante llamativo por infrecuente): Brasil aparece sucesivamente como Belindia, como un país fabuloso (de fábula) y como el ejemplo que deberían seguir los (malos) gobiernos argentinos si decidieran enmendarse.

Lo cierto es que la previsible mezcla de resentimiento y arrogancia no está presente. Suele creerse que la frustración y el resentimiento vienen juntos. ¿La frustración argentina se traduce en resentimiento contra Brasil? A nivel popular, a nivel de la opinión pública más ilustrada, nada lo

---

del Plata. "Buenos Aires es lo más parecido a Europa que puede permitirse soñar el brasileño de la clase C", explica Claudia Pagnano, alta funcionaria de la empresa Gol (revista *Viva*, 18-9-2011).

5 "Porque Brasil, cada año va de mal a menos mal, ya desde hace tiempo que de alguna manera se va organizando" (testimonio brasileño); le contesto que el contraste con la Argentina está no solamente en la trayectoria de convulsiones y altibajos, sino también en el *síndrome Gardel* de los líderes políticos: no son capaces de autocontrolarse, ni tienen suficientes controles políticos o institucionales, para que no se les suba a la cabeza el éxito cuando lo alcanzan. Lo creen definitivo y eso termina siendo fatal.

6 Volvemos en seguida sobre el punto, pero entre las imágenes brasileñas y argentinas sobre Brasil en las que hay coincidencia se cuentan: positivas, optimismo, informalidad, y negativas, falta de apego a las normas, pasividad.

7 La brasileña aparece ahora (en patrones que dan forma o reproducen los medios) como una sociedad en la que predominan las acciones y las soluciones individuales, bendecida por una movilidad social inédita.

8 Por ejemplo: "La falta de un sentido de la administración pública eficiente en la Argentina, que no es el caso de Brasil (aunque allá se quejan bastante. Y no es un tema de corrupción sino de gestión). Mi modesta opinión es que se trata de un legado perverso de los militares gobernando la Argentina; no proviene del primer Perón; pero obviamente no hubiese sucedido si la clase política no hubiese consentido eso [...] un empresariado poco comprometido con lo público. No es el caso en Brasil, ni en otros países del continente [...] una clase media de varias generaciones, achanchada y habituada a vivir del empleo público, que es base electoral de muchas opciones políticas". (Testimonio.)

indica. Hay mucha frustración con la propia Argentina, pero su contracara es hasta ahora una especie de sana envidia en relación a Brasil y una patente resignación.[9] Uno de los motivos por los que la frustración no se traduce en resentimiento, es el de que, rotundamente, las imágenes espontáneas que muchísimos argentinos tienen sobre Brasil son buenas: evocan el fútbol, el carnaval, la belleza, la naturaleza, la música, la alegría, etc. Estas son las primeras imágenes que suele suscitar la palabra Brasil, antes que la pobreza, la exclusión, la violencia, etc. Pero también es posible que la escasez de resentimiento se deba a que la arrogancia no se ha quebrado; aunque el país no es el mismo que la alimentó, cierta arrogancia sobrevive aunque no tenga un piso sólido (como se hace patente en los comentarios que suscita el hecho de que los indicadores sociales argentinos sean "superiores" a los brasileños, aunque ya no se pueda seguir abrigando una superioridad sobre la base de seguir siendo "blancos", "europeos" y de clase media). Más adelante volvemos al punto, pero el cambio de las imágenes socioétnicas de ambos países fortalece esta proximidad.

Todo ello crea, a nuestro entender, un muro que contiene la frustración y no da cauce al resentimiento. Uno de los periodistas brasileños que hemos entrevistado, corresponsal en Buenos Aires, se declaró intrigado por "la fascinación que en estos tres o cuatro últimos años ha surgido en Buenos Aires sobre Brasil, la economía brasileña y la admiración de los argentinos de izquierda y derecha con Lula". Esta suerte de fascinación no es tan especulativa; se asienta en las cosas buenas que, en los últimos años, puede mostrar Brasil (pero cosas que, para este periodista, no son tan buenas como para justificar tamaña fascinación): protagonismo internacional constructivo, liderazgo exitoso de un presidente de origen obrero, reconocimiento internacional, ampliación de la clase media y políticas sociales exitosas, una economía que capeó el temporal de la crisis financiera mejor que muchas otras, etc. (a mi entender, las complicaciones tanto económicas como políticas que experimenta Brasil desde 2012 no desmienten esa trayectoria, aunque sí apartan el país de la efímera vidriera internacional).

Un sencillo ejercicio exploratorio llevado a cabo en el 2009 me permitió confirmar que esto sucede con las percepciones de sentido común. Las palabras (o sintagmas) que en asociación libre aparecieron al mencionarse

9 Campos en que lo que hay es resignación (Winand, 2010): "El Brasil de los tiempos de Fernando Henrique Cardoso basó sus prevenciones en relación con la Argentina en el hecho de que esta se había convertido en un obstáculo para las ansias brasileñas de liderazgo regional. Una vez que la Argentina se mostró resignada ante el liderazgo de Brasil, se inauguró una nueva era sentimental".

Brasil fueron: *abacaxi*, *açai*, adversario, afrolatinos, alegría, Amazonas, amistad, aviones, baile, bandera, belleza, *bossa nova*, caipiroska, carnaval, cocos, continente, desarrollo, desigualdad, despreocupación, diversidad, esfuerzo, interesante, Ipanema, favela, *feijoada*, frondosidad, fútbol, futuro, goles, justicia social, Lula, música, negros, Niemeyer, Orden y Progreso, orgullo, Pelé, playa, patria, pobreza, portugués, potencia de América del Sur, presidente que me gustaría tener, próxima potencia, proyecto de nación, Río de Janeiro, Romario, *samba*, *saudade*, selva verde, trópico, visión, vitalidad, Xuxa.[10] De todas ellas, las que se reiteraron con mayor frecuencia fueron *bossa nova*, carnaval, fútbol, Lula, playa y *samba*. El predominio de imágenes que evocan espontáneamente la plétora de atractivos de un Brasil abierto, diverso y múltiple, es abrumador. Los significantes negativos, como pobreza y desigualdad, se reiteraron muy poco (por supuesto, el hecho de que los participantes en el ejercicio *no* desconocen que Brasil es un país desigual en el que hay pobreza, hace más significativa la omisión). La percepción cargada de cierta hostilidad (adversario) se manifestó una sola vez. Los resultados de este ejercicio están en sintonía con las observaciones que pude hacer sobre otros conjuntos; entre los grupos profesionales, por ejemplo, que perciben la Argentina como el reino del cortoplacismo, el contraste es con un país que tiene un Estado y es capaz de conferir otra temporalidad a sus políticas, y planificar (los politólogos brasileños coincidirían en este punto; por ejemplo, en los plazos largos en que pueden ser concebidas las políticas tributarias). Quizás el epítome de los sentimientos despertados actualmente esté dado por el humor televisivo de Peter Capusotto, quien –dando cuenta del apocamiento chillón por el cual la Argentina pasa, para los argentinos, de ser el mejor país a ser el peor país del mundo– le hace decir a uno de sus personajes, cantante español con muchos fans en la Argentina: "Pero qué pena no haber nacido en Brasil… si yo fuera argentino, sentiría envidia de Brasil". Los argentinos, si fuéramos coherentes, *deberíamos* sentir envidia, pero no sentimos. Sí sentimos admiración, sin resentimiento, hasta en el fútbol (mezclada con rivalidad, claro).

Otra percepción expresa elocuentemente cierta angustia con lo que es experimentado como un déficit de comunidad; así, se percibe a Brasil como

10 *Abacaxi* equivale a ananá, o piña; *açai* es una fruta tropical; *caipiroska* es una variante de la *caipirinha*, que en vez de *cachaça* lleva vodka; *bossa nova* es la gran ola de renovación musical anterior a la MPB, y que tuvo por exponentes, entre otros, a João Gilberto, Vinicius de Moraes y Antonio Carlos Jobim; *feijoada* es un cocido popular, en base a *feijão* (poroto), más o menos equivalente al puchero; Niemeyer es el principal arquitecto del modernismo brasileño.

una entidad diferente a la mera suma de sus individuos, capaz de algunos desempeños colectivos en los que estos puedan espejarse como integrando un conjunto.[11] En cambio, no sería este el caso argentino, cuya lista de desempeños colectivos sería francamente pobre, tanto como destacable la de desempeños individuales (argentinidades "al palo", para echar mano de la canción de Bersuit, que no son más que la muestra de inútiles desempeños individuales superlativos, según un entrevistado). Nada paradójicamente, para los brasileños somos nosotros los que, en la dimensión política, ponemos de manifiesto capacidades asociativas y sentido comunitario. Pero estos contrastes aluden a su vez a las diferentes formas en que se perciben la identidad nacional y el nacionalismo. Porque la Argentina actual, según lo veo, sería un caso de nacionalismo de sociedad, sin identidad nacional, mientras que Brasil lo sería de identidad nacional y nacionalismo de Estado.[12]

Más adelante volveremos sobre el punto que marca un contraste entre nacionalismo de Estado y de sociedad. Por ahora, abordemos las respectivas percepciones de la identidad nacional; entre los argentinos, las más dramáticas están marcadas por una crisis, un vacío de identidad. Una identidad que siempre fue, en parte, *una pregunta por la identidad* (ello sucede en todas las identidades nacionales, pero en intensidades distintas),[13] sufriría un desfondamiento, una erosión de sus componentes, hasta tornarse un lugar vacío. Shumway (2011); *Clarín*, entrevista, 29-1-2012) da una respuesta en parte diferente al mismo problema, cuando dice que "La identidad más fuerte de un argentino es ser muy crítico de su país"; así tendríamos, más que un vacío de identidad, una contraidentidad, una identidad por la negativa, donde se resalta todo lo que se rechaza (de tal modo, en ese extremo, el célebre periodista político argentino, Jorge Lanata, puede decir sin tapujos "este país es una mierda"). Como sea, el contraste

11 "Esta percepción no es la de los propios brasileños, ni tampoco la de muchos observadores que han vivido en Brasil, para los cuales no existe allí una comunidad [...] sino más bien una agregación de multiplicidades, *ergo*, individuos, que se pierden en las inmensidades de las ciudades brasileñas, que siempre son 'grandes'". (Testimonio.)

12 ¿Paradoja? Las telenovelas y las escuelas argentinas parecen corroborarla. Toda la liturgia de lo nacional llevada a cabo en las escuelas, y completamente ausente en las escuelas brasileñas, es considerada insuficiente por maestros y padres, que frecuentemente comentan "lo poco nacionalistas que somos los argentinos".

13 La problematización psicoanalítica de la identidad/las identidades es típica en la Argentina, no en Brasil. Por ejemplo, la usual costumbre de "interpretar" (como se ve en la película reciente *El hombre de al lado*). La "crisis de identidad" es fuertemente interpretable.

con el caso brasileño es claro: la identidad no está definida por un radical signo de interrogación ni por un posicionamiento crítico. Si la percepción de Buarque de Holanda (1995) –el brasileño como un "desterrado en su propia tierra"– puede marcar una aproximación a la contraidentidad argentina, parece claro que en Brasil esa sensación de extrañamiento profundo se ha ido desvaneciendo.

Interrogado en una entrevista sobre por qué no se hacen más interpretaciones generales sobre Brasil, Fernando Henrique Cardoso argumenta que, en los tiempos en que se hacían esas interpretaciones, "Estaban todos intentando ver cómo se hacía de esto una nación. Hoy nadie duda: esto es una nación. Ya no hay tanto una obsesión sobre quiénes somos, por qué somos. Somos". El contraste entre la identidad que se da por descontada y el fuerte interrogante argentino es manifiesto. Y Cardoso agrega: "Ya se sabe que en Brasil el Estado va a ser siempre importante, que el mercado va a ser siempre importante y que la sociedad civil es crecientemente importante. Ya no hay dudas sobre quién será el propulsor". Lo que parece sugerir la existencia, en Brasil, de un fuerte consenso sobre su forma de estar en el mundo. Interpretación que, una vez más, contrasta con el supuesto o real disenso argentino. Considérese el siguiente desahogo argentino:

> Lo cierto es que apenas si nos sostiene la soja... mientras no cambien los precios. *Somos soja*... ni Estrategia, ni Política, ni sensación alguna de un destino común, ni ejemplo a seguir. Los pobres abundan... si no paseen por plaza Once, o algún subte o el conurbano. Apenas soja. Tampoco orgullo nacional, salvo que venga guionado. Es apasionante la política exterior, los temas de la agenda común de seguridad regional; la seguridad internacional y sus desafíos; la defensa. Lástima que creo, y seguro me equivoco, que somos apenas soja.

Esta reducción de la identidad a la soja fue expresada por un intelectual, precisamente en un debate sobre la relación entre la Argentina y Brasil. Su comentario guarda analogía con otro mucho más conocido: "Malvinas es lo único que une a los argentinos" (pero tampoco es cierto; la guerra de 1982 arrancó las Malvinas del sitial privilegiado que ocupaban junto a los símbolos nacionales). La soja, tanto como las Malvinas, expresarían nuestro no tener nada en común.

Esta crisis o este vacío de identidad pueden explicar por qué, quizá más que nunca, los argentinos se aferran a los mitos personales (Perón, Evita, Gardel, Maradona, etc.). Esos mitos son siempre parte de los materiales

de identidad nacional (aunque sean parciales, por supuesto, son asumidos como totales), y son de los que persisten, son parte de lo que hace que el vacío de identidad no quede completamente al desnudo (obsérvese que el renovado interés por la historia argentina y el consumo de literatura histórica de divulgación se centra en los personajes).[14] El fervor de la Fiesta del Bicentenario en 2010 estuvo centrado en los personajes y en los símbolos, se celebró la Nación, pero, parafraseando a Ernesto Laclau, se trató de un significante vacío... sin otros significantes inscriptos en él; la celebración inscribió elementos artificiales, como la mayoría de los personajes históricos. (Y aunque se recuperó a la inmigración, probablemente de lo que se trató es de la imposibilidad de establecer esos otros significantes, en términos de relato unificado, cuando la celebración podría haber asumido la diversidad de relatos; incorporando, por ejemplo, la otra inmigración, la del interior.)

Si, como explica Salvadori de Decca (2002), los mitos de la nacionalidad en Brasil son los de unidad, armonía, conciliación y proporcionalidad, estos mitos son pilares bastante firmes de la identidad nacional (aunque, por supuesto, sean objeto de contestaciones de diverso tipo); y lo son porque hay elementos identitarios muy diversos (según el propio Decca: himno, fútbol, mulata, samba) inscriptos en ellos.[15] Sostiene Inés Pousadela (2007) que "El mito fundador de la Argentina de clase media encuentra su contrapartida brasileña en el mito de la armonía racial". Entre tanto, el

14 Una mirada optimista querría ver que, en verdad, hay en la Argentina componentes nuevos de identidad adquiridos en las últimas décadas: democracia y derechos humanos; ni una ni otros parecen presentarse a nivel identitario en el caso brasileño, aunque la Constitución Ciudadana (1988) es una marca fuerte de la cultura política brasileña.

15 Si bien es cierto que en Brasil el Estado tuvo un papel abrumadoramente dominante en la configuración de la cultura nacional hasta las primeras décadas del siglo XX, no lo es menos que luego la cultura popular se afirmaría y lograría inscribir sus aportes en la identidad nacional. Como argumenta Segato (2007): "En el Brasil, por su parte, la unidad de la nación está dada por la interpenetración cultural de los elementos que en ella confluyeron, donde la cultura popular, como afirma Roberto DaMatta (1978), sustituyó al Estado en su poder de convocatoria e interpelación, o sea, en ser la fuerza principal por detrás de la creación de una idea de nación, una convergencia de sus partes en emblemas nacionales comunes. Y como se sabe, el componente étnico, particularmente pero no exclusivamente africano, da la tónica y es el factor englobante en la cultura popular". Aunque encuentro muy exagerada la afirmación de que la cultura popular sustituyó al Estado como fuerza principal detrás de la creación de una idea de nación, no cabe duda de que la cultura popular tuvo un papel dinámico, tanto como el correspondiente al caso argentino, en la creación de elementos identitarios.

mito fundador de la *Argentina del pueblo* tal vez no tenga una contrapartida definida en el caso brasileño. Y el hecho claro de la existencia en el caso argentino de dos mitos fundadores (clase media, pueblo) de raíz sociológica sin interlocución entre sí, probablemente dé cuenta de la grieta por la cual se desfonda la identidad. Pero mientras se han erosionado los mitos argentinos, se convalidan los brasileños.[16] Nótese que los mitos brasileños son de fusión, pero fusionan lo diverso sin suprimir los elementos de la diversidad.[17] Naturalmente, no puede haber sino una tensión entre la parte y el todo, especialmente cuando se postulan identidades. Como observa Renato Ortiz (1985):

> Se ha insistido mucho sobre la dificultad de definir qué es el negro en Brasil. El impasse refleja las ambigüedades de la propia sociedad brasileña. La construcción de una identidad nacional mestiza torna todavía más difícil el discernimiento entre las fronteras de color. Al promoverse el *samba* al título de nacional, lo que efectivamente es hoy, se vacía su especificidad de origen, que era ser una música negra (con el mito de las tres razas, se plantean problemas para la identidad de los negros, ya que las manifestaciones de color pierden su especificidad al ser integradas al discurso unívoco de lo nacional), problema que enfrentan los movimientos negros: cómo retomar las diversas manifestaciones culturales de color, que ya vienen muchas veces marcadas con el signo de la brasilidad.[18]

En la Argentina había fuertes elementos identitarios (y sus descendientes) que se agrietaron (el mito de la nación católica, que no tiene parangón

16 Tal vez esto explique que las identidades "raciales" o étnicas no son marcadas. Mi observación de los 20 de noviembre, celebración de Zumbi de Palmares, me permitió advertir que tanto la composición étnica como la música, el baile, etc., no se diferencian en nada de un festejo popular carioca cualquiera; o sea, tenían poco de "conciencia negra" en sentido de identidad fuerte, y mucho de carioca y brasileño.

17 "El brasileño no es igual aunque sea un pueblo que habla la misma lengua; no hay diferencias tan dramáticas y marcantes como en otros pueblos, lo de la misma lengua es señalado, Caetano Veloso habla mucho de eso, un país inmenso, con acentos (*sotaques*), vocabularios propios, pero nos entendemos sin dificultad alguna, un pueblo muy numeroso y diverso, la unidad de la lengua, sí, pero las diferencias son muy grandes, el nordestino cuando llega lo siente en la piel, yo misma lo sentí en Río cuando viví tres años [...] y el nordestino en el sudeste es visto con cierto preconcepto." (Testimonio, mujer, bahiana, mediana edad.)

18 En el Nordeste hay mucho de nación zumbi, y otras religiosidades que se afincan territorialmente de manera muy fuerte; en todo caso, hay más mitos fragmentados territorialmente en Brasil que en la Argentina.

en Brasil, o la grandeza, destino de grandeza que sí lo tiene).[19] Otro tanto ocurre con condiciones consagradas, como las que ya mencioné: blanca, alfabetizada, europea, de clase media y ascenso social (téngase en cuenta, para medir el abismo de esta ruptura, que para la época en que la Argentina comenzaba a montar una poderosa estructura de educación pública popular, Brasil no había puesto punto final a la esclavitud). Y si siguiéramos por un momento a García Fanlo (2007) y otros autores que consideran la argentinidad definida y normatizada desde el poder, entiendo que las mutaciones de las últimas décadas han afectado la capacidad del poder de definir y normatizar, y esta capacidad no ha sido recuperada por ninguna instancia (como los festejos del Bicentenario lo ponen en evidencia).

Entretanto, son convergentes las percepciones de grupos profesionales que en razón de su actividad tienen visiones más específicas, pero la carga positiva en relación con Brasil es acompañada de una carga negativa en relación con la propia Argentina. Así, por ejemplo, lo que trasunta el periodismo es que Brasil "Ya despegó [...] ya no tiene sentido medirse con ellos, son inalcanzables". "Fue a mediados de la década pasada cuando Brasil empezó a perder la imagen carnavalesca que solía caracterizarlo. Ya no se lo asocia solamente al fútbol... fútbol-playa-mujeres... o a las favelas. Ahora se habla de este país como una de las 'locomotoras' de la economía mundial ¿Cuánto hay de cierto y cuánto de ficción?", comenta y se pregunta Eleonora Gosman, periodista de *Clarín* (26-12-2011), sin poder ocultar su perplejidad (nótese el giro de caleidoscopio por el cual la identificación con el carnaval da paso a una economía pujante, como si un país debiera desprenderse forzosamente de ciertos rasgos para adquirir otros).

19 Abraham explica que, para Tulio Halperin Donghi, "Desde la generación del '37 a los debates de la 'república verdadera' (de 1912 a 1929) y la farsa política de la 'república imposible' (de 1930 a 1945), Halperin percibe una fuerte dosis de irrealidad de parte de los protagonistas convencionales de la política. Desde la megalomanía ilustrada de Echeverría y compañía, al sueño disciplinario de Alberdi, el espíritu profético del yrigoyenismo, el Partido de las Ideas de Lisandro de la Torre, el mundo político de la Argentina huye de la realidad de un país perteneciente a una zona marginal del mundo y rehace en la imaginación lo que fueron sus años de prosperidad fulminante, para enriquecerla de fantasía retrospectiva con los logros sociales del político 'más pragmático' de nuestra historia política: Perón [...]. Delirios de grandeza perdida, de oportunidades magistrales por venir, un lugar en el mundo a la par de los más poderosos, desafíos gigantescos, moralismos canónicos, todo este excitante mundo bañado en retórica, necesita de una dosis de realismo". Se puede agregar que aquí hay un punto fuerte de contraste, porque esta dosis de irrealidad no caracteriza a los políticos brasileños contemporáneos.

Por su parte, los políticos expresan más descarnadamente los problemas de desubicación que los cambios relativos suscitan. Como señala un testimonio: "A gran parte de los políticos le cuesta asimilar que Brasil ya no es un par de la Argentina, que ya no hay ni podrá haber un trato de igual a igual".[20] Esta desubicación es dolorosa y con frecuencia deja ver sus huellas en los vínculos de todo tipo entre ambos países.[21] Ahora bien, los politólogos solemos envidiar (sanamente) aquello que consideramos un sistema político que funciona, con instituciones moderadamente sólidas y partidos que hipotéticamente han logrado estructurarse. Los empresarios cultivan la imagen de una clase política competente y cooperativa y los sociólogos la de una burguesía nacionalista y responsable (una "señora burguesía", se dice; y esto tal vez sea uno de los aspectos más fuertes de la "sana envidia"). El prestigio del sector público brasileño, al que se le reconocen capacidades de gestión, no es nuevo, y la postulación de una élite política competente completa esta imagen. Otro rasgo positivo que se le confiere es la fuerte continuidad de las políticas públicas. Los internacionalistas por su parte sienten rendida admiración por Itamaraty, el excelente cuerpo diplomático brasileño, y estiman que Brasil ha logrado ya desempeñarse como actor global, en parte gracias al cultivo, de larga data, de una condición de *soft power*.[22]

De un *survey* realizado en 2010 con legisladores argentinos, surge que para un 80% Brasil es el país latinoamericano que por sus desempeños políticos, económicos e institucionales la Argentina debería imitar (Chile queda en segundo lugar, pero próximo, con un 75% y Uruguay en tercero con un 55%). Como sea, la condensación de todas o casi todas estas imágenes es consagrada por los ensayistas que logran mayor éxito en capturar el interés de los lectores. Así, por ejemplo, Marcos Aguinis (2007) asevera que:

> Brasil estaba por debajo de los índices argentinos, pero mantuvo firme su obstinación industrialista y ahora no solo nos gana, sino que marcha

20 De ambos lados se presume que los políticos mantienen la rivalidad, pero exaltan un destino común que los dirige hacia una fraternidad inexorable, aunque no se pierde de vista la fuerte asimetría entre los dos países. Hubo una suerte, se da a entender, de "carrera por el papel de primera grandeza" en América del Sur (raramente las percepciones mutuas consistieron en una amenaza más básica, sino en amenazas al "destino de grandeza", al "ser potencia", a liderar solos en la región), de modo que las interacciones y las percepciones giraron en torno a esto, junto a las posibilidades de cooperación. Hasta un punto en que la Argentina perdió la carrera.

21 Dos textos que se pueden ver son Russell y Tokatlian (2003) y Saraiva (2012).

22 En contraposición, la imagen argentina es la de un histórico de volatilidad e inestabilidad en lo que respecta a sus propósitos internacionales.

> con inteligencia rumbo a los primeros puestos del globo, pese a los enormes problemas que aún lo aquejan. Su diplomacia, su élite política y su mayor estabilidad jurídica le otorgan ventajas que nosotros, ocupados en rencillas de pigmeos, no tenemos en cuenta.[23]

Pero, como veremos luego, "los enormes problemas que aún lo aquejan" son, para muchos de los propios brasileños, un fardo pesadísimo de cargar. En esa carga pesada ocupa su lugar el sistema político, que, lejos de ser visto como eficiente, es percibido en términos generales como lento y corrupto, distante de las necesidades de la gente, autocentrado. Pero aun aquellos que se preocupan particularmente por los diferentes problemas internos brasileños, han dejado ya de considerar que esos problemas puedan ser un impedimento para la proyección regional y global de Brasil.

Las incomodidades y los problemas de la ubicación de la Argentina en relación con Brasil tal vez se atenúen y se vuelvan más complejos al mismo tiempo, en virtud del modo en que el país encara su creciente gravitación regional y su realzado papel mundial (*global player*). En efecto, tanto sus desempeños económicos nacionales e internacionales, como la proyección de su política exterior, han hecho que Brasil ganara peso e influencia cada vez más perceptibles hasta encarnar una suerte de liderazgo regional. Por cierto, esta nueva situación genera reacciones de rechazo y desconfianza entre los países del área, en contra del "imperialismo brasileño"; no obstante, estas reacciones están mitigadas por el estilo con que la diplomacia y la clase política brasileñas la encaran: con extremo cuidado para evitar ser percibido como deseando constituirse en una potencia hegemónica.[24] Como observó Fernando Henrique Cardoso: "Brasil tendrá que tener mucho cuidado para no transformar la predominancia (regional) en hege-

23 Percepciones coherentes con aquello que se aproxima a un *neoufanismo* brasileño. Alberto Almeida, desde su texto pionero en la revista *Dados* en que critica la *fracassomania*, es una expresión representativa del mismo, y se atreve a combatir a los pesimistas en su propio terreno, el de las comparaciones con otros países, sobre todo países desarrollados.

24 En la prensa y en medios analíticos se incurre en este tipo de lugares comunes: "La idea de llegar a ser un gran poder internacional está asociada a la concepción misma de Brasil, el único país latinoamericano con un pasado imperial, algo que según expertos dejó una huella en sus relaciones con la región" (*BBC Mundo*, 8-11-2011). La respuesta típica suele ser del siguiente cariz: "Estados Unidos no tiene una pretensión de ser una potencia hegemónica: es una potencia hegemónica". "El peso de Brasil va a seguir aumentando, entonces nosotros no necesitamos decir que queremos un liderazgo: esto viene por el peso específico de Brasil y nadie puede impedir esto"." (Testimonio del embajador Rubens Barbosa.)

monía, que no nos conviene" (*BBC Mundo*, 8-11-2011). Pero el comportamiento que resulta de esta moderación es más difícil de procesar por parte de los potenciales y efectivos socios en la región, y sobre todo por la Argentina, que una pretensión abierta de hegemonía que simplificaría las cosas estimulando un rechazo sin medias tintas. Así, la conducta brasileña desestimula el conflicto pero incrementa el malestar.

Los contrastes en las percepciones y en los modos de experimentar la identidad propia se tornan nítidos tal vez cuando un brasileño o un argentino exteriorizan cómo se sienten por el hecho de serlo. La amable pregunta con que en más de una ocasión me encontré en mis años de residencia en Brasil –"*¿você ainda não se fez brasileiro*?–[25] expresa muy claramente una identidad autoconfiante, más aun, satisfecha, con pocas contradicciones o malestares consigo misma, algo autocomplaciente, que es muy diferente a la áspera relación de un argentino con su argentinidad.[26] Sin exagerar demasiado, se puede decir que mientras el argentino sufre su identidad, el brasileño la disfruta.

Otro ángulo para ver la misma cuestión es el de los sentimientos de pertenencia, que constituyen una dimensión de la identidad y son naturalmente variables.[27] Creo que los sentimientos de pertenencia brasileños son más firmes que los argentinos; estos últimos varían más en parte porque las propuestas identitarias están más recorridas que en Brasil por conflictos y contradicciones (quizá uno de los mejores ejemplos al respecto esté dado por la cuestión Malvinas, entre la "causa nacional" y la guerra de 1982).[28] Y la erosión de las propuestas identitarias va, en la Argentina, *pari*

25 En la Argentina, más que en Brasil, domina la idea de que argentino "se nace", mientras que es más difícil "hacerse argentino", porque habría un código genético (léase viveza criolla) que difícilmente podría ser aprendido. Para los brasileños, la adquisición de las características que hacen un brasileño de un extranjero no sería tan difícil. Detrás de esta diferencia se esconde la noción de homogeneidad argentina en oposición a la de diversidad brasileña: en una sociedad que es percibida como constitutivamente diversa, es menos difícil integrar lo diverso.

26 Paradójicamente, el brasileño es culturalmente mucho más autocentrado; ¿apenas porque se trata de una sociedad de dimensiones continentales? De cualquier modo, el cosmopolitismo argentino puede ser un rasgo exclusivamente porteño.

27 Como señala Grimson (2007): "Hay países con sentimientos de pertenencia extendidos e intensos, mientras que en otros esa pertenencia es discutida y se encuentra en el centro del conflicto político".

28 Si, como dice el excombatiente e importante publicista Miguel Ángel Trinidad, "La causa Malvinas es inherente a la identidad nacional", habría que concluir en que, para esta propuesta identitaria, los rasgos fuertes de la causa –entre ellos la incompletitud y la mutilación (territorial)– forman parte a su vez de la propia identidad.

passu con el aflojamiento de los sentimientos de pertenencia.[29] Por cierto, ese agrietamiento, en el caso argentino, de los elementos identitarios, favorece la eficacia interpelatoria de procesos y propuestas como aquellos vinculados a la globalización, al impacto de las redes comunicacionales, las ofertas, en fin, de identidad competitivas, que en el caso brasileño no tienen menor eficacia aunque tienden a integrarse más plenamente con los signos de identidad.

Del mundo del fútbol extraemos la anónima observación (Helal, 2007) de que mientras los brasileños "aman odiar" a los argentinos, los argentinos "odian amar" a los brasileños. Más allá de la claridad conceptual de la sentencia en su propio campo, que es mucha, estamos en el reino de las ambigüedades. Amar odiar es disfrutar de ver al otro en problemas. ¿A qué otro? Al rival soberbio, arrogante. Los lugares comunes de la percepción brasileña sobre los argentinos consisten en la arrogancia, el orgullo, el egocentrismo, el preconcepto (los argentinos serían prejuiciosos "racialmente") y la *desubicación*.[30] La fuerza de estos prejuicios se hace evidente tras experiencias de un contacto cultural más directo: visitan el país y "ven otra cosa" y lo admiten algo desconcertados; ven *El secreto de sus ojos* y dicen sorprenderse con tipos humanos que no esperaban encontrar en la Argentina.[31]

29 En su excelente trabajo comparativo, Alejandro Grimson (2007) sostiene que "Los sentimientos de los argentinos hacia la Argentina son ambivalentes y contradictorios, mientras que en el caso de los brasileños predominan diferentes formas de orgullo y pasión. A la vez, mientras los brasileños para hablar de lo que sienten de su país se refieren a la población y a la naturaleza, los argentinos lo hacen a la historia y, narrativizando sus propios sentimientos, dan cuenta de la intensidad y rapidez con que estos cambiaron. Tanto los sentimientos contradictorios como esta narrativización de los afectos son [...] una forma específica en que sedimenta la discontinuidad cíclica que caracterizó al proceso político y social argentino".

30 Winand (2010) cita de una entrevista de Luiz Felipe Lampréia con ella, un comentario interesante, porque lo que él ve significativo es el modo en que, sobre todo con Guido Di Tella, aparece una autopercepción argentina de desubicación, de error, de estar siempre en el lugar equivocado, y que eso lo lleva si quiere corregir a exagerar los gestos, a sobreactuar. O sea, Di Tella habría sido consciente de una desubicación argentina a la que habría que corregir, pero esta percepción lo habría llevado a una respuesta que es, a su vez, una sobreactuación y una nueva desubicación.

31 Ya Sarmiento (en *Facundo*) observaba la reputación que tenían los argentinos entre otros pueblos: "Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello".

Con bastante frecuencia la expresión *hermanos argentinos* (en español) es utilizada en la prensa brasileña. La mayoría de las veces su empleo conlleva una mordaz carga de ambivalencia: si, por un lado, expresa afecto o simpatía, por otro, pone de manifiesto un vivo deseo de escarnecer a los *hermanos*, ironizando sobre su idiosincrasia o revolviendo el dedo en la llaga de sus defectos. Estas ligeras provocaciones envuelven por fuerza señas de identidad: cuando se cuenta el chiste del "mejor negocio del mundo"[32] o se habla de las pasiones futbolísticas, son rasgos identitarios, como la (supuesta o real) arrogancia argentina y la sed de reconocimiento en aquel deporte, los que están en juego (sin duda el sintagma "hermanos argentinos" tiene su equivalente en el fútbol en la disposición ya observada de que los brasileños "aman odiar a los argentinos"). Si ciertamente no hay hostilidad ni rechazo en este modo de aproximación, el mismo reúne una carga negativa que, según todo indica, está prácticamente ausente en las imágenes argentinas sobre Brasil y los brasileños, que se han alterado sensiblemente en los últimos tiempos (en ese sentido, la mutación es algo vertiginosa, desde cuando las imágenes futbolísticas gruesamente insultantes impregnaban las percepciones).

Pero hay en estos intercambios un conjunto de imágenes, tanto propias como recíprocas, que son homologables para cada caso, y que son compartidas: brasileños y argentinos estarían de acuerdo con ellas, ya sea que se refieran a sí mismos o al otro.[33] Así es el caso con la cordialidad, la alegría y la vitalidad de los brasileños, el optimismo, la creatividad y la informalidad[34] y sus homólogas argentinas, la nostalgia, la melancolía y la pasión:

32 Como seguramente el lector no ignora, el mejor negocio del mundo consiste en comprar un argentino por lo que vale y venderlo por lo que cree que vale. Este chiste encubre que, visto desde afuera, los demás logran identificar claramente lo que es ser un argentino: un agrandado, es decir, alguien que hace algo que tiene pocos elementos constitutivos, pero logra magnificarlos. Los argentinos raramente hacen un chiste de cualquier otro latinoamericano, porque justamente su construcción identitaria no es con(tra) ellos; históricamente fue "contra" los españoles y los ingleses.

33 Ciertas imágenes argentinas que tienen los brasileños son refrendadas frecuentemente por las de los propios argentinos. Leonardo Favio observa, por ejemplo, que "Gatica era una suerte de síntesis de la forma de ser del hombre argentino que reside en esta gran capital que es Buenos Aires. Gatica era el prototipo: ingenuo, bullanguero, mentiroso, valiente, seductor, en fin, esas cualidades que tiene el argentino; también fanfarrón, tierno y frágil" (citado en García Fanlo, 2007). Creo que Gatica no tenía nada de ingenuo, pero en todo caso ese rasgo de ingenuidad choca con otro consagrado, que es el de la viveza criolla (rondando la cual están la soberbia y la prepotencia).

34 Nótese que esto no siempre fue así. Todavía en el año 1881, Machado de Assis podía atribuir al personaje principal de las *Memórias póstumas de Brás Cubas* el mérito de

brasileños y argentinos coinciden en la alegría brasileña y en la melancolía argentina.[35] Y creo que otro tanto puede decirse de los pares ira/calma,[36] hosquedad/afabilidad, tensión/serenidad, rigidez/flexibilidad, formalidad (no obstante la reputación del argentino, en Brasil, de ser *bardero*)/informalidad, exasperación/relajamiento, introversión (ensimismamiento)/extroversión (fama de la cordialidad carioca), exasperación/placidez, reflexividad (no obstante la reputación de impulsivo)/espontaneidad,[37] etc.

---

crear una panacea capaz de curar un mal inherente a los brasileños: "Esa idea era nada menos que la invención de un medicamento sublime, un emplasto antihipocondríaco, destinado a aliviar nuestra melancólica humanidad. En la 'petición de privilegio' que entonces redacté, llamé la atención del gobierno para ese resultado verdaderamente cristiano" (*Memórias…* [1881], 1995, Biblioteca Folha). Y esa atribución no se desmentía en el amargo sentido del humor de Machado.

35 Del correo de lectores de *La Nación*: "La foto que habla, de Nik, del 30 de junio último [2005], muestra a Gaturro pidiendo '¡Por favor!' a Brasil 'una transfusión de alegría' para una Argentina yacente. Es verdad que los brasileños son más alegres que nosotros, y que un 4 a 1 puede ser muy descorazonador, pero esta situación podría haber sido más llevadera si antes de este desesperado pedido de Gaturro todos los argentinos, no solamente los deportistas, hubiéramos tenido la prevención de autovacunarnos con humildad, mesura, educación, capacidad, cultura, honradez y la esperanza que nos faltan. De esa forma, aun en la derrota, podríamos encontrar la alegría de saber que hicimos lo mejor posible. En la adversidad de hoy podríamos encontrar la alegría en una esperanza de futuro mejor, y aunque estuviéramos en el último lugar del planeta podríamos encontrar alegría en la dignidad de nuestra propia persona. Sin necesidad de transfusiones brasileñas". Pero ¿por qué rechaza la "transfusión brasileña"?

36 El modo en que se reían los espectadores en un cine carioca de la bronca del personaje que encara Darín en *Un cuento chino* es ilustrativo de la percepción brasileña sobre la ira argentina. Otro tanto puede decirse del video, que recorrió el mundo, del hincha de River que presenció en su casa el descenso de su equipo favorito.

37 Comentario de un entrevistado: "Un estereotipo vendido afuera es la espontaneidad brasileña. Comparando con el ciclo vital, en la Alemania de hoy, del baile, los alemanes tienen que aprender la técnica, en cuanto en Brasil los chicos saben bailar. Ese proceso de maduración, Alemania en el siglo XVIII [...] de encuentro de su identidad, está aconteciendo en Brasil". La asignación de características estereotipadas a los brasileños es muy fuerte, por ejemplo en las telenovelas que tienen mucho mercado fuera de Brasil. "En contraste con los norteamericanos y mexicanos […] los brasileños, pragmáticos e individualistas […] se muestran sorprendidos frente a las demostraciones explícitas de afecto y enojo […] terminan por enamorarse […] encantados por algunas cualidades […] simpatía, calidez, espontaneidad (caracterizados como término medio […] comparten con los mexicanos la extroversión, la solidaridad, una mayor relación con la familia, pero son más modernos, individualistas y cosmopolitas, especialmente en lo relativo a la moral femenina)." Creo que esto nos dice mucho en relación con las imágenes que los brasileños tienen de sí mismos, y la sugerencia de una posición de término medio se

Por supuesto, se trata de tópicos, lugares comunes y preconceptos. No estoy en ningún caso insinuando que argentinos o brasileños sean así o asá. Lo más lejos que llego es a indicar que entre argentinos y brasileños hay coincidencias en atribuir tal o cual modo de ser a unos u otros. Pero esas condiciones pueden ser puramente imaginarias o muy parciales. El mundo universitario y académico brasileño, por ejemplo, es mucho más formal que el argentino. En una oportunidad un joven estudiante tuvo un comportamiento desatinado con una profesora; luego se percató y resolvió pedirle disculpas. La respuesta que recibió –"yo no lo puedo perdonar, pídale perdón a su orientador, que es a quien su conducta está comprometiendo"– sería inimaginable en la Argentina. Todavía hoy, me temo que muchos brasileños y argentinos encuentren razonable una definición del carácter brasileño tan absurda como esta que, en su momento, no estuvo desprovista del prestigio que habitualmente acompaña a la ilustración oficial, y que determina hipotéticas características psicosociales del pueblo brasileño: "la cordialidad, el deseo de complacer, la ociosidad, la resistencia a la especialización, la falta de perseverancia en el esfuerzo, la volubilidad, la ausencia de firmeza en las decisiones". Están, por fin, los atributos que no tienen un homólogo claro, entre ellos engreimiento, arrogancia, prepotencia,[38] para los argentinos y moral flexible para los brasileños.[39]

---

vincula con la idea de una sociedad híbrida que es incorporadora y consigue incorporar "lo mejor" de las otras.

38 Considérese el siguiente testimonio. Cuando R. B., quizá el más conspicuo todo terreno de las huestes de Julio de Vido, fue a Venezuela por primera vez a una reunión del grupo de expertos en energía de UNASUR (Venezuela tenía la coordinación de ese grupo), en un entretiempo de las sesiones de trabajo, refiriéndose a la posibilidad de acercarse a la delegación de Brasil para acordar posiciones concurrentes en ciertos temas dijo, con la sutileza y buenos modales que lo caracterizan: "con los brasucas no hablamos". Fui testigo presencial. No continúo porque lo que sigue me produce tristeza e indignación. El problema no es solo él, sino que la persona que tenía a cargo la delegación argentina (de la Secretaría de Energía) no trató de hacerle entender la torpeza que cometía. Se alineó como un soldadito a pesar de ser un hombre con muchos años vividos en el sector y conocedor de las relaciones internacionales en la materia: en este como en otros casos, parte de "la culpa no es del chancho sino del que le da de comer".

39 Machado de Assis, *Memórias póstumas de Bras de Cubas*: "Otrosí, me aficioné a la contemplación de la injusticia humana, me incliné por atenuarla, por explicarla, por clasificarla por partes, por entenderla, no según un patrón rígido, sino al sabor de las circunstancias y lugares. Mi madre me adoctrinaba a su modo, me hacía memorizar algunos preceptos y oraciones, pero yo sentía que, más que las oraciones, me gobernaban los nervios y la sangre, y la buena regla perdía el espíritu que la hace vivir, para tornarse una fórmula vana. [...] Lo que importa es la expresión general del

Para G. Ribeiro (2004), la serie de oposiciones estereotipadas que vincula a los brasileños con el hedonismo, la sensualidad y la alegría, y a los argentinos con la arrogancia, la nostalgia y la agresividad encontraría sus núcleos fundantes en las autoimágenes simplificadoras del tropicalismo y el europeísmo. Aunque parece un salto muy atrevido derivar de representaciones tan abstractas como el tropicalismo y el europeísmo la vigencia de esos estereotipos, esto no hace menos consistente la presentación (notemos que la noción de Buenos Aires ciudad europea sigue siendo cultivada por todo turista brasileño).[40] También cuentan los estereotipos comunes, como la falta de confianza[41] y la inclusividad –la diferencia es que la noción de inclusividad que tiene el brasileño es de un enriquecimiento mutuo,[42] mientras que la del argentino consiste en la adopción de los atributos de la sociedad adoptante–.[43]

---

medio doméstico, y a ella ya la he indicado –vulgaridad de caracteres, amor por las apariencias rutilantes, por el ruido, flojedad de voluntad, dominio del capricho, y lo demás. De esta tierra y de este abono es que nació esta flor".

40 Estos estereotipos están hermanados a otros que parecen sus réplicas; por ejemplo, los brasileños atribuyen a los *gaúchos* (Rio Grande do Sul) gran parte de aquellos que atribuyen a los argentinos (lo que se puede entender; entre los argentinos y los *gaúchos* hay bastante empatía). Y muchos de los estereotipos argentinos son, sobre todo, porteños. El resto del país se identifica mucho menos con ellos.

41 Alberto Almeida, *Jornal Valor*: "Los críticos contumaces de Brasil ignoran eso, son demasiado provincianos como para imaginar que algún país supuestamente desarrollado no pueda controlar el pago de impuestos, como sí se hace en la nación de Macunaíma. A propósito, nada más distante del espíritu germánico que Macunaíma, nuestro héroe sin carácter. Es un retrato de nuestra incredulidad. El brasileño jamás cree en lo que se dice. La credulidad alemana no forma parte de nuestra cultura. Fue gracias a eso que los alemanes siempre creyeron que Grecia estaba cumpliendo las metas de gastos definidas por el tratado de Maastricht. Un burócrata o un ministro de Economía brasileño jamás confiarían en Grecia sobre eso".

42 Carnaval 2012 de Río de Janeiro, según *Clarín*: "Brasil celebró sus raíces africanas a pura samba [...]. Segundo día dedicado a los grandes espectáculos de Broadway y a la cultura británica".

43 La autoimagen en ambos casos es de sociedades que integran, que incorporan. En el caso argentino esto se traduce en algo bastante autorreferencial (para un porteño que se cree muy cosmopolita). Una telenovela argentina tiene por tema alienígenas de visita en la Tierra… que se limitan al barrio de Mataderos [¡menudo ombliguismo!]. Los otros se hacen nosotros [se hacen presentes también aquí las imágenes propias]: aprenden a tomar mate, a degustar el dulce de leche, a bailar el tango, a hacer la hinchada para la Argentina en los partidos de fútbol (en contra de Brasil), aprenden los códigos sociales [sí, ¿pero cuáles?], las trampas de la política y del amor y a ocupar los papeles familiares básicos. Rita Segato (2007) hace referencia a la importancia del juego del afuera y del adentro en el cine argentino que confiere centralidad a la frontera como marca de la Nación. Segato resalta la representación del argentino

En algunos casos, las imágenes son muy precisas y estas coincidencias se mantienen: la pasión argentina tendría una dimensión individual, expresada por ejemplo en el tango,[44] y una dimensión colectiva, expresada en la política: las pasiones que desbordan en la esfera pública[45] y a veces arrasan con ella (más adelante volveremos sobre esta cuestión). Otro ejemplo es el del gregarismo brasileño por oposición a la soledad, tanto como al individualismo,[46] de los argentinos. Por fin, consignemos aquí los lugares de la *hybris*, del exceso (sobre los que volveremos luego): las relaciones personales para brasileños, la política para argentinos.

El tipo de hombre cordial de Sérgio Buarque de Holanda (más que el hombre cordial del sentido común) se puede contraponer así a los tipos de hombre que surgen de Ezequiel Martínez Estrada y de Raúl Scalabrini Ortiz. El primero es un particularista para quien los lazos personales tienen

---

como extranjero en su propio país, como el que viene de afuera, que se está yendo o ambas cosas en una búsqueda constante de salida y reingreso: "Aunque de formas muy distintas, ser un extranjero inescrutable, que viene de otro planeta, en *Hombre mirando al sudeste* (Subiela, 1986), o un extranjero en el interior de su propia nación, como en *Un lugar en el mundo* (Adolfo Aristarain, 1994) o *La deuda interna* (Miguel Pereira, 1986), pero siempre la cerca delimitando un territorio de atmósfera enrarecida, frontera geográfica y simbólica del país, es un hito notable en el horizonte argentino, tal como es representado en el texto cinematográfico de las últimas dos décadas".

44 El tango expresa un juego pasional que jamás tiene solución (y desborda). Porque por un lado, como expresa Gustavo Varela (2010), el tango rescata, en términos morales, a la madre y la novia: "El deseo de la mujer en el tango es problemático. La madre es asexuada y no desea, compone una unidad familiar, la familia burguesa. La novia es una suerte de remedo de la madre, su continuación. Y después está la otra mujer, que es la que desea, abandona, quiere otras cosas, quiere desarrollarse, conquistar una vida mejor, salir del barrio. A ella el tango le advierte que eso no está bien". Pero por otro lado, es en esta mujer inaceptable donde se colocan el deseo y la pasión del hombre en el mundo del tango. El número de tangos dedicados a la mujer emancipada es incontable, y probablemente superior al de los dedicados a la madre. Y detrás del talante descalificatorio de las letras se percibe (creo yo) una fuerte admiración.

45 Siguiendo con las autopercepciones brasileñas (y percepciones argentinas) consigno la "moral flexible". En una entrevista registré la siguiente observación: "[...] el voto religioso fundamentalista que ha crecido entre nosotros [...] choca con la moral flexible típicamente brasileña. Y son personas en busca de una moral". Se trata de un proceso de modernización que los descoloca, y claro, choca, pero el hecho de que esa búsqueda de moral no-flexible sea tan extendida es significativo.

46 Cristian Ferrer (2011) se refiere a "[...] la personalidad del argentino, siempre tendiente a destacarse individualmente y no como uno más de la colmena [...] estamos hablando del resultado de nuestra conducta cooperativa (o más bien la falta de ella), no de nuestro (indudable) talento individual".

primacía completa sobre las normas impersonales; este es su rasgo más destacable, en tanto que los arquetipos que se desprenden de los dos autores argentinos, aun con sus diferencias, se alejan de aquella cordialidad, tienen en común la melancolía que les ha conferido la tierra, que en el primero es el trazo de una irredención y en el segundo la promesa de lo colectivo (ambos están solos, mientras tanto). A su vez, el hombre cordial de Sérgio Buarque no comparte un rasgo fundamental con el argentino que vive "al margen de la ley": para el hombre cordial no es el caso.

Cabe señalar la fuerza que en ambos países tuvo la creación intelectual en la configuración de los arquetipos, o los estereotipos según el caso, que se divulgaron y sedimentaron. Como observa Renato Ortiz (1985),

> Existe en la historia intelectual brasileña una tradición que en diferentes momentos históricos procuró definir la identidad nacional en términos de carácter brasileño. Por ejemplo, SBH buscó las raíces de lo brasileño en la "cordialidad", Paulo Prado en la "tristeza", Cassiano Ricardo en la "bondad", otros escritores procuraron encontrar la brasilidad en eventos sociales como el carnaval o incluso en la índole malandra del ser nacional.[47]

Vale reiterar que lo que en el interior argentino piensan de los porteños (soberbios, prepotentes, etc.) es lo que muchísimos brasileños piensan de los argentinos;[48] para gran disgusto del hombre del interior, lo porteño es sinécdoque de lo argentino.[49] Otro tanto ocurre con el tango, aunque cier-

47 Desde luego, no faltan críticas a estas configuraciones; algunas destacan su "carácter inmutable". Corbisier (en Ortiz, 1985) señala que "La búsqueda de una estructura ontológica del hombre brasileño sería en verdad la búsqueda de una estructura 'fásica' que se re-arreglaría y se modificaría en el curso de las diferentes 'fases' de la historia brasileña".

48 Lo mismo podría decirse de un *gaúcho*, un *mineiro*, y demás, en relación con un carioca (los textos de Fernando Verissimo sobre los encuentros entre paulistas, cariocas, *gaúchos* y *mineiros*, son un excelente reflejo de esto). A la vez, el rasgo central de autodefinición del carioca es su *charme* (en este punto no hay mucho acuerdo entre los cariocas y las cariocas). Para los *mineiros*, los cariocas son excesivamente autocentrados (ombliguistas), pero tendrían, lo admiten, una gran fuerza expresiva y una identidad fuerte.

49 Esto tiene sentido, porque la arrogancia que se nos atribuye –atribución que ciertamente ha tenido un fundamento– tiene una dimensión personal y otra colectiva. Como observan Russel y Tokatlian (2003), históricamente, "los vecinos sudamericanos y el propio interior del país serían vistos como atrasados, y en muchos casos –como el brasileño– la superioridad racial argentina sería defendida".

tamente esta aproximación es tan válida como cualquier otra relación estereotipada; vale para ciertos atributos mal asignados al tango, como la pasión, pero el prototipo porteño sintoniza mejor con la milonga (urbana): jactanciosa, desafiante, algo prepotente, pretenciosa. Hasta donde sé, Brasil carece de un género musical equivalente a la milonga urbana rioplatense.

Las percepciones argentinas sobre los brasileños se aproximan a las que el propio ensayo brasileño, en ocasiones, ha logrado forjar de modo perdurable sobre Brasil y su gente. Es el caso otra vez, por ejemplo, de Sérgio Buarque de Holanda (1995), quien habla de "*a doçura de nosso génio*". Pero más contundente aun es la transformación que sufrió a lo largo del tiempo, y de su afianzamiento en el sentido común, la expresión *homem cordial* consagrada por Buarque de Holanda, que perdió su connotación crítica (o más bien quedó esta dentro de los límites de la literatura culta) y pasó a cargar el significado común y corriente: el brasileño como una persona cordial. Y otro tanto puede decirse del carácter brasileño fraguado por Gilberto Freyre: el paso del tiempo le borró los contrastes y suele creerse que Freyre pintó un Brasil esclavista idealizado (así como habría supuesto una "democracia racial"). El resultado es que la imagen distorsionada de la pintura de Freyre de algún modo impregna las visiones brasileñas sobre Brasil. Lo que tienen en común estas interpretaciones es su trayectoria: un movimiento desde lo negativo a lo positivo, trayectoria en la que no son cuestionadas.[50]

En 1966, el presidente de Francia Charles de Gaulle se permitió un exabrupto que hizo historia: "*Brasil no es un país serio*". Por eso mismo, por el éxito local del comentario, quizá resulte aun más interesante que la suerte de las imágenes de Buarque de Holanda y Freyre, la trayectoria del sintagma *complexo de vira-lata*, destinado, en su creación, en la pasada década del cincuenta, a escarnecer un hipotético complejo de inferioridad en el carácter nacional brasileño. Un perro *vira-lata* es un pichicho cualunque, de raza indefinida debido a las mezclas incontables, obligado para alimentarse a dar vuelta los tachos de basura en la calle.[51] La expresión tiene una inocultable connotación racista (a pesar de que no fue esta la intención de su autor, el periodista y hombre de letras Nelson Rodrigues): en el concierto mundial, Brasil desentonaría debido a la mezcolanza y al componente de razas inferiores, y el brasileño cargaría con este complejo como un rasgo

50 Sin ponerlas más en cuestionamiento… porque creo que justamente ahí radica una característica del brasileño: ¡No cuestiona!

51 El complejo, que alude a colocarse en una posición de inferioridad, de obsecuencia ante intereses externos, sería para Nelson Rodrigues el "pensamiento autoflagelante tradicional del cotidiano, que acomete al pueblo brasileño".

de identidad.[52] Que la postulación de un sentimiento brasileño de minusvalía no era algo nuevo nos lo muestra el propio Sérgio Buarque de Holanda, que en su clásico *Raízes do Brasil* escribe:

> Cuando se hizo la propaganda republicana, se juzgó apropiado introducir, con el nuevo régimen, un sistema más acorde con las supuestas aspiraciones de la nacionalidad: el país habría de vivir finalmente por sí mismo, sin necesitar exhibir, solitario en América, formas políticas caprichosas y anticuadas. En realidad, sin embargo, fue todavía una incitación negativa lo que animó a los propagandistas: Brasil debía entrar en un nuevo rumbo, *porque se "avergonzaba" de sí mismo, de su realidad biológica*. Aquellos que pugnaron por una vida nueva representaban, tal vez, todavía más que sus antecesores, *la idea de que el país no puede crecer por sus propias fuerzas naturales: debe formarse de afuera para adentro, debe merecer la aprobación de los otros*.[53]

Las raíces de esta autoimagen se encuentran sin duda en la persistencia de la esclavitud a lo largo de casi todo el siglo XIX; la expresión "*para inglês ver*" que alude a la disposición no cumplida contra el tráfico (ley de 1831), la "vergüenza" sentida al mantenerse Brasil como el único país esclavista en el mundo, son ilustrativas de estas raíces.[54]

52 Si el romanticismo idealiza al indio y lo erige en símbolo de la cultura nacional (un símbolo que nada tiene que ver con los indios realmente existentes), no puede hacer lo propio con el negro, que tras la Abolición es una presencia que no puede ser ignorada (Renato Ortiz, 1985).

53 Obsérvese el siguiente testimonio: "El tipo tiene ese documental sobre la violencia en el fútbol, también. Es interesante, che, no tanto por el documental en sí, sino por otra cosa que a vos, investigador entusiasmado de los nacionalismos argentino y brasileño, te puede interesar: el carácter serio y grave de los hinchas argentinos y el aspecto servil de los hinchas brasileños. La hinchada argentina ofrece un vaso de cerveza y muestra sus trofeos. Pero en Brasil los jefes dan camisetas, mucha cerveza y tratan de hablar un inglés insufrible, ininteligible, que precisa de subtítulos. [...] Y no es apenas la recepción del extranjero, la obligación de hablar su idioma en suelo brasileño, aparecen las sonrisas al hablarse de cuánto se sacrificaría por la hinchada, etc. [...] En la Argentina, ellos aparecen cubriendo su rostro, en Brasil ni pensar. Es curioso eso. La sonrisa constante del brasileño para tratar de cualquier asunto es un tema para ser estudiado en la sociología y la antropología. Me hace acordar un poco a la experiencia lamentable que es asistir en teatro a una tragedia, en Brasil".

54 Una excepción a esta tendencia es el *ufanismo* fundado por Affonso Celso con la publicación de su libro *Por que me ufano de meu país* (1900), en el que se vanagloria del Brasil pasado, presente y futuro sin la menor reserva. El libro despertó mucha polémica, pero el enaltecimiento nacional era tan exagerado que no hizo escuela.

Lo cierto es que el tropo canino *complexo de vira-lata* se prestó muy bien para conferirle mayor visibilidad a ese supuesto sentimiento de minusvalía. Para Rodrigues, el brasileño se colocaba, voluntariamente, en situación de inferioridad delante del resto del mundo: "El brasileño es un narciso invertido, que escupe contra su propia imagen. Esta es la verdad: no encontramos pretextos personales para la autoestima".[55] Como se puede ver, la ambigüedad anida en el propio autor. Según él, ¿el complejo de inferioridad es injustificado o tiene fundamento? Esta ambigüedad es el punto a destacar, indicativo tal vez de cierta baja autoestima, pero sobre todo el pivote sobre el cual gira la retórica de Rodrigues. De algún modo, la ambigüedad se hace cargo de la que ha sido propia durante décadas de las imágenes sobre Brasil por parte de las élites brasileñas. Porque la falta de confianza –de origen racista o no– en la sociedad brasileña coexistía incómodamente con una plena confianza en un Brasil destinado a la grandeza, confianza que se sustentaba, en sólida consonancia con la tradición histórica nacional, muy poco en la sociedad, y mucho en el Estado brasileño.[56] En cierta medida, el pesimismo social de las élites y su optimismo estatal (pesimismo de sociedad, optimismo de Estado/nación) eran anverso y reverso de la misma medalla: Brasil no podía ser el país del presente (en virtud del lastre social que lo afectaba), pero podía sí ser el país del futuro (a cargo de sus élites ilustradas portadoras de una visión de largo plazo titulares del estado).[57] En verdad, la convicción en la grandeza *futura* del país se remonta a los tiempos de la colonización portuguesa, a la epopeya

55 Según Grün (s/f), en la actualidad el principal activador de este mecanismo es el de los escándalos de corrupción que con regularidad se abaten sobre el cotidiano del brasileño confirmando esa imagen autoflagelante de inferioridad ("así somos [...] entran en la máquina de hacer escándalos y reiteran nuestro *complexo de vira-lata*").

56 Como sostiene Carlos Lessa (*Valor económico*, 20-1-2014), esa "trayectoria ha estado marcada por desacompañamientos, y desde el Estado Nacional hasta la sedimentación de la nación y el sentimiento de autoestima con una 'identidad brasileña' transcurre más de un siglo. Tanto el concepto de Brasil-nación cuanto las versiones nacionalistas jamás tienen intensidad dramática; los pasajes históricos fundamentales –abolición, proclamación de la República, Estado Nuevo– se suceden con pocos traumas preliminares y, en seguida, la trayectoria lleva a cabo su propia 'conservatización'".

57 "Se torna necesario explicar el 'atraso' brasileño y apuntar para un futuro próximo, o remoto, la posibilidad de que el Brasil se constituya en cuanto pueblo, esto es, como nación. El dilema de los intelectuales de esta época [fines del XIX] es comprender el desfasaje entre teoría y realidad, lo que se consustancia en la construcción de una identidad nacional. La interpretación del Brasil pasa necesariamente por ese camino, de ahí el énfasis en el estudio del carácter nacional, lo que en última instancia se remitía a la formación de un Estado nacional" (Ortiz, 1985).

del sacrificio por la grandeza de un Brasil imperial, por la conquista territorial inmensa y unitaria, sin perspectiva inmediata de poder colonizar o desarrollar el territorio que caía en sus manos.[58]

Quizá la mejor expresión literaria de esta radical ambigüedad se encuentre en la novela clásica de Machado de Assis, *Quincas Borba*, al ser su protagonista un genuino *vira-lata* afectado por delirios de grandeza.

En Brasil, lentamente el *complexo de vira-lata* se fue disgregando; contribuyeron a ello el arduo y siempre parcial triunfo de la pluralidad social y la ausencia de preconceptos raciales como autoimagen de la sociedad (autoimagen que coexistía ciertamente con el velado preconcepto –como lo destaca Florestan Fernandes (2007)–, pero que no por eso era falsa).[59] Y también las obras de intelectuales públicos más o menos exitosos, entre los cuales se destaca Darcy Ribeiro, quien postula para la sociedad brasileña un sincretismo cultural que valoriza el origen mestizo. Y, no menos, el bosquejo de un país abierto, pujante, del futuro, al que no le son ajenos el dinamismo económico ni la expansión demográfica, suerte de *bel paese* tropical, como imagen internacional de la nación (bosquejo del que tanto élites estatales como no estatales se hicieron cargo). El acrecentamiento de la autoestima tuvo por cierto altibajos. Y momentos ridículos, como la recidiva de *ufanismo* que atacó a la dictadura militar apalancada por el triunfo en el mundial de fútbol de 1970. No hay más que recordar la eclosión de optimismo que acompañó la aprobación de la *Constituicão Cidadã* de 1988, así como el desánimo de los años siguientes, hasta el Plan Real de 1994. Todavía en 1997, el cineasta y periodista Arnaldo Jabor podía satirizar sobre un sempiterno carácter nacional brasileño:

> Fisiológicos seculares, patrimonialistas, turritos, arrogantes, malandrines, ignorantes, agrandados, apenas nos queda pensar: ¿qué nos falta desaprender para llegar a una idea de país? ¿Cómo haremos para llegar al futuro de una desilusión? ¿Cuántas décadas llevaremos para desaprender todas las pavadas que cultivamos desde hace 400 años? (*O Globo*, 19-9-1997, citado en Semán y Merenson, 2007).[60]

58 El "imperio de ultramares", inmenso y desproporcionado respecto de la dimensión del país colonizador, tal vez pueda ser comprendido también como una respuesta de Portugal a sus dimensiones limitadas en el escenario europeo.

59 Hablamos, así, de una sociedad igualmente segmentada, que tiene una elevada capacidad para acoger y procesar la diferencia aun cuando ella se superponga con la desigualdad.

60 Nótese que a ese comentario le valen las palabras del propio Jabor (*O Globo*, 20-1-2001): "Hay un gran amor brasileño por el fracaso. Cuando acontece, nos

Pero no mucho después, el propio Jabor podía dejar atrás las reflexiones dolientes y ensimismadas para celebrar un "crecimiento, después del Plan Real, que nos situó como emergentes, llenos de futuro" (*O Globo*, 11-8-2010).

Las imágenes de autoestima tienen un correlato social y político: la comprobación del dinamismo de la llamada clase C, la nueva clase media emergente desde las clases D y E en los últimos lustros. Son como la comprobación de que el cumplimiento de una promesa brasileña es posible. Y también tienen su correlato sociológico en textos de publicistas e intelectuales como Alberto Almeida (2007), que se proponen mostrar lo extenso del camino recorrido y el avance en las condiciones de vida popular.

En efecto, los altibajos no impidieron que la autoestima se consolidara,[61] ni que se proyectara como una imagen notablemente coherente (sobre todo si comparamos con el caso argentino)[62] con aquella que tienen los no brasileños sobre Brasil.[63] Como se sostiene en un testimonio:

---

sentimos aliviados. El fracaso es bueno porque nos saca la ansiedad de la lucha. Ya perdimos, ¿pa' qué luchar? [...] Hay una tradición colonial sobre que nuestra vida es un *conto-do-vigario* [cuento del tío] en el que caemos una y otra vez. Somos siempre víctimas de alguien [...]. Fuimos educados para el fracaso. Hasta hoy somos así; nos queda solamente reclamar y desear el mal del país". Por cierto, aunque algunos sectores de las élites se expresan a través de esas ideas, en los últimos años el crecimiento económico y el desarrollo social han tenido un impacto en el orgullo y en la autoestima nacionales.

61 No faltan quienes tachen al nuevo estado de ánimo de "autocomplaciente". Pero lo que evidencia una percepción distinta de Brasil por parte de los brasileños es, sobre todo, una nueva expectativa que reemplaza al pesimismo (digamos) estructural, aunque sin regresar al viejo y desacreditado *ufanismo*: la expectativa de que problemas siempre considerados irresolubles, como la corrupción, la miseria, el subdesarrollo, pueden ser resueltos.

62 La autoimagen dominante de blancos, urbanos y de clase media, es la de Brasil como una sociedad abierta, país construido por inmigrantes, tierra de oportunidades donde el futuro depende más del esfuerzo presente que del pasado heredado. En esta autoimagen se tiende a pensar a sus individuos como iguales, aun a sabiendas de que esa igualdad no se ajusta a los hechos.

63 "Sufrimos de ese *complexo de vira-lata*... nos manteníamos en una posición subalterna frente a algunos acontecimientos... pero es una visión buscada de afuera para adentro... [el club de fútbol] Botafogo sufre de ese complejo, está siempre por ganar pero a la hora de hacer un gol, está a la cabeza del campeonato pero algo acontece que va para la cola... claro que en el aspecto más formal, en la política, entorpece, pero en el cotidiano queda gracioso, el perro *vira-lata* no tiene dueño ni nada, pero es pícaro, escapa de las cosas, y en ese aspecto es que tenés que negociar, el territorio... Pero esa postura tiene consecuencias, que no siempre son favorables para nosotros... Pero lidiando en una suma cero, tal vez sea interesante mantener ese carácter de *vira-lata*. El gobierno de Lula acabó con el *complexo de vira-lata* en el mal sentido... Si es tomado por un mirar de fuera, ahí quedamos inferiorizados... pero sí se ve como

> [...] lo específico de nuestra influencia cultural, es nuestro orgullo que no es arrogancia [...] el negro tiene una elegancia, un estar, ese *vira-lata*, esa nobleza, la heredamos, no necesita de otros adjetivos, no tiene prepotencia [...] tiene malevolencia, gracia, que el brasileño tiene.

Y bien sostenida, asimismo, con la idea del papel de Brasil en el mundo, respecto del cual la coherencia también es alta. El "destino de grandeza" que las élites formularon como una promesa brasileña desde tiempos del Barón de Rio Branco, comenzó a parecer al alcance de la mano.[64] Se trataba de una confianza inédita: en la sociedad, ya no solamente en el Estado. O, al menos, confianza en que la sociedad ya no iba a ser un lastre pesado para el Brasil-Estado.[65] Y hoy día quienes son partidarios de la convicción de que Brasil *deu certo*, quizás exageradamente lamentan que el ciudadano común todavía no lo perciba y culpan a los medios de esta falta de percepción:

> Gran parte de los medios brasileños se especializó en hablar mal de Brasil. Gracias a eso, la percepción que la sociedad tiene de sí misma, en diversos aspectos, es completamente equivocada (Alberto Almeida, *Valor*, 10-2-2012).

---

matrero, pícaro no subalterno ni sumiso a lo hegemónico. Lula acabó porque las personas no se emplean más en las casas por un plato de comida, no precisan, tienen que pagarles un salario... la gran insatisfacción de la clase media, zona *sul* [de Río de Janeiro], la empleada ya no tiene *complexo de vira-lata*. Nos volvimos un país de *vira-lata* interesantísimos. Los *vira-lata* verdaderos tienen una personalidad genial, y Lula acabó con el *complexo*. Somos una nación de *vira-lata limpinhos, bacanas, arrumadinhos e cheios de ginga* [limpitos, macanudos, arregladitos y llenos de juego de cintura –*ginga* es un movimiento de *capoeira*–], que sabemos driblar los charcos de la calle, y continuamos con aquel *charme*, aquel *vira-lata* por el que la lady se apasionó, y Lula acabó con el *complexo*". (Testimonio, mujer blanca, adulta.)

64 El destino de grandeza era una formulación de una burocracia aislada en una sociedad poco estructurada. Tenía sentido, pero no densidad. Pero la estructuración social le da ahora una fuerza de la que carecía (Saraiva, 2012).

65 Cabe aclarar que la noción de destino de grandeza brasileña no equivale a una postulación explícita de liderazgo o a la asignación de un papel hegemonista. En la campaña electoral de 2010, Chico Buarque, que respaldó a Dilma, sostuvo: "Vine a reiterar mi apoyo a esta mujer de fibra, que ya pasó por todo, y no tiene miedo de nada. Va a heredar un gobierno que no corteja a los poderosos de siempre. Brasil es un país oído en todas partes porque habla de igual a igual con todos. No habla bajito con Washington ni habla alto con Bolivia o Paraguay". Y la candidata afirmó que Brasil necesita sacar 21 millones de personas de la miseria para ser considerada una economía desarrollada. Afirmó que Brasil no puede tornarse Estados Unidos de América del Sur [...]. No queremos ser Estados Unidos de América del Sur, en donde parte de la población negra está presa, y los blancos pobres viven en trailer".

De lo que se trataría es de una reedición del nunca enteramente finiquitado *complexo de vira-lata*:

> La crítica permanente a Brasil se fundamenta en un exceso de provincianismo: como no se conoce lo que sucede en otros lugares, se asume que aquello que conocemos muy de cerca, en detalle, es muy malo. La huelga de los policías bahianos y el desorden y la criminalidad resultantes es un plato lleno para la frase típica de los que sufren de complejo de inferioridad: "Eso solo sucede en Brasil".

Muchos consideran la posición *já deu certo* como imperdonablemente indulgente, o una nueva versión del *ufanismo*, pero lo cierto es que disfruta de una resonancia impensable pocos años atrás, y tiene argumentos y hechos con los que defenderse y expresar redondamente "Últimamente, hemos sido los grandes beneficiarios de ser como somos".

En medio de esta trayectoria había prosperado, y luego marchitado, una nueva metáfora de Brasil: *Belindia*. Creada por el economista Edmar Bacha –la sociedad brasileña estaría fragmentada entre una clase alta análoga a la belga y masas tan miserables como las hindúes–, *Belindia* tuvo un inmenso éxito en la batalla de opinión contra la dictadura militar (había que demostrar que con el régimen autoritario el país generaba riqueza pero concentraba su ingreso, lo que la dictadura por supuesto negaba), contrapuesta a *Brasil potencia*, y perduró en los años de pesimismo de la década de 1980. Afectado por tan graves rémoras sociales ¿cómo podía pensarse en un despegue de Brasil? Brasil era un gigante con los pies de barro y, como tal, no se podía sostener a sí mismo. El remate lo puso Fernando Henrique Cardoso cuando, a poco de asumir la Presidencia, declaró: "Brasil no es un país subdesarrollado; es un país injusto". Ese remate fue, al mismo tiempo, el anuncio de una virada en los desempeños pero, sobre todo, en las percepciones.[66]

No cabe duda de que ya bien entrado el siglo XXI, la sociedad brasileña sigue siendo una sociedad injusta; pero no cabe duda tampoco de que las percepciones han cambiado profundamente. Hay hechos de por medio, por cierto: la estabilidad económica[67] y política, el descenso marcado de

66 Se percibe también que esta entrada de Brasil hacia "ser potencia" (emergente) coincide con la entrada de Brasil al mundo como *global player*.

67 Mi modesta opinión sobre por qué Brasil incluye mientras que la Argentina excluye: si tuviera que elegir una sola causa para esto diría que Brasil ha sido una economía infinitamente más estable que la economía argentina, que se ha caracterizado por una

la pobreza, el crecimiento fenomenal de la clase media, el velo cada vez más espeso con que se cubre el preconcepto racial, entre ellos. No obstante, por sí solos no alcanzan a explicar una mutación tan nítida en las autopercepciones. La evolución de las autopercepciones reconoce en parte una lógica propia. Marco Aurelio García, el asesor presidencial de Lula y Dilma para las relaciones internacionales (y cuadro histórico del PT), por ejemplo, justificando una política de ayuda económica a países vecinos, expresa que "existe una mayor solidaridad de Brasil con sus vecinos. No queremos que el país sea una isla de prosperidad en medio de un mundo de miserables. Tenemos que ayudarlos, sí". Es como si gran parte de las élites brasileñas hubiesen guardado por años las promesas del *país del futuro*, para sacarlas a los primeros signos prometedores, acaso demasiado rápidamente.[68] Desde luego, cierta euforia en relación con el presente y el futuro brasileños es compartida por sectores que van mucho más allá de las élites. Y ello refuerza las imágenes con las que el país se relaciona con el mundo.[69] "Es que ¡es un gran momento para ser brasileño! –expresa el economista Marcelo Neri, director del Centro de Políticas Sociales de la Fundación Getúlio Vargas–. El

---

radical volatilidad desde hace muchas décadas. La volatilidad afecta el crecimiento pero además es extremadamente costosa socialmente (esa es la principal razón por la cual uno debe indignarse, creo yo, con lo que se está haciendo en la Argentina: porque hubo una oportunidad inmejorable hacia mediados de la década de 2010 para salir de una vez de la volatilidad y se desperdició alegremente). Esta es la diferencia principal y, efectivamente, cuando Brasil sufrió períodos de volatilidad, como en los ochenta, no incluyó. Ahora bien, otra cosa que se podría discutir es el porqué de la volatilidad argentina y de la estabilidad brasileña, y discutirlo desde un punto de vista diferente y complementario al del economista. Es obvio que la inestabilidad económica argentina no responde a causas puramente económicas.

68 Los desempeños económicos y sociales de Brasil en las dos últimas décadas están lejos de presentar un panorama parejamente halagüeño; por lo menos, están lejos de las retóricas oficiales y del exitismo que transmiten con frecuencia los medios. Con todo, hay logros indiscutibles en materia de reducción de pobreza y, según especialistas, en cuanto a la sustentabilidad del crecimiento económico.

69 Todavía hoy, la expresión *complexo de vira-lata* continúa utilizándose con cierta frecuencia. Pero se utiliza como punto de apoyo para remarcar lo que Brasil está dejando de ser: Le preguntan a Eike Batista qué se siente al ser la octava mayor fortuna mundial (revista *Época*, 15-3-2010): "Significa que estoy siendo exitoso en mis propósitos, que son arreglar Brasil para nuestros hijos. Contribuyendo para convertir Brasil en un país del Primer Mundo. Aumentar nuestra autoestima. Terminar con nuestro *complexo de vira-lata*. Ya estamos orgullosos de nuestro Brasil. Nuestros hijos y nietos lo estarán más todavía". La parábola descrita por la fortuna de Batista, que enfrenta actualmente graves dificultades financieras para mantener siquiera una parte de su red empresarial, muestra que no es nada fácil convertir Brasil en un país del Primer Mundo.

brasileño es alegre, pero ahora tiene motivos reales para serlo." No faltan brasileños conscientes de que la imagen que proyectan al mundo configura un cliché que acaba imponiendo, por así decir, ciertas obligaciones culturales y estéticas; como sostiene el sociólogo Alberto Almeida (2007): "Brasil es un país muy grande y de inmigrantes, una licuadora cultural. Todos los que entran aquí se transforman en brasileños.[70] Ese 'factor brasileño' coincide con la imagen amigable que tienen de nosotros. Y es verdad: la cultura brasileña es de consenso, y para lograr el consenso hay que ser simpático y abierto".[71] En suma, esto puede expresarse en una estética que se realiza en y a través del cuerpo: como señala Liv Sovik (2009), el "*corpo dançante como emblema da nação*".

70 Resuena aquí la antropofagia cultural de Oswald de Andrade: una capacidad de incorporar –como ya señalamos– que enriquece al "antropófago".

71 Contrariamente a lo afirmado por Ezequiel Martínez Estrada para el caso argentino, el relato brasileño sostiene que la mezcla de negros y portugueses habría dado como resultado la formación de un pueblo con un lazo social favorable a la búsqueda de consensos.

Una perspectiva histórica de largo plazo

—¡Mirá como está la perra de sucia, negra!
—Pero ¿qué te pasa? ¿Vos acaso sos racista?
—Pará con eso, que mi nieta va a venir a vivir aquí dentro de poco, no me vengas con ese rollo.
—¡Ja! Ella dice eso porque el padre de su nieta es un *negraõ*.
(Diálogo en Nogueira, Petrópolis, septiembre de 2010.)

Para presentar sendas perspectivas de largo plazo como fuentes de materiales para imágenes y representaciones, me gustaría comenzar señalando que, como ha sido observado entre otros autores por Liliana de Riz (1986), Guillermo O'Donnell (1985), y Boris Fausto y Fernando Devoto (2004), mientras que en Brasil es nítido el predominio del Estado, en la Argentina lo es el de la sociedad.[1] Agreguemos que el Estado en Brasil ha disfrutado generalmente de un grado significativo de autonomía en relación con la sociedad, y ha podido imponer proyectos y modelos a la misma, y a la Nación, con cierta facilidad y constancia. Las élites estatales gozan de continuidad y asimismo esto se verifica en sus políticas y en los efectos de largo plazo de las mismas (Pousadela, 2007). El lugar común que califica a Brasil –"Brasil tiene un proyecto nacional"– sería expresivo de estos rasgos. En manos de élites estatales relativamente autónomas, el cambio no tendría lugar a

1 Como vimos, en el caso brasileño hay una importante excepción a esta pauta, que es la de la cultura; sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, pero al menos desde los veinte (desde la pintura hasta el fútbol) la cultura brasileña dio muestras de una autonomía en relación al Estado, aunque también hay casos importantes de mecenazgo estatal, como es el de la arquitectura (ejemplo emblemático el de la relación de Niemayer y Lucio Costa con el desarrollismo y la construcción de Brasilia).

través de rupturas, sino que sería gradual. Y el comando efectivo del Estado habría sido ejercido históricamente –o lo es aún hoy– por élites relativamente constantes.[2] Esta persistencia del poder social quizá se ilustre inmejorablemente por los antecedentes familiares directos de Fernando Henrique Cardoso, que se remontan a la abdicación de Pedro II en 1889.[3] Este gradualismo de las reformas desde arriba se alimenta en la historia: el proceso de liberación de los esclavos, incluida la Ley Áurea (que debe su nombre a la mano del poder que firmó con una lapicera de oro, y no al carácter intrínsecamente emancipador de la norma), estableció una pauta duradera de reformas desde arriba.[4] La queja del senador Silveira da Motta, sobre que las reformas debían originarse en la opinión pública y no en el gobierno, como siempre acontecía en el país (Fausto, 1994), son elocuentes de la capacidad del gobierno de mantener la iniciativa.

Hay muchos estereotipos, en efecto. Pero cuando se los aborda con más seriedad, tomando distancia de ellos, se descubre que en algunos

2 "Pedro II presidió la resolución de los grandes problemas que cuando subió al trono amenazaban la existencia del país. Al borde de la fragmentación en 1840, exhibía pocos signos de fractura en 1889. El tráfico fue extinguido, la esclavitud abolida. El proceso fue demasiado lento pero hasta el fin los abolicionistas tuvieron que enfrentar la mayoría de la representación nacional. La inestabilidad política sustituida por la consolidación del sistema representativo y la hegemonía del gobierno civil, en nítido contraste con lo que pasaba en los países vecinos [...]. Quedaba mucho por hacer [...] como el propio Pedro II observó, todo iba demasiado despacio en Brasil" (Murilo de Carvalho, 2007).

3 Cuando las fuerzas armadas deciden en 1889 que ya era hora de pedirle, con el mayor respeto, al Emperador que abdicara, van tres hombres de alta patente; y uno de esos tres hombres es [...] abuelo de Fernando Henrique Cardoso. Se trata de una pauta establecida en el nacimiento de la República y mantenida en gran medida en vigencia desde entonces. Como señala Mello e Silva (1995): "No deja de ser curioso que los dos principales formuladores de las innovaciones de la política externa brasileña en el nacimiento de la nueva República fuesen dos monárquicos convictos, ligados en todo, por afinidades familiares, intelectuales y político-ideológicas, al régimen recién derribado: Rio Branco y Joaquim Nabuco. La explicación para esta aparente paradoja tal vez se encuentre en el hecho de que los objetivos de la política externa de la Primera República percibidos por ambos como expresión del 'interés nacional' no implicaban una ruptura radical en relación con aquellos formulados por el Imperio, variando, entre tanto, las estrategias concebidas para implementarlos". El punto ilustra la continuidad de las élites a pesar del cambio de régimen.

4 Esta pauta, o matriz, se estableció sólidamente en la política externa en una época en la que el número de políticas públicas era mucho más reducido, y se fue propagando desde la misma. Señala Mello e Silva: "Una creencia común a las élites políticas brasileñas, heredada del Imperio, de que la política externa debía sobrevolar encima de las pasiones políticas domésticas, en la medida en que era portadora de intereses nacionales permanentes y consensuales".

casos son más que puramente estereotipos. El trabajo de Inés Pousadela muestra que muchos de esos presuntos estereotipos son interpretaciones pertinentes y sirven para pensarnos y compararnos. Su hipótesis básica establece una pauta de continuidad y gradualismo en el caso brasileño y de discontinuidad y ruptura en el caso argentino (asimismo largoplacismo y cortoplacismo)[5] en la formulación de políticas. Pero ¿qué es lo que es continuo? ¿Cuál es el factor de continuidad que hace que haya continuidad en Brasil y lo contrario, es decir, una continua discontinuidad en la Argentina? Pousadela funda convincentemente estas diferencias en las respectivas matrices político-culturales (compuestas por las variables de tiempo, espacio, modos de relacionamiento y concepciones de la justicia y las jerarquías sociales). Y efectivamente, una vez que cristaliza una matriz político-cultural se crea una suerte de imposibilidad de romper una inercia. Esos materiales políticos están a la mano, hay muchos incentivos para usarlos y muchos menos incentivos para tomar distancia de ellos, pues es muy difícil hacerlo.[6] Así, los rasgos de las políticas públicas suelen perpetuarse, generando un tipo de métodos y formas que tienden a reproducirse.

Ahora bien, ¿es esto suficiente? Uno podría decir que en la continuidad del lado brasileño tenemos una matriz, pero asimismo tenemos otras variables independientes que también están contribuyendo a producir el resultado. Por ejemplo, la configuración del poder social: podríamos decir que hasta no hace mucho, Brasil no había sido muy diferente en doscientos años (la idea de que las élites cambian para perpetuarse, expresada por ejemplo en la célebre sentencia "*não haver nada tão parecido com um saquarema como um luzia no poder*" (*luzias* y *saquaremas*, exponentes de familias conservadoras y liberales brasileñas; Holanda Cavalcanti). Me parece que esto dice bastante de la estructuración del poder social. Es

5 En la misma publicación, Alejandro Grimson (2007) sostiene que "Cuando se comparan Brasil y Argentina en la larga duración, llama la atención la persistencia del predominio de una lógica de continuidad en Brasil y de la discontinuidad en la Argentina". El contraste entre el Plan Real (presidido por el gradualismo y la continuidad) y el Plan de Convertibilidad (marcado por una fuerte ruptura con las reglas de juego previas y por una gestión de shock) es ilustrativo de esta diferencia (Palermo, 1996, y Neiburg y Plotkin, 2004. Para este autor, se trata de "culturas económicas" distintas. Otro tanto puede decirse de los procesos de privatización y de las reformas estructurales en general (preservación y gradualismo en Brasil vs. ruptura y vertiginosidad en Argentina (Palermo, 1998, Palermo y Novaro, 1996, etc.).

6 Esto se puede abordar desde diversos enfoques, está a la mano el concepto de *path dependence* (dependencia del camino), acuñado por el neoinstitucionalismo.

decir, nos interrogamos sobre qué es lo que hace que una matriz social se mantenga; pero ¿acaso hay factores explicativos *ad hoc* que hacen que estas matrices sociales se mantengan?

Las "grandes" transformaciones de la vida universitaria de los años sesenta durante la dictadura –orientadas a mantener el patrón elitista de la universidad pública y permitir la proliferación de universidades privadas de baja categoría para los sectores medios– y las novedades de años recientes –muy especialmente la política de *cotas*–[7] muestran la interacción de alteraciones en el poder social y en la matriz político-cultural. Tal vez al punto de llegar a ser una "gran transformación".

Reformas desde arriba. Quizá nada sea más significativo para dar cuenta de la vigencia de estas interpretaciones que la fuerza analítica de algunas corrientes que discuten el "lulismo" (volveremos más adelante sobre el punto). Si una cara de la moneda brasileña es una ideología jerárquica, la otra cara es un imaginario jerárquico socialmente muy extendido,[8] patrones de deferencia mal disueltos,[9] pautas de jerarquismo y familismo[10]

7 Técnicamente, se trata de una forma de "discriminación positiva", que asegura a quienes se autoidentifican como negros y pardos un cupo para el ingreso a las universidades públicas. Las discusiones desatadas por esta política (iniciativa del gobierno petista) han sido enormes. Más allá de que los argumentos que la critican puedan ser lógicamente inapelables (por ejemplo, desde el punto de vista de la justicia), el éxito de la política es indiscutible y ciertos efectos temidos por sus críticos –se iban a racializar las relaciones en una sociedad que no tiene a la raza por dimensión identitaria– no parecen haberse verificado.

8 Almeida (2007): "La concepción jerarquizante tiende a ser más una variable sociológica que un atributo antropológico de la población brasileña". Como sea, Brasil es todavía una sociedad regida predominantemente por la lógica jerárquica. La expresión "*você sabe*" está casi en desuso, pero su lógica y su contenido son muy importantes y están muy presentes en el país.

9 Guillermo O'Donnell (1985) contrastó la "servicialidad" que caracteriza al mozo, al chofer o al portero en Brasil con la conducta igualitaria del *trabajador* argentino.

10 Almeida (2007): "Brasil es jerárquico, familista, patrimonialista [...] pero con una importante salvedad: es una sociedad profundamente dividida [...] entre los factores que determinan el abismo el más importante es la escolaridad [...] los dos grupos sociales en que los brasileños nos dividimos somos diferentes en todo. Brasil aprueba el *jeitinho* y un abanico de comportamientos similares, pero el país no es monolítico, es una sociedad dividida entre lo arcaico y lo moderno". Sin embargo, el propio Almeida echa por tierra cualquier interpretación lineal sobre escolaridad y patrones socioculturales: "[...] las personas que más dieron un *jeitinho* son justamente las que tienen escolaridad más elevada [...] son las que más saben lo que significa dar un *jeitinho*...". Se sostiene la idea de persistencia de modos "tradicionales" a pesar de la verificación de otros cambios. "A medida que aumenta la escolaridad [...] aumenta el porcentual (*jeitinho*)[...] pero [...] es una práctica social presente en todos los grupos

y baja participación política.[11] Desde luego, el elitismo conduciría a comportamientos de composición y concordia (mucho más fáciles cuando puede excluirse una parte sustancial de los afectados por el tema que se discute). Lo cierto es que estos rasgos (más allá de que sean "verdaderos" o "falsos") pueden ilustrarse con procesos históricos; un ejemplo paradójico de continuidad elitista está dado por instrumentos cruciales de la Constitución de 1988.[12] Aunque la misma fue redactada *ex nihilo*, los instrumentos legales forjados por el gobierno autoritario, que son la plataforma de acción del Poder Ejecutivo en la nueva democracia (y, para Fabiano Santos, constituyen la diferencia, en relación con el entramado institucional de la democracia del período 1945-1964, que explica la gobernabilidad), se mantuvieron en ella prácticamente inalterados. De hecho, desde 1822 (Independencia) hasta la actualidad, el número de rupturas y cambios de régimen político es sorprendentemente bajo para patrones tercermundistas (el primer punto de ruptura está dado por la abdicación de Pedro II, en 1889; el segundo es el derrocamiento de la *República Velha* en 1930; el tercero es la instauración del *Estado Novo* en 1937; el cuarto el golpe civil-militar de 1964; y eso es todo). Y es incontrovertible que Brasil contó con un régimen consolidado antes de ser una nación; mientras que en el Plata hubo una ruptura, que si por un lado representa un inmenso paso adelante (la institución del principio de la fuente popular del poder político), por otro es un problema doble y dilemático (Halperin Donghi): consolidar la ruptura del vínculo y crear un régimen político legítimo. Estimo que la concepción refundacionalista

---

y clases sociales...". Y asimismo: "[...] disminuye la proporción de los que afirman tratarse de corrupción [...] [los de] escolaridad más elevada toleran más [...] clara indicación de que el *jeitinho* no será combatido simplemente con la elevación de la escolaridad". Antes que eso, se hace patente que determinados patrones político-culturales están presentes en todos los grupos sociales.

11 "El brasileño comienza a entender [lo que el argentino cree] que es él el que cambia la política, las cosas, pero el brasileño no es muy politizado, aunque está comenzando... son muy pocos, todavía, los que gustan de una discusión política... eso está cambiando pero todavía no es una característica fuerte del brasileño... no sé si poco politizado, parece que la política corre en paralelo, no es lugar común, la búsqueda de vivir bien, de pasarla bien... la política no tiene un peso en las decisiones... la política está allí, pero mi vida está aquí...". (Testimonio, mujer adulta.)

12 La cantidad de nuevas Constituciones brasileñas contrasta con la supervivencia de la Constitución del 53 en la Argentina, incluso si se toma en cuenta que la de 1994 es una reforma. Pero es algo ilusorio, porque en Argentina se volvió a la Constitución de 1853 en virtud de dos drásticas supresiones de reformas, la de 1949 y la de 1957.

dominante en la Argentina abreva en estas experiencias,[13] que no ha conocido Brasil.

Pero ¿por qué, según los propios brasileños, Brasil ostenta una trayectoria de ascenso económico y social que ha apuntalado la notoria mejoría en la imagen que sus ciudadanos tienen de sí mismos como comunidad? Creo no equivocarme demasiado si afirmo que los brasileños atribuyen su buena estrella a dos de los factores ya señalados, marcadamente idiosincráticos: la continuidad estatal y la concordia social.

La continuidad del Estado brasileño es un hecho incontrastable: se remonta a los tiempos de la Colonia, en especial debido al impacto político, burocrático e institucional que tuvo el traslado de la Corona portuguesa a Brasil en 1808. Concretada la Independencia en 1822 (básicamente estribó en un acuerdo dinástico), el Imperio y en especial el largo reinado de Pedro II (casi medio siglo entre 1841 y 1889) supusieron el ensamble del embrionario Estado con un régimen político dotado de gran legitimidad,[14] que solo poco a poco fue perdiendo, y tuvo la energía suficiente para sostener la Guerra de la Triple Alianza y, en su ocaso, completar la gradual liquidación de la esclavitud.[15] A su vez, Isabel y Pedro II eran plenamente

13 Acá está tal vez mucho de esa "crisis-vacío-necesidad de llenar" que pinta la mixtura identitaria argentina. Cada ruptura produce una experiencia de reedición del vacío, y se percibe como si no hubiera algo suficientemente sólido que proporcione un elemento de continuidad al cambio. Las experiencias que tienen continuidad –es el caso, por ejemplo, de la separación entre defensa y seguridad, aunque con pasos en falso recientemente, o de las pautas de la relación con Brasil– se dan en ese vacío, y son excepciones, no paradigmas.

14 Cuando, por ejemplo, Pedro II visita, en un reconocimiento al "nacionalismo pernambucano", el Campo de Guararapes, lugar de la victoria sobre los holandeses, es objeto de una recepción triunfal en San Salvador. El Emperador lleva a cabo una "distribución de la más importante moneda simbólica de las monarquías, ávidamente disputada por la élite bahiana: títulos nobiliarios, comendas, órdenes honoríficas" (Murilo de Carvalho). El episodio ilustra la legitimidad del régimen por encima, todavía, de una identidad regional o nacional.

15 Un ejemplo bien ilustrativo del gradualismo elitista de la política brasileña, durante el siglo XIX, es precisamente la abolición de la esclavitud. Comienza en 1831, con la ley contra el tráfico negrero, que no es cumplida en lo más mínimo. La ley de 1850, bajo presión inglesa pero con el gobierno dispuesto a empeñarse, termina efectivamente con el comercio negrero; de ahí en adelante el Emperador no oculta su posición netamente contraria a la esclavitud (por supuesto, sus reticencias para avanzar se relacionaban con el peso de los intereses esclavistas en la economía y en la sociedad brasileñas, y con su preocupación por evitar asestarles un golpe mortal a los productores agrarios). Pero en 1871 es promulgada la Ley del Vientre Libre (de difícil cumplimiento en la práctica; esta ley fue aprobada por una cámara unánimemente conservadora, y no lo habría sido sin la influencia del gobierno sobre las elecciones y

conscientes de que firmar la ley Áurea equivalía a abdicar; sin embargo, el Emperador tuvo fuerza institucional suficiente como para imponerla a los sectores más conservadores.[16]

No es exagerado afirmar que en Brasil, el Estado antecedió a la nación mientras que la relación entre Estado y nación fue más compleja en la Argentina, ya que en este segundo caso una élite portadora de un proyecto nacional antecedió al Estado, persuadiendo o forzando a las élites provinciales, y luego dio sentido a la formación del mismo.

Como observa Boris Fausto (1994):

> Se discute mucho sobre el momento en que grupos de la sociedad colonial nacidos en la Colonia, e incluso algunos portugueses residentes en ella, comenzaron a pensar el Brasil como una unidad diversa de Portugal [...] ¿en qué momento habría surgido la conciencia de ser brasileño? No hay una respuesta rígida. La conciencia nacional se fue definiendo en la medida en que sectores de la sociedad colonial pasaron a tener intereses distintos de los de la Metrópoli, o a identificar en ella la fuente de sus problemas. Lejos de constituir un grupo homogéneo, abarcaban desde grandes propietarios rurales hasta artesanos o soldados mal pagos, pasando por bachilleres y letrados. Tampoco tenían la misma ideología [...]. La Guerra dos Mascates (1710) y rebeliones [...] de fines del XVIII y principios del XIX son frecuentemente apuntadas como ejemplos afirmativos de la conciencia nacional [...] indican esa dirección [pero] debemos recordar que hasta la independencia, y aún después, la conciencia nacional pasa por la regional. Los rebeldes del período se afirman como *mineiros*, bahianos, pernambucanos y, en algunos casos, como pobres, tanto o más que como brasileños.

---

los diputados), y en 1885 es propuesta una ley que libera a los sexagenarios; y recién en 1888, la Ley Áurea. Gradualismo y elitismo (en verdad, las reformas fueron motorizadas por el Emperador y las cámaras fueron bastante pasivas, lo que se puede comprender) caracterizaron todo el proceso.

16 Un episodio de los albores del reinado de Pedro II hace patente hasta qué punto el capital de legitimidad del régimen monárquico fue decisivo: "Había acuerdo en combatir a Pedro I, pero no en relación a qué debería hacerse luego. En el calor de la hora, la multitud podría aclamar al heredero, proclamar al general Francisco de Lima e Silva dictador, al estilo hispanoamericano, o inclusive exigir una república federal. El grito de 'Viva don Pedro II', lanzado por el general Manuel da Fonseca Lima e Silva, hermano de Francisco, quebró el suspenso y fue decisivo. Como por instinto, la multitud repitió la aclamación, deshaciendo la tensión de la expectativa y definiendo el curso de la historia. Rey muerto, rey puesto" (Murilo de Carvalho, 2007). Pedro II tenía entonces apenas 6 años y se estableció una regencia que duró una década.

Lo que parece claro es que se trata de un momento muy avanzado del devenir histórico de la colonia, y aquellos grupos se encontraban delante de un Estado y un régimen (imperial) legítimos. Hubo unidad de régimen y estatal, no nacional.

Mientras, como afirma Murilo de Carvalho (2007), "surgieron en la Colonia varias conspiraciones contra Portugal y tentativas de independencia [...] [que] fueron movimientos de revuelta regional y no revoluciones nacionales [...] [como la] *Inconfidência Mineira* (1789), [la] *Conjuração dos Alfaiates* (1798), [la] *Revolução de 1817* en Perbambuco". El sentido de unidad o de "comunidad imaginada" creado muy especialmente a través de la formación de la élite en Coímbra (Portugal; algo muy diferente al papel que cumplieron las universidades y la prensa hispanoamericanas, que abonaron la creación de ideales y sentimientos hispanoamericanos) remitía por cierto al régimen imperial y a su Estado, y en modo alguno a una nación.

Como ya hemos sugerido en parte, la nacionalidad brasileña emerge tardíamente y, otra vez, es en gran medida una construcción estatal, que comienza por supuesto durante el régimen imperial. Solo más adelante la construcción de la nacionalidad tendrá una dinámica relativamente autónoma respecto de la del Estado. Tanto es así que es posible sostener, con Helal (2007), que "La idea de 'nación brasileña' fue 'construida' en gran parte por medio del fútbol", es decir, ya avanzado el siglo XX. Según Helal, el periodista deportivo Mário Filho, uno de los fundadores del género en Brasil, fue un agente muy importante en este proceso de utilización del fútbol como medio de construcción de la nacionalidad brasileña. Filho era amigo de Gilberto Freyre, que, amablemente, escribió el prefacio de su conocido libro *O negro no futebol brasileiro*. Freyre, por su parte, escribió en su columna semanal en el *Diário de Pernambuco* el artículo "Foot-ball mulato", en 1938, que contribuyó para la simbología del fútbol brasileño y su relación con la nación. El artículo se hizo muy conocido en los estudios acerca de la relación entre fútbol e identidad nacional en Brasil. Freyre y Filho fueron por tanto importantes agentes de la construcción de la identidad nacional de Brasil por medio del fútbol.

Aunque los estudiosos brasileños no coincidan en las épocas a partir de las cuales puede hablarse de una identidad nacional, sí coinciden, explícita o implícitamente, en las secuencias. De hecho, la Guerra del Paraguay ilustra en qué medida, para Murilo de Carvalho (2007), la guerra (el Estado) hizo la nación:

> Testimonio inequívoco del patriotismo del Emperador, la guerra sirvió también como poderoso instrumento de construcción de la identidad

> brasileña. Antes de ella, ningún episodio había unido tanto, tantos brasileños contra un enemigo común. Se calcula que 135 mil soldados, llegados de todas las provincias, participaron de la guerra. Las luchas de la Independencia, marcadas por un fuerte antilusitanismo, se habían restringido a las ciudades costeras [...]. Las grandes revueltas de la Regencia habían sido en su mayoría separatistas [...]. En la Guerra del Paraguay no había ambigüedad [...]. Cuando se convocó al voluntariado, en 1865, la respuesta vino de todas las provincias, y de todas las clases [...]. Los símbolos nacionales, la bandera y el himno, fueron valorizados [...] [y] a lo largo de la guerra la figura del jefe de Estado fue identificada con la nación. Las revistas ilustradas registraban, pero también inducían, esa percepción, al representarlo como un indio, símbolo de la nacionalidad.

Lo que parece razonable suponer es que, también de modo gradual y al compás de la expansión demográfica y social del país, la nacionalidad fue ampliando su base de sustento, entre la Guerra del Paraguay y el fútbol, pasando por otras instancias de socialización, que también llegaron tardíamente y de modo parcial, como la escuela.

A tal punto es así que, en cierta medida, la Nación brasileña se terminó de constituir durante el siglo XX con los procesos de expansión de masas en el mercado de trabajo y en las actividades y consumos aparejados a esa expansión. La hipótesis de Helal (2007) de que la idea de "Nación brasileña" fue "construida" en gran parte por medio del fútbol se vincula, así, con el desarrollo de estos procesos.

Si Brasil no se fragmentó (y no hay duda de que en el proceso de formación del Estado brasileño la hipótesis de separación de las provincias fue siempre menos probable que la de permanencia de la unidad), no caben dudas de que tras ello se encuentra la gravitación de un régimen político, no la de una comunidad imaginada como nación (que vendría después). Como argumenta Murilo de Carvalho (2007), "[la élite] a pesar de no ser nada representativa del conjunto de la población, tuvo condiciones de realizar una política de construcción de un Estado centralizado y conservador, que acabó por asegurar la unidad del país".

De hecho, la cuestión de la formación nacional seguirá abierta hasta bien avanzado el siglo XX; no solamente en el *tenentismo*, movimiento de la oficialidad joven del ejército antioligárquico, antiliberal y modernizador-autoritario. También, al cabo, en la emergencia del *Estado Novo*, que impugna abiertamente la autonomía de los Estados y destruye símbolos provinciales como las banderas. Como señala Fausto (1994): "Se trataba de reconstruir el Estado para construir la nación. El gran mal de las oli-

garquías consistía en la fragmentación de Brasil, su transformación en 'veinte feudos' con señores escogidos por la política dominante". Es por ello que en Brasil la modernidad aparece fuertemente vinculada a la idea de nación, y que la fusión entre desarrollismo y nacionalismo, a la postre, tendrá una fuerza de la que carecerá en la Argentina.

En la Argentina, si es cierto que, como afirma Chiaramonte (1998), el nacionalismo fue "fruto y no causa del proceso de independencia" (las provincias fueron las unidades soberanas que precedieron a la nación), también lo es que ese nacionalismo producto del proceso de independencia constituyó una densa red de propuestas identitarias (incluidas las identidades americanas) que envolvía a las comunidades de lo que fue luego el Estado argentino y dio base a las generaciones que pensaron y después concretaron la nación liberal y ese Estado. Como ya recordamos, Sarmiento sostenía en el *Facundo* que "Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valor como nación". Exageraba, indiscutiblemente, pero su afirmación es ilustrativa de la vivencia de una élite que se atribuye un papel rector en la formación de la nacionalidad. Esa élite se concibe a sí misma nacional, no está especialmente ligada a un Estado o a un régimen, aunque sí a una idea de Estado nacional (liberal, europeo, etc.). "Como relevo de la generación rivadaviana [...] se ha conformado la llamada Generación del '37, considerada el primer movimiento intelectual en busca de una identidad nacional", observa Oscar Terán (2007). Esta generación no está amparada por un poder político estatal mínimamente sólido, a diferencia de Brasil, como capta Rafael Mantovani, ya que aquí los intelectuales piensan la nación bajo el ala del imperio como doble configuración política y estatal. En la Argentina, sencillamente unas instituciones de ese calibre no existen y por lo tanto no son una alternativa para los pensadores de la nación.

Asimismo, en Brasil el Estado en gran medida hizo la sociedad, desde arriba, creando de este modo vínculos de dominación y dependencia de larguísimo plazo, y legitimando de este modo alternativas y cursos de acción autoritarios –como también ocurrió en la Argentina–. En Brasil, el régimen se estableció de modo relativamente pacífico y estuvo en condiciones de normativizar, crear pautas, promover una cultura oficial, etc.[17] En la Argentina, por el contrario, la intensidad de las luchas hizo que al

17 Como argumenta Mantovani, "[...] la producción cultural del siglo XIX [estuvo] en su totalidad bajo la protección del imperio de D. Pedro II. Aquello que hoy es conocido es aquello que fue protegido o, aun cuando no tuviera protección en el comienzo, legitimó aquello que los protagonistas establecieron como ideal de nación".

menos hasta 1880 muchos procesos sociales y culturales tuvieran lugar fuera (o en contra) del poder político. Por lo tanto, no se puede afirmar sin vueltas que el Estado hizo la sociedad. Mientras que en Brasil toda cultura era oficial, en la Argentina mucho de la producción cultural (incluida la producción de las ideas rectoras de la Argentina imaginada) se hacía a la intemperie, precisamente antecediendo el surgimiento de esas instituciones.[18]

Con todo, el grado de contestación al régimen central y al Estado fue en Brasil notoriamente menor al correspondiente al caso argentino (por ejemplo, guerras civiles que incluyeron proyectos de organización nacional alternativos de la mayor envergadura, levantamientos "federales", sublevaciones coetáneas a la guerra del Paraguay, etc.); en efecto, mientras que el resorte de la reorganización nacional postimperial fue en Brasil una alianza de élites estatales, la política del café con leche (esto es, la alianza más o menos estable de San Pablo y Minas Gerais, cuyas economías se basaban en el café y el ganado vacuno, principalmente), en la Argentina se trató de una guerra civil (con las batallas de Cepeda y Pavón). Sin embargo, la contestación en Brasil no fue insignificante, porque los separatismos pusieron a veces en jaque al poder central (todavía hoy los *gaúchos* conmemoran la *Guerra dos Farrapos*, que afectó a una frontera vulnerable del imperio). A fines del período colonial, en términos generales, como observa Boris Fausto, las fronteras brasileñas estaban definidas, y esta es una diferencia muy importante en la conformación de los dos Estados; la consolidación de esas fronteras tendría lugar en Brasil por medios básicamente diplomáticos. Es como si en la década de 1820 las fronteras argentinas hubiesen estado definidas; porque aunque se plantearon otros problemas, la consolidación de fronteras le dio al Estado brasileño una solidez que el argentino solo alcanzó mucho después, en las últimas décadas del siglo.

Esta prelación del Estado sobre la sociedad sería, según Raimundo Faoro (1998), el origen del patrimonialismo brasileño, que seguiría gravitando hasta hoy en su desarrollo económico y social. Los puntos más significativos de la historia brasileña son, casi todos, iniciativas surgidas en el

18 En Brasil la migración interna poco tuvo de estatalidad o de preocupación por la misma. Un claro ejemplo es Ciudad de Dios, donde se muestra un primer intento del Estado por planificar esa migración, aunque luego la realidad superó toda previsibilidad. Volviendo a Argentina, otra etapa en la cual la vida cultural se desenvolvió con relativa independencia del Estado fue la inmigratoria (el surgimiento del tango se da a caballo entre ambas etapas y fue algo creado claramente fuera del alcance estatal)

mundo de las élites estatales y el personal político conexo.[19] De allí la presunción de que el desarrollo de la sociedad brasileña habría tenido un sólido punto de equilibrio en el Estado: aunque este a veces la aplastase con su peso, le habría dado forma y estabilidad a lo largo del tiempo (*ordem e progresso*). Fue abriendo así el paso a una modernización lenta, gradual para muchos y, con buenas razones, conservadora, pero modernización al fin.[20]

Todo lo dicho permite entender que la armonía social y política brasileña constituye un mito poderoso de profundas raíces y vigor en el Brasil contemporáneo. Quizá la lectura dominante de *Casa-grande & senzala*, la obra monumental en que el antropólogo Gilberto Freyre (2007) desmenuza la familia patriarcal, esclavista, polígama, del monocultivo latifundista nor-

19 Renato Ortiz afirma que "El Estado es esta totalidad que trasciende e integra los elementos concretos de la realidad social, él delimita el cuadro de construcción de la identidad nacional". Que un pensador contemporáneo como Ortiz afirme esto es una demostración de cómo ve la posibilidad de que el Estado, desde arriba, dé forma a la cultura para, recién entonces, constituirlas en parte de la cultura nacional. Agregará que es por medio del mecanismo de interpretación que el Estado, a través de sus intelectuales, se apropia de las prácticas populares para presentarlas como expresiones de la cultura nacional. El *candomblé*, el carnaval, los *reisados*, etc., son de esta forma apropiados por el discurso del Estado, que pasa a considerarlos como manifestación de brasilidad. Habría así un estatus que solo se alcanzaría por la mano del Estado, algo que es diferente al caso argentino, donde el estatus de nacionalidad se alcanza con cierta autonomía (ilustrativo del punto es la trayectoria del poema gauchesco "nacional", *Martín Fierro*).

20 Esto incluye la elaboración de una doctrina sobre el papel del Imperio, y luego de la República, en la región, proceso presidido no tanto por la noción de cambio como por la de orden. "El realismo de corte darwinista, aquí, servía no solamente a la justificación del intervencionismo norteamericano, sino que se preocupaba sobre todo con la posibilidad de que Brasil se viese obligado a ejercer un papel semejante en América del Sur, donde se veía cercado de pequeños vecinos inestables y caóticos [...]. La herencia del Imperio se hace sentir especialmente en relación al Plata y a la América hispana en general [...]. A pesar de las declaraciones oficiales de amistad y del incitamiento a la superación de las rivalidades pasadas, Rio Branco veía a los vecinos hispanoamericanos con profunda desconfianza y sospecha, una visión alimentada no apenas por la memoria de los conflictos del siglo XIX, sino también por la percepción, común a las élites políticas imperiales, de que el Imperio brasileño representaba la propia encarnación de la civilización europea en medio de la 'barbarie' de las repúblicas hispánicas." Nótese que se trata de una percepción equiparable a la de las élites liberales argentinas, que también se veían rodeadas por un mar de barbarie. Aunque las respuestas al problema fueron muy distintas. Como sea, esto también tiene que ver con las razones por las cuales el barón de Rio Branco y Joaquim Nabuco eran monarquistas: creían o temían que la república pudiera traer desorden y desgobierno a Brasil, lo que se demostró básicamente infundado.

destino, sea una buena ilustración de este mito.[21] Porque más allá del fascinante e intensamente ambiguo análisis del propio Freyre, parecería, siguiendo a muchos intérpretes de la obra, que este habría pintado el cuadro de un paternalismo, abusivo como tal, pero en el fondo bienhechor (lo que decididamente no es el caso). El mismo *homem cordial* que Buarque de Holanda nos trae al primer plano en *Raízes do Brasil* (1995), incapaz de distinguir ni en su pensamiento ni en sus actos los lazos primarios de los lazos públicos, evoca un conjunto social en el que los conflictos de interés o de clase serían siempre atemperados por mecanismos transversales de todo tipo, estableciendo un tipo naturalmente desagradable de armonía y concordia.[22] Del mismo modo domina la convicción de que, facilitada tal vez por estos rasgos conciliatorios de la sociedad brasileña, su política sería eminentemente una política de composición, en la que la negociación predomina sobre el enfrentamiento.[23] A modo de ilustración, recordemos que el po-

21 En "Significado de *Raízes do Brasil*", la introducción de Antonio Candido, este dice de *Casa-grande & senzala*, *Raízes do Brasil* y *Formação do Brasil contemporâneo* de Caio Prado Júnior: "Son estos los libros que podemos considerar claves, los que parecen expresar la mentalidad ligada al soplo de radicalismo intelectual y análisis social que surgió después de la Revolución del '30 y no fue, a pesar de todo, sofocado por el *Estado Novo*". Y, en efecto, me parece que en algún punto hay que destacar esto y sacarle jugo: se trata de libros importantes que aparecen en unos años de inflexión: se ha dejado atrás la *República Velha* pero el rumbo es vacilante, experimental. Aparecen *antes* del *Estado Novo*. Esos años son decisivos. Y la pregunta por Brasil tiene en ellos profundidad histórica.

22 Héctor Leis y Eduardo Viola (2007) han desarrollado el concepto de "cinismo cordial" o, siguiendo a Norbert Elias, de "sociedad cortesana", sobre la formación histórica de Brasil, a la que atribuye efectos sobre la sociedad contemporánea. "En la sociedad republicana lo que interesa es el bien común, la gente vota lo que considera mejor para el país. En la sociedad cortesana, o pre-republicana, las relaciones políticas eran de beneficio personal: me das un voto a cambio de algo. Se establecía una especie de negociación clientelística. Cuando se mantiene esa sociedad de corte funcionando, las clases más bajas solo ven la apariencia. Lo otro, la corrupción, por ejemplo, les parece puro barullo. Eso no les llega. Lo que interesa, básicamente, es que la fiesta continúe. Es una especie de telenovela: sí, hay algunos problemitas, pero al final siempre ganan los buenos." Agreguemos que una sociedad estructurada de arriba hacia abajo es, por bastante más de medio siglo, una corte estable, el único régimen estable de América Latina.

23 El 10 de octubre de 2010, en uno de los debates televisivos de la campaña electoral, Dilma Roussef asestó a José Serra una estocada en profundidad, al defenderse de los ataques contra ella en la cuestión del aborto: "(Serra) usa una cosa que Brasil no tiene, el odio. Este país no tiene odio religioso, no tiene odio étnico, no tiene odio cultural [...] característica mayor del pueblo brasileño, la tolerancia, vocación del pueblo brasileño para convivir, para aceptar al otro". Esta reputación de política de concordia y armonía social se verifican en las miradas externas al Brasil. Por ejemplo, Julio Bárbaro

pulismo brasileño ha sido definido como Estado de compromiso, y que los compromisos entre élites constituyen una clave interpretativa de las modernizaciones y el desarrollo. "Los reyes ya no tienen púrpura, se envuelven en las Constituciones. *Las Constituciones son los tratados de paz celebrados entre la potencia popular y la potencia monárquica*", sostenía Machado de Assis en 1859, en una sentencia inconcebible para la Argentina, no por la ausencia entre nosotros de una "potencia monárquica", sino porque semejante conciliación de principios nos era (o nos es) más bien ajena. Y el eco de esa "paz" puede escucharse hoy en la composición que está expresando el cuadro legal resultante de un enfrentamiento entre titanes, los portadores de las agendas desarrollista y ambientalista brasileñas.

Las lecturas sobre la sociedad brasileña en clave de armonía social pueden encontrarse en nuestros días en los debates de mayor relevancia, como aquel, al que ya aludimos, sobre la pertinencia de políticas de discriminación positiva por "raza" o color. El destacado periodista Ali Kamel (2006), por ejemplo, critica duramente estas políticas, entre otros motivos porque

> [...] podrán ser un estímulo para el surgimiento de rencores en grupos y personas que se sientan relegadas, *algo que desconocemos hasta aquí* [...] nosotros, brasileños, conseguimos construir un país que, a pesar de tener muchos defectos, tiene una gran cualidad: la inexistencia de odio racial. Eso no es suerte. *Es fruto de la construcción de generaciones que experimentaron siempre la tolerancia.*[24]

---

comenta que "los poderes rígidos cuando son derrotados se resquebrajan como un cristal. El poder de Kirchner se destrozó y nadie puede recoger esos pedazos. Hay otra forma de poder, que funciona como un elástico. Lula en Brasil ejerce ese poder, que es el poder de la negociación. Kirchner no supo tener pares. Tiene obedientes o enemigos. El pensamiento de Kirchner, de que un conjunto de caprichos da un manual revolucionario, es grotesco". La pregunta pertinente es si se puede gobernar la Argentina desde el centro, o solo desde los extremos. Las presidencias expresivas, quitando la de Alfonsín, tuvieron base en uno de los extremos (Menem, Kirchner). Creo que sí es posible, sin embargo, pero para ello es indispensable que una fuerza política esté en condiciones de articular parte de las fuerzas (y el electorado) de derecha e izquierda en torno a una agenda de gobierno y de cambios (como de hecho ocurrió con Alfonsín).

24 Almeida (2007): "[El sector que niega el racismo] acierta en una cosa: de modo diferente a los Estados Unidos, no existe en Brasil una ideología activa y militante que sustente el racismo. Pero yerra al afirmar, como es el caso de Ali Kamel (*Não somos racistas*), que el problema brasileño no es la discriminación racial, sino la discriminación basada en la clase social, una especie de clasismo –los datos empíricos muestran claramente que hay preconcepto racial–. La resonancia que alcanzó el intento de un grupo de parlamentarios de establecer una legislación enderezada a autorizar a los psicólogos la cura de los gay, da la pauta de la fuerza del racismo".

Kamel está desde luego más que en lo cierto al constatar la inexistencia de odio racial, lo que en modo alguno debe ser equiparado a inexistencia de preconcepto, que también es discriminador. El meollo de la cuestión es que no hay racismo porque, en primer lugar, en el marco de la cultura brasileña la imagen y el significante *miscigenação* tienen una fuerza performativa que, afortunadamente, oprime las interpelaciones racistas. Y, en segundo lugar, aun cuando haya racismo muchos no lo captan, no lo perciben, y la invisibilización funciona, generalmente, reduciendo el abanico de las conductas discriminatorias. Desde luego, esto es confirmado y a su vez facilitado por un rasgo fundamental del racismo brasileño, el hecho de ser vergonzante, inaceptable, culposo, etcétera.

En suma, la continuidad estatal y la concordia social tendrían un legado cultural ciertamente ambiguo, porque un costado conservador y reproductor de los privilegios sería inocultable, pero el orden y el progreso considerados por muchos relatos brasileños como ínsitos a la continuidad y a la concordia serían valorados positivamente en un medio social que es, a su vez, fuertemente conservador.[25]

Tomando en cuenta las dimensiones discutidas hasta ahora, el contraste con los relatos argentinos no podría ser mayor; vale la pena adelantar sintéticamente sus líneas principales. Para empezar, es común que los argentinos atribuyan sus dificultades a procesos históricos atravesados por divisiones, enfrentamientos y conflictos, y a la "falta de un proyecto nacional". También es común, como observan Pablo Seman y Silvina Merenson (2007), que los argentinos tienden a elaborar una percepción dicotomizante de los procesos sociales y políticos domésticos. Como ya observamos, la Argentina ha sido, históricamente, un mundo en el que la sociedad predomina por sobre el Estado, cuya autonomía es siempre amenazada cuando no cancelada. De este modo, el Estado es incapaz de atender intereses generales (intereses que en Brasil, o se atienden siquiera parcialmente, o el Estado es capaz de imponer en una cierta "generalización" legítima).[26] Como discuto más arriba, la relación entre Estado y nación fue más com-

25 Estos valores tienen un fuerte arraigo popular y son importantes aún en la política de hoy. Para Singer, el lulismo supera resistencias duraderas de la población más pobre en relación al PT y a la CUT, siempre asociados por ese segmento a las huelgas y al "desorden". El lulismo viene a atender el anhelo popular por una autoridad capaz de reducir la desigualdad sin constituirse en amenaza de inestabilidad. En la práctica, contrapone Lula y PT.

26 En este punto nuevamente se hace evidente, pero en un dimensión superior, la cuestión de que el argentino es consuetudinariamente crítico consigo mismo, o con el otro que es sí mismo (léase argentino).

pleja en la Argentina, menos lineal, observación a la que podemos agregar el impacto "nacionalizador" de las guerras de independencia (de las que prácticamente careció Brasil), que se sostuvieron cuando el Estado era en verdad inexistente. Y el de las guerras civiles, que tendieron a partir en dos recurrentemente el campo político y a fraguar identidades y configuraciones culturales intensas.

Exagerando un poco, podría decir que mientras en Brasil se "importó" un núcleo estatal (el texto de Leite da Silva (2005), *A interiorização da Metrópole*, aporta elementos sobre el origen de este proceso), en la Argentina fue un núcleo político-militar-religioso el que lo construyó a partir de sí mismo (Oscar Oszlak [1986], en *La formación del Estado argentino*, desmenuza las formas de su penetración a lo largo y a lo ancho del territorio nacional). Como observa Tulio Halperin Donghi, cuando los herederos de la Generación del '37 se dispusieron a construir una sociedad, descubrieron que tenían que hacer un Estado. La política y la propia estatalidad argentina conocerían numerosas rupturas y fases de mutaciones vertiginosas y en tropel, y con efectos en su mayoría de corto plazo. Estas imágenes sobre la Argentina se resumen en el lugar común de que sería "incapaz de tener un proyecto nacional". Así como en la vocación refundacionalista (la idea del refundacionalismo argentino no circulaba mucho más allá de círculos intelectuales y políticos hace quince años, pero últimamente ha tomado nuevos bríos con una amplia difusión).

Otra nota distintiva del caso argentino comparado con el brasileño, y de relevancia central, sería, por supuesto, el protagonismo popular. El relato sobre el protagonismo popular nace con la revolución y la guerra; pero ulteriormente la educación pública le da una base de sustentación, no solamente porque se "educa al soberano", sino porque se lo educa en una trama histórica que realza un protagonismo popular. La Argentina es, asimismo, el reino de una ideología igualitarista que se contrapone a la jerárquica brasileña y que colorea su política incluso en muchas de sus etapas autoritarias. Y se destaca por su elevada participación política,[27] que tendería (presuntamente) una y otra vez a hacer colapsar la representa-

27 Estas pautas pueden encontrarse en los más diversos campos. Como destaca Oliveira Rufino (2007) comparando telenovelas brasileñas y argentinas, "[...] si en las brasileñas las búsquedas son individuales, en *Padre Coraje* [argentina] el héroe es individual pero genera un movimiento colectivo que intenta transformar la sociedad [. . .] si en Brasil la movilidad es una forma de resolver situaciones, en Argentina los personajes parecen intentar transformar su entorno [...] dato interesante dada la percepción difundida entre los argentinos del escaso apego de sus compatriotas por su tierra natal [...] es frecuente la comparación de lo que es percibido como carencia

ción.[28] La política y las interacciones sociales estarían caracterizadas por la contraposición y el antagonismo (en los que se combinarían rasgos de identidad e intereses sociales), en un conjunto dominado por los comportamientos facciosos.[29] Por fin, mientras que Brasil contaría con instituciones en alguna medida fuertes (por lo menos algunas de ellas),[30] las instituciones argentinas serían débiles, ya que no lograrían encuadrar con efectividad las conductas de los ciudadanos, los grupos sociales o políticos (que, al contrario, tienden a capturarlas y a darles forma a su antojo). En suma, prácticamente en cada dimensión considerada, las imágenes sobre Brasil y Argentina se nos presentan en contraste.

Las disparidades hasta aquí expuestas nos proporcionan pistas para focalizar la discusión en las diferentes percepciones en torno al papel de élites y masas en las historias nacionales. Al dar cuenta de los motivos de su ensayo *Carnavais, malandros e heróis*, dice Roberto DaMatta (1978) que siempre se impresionó por "la conjunción de un pueblo tan achatado junto a un sistema de relaciones personales tan preocupado con personalidades y sentimientos; una multitud tan sin rostro ni voz, junto a una élite tan ronca de gritar por sus prerrogativas y derechos". Para el antropólogo, veremos más adelante en algún detalle, el carnaval expresa –por inversión– el carácter jerarquizado y represivo de la sociedad brasileña, sociedad cuya jerarquía estaría fundada en la deferencia, en el respeto como concepto

de sentimiento nacional propio con la actitud de los brasileños que frecuentemente son señalados como nacionalistas ejemplares".

28 "Esta cuestión de ver la virtud trasmutada en vicio (Maquiavelo *dixit*) queda más clara cuando trabajas Argentina, pero no tanto en Brasil, como por ejemplo en lo del hombre cordial, que perdió su negatividad [pero] [por] acostumbramiento o falta de crítica y cambio" (comentario de Juan Lucca).

29 Comportamiento guiado absolutamente por el interés propio, que es incapaz de articularse, agregarse o generalizarse, por parte de un actor que tiene por ende una práctica predatoria, destructiva de otros actores y que además, en ciertos casos, intenta quedarse con todo, ocupar la totalidad del espacio político. Creo que en la Argentina la quintaesencia de las facciones está expresada en las "patrias", aunque obviamente no son solamente los peronistas los que incurren en esta forma de acción o concepción política. Un ejemplo reciente de estos comportamientos es la actitud del gobernador de San Juan, José Luis Gioja, quien en el marco del conflicto entre productivistas y ambientalistas por la minería a cielo abierto comparó a los ambientalistas con Hitler (*Clarín*, 28-1-2012).

30 El transfuguismo y el cambio constante de siglas y composición de los partidos, permite dudar de la consolidación de al menos estas instituciones brasileñas. En todo caso, es mas fácil que las instituciones sean consolidadas allí donde las cosas no cambian mucho, que respetadas donde el lápiz de la crítica está siempre afilado y el cambio es espasmódico y recurrente.

relacional básico de su universo social, y que merecería ser calificada como "reino del conformismo" (registrando la falta de crítica y de cuestionamiento propios de la sociedad brasileña). En otras palabras, que aquello que los argentinos (y otros extranjeros) tienen por una imagen genuina de Brasil, sería apenas su imagen invertida.

Se puede acompañar la argumentación de Mantovani (2010), para quien las diferencias se erigen en el campo de las representaciones:

> Una hipótesis que se puede sustentar es que la diferencia de la importancia de la masa como actor político en Brasil y en Argentina es la de que la cultura política en la Argentina se irguió sobre la idea de *guerra civil* y lucha popular; en cuanto en Brasil la cultura política, desde los orígenes de las creaciones imaginarias de nación, siempre estuvo muy articulada a una idea de acción palaciega, en la que las decisiones políticas eran asunto de las élites. Tal factor puede ser explicado por el hecho de que, en Brasil, la acción política acontece a través de la "interiorización de la metrópoli" en 1808, lo que hizo de la política una acción palaciega; en tanto que, en la Argentina, la acción política se inicia por el debilitamiento de Castilla y la política es incorporada como acción de levantamiento en campo abierto.

Se trata, en principio, de modos generales diferentes de hacer política.

En realidad, este relato de la pasividad brasileña podría confundir, lo que habría son algunas experiencias de reclamo popular por un mayor orden, no pasividad pura y simple. Como sea, tenemos una imagen que coloca a las élites en un primer plano y a las masas en un pasivo segundo plano. La deposición de Pedro I (contrastable tal vez con Mayo de 1810) fue en cierta medida un episodio que contó con participación popular, pero "del conjunto podría decirse que reunía, en un momento raramente repetido en la historia del país, élite, políticos, militares y pueblo". "El Acta Adicional de 1834 reformó la Constitución en sentido descentralizante. Creó las asambleas provinciales, concediendo más poder a las provincias, y abolió el Consejo de Estado. A la mayor descentralización se siguió un recrudecimiento de los conflictos y las revueltas provinciales. Nunca hubo un período más perturbado en la historia de Brasil" (Boris Fausto, 1994). El fin de la Regencia es otro episodio con participación popular; curiosamente, la participación popular está más en el origen del reinado que en la historia política brasileña posterior. "[El ministro] Vasconcelos fue llamado con urgencia al ministerio para parar un movimiento revolucionario que no había previsto: las calles clamando por un rey [...]. Una mani-

festación de tres mil personas se dirigió al Senado [...] e invadió el recinto [...] el día 23 de julio, la Asamblea General reunida en un Senado cercado por ocho mil personas declaró formalmente la mayoría legal de edad de Pedro II [...] plebiscitado por segunda vez por la élite, por las tropas y por la calle" (*ibid.*). Confirma el capital de legitimidad del régimen, que fue esencial para el mantenimiento de la unidad de Brasil, pero además la percepción sobre el papel subordinado de la movilización popular.

> La élite política esperaba que la figura suprapartidaria de don Pedro II redujera los conflictos que la dividían. Esperaba, inclusive, que la legitimidad centenaria de la monarquía congregase a la población del país. En varias revueltas populares de la Regencia se hizo evidente esa legitimidad. En 1832, la guerra de los Cabanos en Pernambuco y Alagoas reivindicó la vuelta de don Pedro I. En 1835, la Cabanagem, en Pará, había separado la provincia, pero los rebeldes gritaban vivas a Pedro II. En 1837, la Sabinada, en Bahía, había separado la provincia hasta que el monarca fuese declarado mayor de edad. En la Balaiada, revuelta popular maranhense, también se daban vivas al emperador menor de edad. Las dos cosas, reducción del conflicto intraélite y adhesión popular, eran condición para el mantenimiento del orden social y de la integridad nacional (*ibid.*).

Pero la monarquía se mostró condición necesaria para ambas. Establecido en la Constitución de 1824, el *Poder Moderador* (que otorgaba facultades especiales al Emperador, por encima de las cámaras, permitiéndole disolver una legislatura elegida y demitir y formar a voluntad un gabinete que, por su parte, debería organizar nuevas elecciones, con las consecuencias obvias) podía servir (y de hecho sirvió a lo largo del reinado de don Pedro II) de árbitro para las luchas entre las facciones políticas. Era, como lo califica Fausto, un "residuo absolutista injertado en la Constitución liberal de 1824 [...] pero permitía promover la rotación, impidiendo que un partido se perpetuase al manipular las elecciones". En este contexto se hace visible la flaqueza de la participación popular. Ya que "los conflictos intraélites podían ser frecuentes e intensos [...] [y] durante la Regencia, se mostró que abrían camino a revueltas populares". Lo significativo no es que puedan corroborarse estas revueltas, sino que la composición interélites pudiera neutralizarlas y excluirlas de la escena imperial. "[Es] un contrato político no escrito [...] que monarquía y Poder Moderador posibilitasen la convivencia civilizada entre los partidos y la paz social". Es significativo que la gran mayoría de las revueltas populares tuviera lugar

durante la Regencia (minoridad de Pedro II), período comparativamente muy breve, mientras que una vez iniciado el nuevo reinado la monarquía moderó efectivamente el conflicto entre élites y con ello dio menos oportunidades a que se diera cauce a una revuelta popular.

El concepto de pasividad popular fundado en la supuesta capacidad de las élites de mantener sumisos a los sectores populares, es relativo. Las revueltas por lo general fueron llevadas a cabo contra el Estado modernizador, lo que resaltaba más el papel de las élites estatales en la conducción del desarrollo nacional.

> Las revueltas populares del segundo reinado fueron de naturaleza distinta. Acomodada la élite dentro del sistema, cesaron sus conflictos internos, que acostumbraban suscitarlas. El pueblo pasó a rebelarse más contra que a favor. No reivindicaba, protestaba. Las nuevas revueltas eran desencadenadas por medidas del gobierno que, aunque legales y parte del proceso de burocratización del Estado, herían valores y tradiciones arraigadas. Entre ellas estaban el registro civil de nacimiento, casamiento y muerte, el censo, el reclutamiento, el cambio del sistema de pesos y medidas. La revuelta más conocida fue contra la entrada en vigencia en 1872 del sistema decimal de pesos y medidas (*ibid.*).

Y el número de los participantes no es precisamente impresionante.[31]

El abismo entre las élites y las masas, el activismo de las primeras y la pasividad o alienación de las segundas, como un rasgo básico de la sociedad brasileña, es una imagen que atravesó todo el siglo XX y no ha perdido aún mucho de su vigencia. Todavía es posible tropezar con comentarios como el de Joaquim Barbosa, ministro del Supremo Tribunal Federal:

> Tenemos un serio problema cultural: la pasividad con que la sociedad asiste a las chocantes prácticas de corrupción. Existe la tendencia de carnavalizar y banalizar prácticas que deberían provocar reacciones furiosas en la población. Infelizmente, en Brasil, a veces, asistimos a la trivialización de estas prácticas a través de bromas, chacota, chistes. Todo eso viene a reconfortar a los corruptos. Basta comparar la reacción ante

31 En la Revuelta del Vintém, por el aumento en la tarifa del transporte, hubo derramamiento de sangre; el episodio fue traumatizante para don Pedro (año 1880); "Hasta entonces, su contacto con el pueblo siempre había sido positivo [...] jamás había enfrentado una multitud hostil [...] en cuarenta años de reinado no fue usada la fuerza contra el pueblo", comenta en sus cartas el Emperador.

ciertas prácticas con la reacción en otros países de América Latina. (En entrevista, *O Globo*, 3-1-2010.)

La tendencia a carnavalizar pintada por Barbosa (y la infundada, pero profundamente arraigada noción de que en otros países de América es diferente) está muy próxima de la imagen que, como dos caras de la misma moneda, DaMatta (1978) nos presenta de la política treinta años atrás: "El populismo político, especie de Carnaval del poder, donde todo y nada quedan simultáneamente representados y, aparentemente, resueltos". Pero, nótese que Barbosa considera adecuado reforzar su descripción contrastando la pasividad brasileña con las reacciones que tendrían lugar en otros países latinoamericanos. Esta es, en verdad, una percepción muy corriente, por parte del brasileño común pero también de muchos intelectuales brasileños, al contrastar Brasil con Argentina: "¡Ah, pero el pueblo argentino, cómo se moviliza […] es participativo […] qué coraje para protestar!" y "Pero, en la Argentina la gente hace esas cosas, aquí nadie se ocupa, va dejando pasar, dejando pasar [...]. Mire, la única vez que vi a todo el pueblo juntarse por una cosa de esas fue el *impeachment* de Collor [...] en la Argentina no es así, de ningún modo". (Testimonio de un taxista *mineiro*, abril de 2008.)[32]

De cómo ven a los argentinos, habla bastante de cómo se ven los brasileños a sí mismos: ¡Miren a los argentinos, cómo son capaces de protestar, de salir a la calle, qué decididos, qué conciencia política! Esto se decía desde un sector en el 2001, aplaudiendo tanto a caceroleros como a piqueteros,[33]

32 Esto se extiende a los diferentes grados de politización. Según un testimonio: "Antes de graduarme, conocí la Argentina. Me llamaron la atención diversos factores. El más interesante de ellos era cómo países vecinos se conocían tan poco. Como adolescente, primeramente me llamó la atención el hecho de que grupos musicales podían regrabar clásicos del país vecino sin que se supiese que se trataba de *covers* y no de composiciones propias. Pero eso es lo de menos. La historia argentina es absolutamente desconocida por los brasileños y viceversa. Con todo, *lo que más me llamó la atención fue la inclinación al debate público y político en Argentina en contrapartida a la dificultad de organización política independiente en Brasil*". Las diferentes políticas que han recibido en Brasil y Argentina el enjuiciamiento y el castigo de responsables por graves violaciones a los derechos humanos, con frecuencia también son interpretadas en esta clave: coraje uruguayo o argentino frente a pusilanimidad brasileña. Véase, por ejemplo, Cunha (2011). Almeida destaca como un rasgo fuerte la escasa disposición para ejercer los propios derechos, como el de protestar contra el gobierno, incluso parando la producción.

33 Véase el siguiente testimonio: "Bueno, tal vez este sea un punto razonablemente establecido en suelo brasileño: se dice que el pueblo asistió idiotizado a la proclamación de la Independencia, así como a la de la República. Los argentinos, con todo, no tenían ni idea de eso: cuando les contaba que el colapso financiero por el que

mientras que desde otro sector muy diferente aplaudían las movilizaciones por la seguridad; pero siempre se ha dicho: "Los argentinos son decididos, participan, son comprometidos, exigentes, politizados, capaces de llenar la calle y las plazas y de echar a sus gobernantes, mientras que el pobre y sufrido pueblo brasileño, solo sabe aguantar, soportar". En todo caso, lo que está implícito en ese tipo de comentarios por parte de los brasileños es la percepción sobre unas hipotéticas apatía, despolitización y escasa disposición a la acción por parte del pueblo brasileño vs. una madura politización, o una sobrepolitización, según el caso, en los argentinos.[34]

El significante *pueblo* remite aun a significaciones muy diferentes en cada país. Mientras que en Brasil tiene una carga mucho más cultural que política, en la Argentina ocurre lo contrario, tiene una carga más política que cultural;[35] mientras que en Brasil el pueblo es presentado como un personaje secundario de una historia hecha principalmente por las élites, en la Argentina las masas populares ocupan un papel central en las ideas dominantes sobre el proceso histórico.[36] En la política argentina estarían presentes un fuerte componente plebiscitario (Sigal, 2006) y una decisiva

---

pasaron en 2000 (y toda la ciudad salió a la calle para hacer cacerolazos y destruir agencias bancarias) también había ocurrido, de modo parecido, en Brasil a inicios de los '90, yo les preguntaba si sabían lo que había sucedido aqui, la respuesta era que solamente podía haber sucedido igual que en la Argentina: el pueblo en las calles todo el tiempo, destrucciones a todo momento. Entonces les decía que, en realidad, algunos estudiantes se pintaron la cara y, después de algún tiempo, el presidente renunció debido a escándalos de corrupción. Y entonces los que se escandalizaban eran los propios argentinos que me escuchaban".

34 Es la clave en la que se explica Héctor Leis, por ejemplo: "Brasil se despolitizó, no hay más ideas ni programas de gobierno", sentencia el analista político argentino, quien a pesar de su visión crítica de ciertos aspectos de la sociedad brasileña habló siempre con pasión del país donde vivió por décadas (*La Capital*, 5-10-2010). "El tema de fondo es que Brasil se despolitizó. La base no es más política, sino social. No hay más ideas ni programas. Simplemente hay personas que están de acuerdo con la economía y que acompañan, pero no quieren enterarse de mucho. Entonces votan a quien Lula indique."

35 "Esta atracción o pregnancia de la política define así una perdurable marca de origen en la configuración de los intelectuales y escritores argentinos" (Terán, 2007). El rasgo da cuenta de una índole muy diferente de la lucha político-cultural en ambos países.

36 "Cuando en el siglo XIX se dice democracia no se está hablando de modo preponderante de un tipo de gobierno y de representatividad que en nuestro presente remite al principio del sufragio universal, sino de una pretensión o una realización de igualdad social [...] Furet: 'lo que Tocqueville llama la democracia es una cultura igualitarista mucho más que un estado de sociedad' [...] también para Sarmiento la democracia es un afán igualitarista [...] sostiene que en el análisis que propone es preciso darle su lugar a la democracia consagrada por la Revolución de 1810,

marca plebeya, lo que contrasta con Brasil, donde los liderazgos plebiscitarios tendrían una presencia mucho menos conspicua y estarían menos articulados a la plebe en acción que lo que lo están en el caso argentino.[37] Me parece de interés observar que, en el caso argentino, las luchas interregionales fueron en gran medida interpretadas como movimientos populares, alzamientos populares (caudillos, masas y lanzas, por caso), y no tanto como conflictos entre regiones; en el caso brasileño, por el contrario, los levantamientos, separatistas o no, fueron interpretados (hasta el de San Pablo de 1932 –una revuelta paulista contra Getúlio Vargas, a quien se le exigía una Constitución–) en una clave básicamente regional.

Ahora bien, sostengo que en el caso argentino, contrariamente a lo que establece la mayor parte de la literatura histórico-política –esto es, que en el componente plebiscitario prevalece el papel del líder–, las masas son el componente prevaleciente de esa relación, los relatos colectivos de las identidades populares otorgan ese papel dominante a las masas y gran parte de la literatura interpretativa hace otro tanto. Y esta prevalencia se debe tanto a la necesidad de convocar a las masas contra adversarios como los resabios del poder colonial, como a las divisiones de las propias élites.[38]

---

democracia que remite a igualdad; se trata de una igualdad en suma 'cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad'" (Terán).

37 Los observadores brasileños más sofisticados resaltan rápidamente la propensión de los argentinos a instaurar liderazgos, a organizar homéricas tragedias políticas, etc. Podríamos decir que de esta percepción se desprende la tendencia argentina a los personalismos plebiscitarios, en contraposición con la tendencia brasileña a los personalismos paternalistas. Dos formas de liderazgo muy diferentes, siendo la primera más movilizadora que la segunda.

38 "La manera en que fue hecha la independencia del Brasil impidió que emergieran entre nosotros figuras como las de los generales libertadores que pueblan la historia de los países de las excolonias españolas [...]. El Brasil, hasta la Guerra del Paraguay, no tenía héroes militares". Se da así un proceso de modernización y valorización lenta del ejército. Con dos consecuencias: ausencia de interferencia militar en la vida política por lo menos hasta 1868 y culto al civilismo. Los países vecinos, con caudillos y revoluciones constantes, eran ejemplos de barbarie. El civilismo era considerado una de las mayores evidencias de superioridad del sistema de gobierno brasileño (Murilo de Carvalho, 2007). Explica Fausto que el Ejército brasileño se fue consolidando con el correr de la guerra; hasta entonces, el Imperio contaba con un reducido cuerpo profesional de oficiales y encontraba muchas dificultades para ampliar los efectivos. No había servicio militar obligatorio, sino un sorteo muy restringido. Los componentes de la Guardia Nacional, que eran la gran mayoría de la población blanca, estaban exceptuados. Hasta la Guerra del Paraguay, la milicia *gaúcha* dio cuenta de las campañas militares de Brasil en el Plata, pero se reveló incapaz de enfrentar un ejército moderno como el paraguayo.

La convicción argentina y de las corrientes historiográficas acerca del papel central que las masas juegan en la historia argentina se puede ilustrar con Bartolomé Mitre, en su análisis del primer acontecimiento míticamente patrio, Mayo de 1810. Creo que vale la pena recurrir a él precisamente por ser Mitre el padre de la historiografía "liberal", la primera escuela historiográfica argentina, lugar en el que, para el lector desprevenido, puede ser menos previsible encontrar a las masas.

Para Mitre, la resistencia a las invasiones inglesas, pocos años antes, había requerido la participación popular desatando una activación irreversible:

> Las victorias de la Reconquista y la Defensa, y las pasiones tumultuosas que estos sucesos exaltaron en todas las clases del Estado, dieron a la vida pública de la colonia un movimiento extraordinario. Los estrechos límites del foro argentino se ensancharon. El espíritu público de los nativos se despertó pujante, y por la vez primera se les vio tomar parte de la gestión de los negocios comunes, con voz y voto en ellos.

Al perfilarse el "partido español" y el "partido patriota representado por los nativos", las cabezas del partido patriota se apalancarían, nos cuenta Mitre, en la fuerza popular, sea en las calles, sea en los cuarteles. El impulso orientador del mismo es fundante del principio de legitimidad popular en la Argentina, de un modo que contrasta agudamente con la persistencia de un principio de legitimidad monárquico tradicional en Brasil. En efecto, el partido patriota sostenía "como un indudable principio que toda autoridad es del pueblo y que este solo puede delegarla". Pero la obstinada resistencia del partido español será, para Mitre, la causa eficiente del protagonismo popular. Y por lo tanto, cabe agregar, de la formación de un imaginario político en el que lo popular tenderá a separarse de la forma de gobierno monárquica a la que, en principio, daba sustento.

Para Mitre, la dinámica de Mayo será la de una interacción entre el pueblo (en la calle y los cuarteles) y las cabezas de la Revolución. Estas presionarían una y otra vez a los españoles reacios con el peso "del pueblo en convulsión" en un proceso que culminaría con la acción de masas desbordando a sus vacilantes dirigentes y produciendo por sí misma el desenlace deseado. El grupo patriota

> [...] veía que podía contar con un nuevo elemento que hasta entonces no había entrado en sus cálculos sino como entidad pasiva. Este elemento era el pueblo, que según el plan acordado debía apoyar el movimiento, pero sin tomar en él una participación directa. Pero en presencia del

> giro inesperado que iban a tomar los sucesos, vieron que no podían prescindir de poner en movimiento esta palanca irresistible de las nuevas ideas. Desatado el torrente popular, *no era posible darle dirección sino confundiéndose con él.*

Mitre continúa su relato de la saga revolucionaria como el de un advenimiento:

> El Cabildo no creía en el pueblo. Le parecía sin duda un sueño que en una colonia esclavizada surgiera repentinamente esta nueva entidad [...]. Oyéronse grandes golpes dados sobre las puertas por la mano robusta del pueblo, dominando el tumulto las voces de French y Berutti que repetían "El pueblo quiere saber de lo qué se trata" [...]. Disponíase el Cabildo a acceder a los deseos manifestados por el pueblo; pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse a una nueva contrarrevolución.

En suma, sostiene Mitre:

> Un nuevo actor del drama revolucionario va a presentarse en la escena política: el pueblo de la plaza pública, que no discute, pero que marcha en columna cerrada apoyando y a veces iniciando por instinto los grandes movimientos que deciden sus destinos [...]. Tanto los patriotas que encabezaban el movimiento revolucionario como los españoles que en el Cabildo abierto habían cedido al empuje de la opinión, todos pertenecían a lo que podía llamarse la parte aristocrática de la sociedad. Las tendencias de ambas fracciones eran esencialmente conservadoras en cuanto a la subsistencia del orden público, y esto hacía que se encontrasen de acuerdo en un punto capital, cual era el de impedir que el populacho tomase en la gestión de los negocios públicos una participación activa y directa. El populacho era el pueblo que había formado el ejército de la Reconquista, el que había obligado al Cabildo y la Audiencia de 1806 a deponer al virrey Sobremonte, y el mismo que, después de aclamar a Liniers, por su caudillo, había hecho la defensa de Buenos Aires y consolidado con su decisión la preponderancia de los nativos sobre los españoles europeos. Esta era la reserva de la revolución. Los patriotas moderados temían los desórdenes a que podía entregarse un pueblo repentinamente emancipado [...] creían que el triunfo de la libertad sería manchado con excesos, que solo podrían evitarse manteniendo la agitación de las regiones superiores de la sociedad, para re-

solver la crisis por medios puramente pacíficos y parlamentarios. Esto explica por qué la mayoría había delegado en el Cabildo la facultad de nombrar la Junta de Gobierno.

Esto es importante, porque lo que nos está explicando –o más bien interpretando– Mitre es que, a su criterio, tuvo lugar esta secuencia:[39] los patriotas en su mayoría temían el protagonismo popular; esto los condujo a salidas de compromiso, delegando en el Cabildo la autoridad de formar una junta; estas vacilaciones fueron aprovechadas por el Cabildo (que reintrodujo por la ventana al virrey que había salido por la puerta); los enredos del Cabildo lograron dividir y desconcertar a los patriotas; en ese cuadro, tuvo lugar un cambio sustancial en el papel de las masas, que pasaron a actuar por sí mismas, corrigiendo las consecuencias de las vacilaciones del partido patriótico, originadas precisamente en el temor a que el pueblo actuase por su cuenta. Bien es verdad que Mitre no puede sostener limpiamente este argumento, pues ahí están French y Berutti, agentes populares de Belgrano y Rodríguez Peña, presentes en todos los acontecimientos de la calle y la plaza, y hasta redactando "por inspiración" la composición de la futura junta. Pero en todo caso, su explicación es la ya señalada: una vez activadas las masas, ya no era posible sino fundirse a ellas para darles dirección.

La impresión que se lleva el lector de las páginas en las que Mitre relata los acontecimientos de Mayo (y que parecen inspiradas por las claves interpretativas consagradas por la historiografía del siglo XIX sobre la Revolución Francesa) es que el pueblo ha aparecido para quedarse y que el expediente de confundirse con él para dirigirlo sería, de allí en adelante, el modo insoslayable de hacer política, del que dependerían la anarquía y el orden. Y, en efecto, cuando más adelante da cuenta de la insurrección de la Banda Oriental, nos dice Mitre que:

> [...] una parte de la campaña de la Banda Oriental se insurreccionaba espontáneamente, levantando la bandera de la revolución [...]. La miserable población de Belén fue la primera [...]. La humilde Capilla de Mercedes lo repitió [...]. Su ejemplo fue seguido por todos los pueblos situados sobre la margen izquierda del Uruguay [...]. El instinto popular dirigía a aquellas masas conmovidas por el soplo revolucionario, y de su seno surgían caudillos que se disputaban la supremacía, sin tener

39 Esta secuencia también se me asemejó a la discusión de la Ley Sáenz Peña, como un salto al vacío vs. jugada estratégica que plantea Botana en el libro sobre el Orden Conservador.

> ninguno de ellos la capacidad ni la energía suficientes para dominarlas. Belgrano era el hombre indicado para encaminar aquel movimiento.

Y la dinámica según la cual el pueblo es convocado porque ya no es posible prescindir de él aparecerá reiteradamente en la pluma de Mitre. Claro que para este, en la mayoría de los casos, el pueblo de Buenos Aires hará patente sus virtudes cívicas, mientras que en las restantes provincias las masas "semibárbaras" mostrarán "tendencias anárquicas". El proceso por el cual esas tendencias, aquello que denomina "guerra social", se desatan abiertamente ("Puesto en pugna el centralismo gubernamental, con el localismo popular"), culminando en el colapso del gobierno de Buenos Aires y en la anarquía en 1820, será explicado por Mitre como una eclosión de las fuerzas populares ciegas y sin freno.

Así, la centralidad y el protagonismo de las masas parecen irreversibles, pero estas se han apartado de las virtudes instintivas para poner de manifiesto un turbulento plebeyismo. Nace entonces la figura de la *hybris* que acompañará como la sombra al cuerpo relatos políticos e históricos sobre los procesos argentinos: [40]

> [...] la mayoría ignorante llamada a obrar y combatir, y por lo tanto a influir de hecho, y por consecuencia a pensar como podía y sabía para ejercer esas funciones, no se hallaba al nivel de la inteligencia que primero concibió la revolución, la llevó a cabo y la organizó civilmente, contando para hacerla triunfar con fuerzas que estimó poderosas, pero cuya energía no pudo calcular bien de antemano. De este desnivel era consecuencia lógica la reacción de las masas plebeyas, su insurrección, y la anarquía también [...]. Llamadas las masas sin preparación a tomar parte en el gobierno, era natural que la tomaran de hecho, primero en la guerra, luego en la política militante, y crearan según sus nociones, poderes a imagen y semejanza suya, que representasen sus instintos

40 Terán (2007): "Instrumento ciego pero lleno de vida de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular; adverso a la monarquía como a la república, porque ambas venían de la ciudad y traían aparejado un orden y la consagración de la autoridad" (esto es muy importante: Sarmiento sostiene el rechazo a la autoridad, la antipatía a toda autoridad, como propio de la campaña. Y son las masas rurales las que se activan convocadas por las ciudades y la revolución: "[...] las guerras de la independencia primero, y civiles después, liberaron y activaron el mundo rural y bárbaro compuesto por las masas gauchas y sus caudillos. De allí en más doble y simultánea lucha [...] la revolución triunfó sobre los realistas y el campo sobre la ciudad".

> enérgicos o brutales [...]. Tal fue el origen de los caudillos populares de la anarquía argentina. Estos caudillos, elegidos unos, impuestos otros, salidos de la misma masa [...] se hicieron la encarnación de esa democracia indisciplinada.[41]

De tal modo, si las masas sepultan cualquier ilusión que pudiera abrigarse en torno a la legitimidad de un régimen monárquico, lo hacen, en la lectura histórica de Mitre, no para instaurar un orden republicano, sino para abrir paso al caudillismo y la anarquía.[42] La figura de la *hybris* nos hace percibir una lectura según la cual la participación (excesiva) borra el espacio de representación.

Desde luego que en las corrientes historiográficas argentinas están quienes ven en las masas virtudes inmanentes,[43] tanto como aquellos que las consideran portadoras de males incurables, así como los que no les asignan de antemano ninguna positividad o negatividad; pero de un modo u otro todas consideran necesario otorgar centralidad a las masas en sus esquemas interpretativos. Tulio Halperin Donghi, por ejemplo, edifica su interpretación del rosismo a partir de la capacidad de Juan Manuel de Rosas de activación controlada de la plebe de Buenos Aires, como instrumento para mantener a raya a la élite porteña. En otras palabras, el caudillo capaz de activar y asimismo de controlar la *hybris* popular.

Es llamativa la existencia de un polo complementario, pero no opuesto, al de las masas, en la figura plebeya y rebelde (al menos en las lecturas predominantes, pero sin duda de modo bastante fiel al texto) del gaucho

41 Para Sarmiento, la revolución rompió la cápsula que mantenía aislada a la campaña en el momento en que las ciudades llaman a una tercera entidad en su apoyo: las masas rurales (Sarmiento lo ilustra con Artigas) (Terán, 2007).

42 La pintura de masas insurreccionadas que hace Mitre puede ponderarse según un trabajo de Tulio Halperin Donghi (*Revolución y guerra*): "La Ciudad de Buenos Aires tenía una experiencia política previa en las invasiones inglesas y su población tenía una suerte de predisposición a volcarse a la política, sin paralelo en el resto del país. En el interior, la Revolución se delimitó a las élites y estas se vieron obligadas a llevar adelante una tarea de reclutamiento entre la población. Así la formación de milicias fue más difícil y mucho menos espontánea que en el caso de Buenos Aires. No hay que olvidar que la movilización implicaba que los reclutados debían abandonar su lugar de residencia y sus hogares. Hubo además, razones económicas. Mientras en Buenos Aires el reclutamiento se realizó antes de la Revolución con fondos abundantes del tesoro regio, en el interior, la movilización exigió sacrificios para los tesoros públicos locales".

43 Es por supuesto el caso de Scalabrini Ortiz, quien recurre a una metáfora muy peculiar para dar cuenta del 17 de octubre de 1945: "El subsuelo de la patria sublevado". Son las masas como subsuelo de la patria el rasgo fuerte de esta metáfora.

Martín Fierro. Martín Fierro es un héroe, y como todo héroe actúa en soledad y su rebeldía está condenada de antemano o, más exactamente, condenada a un fracaso redentor. Son estas tensiones las que generalmente se expresan en las interpretaciones sobre el mismo, mucho más que lo que podría considerarse como un liberalismo popular *avant la lettre* en su crítica de las relaciones entre autoridad y ley.[44] Las masas populares están completamente ausentes del poema gauchesco; pero el plebeyismo y la rebeldía así como la *hybris* de Fierro lo aproximan a ellas.

La centralidad de las masas en la historia argentina como clave interpretativa se mantendrá a lo largo del tiempo, y se reforzará notoriamente en la historiografía de los '60 y '70 del siglo pasado. Influidos por la propia activación de masas de esas décadas, muchos autores escribirán y reescribirán "bajo el signo de las masas" (Altamirano, 1999) el presente y el pasado. Este modo de escritura lleva hasta límites insospechados la lectura de la historia con las masas como protagonistas. Así, en los '60 y '70 los temores de los sectores conservadores y las esperanzas de los sectores radicales se centraban en la misma cosa: la capacidad de acción de las masas populares. Pero, en suma, el signo de las masas es una clave de lectura que impregna tanto corrientes historiográficas como el sentido común y la cultura política argentinas. Actualmente, para algunos autores, la clave interpretativa masas-líder no ha perdido nada de su vigencia en la Argentina.[45]

44 El padre António Conselheiro, protagonista principal de la guerra de Canudos, está lejísimo de alcanzar la condición de emblema cultural como Martín Fierro, pero se rebela contra el Estado liberal oligárquico y es perseguido por él. Su rebelión se concreta en una clave milenarista ultrarreaccionaria; es un caso más de los tantos de reacciones populares conservadoras brasileñas, poco conocidas en la Argentina. Pero, contra lo que sería de esperar conforme a los patrones interpretativos con que nos estamos manejando, mientras Conselheiro resiste hasta el final, Martín Fierro se reconcilia. Esto no impidió el extraordinario éxito del poema en el mundo rural. Mientras que era imposible que sucediera algo parecido, claro, con *Los sertones*, de Euclides da Cunha (incluso debido a la naturaleza cultísima del libro).

45 Shumway (2011; 29-01-2012, *Clarín*): "¿Eso [el misticismo de un Scalabrini Ortiz] define también una identidad nuestra? Sí, una identidad muy actual. Porque para Scalabrini, el sistema de un caudillo auténtico unido a su pueblo es más democrático que las instituciones liberales, porque el caudillo articula la voluntad del pueblo. Una nota al pie: cuando el Che Guevara vive el socialismo en Cuba, su defensa de Fidel Castro es exactamente igual. Dice que Fidel representa la voluntad del pueblo auténtico, y no del pueblo vendido y europeizante. Por otra parte, lo interesante de Scalabrini es que parece refutar el modelo de Sarmiento. Sarmiento dice que la tierra tiene que ser conquistada, domada, y que la única forma de impedir que llegue otro Rosas es cambiando el pueblo y la tierra. Scalabrini toma exactamente esas ideas y dice: la tierra y el pueblo producen al caudillo".

Entre tanto, ¿cuáles son las percepciones brasileñas sobre las masas populares? Gilberto Freyre (2007) derivaba el papel subordinado que históricamente han desempeñado los sectores populares en Brasil de la pieza central de su hermenéutica, la familia patriarcal:

> Se transforma el sadismo del niño o adolescente en el gusto de mandar [...] tantas veces manifestado por el señor de ingenio cuando hombre adulto [...] en el simple y puro gusto de mando, característico de todo brasileño nacido o criado en una casa-grande de ingenio [...]. Pero ese sadismo de señor y el correspondiente masoquismo de esclavo, excediendo la esfera de la vida sexual y doméstica, se ha hecho sentir a través de nuestra formación, en un campo más amplio: social y político. Creemos sorprenderlo en nuestra vida política, donde el mandonismo siempre ha encontrado víctimas en quien ejercerse con refinamientos a veces sádicos [...]. Nuestra tradición revolucionaria, liberal, demagógica, es superficial y limitada a focos de fácil profilaxis política: *en lo íntimo, lo que el grueso de lo que se puede llamar "pueblo brasileño" todavía disfruta es la presión sobre él de un gobierno viril y corajudamente autocrático*.[46]

Se podría decir que el gusto de algunos por mandar y de muchos por obedecer (a un gobierno viril) es lo que, según este relato, hace de Brasil un país de orden. También se puede entender la aparición, mucho más temprana en Brasil, de formas universales de dominio como el clientelismo (emblematizado por el *voto de cabestro*, a través del cual los votantes obligados proporcionan a los señores un amplio control electoral), que mostrarían una pauta más dominada por el temor que por el gusto.

Pero volviendo a Freyre (*ibid.*), las condiciones iniciales del patrimonialismo y el mandonismo radicarían en que:

> Todo se dejó a la iniciativa particular. Los gastos de instalación. Los encargos de defensa militar de la colonia. Pero también los privilegios de mando y de jurisdicción sobre tierras enormes [...] acrecentándose al dominio sobre tierras tan vastas, derechos de señores feudales sobre la gente [...]. Claro que de ello solo podría resultar lo que resultó: de

46 En arreglo a estudios actitudinales recientes (Almeida, 2007), en Brasil, la mayoría de la población, con escolaridad baja, prefiere un Estado más fuerte. La mentalidad antiliberal es dominante. La extrema desigualdad y la percepción de la falta de oportunidades tornan mucho más fuerte la mentalidad paternalista: el gobierno es el padre de los pobres y no puede desentenderse de ese papel.

> ventajoso, el desenvolvimiento de la iniciativa particular estimulado en sus instintos de posesión y de mando; de maléfico, el monocultivo desmedido. El mandonismo de los propietarios de tierras y esclavos.

Esta interpretación –en suma, las condiciones iniciales de la desigualdad–, en la que el Estado está prácticamente ausente (o, por lo menos, el Estado no sería más que un ente lejano y de alcance limitado, e inalcanzable para los grupos populares), se aproxima más a la de autores como Oliveira Viana, que perciben en los propietarios de tierras esclavistas el principio de la organización social, que a la de Raimundo Faoro, que subraya el Estado patrimonialista y el capitalismo político brasileños. Pero, en todos los casos, los sectores populares son actores de reparto y con papeles completamente secundarios. Lo que en muchas regiones deriva, por supuesto, de su casi inexistencia entre los señores y los esclavos.

Benzaquen de Araújo (1994) enfatiza el carácter esencialmente privado y familiar, según Freyre, de la colonización del Brasil. Citando a Freyre: "La familia, no el individuo, ni tampoco el Estado ni ninguna compañía de comercio [...] es el gran factor colonizador en Brasil [...] la fuerza social que se desdobla en política, constituyéndose en la aristocracia colonial más fuerte de América. Sobre ella el rey de Portugal casi reina sin gobernar". Pero Benzaquen no deja de observar que

> [...] esa preponderancia virtualmente absoluta de la "iniciativa particular" terminó por mostrarse casi incapaz de asegurar algún orden y tranquilidad para la vida "bajo el régimen de economía patriarcal". Por el contrario, el escenario diseñado por Freyre exhibe hondas y casi ineludibles divergencias *entre* las casas grandes, redundando en "luchas tremendas".

Esto me parece importante porque sienta las bases de una forma de manejo de la camada más baja de la población –los esclavos– cuya matriz se consolidará y tenderá a reproducirse:

> Esos conflictos dan la impresión –agrega Benzaquen– de acarrear una relativa cancelación de las divisiones que ocurrían dentro de las casas-grandes, pues hasta los esclavos podían entonces ser encontrados "siempre fieles y valientes al lado de los señores. Peleando, muriendo por ellos".

Es decir, la participación popular en los conflictos brasileños y argentinos de aquella época en que se configuraron matrices (y lecturas de las mismas)

estuvo dominada por la diferencia crucial de la esclavitud. Mientras que en el Plata se activaron masas de hombres libres, agregados en contingentes suficientemente numerosos como para enfrentar fuerzas militares, otros caudillos, etc., en Brasil se utilizaron masas de esclavos, especialmente en luchas entre clanes. Y todo ello tuvo efectos de largo plazo. Porque mientras que en Brasil fue relativamente fácil y permanente mantener a las masas a distancia de la política, en la Argentina las masas fueron recurrentemente convocadas a la misma, y muchas veces, parafraseando a Mitre, desatado el torrente popular, era posible liderarlo, pero al precio de identificarse con su movimiento. Una de las razones para esto fue la de las agudas divisiones interélite.

Y la educación recibida por los señores en el seno de la familia patriarcal que nos pinta Freyre evoca, no obstante su condición de parte de un mundo rural, vínculos que décadas atrás había descripto Machado de Assis para la vida urbana en la capital del Imperio:

> Desde los cinco años me había ganado el apodo de "chico diablo"; y verdaderamente no era otra cosa; fui de los malignos de mi tiempo, astuto, indiscreto, revoltoso y animoso. Por ejemplo, un día quebré la cabeza de una esclava, porque me había negado una cuchara de dulce de coco que estaba haciendo y, no satisfecho con la maldad, tiré un puñado de ceniza en la cacerola e, insatisfecho con la travesura, fui a decirle a mi madre que la esclava había arruinado el dulce por capricho; yo tenía apenas seis años. Prudencio, un mocoso de la casa, era mi caballo de todos los días; ponía las manos en el suelo, recibía un cordel en las mandíbulas, a modo de freno, yo le subía al dorso, con una varita en la mano, lo fustigaba, daba mil vueltas para un lado y para otro, y él obedecía –algunas veces, gimiendo– pero obedecía sin decir palabra o, cuanto mucho, "*ai, nhonhô*", a lo que yo retrucaba: "*Cala a boca, besta!*".

Lo más significativo de este pasaje de las *Memórias Póstumas de Bras Cubas* es que el protagonista, años después, encontrará casualmente a su víctima, ya liberto, azotando duramente a un esclavo, y acompañando el castigo furioso con la misma exclamación: "*Cala a boca, besta!*". Mientras la escasa energía del esclavo se desvanece en el mimetismo con el señor, la capa de hombres libres entre uno y otro es estrecha, débil y dependiente.

Esta ausencia de las masas sugerida en la novela de Machado, salta de la vida privada a la política aun en el caso de una experiencia populista. "*Governo popular, Ministério reacionário; por muito tempo ainda terá que ser assim*", se atribuye el comentario a Getúlio Vargas, a comienzos de su

mandato por elecciones en 1950. Encontramos elitismo y composición como marcas distintivas también en estas experiencias.

En última instancia, elitismo y composición sentarían las bases de la modernización híbrida del Estado brasileño.[47] Y la comparación al respecto es interesante. En Brasil, Vargas pudo crear (Departamento Administrativo do Serviço Público, Dasp) organismos de selección meritocrática que perduraron y sustentaron luego las políticas desarrollistas (Sikkink, 2009). En la Argentina, ya sea los gobiernos democráticos, sea los autoritarios, o bien no pudieron disfrutar de una dosis de autonomía suficiente como para implantar un servicio público modernizado, o bien se dedicaron a destruir los esfuerzos de sus antecesores en ese sentido. Como observa Persello (2013), las iniciativas (de innovación institucional, a partir de los años treinta) "[...] corrieron la misma suerte que todas las iniciativas legislativas anteriores elaboradas en el mismo sentido –y con las que le siguieron–. Todos los sectores políticos se manifestaban en coincidencia aunque una vez en el gobierno parecían no estar dispuestos a perder el poder de nominación". Ese poder de nominación era indispensable, es obvio, para mantener en condiciones sus propias bases políticas. Persello sostiene:

> Las juntas y comisiones creadas por el gobierno de Uriburu en parte podrían pensarse como figuras de reemplazo del Parlamento disuelto, sin embargo, sus antecedentes en la administración alvearista y su continuidad, superada la coyuntura del gobierno provisional, nos obliga a asumirlas como nuevas formas de articulación entre el Estado y la so-

47 Y, también en última instancia, en el elitismo y la composición radicarían las bases de la eficiencia del mismo. Considérese el siguiente testimonio: "Yo mismo he tenido la experiencia, en tratativas a nivel gubernamental por cuestiones energéticas (conexiones eléctricas, emprendimientos hidroeléctricos binacionales sobre el tramo compartido del Río Uruguay-Garabí-Panambí, cooperación nuclear, UNASUR), de la habilidad y preparación con que las delegaciones de ese país encaran la negociación de las diferentes iniciativas. Las delegaciones brasileñas son normalmente numerosas y están integradas por funcionarios calificados de las diferentes reparticiones públicas involucradas en el tema (la meritocracia de alguna forma allí funciona). Las decisiones las toman en conjunto y tienen un vocero que las expone. Si es necesario consultan a las autoridades superiores en su país ralentizando su participación en el evento en cuestión hasta que reciben la respuesta requerida. Cuando se niegan a acordar un tema o un punto de una cuestión lo hacen de una manera muy amable evitando la confrontación. Difícilmente sus afirmaciones son tajantes: muchas veces dejan la puerta entornada (obviamente a su favor). Voy a obviar describir la conducta de las delegaciones argentinas que yo viví, por cuestiones de pudor y vergüenza ajena".

> ciedad, nuevas interacciones entre organizaciones de interés, partidos políticos, instituciones representativas y burocracia estatal.

Queda claro que no hubo un momento de creación institucional apalancado en la autonomía política como sí lo hubo durante el varguismo (hay una excepción conspicua que es la política tributaria, donde se avanzó del mismo modo que en Brasil). Para el caso argentino, alega Sikkink, no existía autonomía alguna, y los ocupantes de los organismos de fijación de políticas eran representantes de los intereses sectoriales. Los organismos que a la sazón se creaban en Brasil parecían disfrutar de mayor autonomía *vis a vis* los agentes económicos.

Estos formatos interpretativos tan diferentes, centrado uno en el protagonismo de las masas y otro en la voluntad arbitraria de las élites, están presentes en las formas de entender los procesos históricos de ambos países. Se trata efectivamente de patrones interpretativos. Lo ilustra el siguiente memorándum del embajador John William Cooke (Winand, 2010):

> Cabe destacar que, en cuanto la formulación de la política exterior argentina está basada, como las principales premisas de su gobierno, en la voluntad y las tendencias populares, la conducción internacional de la posición brasileña depende completamente del pensamiento de una minoría que dirige Itamaraty y que se forma dentro de las concepciones del Barão do Rio Branco, modificándolas muy levemente y sin acompañar el compás de los acontecimientos modernos.

Naturalmente que la formulación de la política exterior argentina no estaba basada en las "tendencias populares", sino en las directivas del general Perón, pero Cooke creía en lo que escribía.

En Brasil, con el paso del tiempo, se fue dando lugar a un patrón híbrido. Es el ejemplo de los dirigentes de origen sindical del Partido dos Trabalhadores (PT). Esos dirigentes de extracción laboral aplican políticas sensatas, mal que les pese (el PT ha acompañado la economía lulista a disgusto), porque son parte de una aristocracia obrera muy asentada y con profundas raíces en la economía capitalista brasileña (fondos de pensión, directorios de la infinidad de empresas públicas, altas burocracias públicas, etc.). Lo de los jóvenes que participaron en la lucha armada, y ahora ocupan cargos altos en la jerarquía petista, o en el gobierno, aunque no se pueda generalizar (y el fenómeno no tiene la envergadura que tuvo en la Argentina), no es asombroso, es un caso más de la capacidad de cooptación del sistema brasileño. Pero en todo caso ellos acompañan, no como un grupo, y no

fijan el rumbo. En general, lo que se ha ido produciendo a lo largo de los años en Brasil (y el fenómeno del lulismo no es una excepción al caso) es una serie de incorporaciones sucesivas y controladas desde arriba, siendo las élites el polo dominante y con poca activación popular. Yo diría que el PT en el gobierno, y más precisamente el lulismo, es la culminación feliz de este proceso. Si se me permite la ironía, Dios ha bendecido al capitalismo brasileño. ¡Compárese con los movimientos de La Cámpora, Vatayón Militante y otras formaciones que parecen más bien grupos de choque (aunque no lo sean)[48] a lo largo y lo ancho del sector público en la Argentina! La hiperpolitización plebeya del Estado se turna con su asalto por parte de élites sociales y corporativas (por lo general durante los gobiernos autoritarios).[49]

En definitiva, el movimiento principal de la política brasileña en el siglo XX se dio entre élites, en el ámbito regional. El poder político osciló entre el gobierno federal y los estados, entre élites centralizadoras y descentralizadoras del poder, en lo que se denomina actualmente el "eje federativo", horizontal. Ya en la Argentina el movimiento principal de la política se dio en torno del eje social, vertical, entre élites y sectores sociales populares. Esta hipótesis, considero, se sostiene bien si tenemos en cuenta las periodizaciones más convincentes, para cada caso, a lo largo del siglo.

Una ilustración de cómo el eje horizontal pesó en Brasil mucho más que el vertical, nos la da el hecho de que los militares de 1964 durante los primeros años del régimen, si por un lado reprimieron las formas autó-

48 La Cámpora no es puro aparato ni empleo público, tiene también un componente importante de militantes, que refleja la mística que el kirchnerismo ha suscitado. Es esa combinación lo que le otorga su carácter más revulsivo.

49 En la Argentina claramente la percepción social es la de que la dirigencia política está por debajo de la calidad de la sociedad. En Brasil no ocurre exactamente lo contrario, pero, en general, no se percibe una brecha tan amplia y por otra parte se entiende que hay dirigentes que están por encima del nivel social medio. Por poco aquí también se verifica el contraste entre la tradición plebeya y la tradición elitista. La siguiente conversación entre tres cariocas es ilustrativa: "—Hablan de las élites, pero [en un episodio en el cual un camión volcado es saqueado por los vecinos] se ve que hay una cultura general de falta de respeto por las leyes". "—Pero para los pobres, desconocer las leyes es la única forma que tienen de mejorar su situación un poco" [no se refiere estrictamente al delito, y me parece que en la medida en que los ricos desconocen la ley, y la corrupción es parte de ese desconocimiento, difícilmente los pobres puedan evitar hacerlo]. "— Ellos no ignoran que a largo plazo es perjudicial para todos, pero a corto plazo obtienen un beneficio". "—No existe para ellos el largo plazo". El desahogo de Joaquim Barbosa ya citado también ilustra muy bien esta tendencia tan diferente de la argentina.

nomas de acción y organización popular, por otro abrieron a los trabajadores rurales las puertas de la sindicalización, del sistema previsional y del sistema electoral (la cuestión de los trabajadores agrarios había sido uno de los temas más irritantes para el arco "anticomunista", que pesó en la caída de *Yango* Goulart). O sea, ese proceso gradual de incorporación muy controlada, que fue dando forma a los sectores populares, no se interrumpió bajo el régimen autoritario a partir de 1964,[50] y los militares autoritarios, en un capítulo más del ejercicio de una capacidad estatal de cooptar y dar forma desde arriba, no temieron presidir la incorporación de los sectores rurales cuya movilización había sido una pesadilla para las élites conservadoras hasta 1964. La cara argentina de la moneda es, como lo analiza con maestría Guillermo O'Donnell en su texto *Estado y alianzas en Argentina*, el Estado como tierra arrasada, moviéndose pasivamente al compás de los enfrentamientos sociales.[51]

En lo que se refiere a la Argentina, sucesivas experiencias, extraordinariamente significativas, de ampliación del sistema político, con patente incorporación de sectores sociales hasta entonces excluidos, dieron lugar a consiguientes respuestas reaccionarias y excluyentes, en un registro desconocido en Brasil. Estos avances y retrocesos no representaron una maduración acumulativa del sistema político y mucho menos un desarrollo de autonomía y capacidades estatales. Esto queda bien claro en aquellas experiencias políticas más propicias al análisis comparativo, como el populismo. No es por casualidad que el concepto de *ciudadanía regulada* surgió en un texto brillante de un brasileño, Wanderley Guilherme dos Santos, y no en un texto argentino. La propia idea de populismo como "Estado de compromiso", de Francisco Weffort, es también brasileña.

La dimensión de incorporación política preventiva y controlada tiene en el caso brasileño una centralidad de la que carece en el caso argentino. Intentar entender el peronismo con esa óptica sería francamente imposible. Lo mismo acontece con nuestras comunes experiencias autoritarias. El modelo de Guillermo O'Donnell de *régimen burocrático autoritario* es

50 El activismo estatal autoritario comprendió el campo cultural, que fue así objeto de una política típicamente brasileña de reforma desde arriba. Como señala Ortiz, "Ahora, en los últimos 20 años [1965-1985] el crecimiento y la diferenciación de este espacio [la sociedad civil] dan una nueva configuración al campo de la cultura [...] pero conjunto amplio de administradores culturales estatales [...] toda manifestación popular tiende por tanto a ser insertada en un espacio de subordinación que arbitrariamente es impuesto desde lo alto. El problema se presenta como relación de fuerzas, no como alienación".

51 También Mallon y Sourouille en *La economía de una sociedad conflictiva*.

útil para comprender la trayectoria del régimen militar brasileño en sus diferentes etapas entre 1964 y 1985. Sin embargo, en el caso argentino solamente permite entender la dictadura implantada en 1966. Ya la consideración del "Proceso" (la dictadura militar entre 1976 y 1983) nos obliga a una conceptualización muy diferente, a una identificación de la dictadura argentina con regímenes política y económicamente reaccionarios y neoliberales (o neoconservadores), y ultrarrepresivos, aproximándolo mucho más al autoritarismo chileno de Pinochet. Como el Chile de Pinochet, la Argentina de la atroz dictadura 76-83 tiene a sus espaldas un fuerte proceso de activación de masas percibido por los militares (y por muchísimos civiles) como una severa amenaza al orden capitalista (y al orden *tout court*).[52]

De forma complementaria podemos decir que la dinámica política brasileña está marcada por la estrategia de la composición –a veces denominada "gramática de conciliación"– en tanto que la dinámica política argentina es de contraposición.[53] Aquí recuperamos la distinción de raíz clásica de Norberto Bobbio y Michelángelo Bovero entre política como composición y política como contraposición. Creo que esta perspectiva es complementaria porque la composición es eficaz, aun cuando por definición sea excluyente.[54] No hay composición sin terceros que quedan excluidos (y, de hecho, las grandes composiciones brasileñas durante el siglo XX,

52 Elementalmente, Brasil no conoció esos niveles de activación que brotan del proceso histórico argentino. "Este hecho se vincula de manera compleja a que una sociedad menos jerarquizada que Brasil no se traduce en una sociedad menos autoritaria y violenta. De hecho, es justamente 'porque la sociedad brasileña está tan estructurada [...] que el régimen autoritario brasileño [...] ha sido mucho menos autoritario que sus congéneres del Cono Sur'. Así un país menos jerárquico como la Argentina terminó siendo un país más represivo y autoritario" (O'Donnell). Con niveles de contestación y amenaza prácticamente inexistentes en Brasil, hay cierta consonancia entre el movimiento pendular entre élites y masas y el rechazo plebeyo al orden instituido por las élites en Argentina. Mientras que, como sostiene Germani, los peronistas vivieron (a su modo) una experiencia de democracia social, la represión apuntó a poner en su lugar al rebelde.

53 Obsérvese la percepción de Fabio Giambiaggi, un brasileño naturalizado (*O Globo*, 6-12-2011): "Varias veces escribí a favor de la búsqueda de consensos, y el hecho de que existan diferentes grupos que se sucedan en el poder y compartan ciertas políticas habla bien de un país. Las buenas relaciones de la presidente Dilma con FHC le hacen bien al alma nacional. Provengo de la Argentina, donde la negativa a sentarse a la mesa con quien piensa diferente es cultivada como un valor por los más diferentes grupos".

54 La composición es más factible si se deja a alguien afuera de ella; esto es lo que sucedió sistemáticamente en Brasil en el siglo XX y no en la Argentina (donde se terminaba cada ciclo excluyendo violentamente al sector popular, es decir, sin composición de ningún tipo).

los grandes "compromisos", dejaron afuera a las masas rurales hasta mediados de siglo y hasta recientemente a gran parte de las masas populares urbanas).[55] La facciosidad e intolerancia de la cultura argentina histórica se contrapone a la universalidad brasileña del *jeito* (cuyo equivalente aproximado sería *cancha* para arreglar informalmente, y que se aproxima a la práctica del *hombre cordial* de Buarque de Holanda, al personalizar los vínculos desconociendo los lazos impersonales). Los políticos que conciben la política como composición no omiten la lucha, pero entienden que lo principal es la negociación, las transacciones, que permiten alcanzar resultados, "consensos", parcialmente satisfactorios para las partes pero (tal su convencimiento) colectivamente beneficiosos y en todo caso superiores a los que podrían ser alcanzados agudizando los enfrentamientos. Estos políticos tienen una tesitura optimista y hasta "magnánima": están dispuestos a compartir poder, porque creen que hacerlo es, para acrecentar su propio poder, más inteligente y fructífero que no hacerlo.[56] Los políticos

55 Edson Nunes (2003) interpreta el problema en términos de las cuatro gramáticas políticas que, a su criterio, organizan la política brasileña: "Es curioso que los períodos más tensos de la política contemporánea brasileña hayan sido aquellos en que el equilibrio entre las gramáticas estuvo comprometido por gobiernos que enfatizaron una o dos gramáticas en particular. [...] no es menos curioso que el período de mejor desempeño en términos de libertades democráticas, estabilidad y desarrollo económico –el gobierno Kubitschek– haya sido un período en el cual el clientelismo, el aislamiento burocrático, el corporativismo y el universalismo de procedimientos fueron combinados con gran éxito. [...] los grandes malabaristas del pasado, Getúlio y Juscelino, mantuvieron el sistema en cierto equilibrio". La interpretación de Nunes permite formularse nuevas preguntas; los gobiernos Vargas y JK, ¿son la norma o la excepción? Esto es, los grados de libertad que concede la combinación equilibrada de las cuatro gramáticas, ¿no son menores a los que se pierden al componer las cuatro? Cada una a su modo, las gramáticas son caras y costosas. El activismo reformista de los años FHC contrasta con las gestiones morosas de Lula y Dilma y tal vez en el caso del primero las gramáticas de clientelismo y corporativismo hayan tenido una presencia mucho menor.

56 "Menem –sostiene uno de los dirigentes que entonces militaba en el cafierismo– hizo de entrada (luego de las elecciones internas) una cosa muy inteligente [...] Yo no estaba en ese momento cerca de Menem porque estaba con Cafiero, pero después me di cuenta de que es una característica propia de su personalidad y de su liderazgo político: la estrategia de la inclusión: empezó a incluir a todos, hasta que diluyó a todo lo que era el cafierismo; incluso al mismo Cafiero incluyó. Porque terminada la interna, comienza un proceso masivo de inclusión. ¡Pero masivo! Al día siguiente, a los dos días... Porque también podía argumentar: 'sacamos el 48% de los votos, tenemos la mitad del peronismo'. Pero ¿qué era lo que podíamos decir? 'Dennos la mitad de todos los cargos'. Nos dio mucho más de la mitad, nos dio todo. Nos dio mucho más de lo que podíamos haber reclamado". (Carlos Corach, entrevista de Luoni.)

de la contraposición están convencidos de que el resultado colectivamente más beneficioso se consigue mediante la confrontación y la intransigencia y, si es necesario, a través de la tajante oposición de intereses y posturas. Por otro lado, en lo que se refiere al propio poder, los domina una tesitura pesimista y nada magnánima: creen que la mejor opción para consolidar el poder propio es despojar de poder a los otros. Una vez más, a riesgo de ser esquemático, diría que Brasil es el mundo de la composición mientras que Argentina es el de la contraposición.[57] No estoy insinuando que los términos de la lucha política se atengan siempre a estas pautas; pero la retórica política argentina es tan proclive a la contraposición como la brasileña a la composición.[58]

Esto tiene un correlato social, en la diferente dinámica del conflicto social o de clases en cada país. No trataré esta cuestión ahora, salvo para señalar que en perspectiva comparada, se puede ver que a lo largo del siglo XX el potencial de conflicto social ha sido bastante menor en Brasil que en los otros países del Cono Sur con los que la comparación podría tener sentido. Aunque Brasil haya fundado un partido laborista de nuevo cuño, el componente de lucha social interclases tiene relevancia explicativa mayor en la historia argentina o chilena. Dejo para el lector sacar sus conclusiones en lo que atañe a la positividad o negatividad de este rasgo social, pero me parece claro que el imaginario social brasileño, más jerárquico y menos plebeyo que el argentino, continua siendo de composición más que

57 Volvemos a la pregunta: ¿cómo es posible el cambio en una sociedad tremendamente desigual, a través de la composición?

58 Murilo, evocando los tiempos de gobierno conservador con el gabinete de 1848: "Justiniano José da Rocha, periodista conservador, interpretó magistralmente la nueva realidad en un panfleto de enorme impacto intitulado '*Ação, reação, transação*'. Argumentaba que al avance de la libertad, iniciado en 1834, había sucedido la reacción del orden en 1837. Y llegaba ahora el turno de la transacción, de la conciliación, de la superación de los viejos antagonismos. La palabra conciliación comenzó a circular". No estoy sugiriendo en modo alguno que la política brasileña sea vivida indefectiblemente en los términos de la composición. Aun políticos componedores como Lula, pueden a veces navegar en las aguas de la contraposición: "Lo que está en juego son dos proyectos. Uno que está ahí desde que Cabral descubrió (lo que es hoy Brasil). Los de siempre mandando, ganando, perdiendo. Agradezco los votos que ustedes no me dieron a mí, pero también los votos que ustedes no les dieron a ellos. Porque esa gente maltrató al pueblo pobre. En 2006, ellos acabaron con el CPMF ['impuesto al cheque']. Sacaron ese impuesto, 120 millones de reales en cuatro años, pensando que irían a perjudicar a Lula. Pero Lula no fue perjudicado porque puede pagar su plan de salud. Perjudicaron a los más pobres, que precisan del SUS (Sistema Unificado de Salud). Yo les dije: en las elecciones, van a tener su sanción. Y en 2006, la tuvieron". (Lula, durante la campaña electoral de 2010.)

de contraposición,[59] y que un ingrediente principalísimo de ese imaginario de composición es, precisamente, el *jeitinho* con su poderosa tendencia a esquivar la ley.

Tal vez ayude al lector el establecimiento de periodizaciones correspondientes, para ilustrar las diferencias entre el eje federativo y el eje social que corresponden respectivamente a Brasil y Argentina. Así, en el caso brasileño, el poder más descentralizado (en relación al Imperio)[60] de la República Vieja[61] dio lugar a la experiencia de centralización que culminó en el *Estado Novo*. En seguida tuvo lugar una nueva tendencia descentralizadora, durante los años de la democracia entre 1945 y 1964, y una fuerte recentralización, con la implantación del régimen autoritario. Este, con todo, creó las bases para una nueva etapa de descentralización, protagonizada por los gobiernos estaduales, aun antes de la transición democrática.[62] Esta descentralización se profundizó con el retorno al orden constitucional y alcanzó tal vez su punto culminante con la Constitución de 1988. La orientación de las reformas modernizantes de Fernando Henrique Cardoso suponen una significativa recentralización (v.gr., fiscal).[63]

59 E incluso en los últimos diez años (Lula de por medio y luego Dilma) poco se hizo para cambiar esto.

60 En los setenta del siglo XIX, se activó un movimiento republicano conservador [...] [Fausto hace patente que el tema centralización-descentralización, el eje federativo, fue la cuestión básica] con una fuerte defensa de la federación [...] los republicanos de San Pablo se convencieron de que el Imperio sería incompatible con la autonomía provincial [la administración de políticas bancarias, inmigración y rentas, estaban en juego] (Boris Fausto).

61 A fines del Imperio, y bajo el impulso de las oligarquías estaduales, tuvo lugar un episodio que ilustra claramente la necesidad de excluir para mantener las composiciones: "En 1881, la Cámara de Diputados aprobó una ley que introducía el voto directo. Al mismo tiempo, la ley prohibió el voto de los analfabetos y volvía el voto facultativo. Solamente el 15% de la población estaba alfabetizada, o el 20%, si consideramos solamente la población masculina. De inmediato, 80% de la población masculina era excluida del derecho al voto. Las consecuencia pronto se reflejaron en las estadísticas electorales. En 1872, había más de un millón de votantes, correspondiente al 13% de la población libre. En 1886, votaron en las elecciones parlamentarias poco más de 100 mil electores, o 0,8% de la población total. Hubo un corte de casi 90% del electorado. Inglaterra, siempre mirada como ejemplo por las élites brasileñas, hizo reformas importantes en 1832, 1867 y 1884, expandiendo el electorado de 3% para cerca de 15%" (Fausto, 1994).

62 Es común la utilización de la metáfora de "sístole y diástole", para dar cuenta de la apertura y el cierre sucesivos del sistema de partidos, y cómo ello en cierta medida iba de la mano de la nacionalización o federalización de estas expresiones en el juego político.

63 Si uno compara la génesis del los federalismos en Argentina y Brasil, resulta evidente una diferencia fundamental: mientras que en la Argentina hubo un centro poderoso

En el caso argentino, la ampliación de la participación popular desde 1912-1916 fue violentamente revertida en 1930. Esta reversión a su vez dio lugar a una nueva y relevante experiencia de participación política ampliada desde 1945, que a su vez fue drásticamente cancelada en 1955, abriendo paso a un proceso de exclusión política que culminó en una amplia ofensiva popular (con trazos antidictatoriales y también revolucionarios) que alcanzó su clímax en 1973 con el retorno de Perón. La situación fue brutalmente revertida por la reacción militar y el terror estatal a partir de 1976. El retorno de la democracia en 1983 marca una nueva etapa de participación popular, pero el impulso a la exclusión social tanto como política no se ha detenido, en una sociedad signada por la desigualdad, lo "político" está crucialmente determinado por la desigualdad y la exclusión.

Por todo lo dicho me atrevo a postular que ambas sociedades nos aproximamos –quiero ser optimista– a una ciudadanía más plena, pero lo hacemos desde puntos de partida distintos. El mundo de la Argentina es el mundo de la política plebeya, el mundo de Brasil es el de la política elitista (aunque pueda estar dejando de serlo; quizá esta diferencia ayude a entender por qué la política argentina es facciosa y confrontativa en tanto la brasileña es de composición y morosa).[64] Es curioso, sin embargo, comprobar que en el Brasil de hoy, con el gobierno nacional por primera vez en manos de un grupo político de origen no elitista, la política no adquiere los rasgos eminentemente facciosos que habitualmente la caracterizan en la Argentina; pero tal vez se trate de dar cuenta de una mera apariencia: la élite del PT pertenece por derecho propio, luego de más de treinta años de haberse fundado el partido, a la élite sociopolítica nacional (Palermo y Melamed de Menezes, 2012).[65] La composición sigue siendo dominante (el

---

vis a vis poderes regionales y locales relativamente débiles, en Brasil ese centro no existió, ni siquiera con la llegada de la corte imperial en 1808, sino que encontramos poderes diversos y relativamente equivalentes, e intentos, eso sí, de constituir un poder central (modernizador). Esos intentos marcan en gran medida la historia política brasileña y los liderazgos destacados. Esos liderazgos fueron, como el de Getulio Vargas, fraguados a partir de una base regional.

64 Desde luego, no solo de la política en sentido estricto; también en otros campos de mayor relieve, como la política educativa, se puede ver que quizá el elitismo esté retrocediendo en Brasil. Históricamente, el esfuerzo argentino dedicado a la educación primaria pública no tiene parangón en Brasil (esto está cambiando recientemente); asimismo, el formato universidad de élite vs. formato universidad de masas contrasta vivamente (también esto está cambiando recientemente, con probabilidad en ambos países).

65 Leoncio Martins Rodrigues planteaba que el PT no tuvo nacimiento desde abajo, ya que los intelectuales, sindicalistas y religiosos que lo formaron eran élites en sus

desempeño del PT es considerablemente faccioso; no obstante, el liderazgo es de Lula, un componedor).[66] Y un registro populista *paternalista* todavía puede ser concebible dentro de la política brasileña:

> Lula expresa cotidianamente la ininteligibilidad de la política democrática. La campaña de su candidata, una fábula sobre el "padre de la nación" que entrega sus hijos a los cuidados transitorios de la "madre del pueblo", señala un nuevo ápice en el trayecto inaugurado incluso antes de 2002. Sierra se convirtió, ahora, en cómplice activo de esa operación de vaciamiento del sentido del lenguaje político (*O Globo*, 2-9-2010; Demétrio Magnoli, "A escolha de Serra", parte 2).

A mi entender, una de las razones principales de la facciosidad argentina estriba en esta dinámica de inclusiones y exclusiones traumáticas, y con frecuencia violentas, experimentadas –como protagonistas y como víctimas– por los sectores populares. Dado que son recurrentemente derrotados, sus organizaciones y sus repertorios de acción se desarrollan en un espíritu vindicativo (esto no significa que sus activistas estén poseídos por una sed de venganza; significa que los términos del conflicto estarán presididos por una búsqueda de reparación, material o simbólica); y dado que la pérdida de posiciones es tan recurrente, la búsqueda de ganancias de corto plazo prima sobre las disposiciones a la composición, la transacción y la confianza indispensables para el desarrollo de acuerdos de largo plazo.[67] En suma, tenderá a ser dominante la tendencia a convertir el con-

---

respectivos dominios. Además cuesta creer que el Lula sindicalista sea el mismo que el Lula político, y desde 1982 a esta parte es más parecido a la clase política brasileña que a las bases sindicalistas que representaba antes de esa fecha.

66 Héctor Leis (*La Capital*, 5-10-2011): "—En las últimas semanas Lula atacó duramente a la prensa. ¿Cree que con otro gobierno del PT podría aumentar esta confrontación? —Sí. Eso comenzó ahora en el plano discursivo, pero después puede continuar en un gobierno de Dilma con leyes, como está ocurriendo en Argentina. Para completar la ocupación del Estado, el PT precisa mantener controlada a la prensa, sobre todo para tapar las 'imperfecciones' de esa ocupación, que son los casos de corrupción. Pero en Brasil les va a costar atacar a la prensa, porque eso ya colocaría al país fuera de esa 'cordialidad democrática', que es la base de la cultura política brasileña y que implica negociación". Los temores de Leis respecto al eventual comportamiento del gobierno de Dilma para con la prensa no se verificaron, pero su explicación de que sería difícil atacar a la prensa es consistente con los trazos del mundo político cultural brasileño.

67 No me parece correcto decir (Ferrer) que la sociedad argentina es autodestructiva. La autodestrucción es un resultado agregado, de comportamientos destructivos (para los otros) generalizados; o sea, si hay un término general, es sociedad facciosa, la

flicto de intereses en un conflicto identitario, negando la legitimidad del otro (que nos quiere destruir), y presionando por su exclusión.[68] Un ejemplo histórico apropiado lo constituye la desigual suerte de las experiencias desarrollistas en ambos países, tal cual las ha estudiado Sikkink (2009). Mientras en Brasil fue posible organizar una coalición (que fue a su vez la continuidad de la coalición varguista) suficientemente heterogénea como para constituir una superación del clima de encono político dominante en los años previos desde la muerte de Vargas, de modo tal que la política desarrollista contó con un punto de apoyo bastante sólido y estable, en la Argentina la experiencia estuvo afectada por luchas políticas facciosas entre irreconciliables (los peronistas, los radicales, los militares, etc.), que obstaculizaron la implementación del desarrollismo por parte de un gobierno sumamente inestable. Mas en general, entre los factores que tendieron a dividir las élites en Argentina y no en Brasil, estuvo la presencia de un activo sector popular (¿qué hacer con él?, ¿qué hacer con el peronismo?). Allí donde los sectores populares son más inertes,[69] las élites tienen menos motivos de división y son más proclives a la composición. Son

---

sociedad argentina es destructivamente facciosa. Un ejemplo es la inflación. Que es también ejemplo de destrucción reciente: se ha tirado por la borda un esfuerzo enorme y un logro colectivo, y la sociedad vio esto como si nada. En Brasil es lo contrario: domina la preservación, y no los comportamientos facciosos.

68 ¿Se ha atenuado este rasgo por el hecho de ser la política argentina de hoy indiscutiblemente menos ideológica y más pragmática que en el pasado? Creo que no. Son las facciones las que encarnan el pragmatismo, y no han perdido su pretensión de totalidad, ni el comportamiento característico. Pretensión y comportamiento que no están presentes en Brasil (sin duda el hecho de estar tan atomizado el mundo de partidos brasileño le pone obstáculos a esa pretensión, pero no es menos cierto que los grandes partidos, como el PMDB, el PT y el PSD, no han incurrido en esa opción "movimientista" y han reconocido la pluralidad política brasileña). Sin duda las identidades en Brasil son más laxas, y por ende es más difícil que se vuelvan "patrias" como sucede con frecuencia en Argentina. Agradezco a Juan Lucca la conversación sobre este punto.

69 Renato Ortiz (1985): Un tema constante en las preocupaciones isebianas (por ISEB, el Instituto de Investigación y Divulgación de Ciencias Sociales creado en 1955) se refiere a las discusiones sobre ausencia o presencia de un "pueblo" brasileño. Para Cândido Mendez: "Faltan las clases medias, intermediarias atenuando los contrastes entre los extremos, para permitir que surja un verdadero pueblo". Pero desde los treinta, industrialización, urbanización, son procesos que establecen el advenimiento del pueblo. Para Werneck Sodré: Partes de la alta y media burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado, el proletariado y el semiproletariado. Definición sociológica que, además de imprecisa, carece de entidad política. ¿Puede ser que en esto esté la raíz del legado de pluralismo político brasileño? Carvalho Franco: "Los intelectuales del ISEB eran fundadores de la sociedad civil brasileña. La ausencia de un '*povo*' caracteriza el

estas las condiciones que hacen posible o impiden la composición y consecuentemente la estabilidad y la continuidad, propias de Brasil y escasas en la Argentina.[70]

Y aunque un ejemplo muy actual es el de la mixtura identitaria entre barras bravas, mafia y violencia en el fútbol argentino (no en el brasileño),[71] se puede percibir en muchos campos el modo en que lo faccioso alcanza la identidad. Tal vez en el léxico político argentino la numerosa familia de palabras encabezada por “patria” ilustre el caso (véase Anexo). En suma, la combinación entre el corporativismo bifronte al que se refiere O’Donnell (1985) y los modos de acción facciosos presenta un perfil muy diferente al brasileño, donde el corporativismo estuvo históricamente mucho más estructurado por el Estado, de arriba para abajo, y los sectores populares exhibieron un comportamiento más adaptativo.[72]

---

pasado brasileño, y cuando los intelectuales del ISEB escriben se afirma la existencia de una sociedad que no posee todavía la debida expresión política”.

70 Lo que sigue es elocuente sobre el vínculo fuerte entre faccionalismo y gestión macroeconómica, entre cortoplacismo y liderazgo político: “La decisión tomada durante la gestión de Kirchner en materia económica significó abandonar lo heredado y el talento y quedarse solamente con la suerte” (Melconian). De tal modo que se desaprovechó una oportunidad de sentar las bases para un crecimiento sostenible para las próximas tres décadas. Ahora, ¿por qué? Urgencias políticas de corto plazo: las facciones dentro del PJ y de la formación política precisaban ser contrarrestadas y eso se hizo centralizando el federalismo a base de dinero. Pero lo que es un modo de resolver el problema es a la vez un modo de atender la ambición de la política de suma cero, absorber todo, ocupar la totalidad del campo político.

71 Donde esto se traslada es tal vez al carnaval… o al menos es la impresión que me quedó al ver la serie brasileña “*Filhos do carnaval*” que hizo HBO. Aunque no de mi propia experiencia con y en el carnaval.

72 Hay que considerar también dos actores importantes, las fuerzas armadas y la Iglesia Católica. Hay que partir de la diferencia entre el positivismo autoritario y el nacional-catolicismo. Y el hecho de que los militares tuvieran un papel modernizador en Brasil en la primera mitad y no modernizador, o reaccionario, en Argentina. Y en la segunda mitad del siglo XX, mientras en Brasil las Fuerzas Armadas siempre cuidaron el proyecto desarrollista (de autoritarismo positivista a autoritarismo nacional desarrollista) en Argentina fue todo lo contrario, incluso durante Frondizi tuvieron un comportamiento destructivo. Después, desde luego, la diferencia de los regímenes autoritarios en uno u otro país. Queda en pie también la cuestión de la Iglesia, sobre todo el hecho de ser una institución del Estado argentino, mientras que no lo es del Estado brasileño. Históricamente, el Estado brasileño es secular y el argentino confesional. En el Imperio, se produce el apartamiento monarquía-iglesia (el episodio está en José Murilo de Carvalho) y luego con la República una fuerte secularización (supongo que el peso del positivismo en esto es significativo). Sin duda el Imperio tuvo una orientación mucho más liberal.

Lo que Brasil es, es lo que será

—El Papa dijo eso porque Brasil es uno
de los países más católicos del mundo...
—Sí, católico macumbero, católico ubandista,
católico del santo...
—¡Brasil es un país evangélico!
(Diálogo entre amigos en San Salvador, Bahía,
febrero de 2011.)

Comencemos este capítulo prestando mayor atención a algunas de las imágenes sobre brasileños y argentinos individualmente considerados. Como ya señalé, la "cordialidad" brasileña acuñada por Sérgio Buarque de Holanda (1995) se ha vulgarizado con el paso del tiempo, hasta aproximarse mucho al significado coloquial, y positivizarse.[1] La antropología de Buarque se encuentra resumida en el siguiente párrafo de Antonio Candido, quien lo prologa:

> El "hombre cordial" no presupone bondad, sino solamente el predominio de la exteriorización afectiva, no necesariamente sincera ni profunda, y que se opone a los ritualismos de la cortesía [urbanidad, civilidad]. El "hombre cordial" es visceralmente inadecuado a las relaciones impersonales derivadas de la posición y de la función del individuo, y no de

1 "¡Adoro esa cordialidad brasileña! Odio la racionalidad weberiana, es un plomo". (Testimonio.) "El racismo, sí, a veces es bastante manifiesto, de color, regional –nordestinos en San Pablo es muy fuerte–, social, visión general contra el pobre... pero como todo en este país, es escamoteado por ese espíritu *brincalhão*, simpático, cordial". (Testimonio.)

> su marca personal y familiar, de las afinidades nacidas en la intimidad de los grupos primarios (en Buarque de Holanda, 1995).

Puede verse en esto asimismo una teoría política, ya que cabe inferir que el hombre cordial así entendido, que no concibe una separación entre lo privado y lo público, es incompatible con la vida democrática tanto como con el mercado.

De hecho, la cordialidad ha sido empleada en el terreno de las relaciones exteriores para definir un estilo de comportamiento brasileño en el mundo y en la región. Y se ha empleado para referirse a la relación Argentina-Brasil: Amado Cervo (en Cervo y Bueno, 2008) alude a algunas características de la relación hablando de "cordialidad desconfiada" o "cordialidad oficial". Lo que resulta sugestivo es que el uso del término no aparezca en los autores argentinos del campo internacionalista.

Por otra parte, la cordialidad puede ser un manto que oculte realidades sociales más o menos indefendibles. Así lo expresa el siguiente testimonio:

> No creo que sea una minoría. Durante estas elecciones, vi gran parte de las clases media y alta descalificar el voto de las clases más pobres. Decían que el voto a Dilma es un "voto de barriga", comprado por el [programa] Bolsa Familia, que esas personas no deberían votar, etc. Fue muy frecuente. Escuché a alguien decir que no votaría a Dilma porque está difícil encontrar empleada doméstica, que ahora todos quieren ir a la facultad, que el supermercado está lleno de pobres comprando computadoras. Esto demuestra nuestro preconcepto social y también racial, ya que gran parte de esa clase en ascenso –la clase C– está compuesta por negros. Eso es una amenaza a las clases que siempre dominaran Brasil. Es nuestro fascismo social encubierto por la supuesta cordialidad brasileña.

¿Cuáles son, en el caso argentino, los estados o condiciones personales que encubren vínculos sociales más profundos? Me atrevo a insinuar que el hombre argentino correspondiente al *brasileño cordial* es el hombre exasperado. Un hombre melancólico sacado de quicio. Por de pronto, la nostalgia, la melancolía y la pasión son connotaciones argentinas que contrastan con la vitalidad brasileña, vitalidad que no se encauza hacia estados extremos.[2]

2 No siempre fue así. Según Freyre, "Fue el negro quien animó la vida doméstica del brasileño de su mayor alegría. El portugués, ya de sí melancólico, se tornó en Brasil taciturno, tristón, y del *caboclo* ni hablar: callado, desconfiado, casi un enfermo en su tristeza. La carcajada del negro es la que quebró toda esa 'apagada y vil tristeza' en que

Me parece interesante que la vitalidad, tan presente como condición atribuida al brasileño (un pensador muy medido y prudente como Fernando Henrique Cardoso se refiere a la "vitalidad de los brasileños", *O Globo*, 7-11-2010), está prácticamente ausente en el caso argentino. En cambio, la pasión es una connotación argentina para los brasileños, y no brasileña. Los argentinos "somos apasionados", no somos "vitales". El significante tango se realimenta mutuamente con el de pasión, de acuerdo a como son percibidos ambos por los brasileños.[3] Y es la música brasileña la que está "llena de vida", no la argentina, que estaría llena de olvido, de pérdida, si no de muerte.

Pero la pasión no es apenas una percepción brasileña, es ciertamente identitaria también para los argentinos. En *La pasión y la excepción*, Beatriz Sarlo discute ambos términos de la díada, que pueden ser entendidos como claves del proceso histórico. Remitiéndonos a aspectos abordados más atrás, a las pasiones, individuales y colectivas, se contraponen –o más bien se sobreimprimen– las excepciones –las discontinuidades y rupturas con pretensiones fundacionales, en una sociedad y una política donde (con Adorno) la excepción es la regla–. En la Argentina las pasiones dominan lo público y este no es el caso con la vitalidad en Brasil. Hasta cierto punto, han jugado en Brasil más los intereses que las pasiones (siguiendo a Albert Hirschman). La Argentina ha vivido (Hugo Quiroga, 2010; Mario Serrafero, 1995) en la emergencia permanente, una situación en la que la excepción es la norma histórica porque es indispensable para instaurar la ruptura con el pasado. En el extremo, la pasión es incompatible con las instituciones (sé que lo que estoy diciendo no es *schmittiano*); la vitalidad no lo es. La pasión argentina desborda y fisura las instituciones, que en Brasil no se ven afectadas por las mismas tormentas.[4]

---

se fue sofocando la vida en las casas grandes... [...]. Pero no fue toda de alegría la vida de los negros, esclavos de los *ioiôs e de las iaiâs* blancas [...]. El *banzo* dio cuenta de muchos" [*banzo* es el estado depresivo que sufrían los esclavos].

3 A un comentario de un argentino sobre la ingenuidad infantil del folklore comparada con el tango según su parecer, la respuesta de un brasileño fue: "Cualquier cosa comparada con el tango es de una ingenuidad infantil".

4 Quizá el mejor ejemplo sea el peronismo de Evita, según se desprende de la reciente biografía política escrita por Loris Zanatta (2011). La pasión y la destrucción institucional se conjugan con un potencial formidable. La suya era una construcción de poder impresionante, absolutamente independiente del marco institucional y que afectaba también las relaciones internacionales y con la iglesia. Por lo que sucedería luego, esta sería especialmente relevante. "Cuando uno ve a Cristina designando a Mariotto o a Boudou *perche gli piace* es imposible dejar de pensar la idea (que creo

Ya vimos que en lo personal, la nostalgia, la melancolía (próxima al ensimismamiento) y la pasión (próxima a la alteración) tienden a aunarse en la exasperación, estado que es percibido por los brasileños como muy frecuente entre los argentinos, pero también por los propios argentinos (en los últimos años el sustantivo "crispación", como índole de los comportamientos políticos, se ha utilizado hasta el cansancio). Y acompañando la exasperación, que es intolerante, se encuentra la protesta, individual tanto como colectiva.[5] Se encuentra en una posición de relevancia que no se corresponde en el caso brasileño (una de las cosas que *llamaban la atención* de las manifestaciones de los últimos años fue un impulso a la protesta abierta, como atípico o poco familiar con la cultura brasileña).

La mención de la protesta me permite regresar a los relatos colectivos en ambos países. Ya mencioné que en Brasil las élites cultivaron ambiguamente el *complexo de vira-lata* (el Brasil de los pobres) y el destino de grandeza (el Brasil nacional estatal de las élites). A todo esto, la grandeza y la excepcionalidad argentinas tienen orígenes que se remontan a la formación del Estado, en el siglo XIX.[6] Cuando la élite liberal debió ocuparse de "hacer a los argentinos" (para usar la expresión de Luis Alberto Romero), sus mejores cabezas no encontraron dificultad alguna para plasmar el mito. Así, por caso, Mitre decidió que los episodios de Mayo de 1810 habían constituido una revolución y, al mismo tiempo, que esa revolución era excepcional por carecer de los rasgos que suelen ser inherentes a las revoluciones:

---

que es la más fuerte del libro) de que el peronismo (*ergo* la Argentina) actual es más heredera de Eva que de Juan Domingo". (Conversación con Ernesto Gore.)

5 En un *bloco de rua* de carnaval, en pleno Río de Janeiro, me llamó la atención un cartel. ¿Estaba dirigido a los extranjeros, a los propios brasileños, a ambos? Decía: "*calma, pessoal, o Brasil é nosso*". La traducción más próxima que se me ocurre es: "paren la mano, che, que Argentina es nuestra". ¿Es verosímil un cartel semejante en las calles de Buenos Aires? Diría que no. El equivalente cultural (esto es, que dé cuenta de las diferencias culturales) sería un grito furioso y desafiante, vesánico: "¡¡¡Ar-gen-ti-na!!!" (o un cartel que dijera "¡Argentina, carajo!"). Si Brasil se ve (¡y no estoy haciendo predicciones!) en el futuro obligado a redefinir la estrategia de administración de sus deudas interna y externa (repactación, reprogramación, o como queramos llamarlo), difícilmente incurriría en anunciar jubilosamente un *pagadiós* al que le faltó apenas un corte de mangas. La teatralidad de Rodríguez Saá puede haber sido un episodio excepcional, pero de esos episodios excepcionales que hablan mucho de nosotros mismos.

6 Las letras de los dos himnos nacionales son, naturalmente, autocentradas, pero solamente el argentino decide que los pueblos del mundo saludan a la nueva y gloriosa Nación.

> Esta actitud digna y moderada de los patriotas en 1810 [no haber derramado sangre] es la que ha impreso a la revolución de Mayo ese sello de grandeza que la distingue de todas las demás revoluciones. Ejecutada sin bayonetas y sin violencias, por la sola fuerza de la opinión; triunfante por su razón en el terreno de la ley y de la conveniencia pública, sin aparato de tropas, sin persecuciones, sacudió el pueblo con dignidad sus cadenas, asumiendo su actitud de soberano con un aplomo y una moderación de que la historia presenta muy pocos ejemplos.

Por otro lado, en la Argentina no hubo nada parecido a un *complexo de vira-lata*. No lo hubo porque la élite liberal, si bien estaba sin tapujos convencida de la inutilidad o de la inviabilidad racial de la población criolla, confiaba plenamente en su posibilidad de instituir el país prácticamente desde cero, y no existía por tanto en sus figuras más ilustradas ese pesimismo "racial" característico de sus pares brasileños (o, más precisamente, el pesimismo que portaban estaba en relación con una masa poblacional que querían desplazar, reducir o eliminar; las propuestas más moderadas, y que se llevaron a cabo, consistían en aguardar la reducción proporcional de esas masas inútiles en virtud de la inmigración masiva).

Entre 1880 y 1930 la grandeza argentina fue artículo de fe: la Argentina había sido escogida por los dioses (después de la crisis de 1930, paradójicamente, se acentuó el apego por la noción de grandeza). Pero hacia la década del veinte comenzó a madurar el perfil del nacionalismo argentino (acunado inicialmente por el Estado liberal, educador e igualitarista), que encontraba execrable el resultado efectivo de la Argentina liberal soñada en el XIX, y se mostraba alarmado con el impacto de la masa inmigratoria que estaba transformando radicalmente la demografía del país (y confiriendo verosimilitud, precisamente, a los mitos fundadores de aquella Argentina liberal, puesto que el país se transformaba rápidamente). Para la paranoia del nuevo nacionalismo defensivo argentino, el problema ya no era el criollo; al contrario, este era el reservorio de la nacionalidad y la promesa de una Argentina grande.

Y ya a mediados de los '50 del siglo pasado (al tiempo que Rodrigues acuñaba en Brasil la expresión *complexo de vira-lata*), el país empezaba a vivir a los tropiezos con su propia autoestima o, más exactamente, enredado en sus propias contradicciones.[7] Hacía ya dos décadas que se habían escrito

7 La idea predominante en los cincuenta de que Estados Unidos no nos dejó vender a Europa los rebosantes stocks de nuestros silos de granos, es un mito popular (que se escucha todavía de vez en cuando) sobre esta época, que nos hablaría de un momento

y consagrado ensayos como *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada (1942, 2001), que nos describían hundidos en una soledad inescapable y en un mundo en el que cada esfuerzo estaba condenado a alejarnos más aun de cualquier redención. Semblanzas de este tipo no hacían aún estragos en las nociones que el argentino común tenía sobre la Argentina, pero de cualquier modo la crisis económica de 1929, la fractura institucional de 1930, las dificultades en la inserción en el mundo, la turbulenta emergencia de una Argentina social hasta entonces desconocida, constituían ya un problemático telón de fondo muy diferente al de los *años dorados*. En este nuevo contexto, la elevada autoestima fundada en los pilares de nuestra supuesta condición de país europeo, blanco, culto, rico, de clase media y vigoroso ascenso social, comenzaba a trastabillar. El argentino común convivía ya con un sentimiento de desconcierto y hasta con una cierta irritación con el mundo, del que se sentía víctima y al que le reprochaba no reconocer nuestro real valor. La convicción del destino de grandeza estaba en pie, inconmovible, y los problemas, por ende, eran atribuidos a fuerzas y factores externos; mientras que los voceros del nuevo nacionalismo expresaban esta óptica sin ambages, las élites establecidas no estaban muy lejos de ella.

Para muchos la Argentina peronista fue un contragolpe: el peronismo puso en juego su propia versión del destino de grandeza, pero también sus graves problemas de ubicación en el mundo, problemas que mal resolvió a pesar de un frenético activismo internacional enderezado a alcanzar ese destino, o más bien a confirmarlo. La Argentina antiperonista fue una ilusión fugaz, tanto para quienes deseaban retrotraer el país a los años previos a su surgimiento, como para quienes querían modernizarlo sin contar con él, porque muy pronto quedó claro que el peronismo era un fenómeno político firme y no un artificio creado por el Estado, y que cualquier destino de grandeza no podía dejar de contar con él. En verdad, los "libertadores" escribieron sus páginas en la Historia convencidos de que el destino de grandeza estaba a la vuelta de la esquina y que para alcanzarlo era suficiente con borrar a los peronistas de escena.

Pero a principios de los '70, con el estruendoso fracaso del regreso del peronismo al gobierno y la instauración de una dictadura que proclamaba el mesiánico proyecto de rehacer la Argentina de arriba a abajo, tuvo lugar un terrible punto de inflexión hacia una espiral declinante que conmovió severamente los arraigados sentimientos de superioridad (en el contexto

---

de gran autoestima y de un fuerte sentimiento de identidad nacional (sobre todo al visualizar a Estados Unidos como ese otro que no nos deja ser), y por eso mismo de una fuerte paranoia.

regional y aun mundial) de los argentinos. Desde entonces la disminución de la autoestima convivió con una relación siempre tirante, y a veces traumática, con el mundo.

Tal vez el ejemplo más claro de esta consecuente desubicación haya sido la guerra de las Malvinas (Palermo, 2007), en verdad el ápice de la búsqueda desesperada de una grandeza cada vez más esquiva. Y más allá de este episodio tremendo de 1982 ningún contraste es mayor que el de los respectivos "modos de estar" en el mundo de Brasil y Argentina.[8] La baja autoestima argentina no se pareció jamás a la brasileña, porque tiene como rasgos específicos un "pasado de grandeza", así como un simultáneo desaliento sobre su porvenir y la determinación de que ese porvenir venturoso tiene que llegar a como dé lugar sin que los argentinos necesiten esforzarse para ello. Mientras tanto Brasil no "recuerda" ningún pasado equivalente,[9] y es el "país del futuro".[10] Un rasgo de nuestra idiosincrasia que pone en

8 Lo curioso es que a esto podría encontrársele sorprendentes correlatos en líneas maestras de política externa y de inserción brasileña y argentina en el mundo (Laffer, 2002). Y la verdad es que en esto los brasileños encontraron una forma de sacar provecho de sus supuestas carencias. En parte, gracias a ello, están "bien establecidos" en el mundo, a diferencia de nosotros que estamos a los bandazos. A principios del siglo XX, el *barão de Rio Branco* definió líneas que todavía hoy constituyen carriles básicos de la política exterior brasileña y de la forma en que se conciben en el mundo, partiendo de distinguir entre recursos materiales y simbólicos (Gomes Saraiva). El *barão* decía que Brasil, dado el tamaño de su territorio, la magnitud de su población y la diversidad sociocultural (rasgos que, consideraba, lo asemejaban con los Estados Unidos), debía aspirar a un rol de primer orden en el concierto mundial. Pero, *también* sostenía que Brasil carecía de grandes recursos materiales, esto es (en su concepción), de poder militar y económico. Siendo así, Brasil debía proporcionarse un capital importante de recursos simbólicos. Lo cierto es que Brasil los ha acumulado, son un activo en su relación con el mundo. A esto se contrapone muy claramente la forma argentina de actuar y de sentirse en el mundo caracterizada incluso ahora mismo por una brecha entre medios y fines, capacidades reales y metas de política, importancia que nos asignamos y que nos reconocen (el chiste del mejor "negocio del mundo" en relación a nosotros, que es excelente porque es idiosincrático, tiene mucho y merecido éxito en Brasil; son completos fracasos, en cambio, chistes tontos y nada idiosincráticos sobre una supuesta naturaleza vil de los argentinos).

9 Pousadela (2007.) A diferencia de lo que sucede con los entrevistados argentinos, no hay lugar en la memoria de los brasileños para una pretendida *edad de oro* en que la representación se hallara lo más cerca posible de su imposible literalidad.

10 La versión escéptica de esta relación la expresa Machado de Assis en la mordacidad de su personaje Brás Cubas: "Pero es eso mismo lo que hace de nosotros señores de la tierra, es ese poder de restaurar el pasado, para dar cuenta de la inestabilidad de nuestras impresiones y de la vanidad de nuestros afectos. Dejemos decir a Pascal que el hombre es un *caniço pensante*. ¡No! Es una errata pensante, eso sí. Cada estación de la vida es una edición, que corrige la anterior, y que será corregida también, hasta la edición definitiva, que el editor da gratuitamente a los gusanos".

evidencia este contraste con los brasileños es el de lo obsesivamente afectos que somos los argentinos con las fechas, con las efemérides políticas y sociales. La violencia política, el terror de Estado, la guerra externa, las crisis económicas, el deterioro social, la deriva institucional, fueron punteando una decadencia que, lejos de ser una pendiente suave y regular, está marcada por las convulsiones y jalonada por sucesivos momentos de distensión, recuperaciones en las que la autoestima se eleva por sobre el horizonte de cada crisis. En cambio, la futuridad brasileña no está sometida a trayectorias tan tormentosas. Se relaciona con el presente de un modo que no escinde entre un hoy desolador y un mañana de promisión. Como expresaba un entrevistado al ser interrogado por el símbolo más característico de Brasil:

> [...] el proceso de construcción, de amalgama, de aceptación, de convivencia, de construcción de alguna cosa que Brasil va a ser, que todavía no es, ya tiene los elementos, la experiencia, una experimentación, *pero todavía lo que Brasil es, es lo que será*. Lo que nos define mejor es lo que podremos ser. No en el sentido material, sino espiritual. Un Brasil inacabado.

En la Argentina, la producción de imágenes negativas y la forma peculiar de quiebre de la autoestima hacen que tienda a predominar el comportamiento cínico-cortoplacista: sacar el máximo beneficio que se pueda en el corto plazo antes de que sobrevenga la siguiente e inevitable crisis. Esto tiene bastante de profecía autocumplida. Pero en Brasil la relación con el futuro no es toda ventajosa. Esa relación es la que organiza la memoria diluyendo, a veces, cuestiones que sería conveniente recordar. Es el caso de la cuestión del pasado dictatorial y de los crímenes entonces cometidos: en Brasil se quiso ir directamente al futuro, dejar simplemente de lado ese pasado ignorándolo (aunque el pasado llama dificultosamente a la puerta); en la Argentina no se quiere cerrar el pasado, lo que impide mirar el futuro. Sobre todo porque los conflictos del pasado son agitados al ritmo de las luchas políticas del presente.

En lo que concierne a las imágenes que Argentina y Brasil tienen sobre sí mismos, resulta de la mayor relevancia el hecho de que la primera pudo, con gran verosimilitud, construir su autoimagen de argentinidad teniendo como gran referente a Europa. Esa autoimagen se constituyó y funcionó perdurando largamente, incluso en términos de socios/rivales con Gran Bretaña. Creo que este no fue el caso brasileño; dado que nunca lo fue –en el caso brasileño la relación con Gran Bretaña fue de minusvaloración

(esclavitud y "*para inglês ver*")–,[11] una vez que Brasil dejó atrás el complejo de la mezcla de razas y positivizó tal mezcla, constituyó una imagen de sí mismo mucho más autorreferencial (debido también al carácter continental de su sociedad y territorio). Siendo así, tuvo mucho más en cuenta su propia trayectoria que en el caso argentino. Argentina se comparaba ya desde tiempos de la organización nacional y hasta principios del siglo XX con una Europa a la que incluso "superaba", pero que desde la segunda posguerra crecería vertiginosamente en su economía y en su calidad de vida. Todo lo cual agudizó la sensación de frustración y fracaso. Y al cabo, tiene lugar, como ya he mencionado, una crisis de identidad: cuando las autoimágenes identitarias "europeas" (europeo, culto, blanco, de clase media) se vuelven insostenibles, la identidad se desfonda, sin que surja, al menos todavía, la configuración de una identidad alternativa.[12] Ciertamente ni la América del Sur, ni el Mercosur, han proporcionado hasta ahora los signos de una identidad común, y por otra parte es muy difícil ajustarse a una identidad "a la baja". La desubicación tiende así a volverse crónica.[13] La experimentación de esta decadencia[14] hará que la historia argentina sea percibida como conteniendo un núcleo, una causa eficiente de la de-

11 Esta expresión es en verdad importantísima. Su origen es la inclinación imperial por aprobar, frente a la fuerte presión de Gran Bretaña, legislación de combate al tráfico de esclavos que no era para ser cumplida y no tenía más propósito que el de contentar a los británicos. Pero la expresión sobrevivió al problema hasta hoy, denotando las situaciones en las que lo legal es pura apariencia.

12 Lo de ser la Europa de América, bien puede haber sido una construcción exitosa de los argentinos, no solo por haberlo creído fielmente, sino también por haber hecho buena prédica de ello. Tan es así que dicha creencia es repetida con gran frecuencia por otros latinoamericanos –no solo por los basileños–y por muchos españoles que sostienen que tienen más similitudes con los argentinos.

13 Beatriz Sarlo puntualiza inmejorablemente los elementos de la desubicación argentina, al referirse a las convicciones dominantes en los primeros años de la recuperación democrática: "Creía que la fractura de esos siete años de régimen militar iba a quedar atrás, una vez realizados el juicio y las condenas de las juntas militares responsables por el terrorismo de Estado, y que volvería a emerger un país como el que se había constituido a lo largo del siglo XX: modernidad cultural y social, elevada alfabetización y reducido desempleo, derechos extendidos, tendencias igualitarias. Sin duda estaba engañada. Argentina no tenía ninguna posibilidad de recuperar lo que había perdido. Por otro lado, precisaba aprender a colocarse en un continente en el que Brasil era el mayor país, el más industrializado y dinámico. La Argentina precisaba aprender a ser un país pequeño, de importancia relativamente menor. Eso yo no lo sabía con la claridad con la que lo sé hoy". (Entrevista para *O Globo*, 2-10-2010.)

14 Esa experimentación puede verificarse tomando en cuenta prácticamente cualquier indicador relevante. Sintetiza Susana Torrado (1992): "Largo, denso, vertiginoso, el siglo

clinación: un momento crítico –que variará según las preferencias– a partir del cual el país habría perdido el rumbo.[15]

En el discurso de los Kirchner el retorno a un pasado idílico es fuerte (véase la tesis de Lucca, 2012) y en él es muy potente la atribución de la decadencia de la Argentina a los malos argentinos, a los poderes internacionales, etc., y a que desvió su rumbo o bien durante la dictadura, o bien en la década "neoliberal" de los noventa. De modo que, en el ideario de la mayor ortodoxia decadentista, hay que corregir, enderezar y regresar a algún punto del pasado glorioso, en lugar de adaptarse al mundo de hoy y a las nuevas condiciones internacionales. Observemos que no hay nada igual en la percepción histórica brasileña,[16] donde lo que encontramos es un relato centrado en males de origen –como la esclavitud– insuperables en una variante, lentamente superados en la otra, que crea una temporalidad diferente. La Argentina ha acumulado, al compás de su turbulenta historia política y social, una serie de pasados dorados, aquellos en los que cada sector se encontraba más a gusto, siendo la ruptura con ese pasado el momento de la pérdida de rumbo nacional. Y se han acumulado, asimismo, experiencias históricas en las que se creyó posible retrotraer el curso de los acontecimientos –el gobierno peronista en 1973 y la dictadura militar de 1976 son dos buenos ejemplos, precisamente aquellas experiencias que marcan la inflexión hacia la pendiente– a la época dorada y al punto previo a la supuesta pérdida de rumbo.

Así es como la imagen de los argentinos sobre sí mismos ha dejado atrás su elevada autoestima y la irritación con el mundo, para dar paso a

---

XX deposita a la sociedad argentina en las puertas de su segundo Centenario, más fatigada, más escéptica y menos esperanzada que cuando celebró el primero" (tomo II).

15 ¿La decadencia comenzó en el '30, en el '50, o en '70? ¿O estaba inscripta en la génesis misma de la Nación, como parte de su destino, y por ende la melancolía era ineludible? ¿Estábamos en situación de ser como Australia y nos arruinamos, o desde el vamos no hubiéramos podido ser eso? No son interrogantes superfluos por más que carezcan de respuesta, sino que forman parte de los debates presentes. Evocan la pregunta que abre *Conversación en la catedral*, de Mario Vargas Llosa: "¿En qué momento se había jodido el Perú?".

16 La relación entre identidad y territorio también es diferente; la "herencia" recibida de los portugueses es diferente a la idea virreinal, porque el mito brasileño sería el de una unidad geográfica natural preexistente a la colonización. Pero la diferencia principal es que los brasileños no "experimentan", como los argentinos, un despojo. No tienen esa vivencia, la del mito de la desmembración del Virreinato. Si se toma en cuenta este movimiento, es en el preciso instante en que la Argentina "nace como Nación" (y es "grande" en la lucha por la independencia) que es despojada: el despojo es constitutivo al mito nacional.

un desasosegado desconcierto.[17] La admisión de que no podemos viajar hacia atrás en el tiempo, y la de que la Argentina real es muy diferente a la Argentina "europea", de pleno empleo, educación vigorosa, en la que creíamos vivir, no ha desembocado aún en una imagen asentada, equilibrada, sino en altibajos entre euforias y desalientos poco duraderos.[18] Es muy diferente el caso de Brasil; si este comparte con la Argentina el hecho de "no vivir el presente", su lugar vivencial no está en el pasado sino en el futuro[19] –futuro alcanzable o inalcanzable según sendas variantes del relato–.[20]

Estas percepciones convergen, a su vez, con las imágenes sobre modos de ser de argentinos y brasileños. En el caso brasileño el efecto de vivir "en el futuro" consiste en parte en despojar al presente –tal como lo hace el "hombre cordial"– de todo lo que sea normas impersonales y en apegarse a los vínculos familiares en su relación con el mundo. En el caso argentino, el camino que conduce a la exasperación parte del desdibujamiento de las imágenes, desdibujamiento que empuja al pasado y exaspera cuando esas imágenes no son reconocidas por ajenos ni identificadas por propios. En ese sentido el camino es abierto por la indignación, por una relación de crónico malestar con el mundo. La reacción argentina sería "la Argentina no precisa de esa aprobación", dándola por descontado –la indignación argentina con una comunidad internacional que nunca llega a reconocer

17 A título de ejemplo, según *Latinobarómetro* (2009), los argentinos son los que menos creen en la posibilidad de un futuro colectivo mejor (aunque en términos individuales la expectativa mejora).

18 "Estoy convencido que la mayoría de los argentinos viven en el pasado, por causa del vicio iluminista-populista heredado de nuestros antepasados, que los llevan a preferir el discurso a la realidad. En términos psicológicos eso define algo muy próximo a una eterna adolescencia, lo que puede no ser tan malo si existe una familia que pague los gastos del sujeto; en términos políticos eso es utopismo puro, y el pueblo paga siempre caro los gastos de ese delirio" (Leis y Viola, 2003).

19 "Somos una cultura sincrética, un pueblo nuevo, que a pesar de ser fruto de matrices diferenciadas, se comporta como una sola gente. Sin apegarse a ningún pasado. Estamos abiertos para el futuro", dice Darcy Ribeiro (1995).

20 Según el británico Centro de Pesquisa de Economia e Negócios, Brasil se tornó la sexta economía del mundo, superando al Reino Unido (*O Globo*, 27-12-2011). Simulaciones hechas con base en los datos del FMI muestran que solo en 2032 Brasil podrá alcanzar el patrón de vida de los ingleses. Ministro Guido Mantega: "Esto significa que vamos a tener que continuar creciendo más que esos países, aumentar el empleo y el ingreso de la población. Tenemos un grande desafío por delante". La índole de ese desafío está en debate, porque las posiciones se diferencian según la mayor o menor atención a la dimensión ambiental del problema. Y no faltan quienes vean que en este último aspecto el gobierno actúa "*para inglês ver*".

"*lo importantes que somos*" y "*el papel fundamental que nos tocaría merecidamente desempeñar*–.[21]

Hasta qué punto este malestar consigo misma y la desubicación en su relación con el mundo tienen vigencia como imagen argentina, se hace patente en el hecho de que la crisis de identidad nacional tiene con frecuencia por respuesta una exaltación del nacionalismo, en una variante del mismo que la Argentina cultiva desde hace décadas (al menos desde los años '30 del siglo pasado), variante en la que el decadentismo y el victimismo son complementos necesarios del resentimiento. Cuando este talante reactivo se convierte en propositivo, en clave política, adquiere virulencia y los rasgos del "nacionalismo".

El aumento de la autoestima brasileña no podía estar desprovisto de voces significantes, y quizá una de las más expresivas sea la de *miscigenação*, a la que me permito oponer la figura hispanoamericana de *crisol de razas*. Son vocablos próximos: ambos aluden a la mezcla, fusión, cruzamiento de "razas" (sea lo que el elusivo término "raza" quiera significar, aunque por lo general se alude a fenotipos, salvo para posiciones racistas) y etnias. Pero son, sostendré aquí, semánticamente opuestos: mientras el significante *miscigenação* constituye una imagen plural y diversa de la sociedad brasileña, el significante *crisol de razas* nos propone una imagen homogénea (blanca) de la sociedad argentina (de allí que no contrapongo crisol de razas a *cadinho de raças*: esta última ha tenido un éxito muy menor frente a *miscigenação* y también si la comparamos con crisol de razas).[22] Pero ambos conceptos tienen su historia.

Durante el siglo XIX y parte del XX, el término brasileño estaba fuertemente asociado a la idea de blanqueamiento racial (entonces, sí, *cadinho de raças*). Y estaba oprimido por la pesada carga de aquel sentimiento de inferioridad frente a los pueblos y las naciones. Como observa Renato

21 Cierta vez dando clase en Río de Janeiro, observé que nosotros los argentinos vivimos desconcertados e irritados con el resto del mundo porque este nunca llega a reconocer lo valiosos que somos y cuánto nos corresponde un lugar de preferencia, en tanto que los brasileños viven inquietos frente a la posibilidad de que el mundo se dé cuenta de lo poco que valen. Así, y antes de que alguien me malentienda, el sentimiento de superioridad argentino es tan infundado como el de inferioridad brasileña. Por eso, la diferencia entre lo "real" y lo "percibido" no es lo más interesante. Lo más interesante es que estas percepciones son en sí mismas organizadoras de espacios culturales.

22 Tanto crisol como *cadinho* son conceptos culturales pero sostienen una reducción cultural. Las masas que "entran" en el crisol (salvo en todo caso una de ellas) no lo harían con sus culturas, implícitamente es un proceso biológico, el resultado es estatal-cultural, y en ese proceso se pierden especificidades y diversidades culturales.

Ortiz (1985), medio y raza daban los motivos para que las interpretaciones pioneras de Brasil estuvieran presididas por el pesimismo:

> [en autores como Euclides da Cunha,[23] Sílvio Romero, Nina Rodrigues u Oliveira Martins] la creencia en el determinismo provocado por el medio ambiente desemboca en una perspectiva pesimista en relación con las posibilidades brasileñas; las consideraciones a partir de las teorías raciales vigentes agravan el cuadro todavía más. El mestizo, producto del cruce de razas desiguales [obsérvese que la mezcla equivalía a una degeneración], encierra los defectos y taras transmitidos por la herencia biológica. La apatía, la imprevisión, el desequilibrio moral e intelectual, la inconsistencia, serían de esta forma cualidades naturales del elemento brasileño. El mestizaje simbólico traduce la realidad inferiorizada del elemento mestizo concreto [...] la *miscigenação* moral, intelectual y racial del pueblo brasileño solamente puede existir en cuanto posibilidad.

Es desde luego esta noción de degeneración a través del mestizaje a la que se opone Gilberto Freyre (2007).[24] Como acota Ortiz (1985): "Dentro de esta perspectiva, el negro y el indio se presentan como obstáculos al proceso civilizador [...]. Nina Rodrigues [postula] la incapacidad de asimilación de la población negra de los elementos vitales de la civilización europea".

Pero aflora una lectura en clave de transigencia; lejos de la oposición argentina entre las razas de la civilización y las razas de la barbarie, tiene lugar una composición por la que se impone la fuerza de las cosas: ¿cómo tratar la identidad nacional delante de la disparidad racial? Ya no se trata de identificar mestizaje con degeneración.

> En la medida en que la civilización europea no puede ser trasplantada integralmente para el suelo brasileño (el medio ambiente es diferente) y que en Brasil dos razas consideradas inferiores contribuyen para la evolución de la historia brasileña, se torna necesario un punto de equilibrio [...]. El mestizo [...] expresa una necesidad social, la elaboración

23 "La posición es idéntica en Euclides da Cunha y Nina Rodrigues [...]: el nordestino solo es fuerte en la medida en que está insertado en un medio inhóspito al florecimiento de la civilización europea."

24 Gobineau, en Río de Janeiro como diplomático, se manifestó muy bien impresionado por Pedro II: "No esperaba descubrir en esta tierra de mestizos degenerados, como veía a la población brasileña, alguien que no solamente conocía los libros suyos, sino que parecía conocer todos los otros" (Murilo de Carvalo, 2007).

> de una identidad nacional. El mestizaje, moral y étnico, posibilita la aclimatación de la civilización europea en los trópicos (*ibid.*).

Pero esa aclimatación es vista mucho más como una utopía que como un futuro realizable:

> El ideal nacional es una utopía a ser realizada en el futuro, en el proceso de blanqueamiento de la sociedad brasileña. [De tal modo,] [...] para Silvio Romero la raza antropológica sería aquella vinculada a los parámetros biológicos y que traería consigo las cualidades psicosociales de las nacionalidades [...]. Silvio Romero coloca la cuestión en términos brasileños. En la medida en que Brasil no posee una raza unitaria, el factor étnico es dominante, lo que equivale a decir que solamente en el futuro podríamos ser una "raza histórica" (*ibid.*).

Pero con la inmigración extranjera desde fines del siglo XIX, el blanqueamiento aparece como un horizonte verosímil:

> La cuestión de la raza es el lenguaje a través del cual se aprehende la realidad social, refleja inclusive el *impasse* de la construcción de un Estado nacional que todavía no se consolidó [...]. La política migratoria más allá de su significado económico posee una dimensión ideológica que es el blanqueamiento de la población brasileña. El hecho de que este blanqueamiento se dé en un futuro, está en perfecta adecuación con la concepción de un Estado brasileño en cuanto meta (*ibid.*).

La noción de país del futuro cobra fuerza. Observemos de paso que ya en esta visión conceptos tales como "raza" y "blanqueamiento" se articulan en torno a una imagen del futuro de Brasil (siendo todavía el "atraso" brasileño explicado en términos de inferioridad racial). Como tantos otros países periféricos, Brasil y Argentina sufren un tránsito de sus realidades social, estatal, política y cultural; en el caso brasileño, este tránsito es experimentado como un interrogante radical sobre la posibilidad de que el país "llegue" alguna vez al futuro. Sintéticamente, las percepciones contemporáneas de las élites brasileñas y argentinas estaban presididas por el pesimismo y el optimismo, respectivamente. El pesimismo brasileño, fundado en las nociones dominantes de medio (hostil a la aclimatación de culturas europeas) y raza (razas inferiores, degeneradas por el cruzamiento, etc.) y en el desfasaje entre teoría y realidad al que se refiere Ortiz, se contrapone con la confianza de la élite argentina, primero en la factibilidad

de vencer a la barbarie, arrinconarla, excluirla, y trasplantar la civilización europea y luego en el éxito continuo del experimento tan bien logrado.[25]

Intervienen así consideraciones de orden social, y la esclavitud es percibida como una llaga a la que se le atribuye un poder explicativo mayor que a cualquier consideración racial, distinguiendo al negro del esclavo. En una tradición que se remonta a José Bonifacio (1823): "¿Qué educación pueden tener las familias que se sirven con esos infelices sin honra [...]? Nosotros tiranizamos a los esclavos y los reducimos a brutos animales; ellos nos inoculan toda su inmoralidad y todos sus vicios". Mediante una relectura de Joaquim Nabuco (en *El abolicionismo*, 1881): "El mal elemento de la población no fue la raza negra, sino esa raza reducida al cautiverio". Y es también el caso con Nina Rodrigues.[26] Como insiste Ortiz, ninguno de ellos "atribuye al negro, al africano, a la 'raza inferior', las 'funestas consecuencias' de la *senzala* sobre la casa-grande. Las atribuyen al esclavo. Al hecho social y no étnico".

Y lenta y gradualmente comienza a positivizarse la formación étnica brasileña. Es el caso de Manuel Bonfim, que contrariamente a Sílvio Romero, Nina Rodrigues y Euclides da Cunha (1981), considera la mezcla racial como "renovadora", puesto que tendería a reequilibrar los elementos negativos heredados del colonizador. Pero Bonfim, desde luego, toma partido por el progreso, la civilización europea; "el carácter renovador de las culturas negra e india no posee, del mismo modo que la portuguesa, las cualidades que posibilitan orientar el progreso" (Ortiz, 1985). Pero lo afirma sin apelar a las teorías racistas vigentes, refuta tales teorías, rechaza que las cualidades de apatía, indolencia, imprevisión, sean atribuibles al mestizo, al negro o al indio, y denuncia tales teorías como ideologías que procuran legitimar una situación de explotación en detrimento de las naciones subdesarrolladas.

25 Terán (2007): "La inmigración es estratégica [...] 'bastaría por sí sola a sanar en 10 años no más todas las heridas que le han hecho a la patria los bandidos, desde Facundo hasta Rosas', incluyendo un vigoroso avance hacia el sur. Será la encargada además de corregir los defectos o las incapacidades que para la civilización caracteriza a la población nativa, compuesta por españoles e indígenas, además de remanentes de raza negra en extinción. Todas estas razas comparten algo: 'su amor a la ociosidad'". Se trata de algo diferente al "blanqueamiento" brasileño, cuyo pesimismo parte de la asunción de que son razas inferiores que confían en la mestización con las razas superiores (contraponiéndose ya por tanto a otra noción racista, la de degeneración racial por mestizaje).

26 Por cierto la batalla no estaba aún ganada, y opiniones como las de Oliveira Martins (1887) tenían fuerza: "Hay por cierto y abundan, los documentos que nos muestran en el negro un tipo antropológicamente inferior, no raramente próximo del antropoide, y bien poco digno del nombre de hombre".

A partir de la Primera Guerra Mundial se multiplican los esfuerzos para la construcción de una conciencia nacional, y estos esfuerzos son, sobre todo, estatales, ya que se perfila en las élites una noción de *guerra total*. Una sociedad como la "Propaganda Nativista", fundada en 1919, podrá incluir en su programa la adopción del principio de la igualdad de razas. Las diferencias raciales son percibidas como fuentes de conflictos y divisiones que amenazan la unidad de la nación. La noción de mestizaje apunta para la formación de una posible unidad nacional y el mestizaje se despega parcialmente del blanqueamiento.

Pero ya en la década de 1920 el concepto racista de blanqueamiento estaba siendo erosionado desde diferentes ángulos.[27] El concepto de mestizaje dejaría el blanqueamiento en un plano secundario y, para ilustrar con un ejemplo contundente, era difícil mantener en pie el blanqueamiento junto a la cosmovisión sincretista de antropofagia cultural (que distingue lo brasileño por su capacidad cultural de "comer") de Oswald de Andrade y el *Manifiesto modernista*. No es posible omitir este antecedente, indirecto pero de mucha fuerza, que fue la Semana de Arte Moderno de 1922 en San Pablo, generalmente considerada como el primer intento de bosquejar una idea general de la cultura brasileña. Definitivamente, la antropofagia del modernismo positiviza el mestizaje.[28] Lo más interesante es que esta mestización se funde con una propuesta de cultura nacional. Lejos de ser aislacionista o excluyente, la propuesta cultural del movimiento modernista está concebida con un poder asimilador como uno de sus rasgos centrales. La cultura europea es asimilada por el ser nacional, que la resignifica. La combinación de lo autóctono y lo europeo se expresa en la idea de deglución, dándose la construcción del ser nacional a través de la práctica "antropofágica".

La pintura *Abaporu* (1928), de Tarsila de Amaral, es emblemática del movimiento; como indica Wentzel (2009),

> Es a través del cuerpo en *Abaporu* que leemos los mandatos de la época y que la artista resignifica este mandato social de asimilación (o deglución) cultural. El resultado es este sincretismo de valores europeos y

27 La obra de Alberto Torres, al cuestionar las teorías raciales entonces vigentes en la cultura brasileña, y al enfatizar la necesidad de tomar como punto de partida el estudio empírico de la realidad brasileña, tiene impacto en la creación de un pensamiento autoritario nacional, tanto como en la construcción de un ideario nacionalista.

28 Para la misma época, Carlos Bunge hablaba de "hibridación degenerativa", de una maldición (argentina) que provenía de la mezcla de razas y del sustrato indígena. Se trata de una versión extremista de la noción de crisol de razas.

> brasileños, una apropiación de sentidos que serán cambiados de signo, ya que la inversión de ciertos elementos del dualismo cartesiano no deben ser entendidos en términos negativos sino como una reelaboración positiva que, en última instancia, conduce a la creación de nuevos valores, en este caso la construcción de una identidad nacional.

No hay, entonces, reemplazo o sustitución por exclusión, hay sincretismo.[29]

Pero no será sino en los '30 –década que registra una auténtica transformación en la historia política y cultural brasileña– que la noción de *miscigenação* se despegaría definitivamente de la de blanqueamiento. Se afianzaría como concepto al mismo tiempo biológico y cultural, porque expresaría tanto el entrecruzamiento de "razas", etnias, como de culturas. Como explica Benzaquen de Araújo (1994), Gilberto Freyre aspira, con *Casa-grande & senzala*, "[...] tornarse el autor del primer gran trabajo de cuño sociológico que consiga romper con el racismo que caracterizaba buena parte de la producción erudita sobre el asunto hasta 1933". Y lo logra, siendo una de las principales razones de esto, precisamente, su capacidad de pensar la *miscigenação* como la mezcla de tres mundos culturales, no biológicos.

Benzaquen destaca en su ensayo el relieve que asume en la obra de Freyre la expresión "antagonismos en equilibrio". En su elaboración, la mixtura se presenta claramente como la de una heterogeneidad de antagonismos en equilibrio que no se sintetizan. Como lo explica Cardoso (2007):

> Gilberto Freyre es el maestro del equilibrio de los contrarios. Su obra está recorrida por antagonismos. Pero de esas contradicciones no nace una dialéctica, no hay superación de los contrarios, ni se vislumbra como consecuencia de ellos cualquier sentido de la historia. Los contrarios se yuxtaponen, frecuentemente de forma ambigua, y conviven en armonía.

29 Ortiz (1985) observa que "Parece haberse transformado en sentido común la tesis del Brasil en cuanto espacio imitativo". Considérese el siguiente testimonio: "Los intelectuales que hablan de antropofagia, se refieren a la admiración de Brasil por todo lo que no es propio, tocan ese asunto pero de otro modo, una curiosidad, una admiración, una asimilación. ¿Somos imitadores? Y de ahí lo del *complexo de vira-lata*, dificultad en afirmarse. Yo nunca creí en eso, creo que hay una construcción paulatina, lenta, de asimilación, pero de construcción también a partir de la asimilación [...] se nota en la música, en la vida cotidiana, el brasileño es curioso con lo que hay afuera, incorpora, transforma, juega, construye artificios".

Resulta claro, a mi juicio, que desde el inicio, al menos en la obra de Freyre, la noción de *miscigenacão* no puede ser separada de la de "antagonismos en equilibrio".

"Diferencia, hibridismo, ambigüedad e indefinición: parecen ser estas las principales consecuencias de la idea de *miscigenacão*", observa Benzaquen. Pero esta nueva noción de *miscigenação* centrada en la pluralidad y el equilibrio de contrarios es, a mi criterio, *construida* por Freyre, que para poder fundarla debe potenciar a los sectores subordinados. Debe equiparar, digamos así, a la *senzala* con la casa-grande. Por eso gran parte del esfuerzo de *Casa-grande & senzala* estará destinado a precisar el impacto de la presencia física y cultural de indios y negros en la sociedad y la cultura brasileñas; pero no el de indios o negros como actores colectivos que en tanto tales podrían haber tenido influencias de distinto tipo en el rumbo social, sino el de masas humanas –serviles, esclavas– que se fundieron con el grupo dominante y en él dejaron sellos sociales y culturales indelebles.[30]

Así, dirá Freyre, debatiendo tácitamente con los "medios ortodoxos y oficiales" que apenas menciona de modo incidental:

> La *miscigenação* que se practicó aquí ampliamente corrigió la distancia social que de otro modo se habría conservado enorme entre la casa-grande y la *senzala*. Lo que el monocultivo *escravocrata* realizó en el sentido de aristocratización, extremando la sociedad brasileña en señores y esclavos, con una rala e insignificante capa de gente libre apretada entre los dos extremos antagónicos, fue en gran parte contrariado por los efectos sociales de la *miscigenação*. La india y la negra-mina al principio, después la mulata, la *cabrocha*, la *quadrona*, la *oitavona*, tornándose caseras, concubinas y hasta esposas legítimas de los señores blancos, actuaron poderosamente en el sentido de democratización social en Brasil. Entre los hijos mestizos, legítimos o ilegítimos, que tuvieron con ellas los señores blancos, se subdividió parte considerable de las grandes propiedades, quebrándose así la fuerza de las *sesmarias* feudales y de los latifundios del tamaño de reinos.

30 Fausto (1994) sintetiza el proceso histórico sobre el cual Gilberto Freyre erige su relato: "Los indios que se sometieron o fueron sometidos sufrieron la violencia cultural, las epidemias y muertes. Del contacto con el europeo resultó una población mestiza, que muestra, hasta hoy, su presencia silenciosa en la formación de la sociedad brasileña. [...] En conjunto, la palabra 'catástrofe' es la más adecuada para designar el destino de la población amerindia. Millones de indios vivían en Brasil en la época de la Conquista y apenas cerca de 250 mil existen hoy".

Puede verse que, si el concepto de *miscigenação* está marcado por el equilibrio de antagonismos, Freyre lo construye elevando el papel de uno de los contrarios, para oponerlo de modo tal que tenga capacidad de contrapesar al otro. El siguiente no es sino un ejemplo:

> Híbrida desde el inicio, la sociedad brasileña es de todas las de América la que se constituyó más armoniosamente en cuanto a las relaciones de raza: *dentro de un ambiente de casi reciprocidad cultural* que resultó en el máximo de aprovechamiento de los valores y experiencias de los pueblos atrasados por el adelantado; en el máximo de contemporización de la cultura adventicia con la nativa.

En el epílogo del capítulo en que presenta un cuadro general del proceso de formación de la familia patriarcal brasileña, Freyre nos dirá, recapitulando los antagonismos en equilibrio que ha identificado:

> La mediación africana en Brasil aproximó los extremos, que sin ella difícilmente se habrían entendido tan bien, de la cultura europea y de la cultura amerindia, extrañas y antagónicas en muchas de sus tendencias. Considerada de modo general, la formación brasileña ha sido un proceso de equilibrio de antagonismos. Antagonismos de economía y de cultura. La cultura europea y la indígena. La europea y la africana. La africana y la indígena. La economía agraria y la pastoril. La agraria y la minera. El católico y el hereje. El jesuita y el hacendado. El *bandeirante* y el señor de ingenio. El paulista y el *emboaba* [portugués]. El pernambucano y el *mascate* [portugués, vendedor ambulante]. El gran propietario y el paria. El bachiller y el analfabeto. Pero predominando sobre todos los antagonismos, el más general y el más profundo: el señor y el esclavo.

En casi todos los casos, la verosimilitud del "equilibrio" descansa en el realce de uno de los contrarios. Precisamente, es en las relaciones entre señores y esclavos donde más se aventura Freyre al punto de sugerir a veces (pero sin enfatizarlo ni explicitarlo como se cree comúnmente) una democracia racial. Por cierto, el descomunal ensayo de Freyre –así como otras de sus obras– permite diferentes lecturas, pero hay una resultante vigorosa frente a la cual endilgarle ese mito sería injusto. Tan injusto como acusarlo de haber usado pinceles idílicos para pintar el Brasil que analiza minuciosamente; es prueba en contrario la cirugía fina que hace en muchos pasajes de su obra, entre qué debe ser atribuido a la dominación esclavista

(toda la degradación de señores y esclavos y sus descendientes hasta sus días), y qué correspondería a la condición racial (casi siempre connotaciones positivas).[31] Desde luego, son un sello de Freyre los contrapuntos y los contrastes; por caso, en *Casa-grande & senzala* se esboza muy tenuemente un tema que luego tratará extensamente en *Sobrados e mucambos*: el modo en que el patriarcalismo se habría deshecho con la Ley Áurea de 1888, quedando en el desamparo los esclavos liberados. En este contrapunto los señores esclavistas se benefician con una luz diferente, que nos hace verlos en un continente casi paternalista. Ello no alcanza, con todo, para hacernos olvidar los incisivos análisis en los que las condiciones y efectos de la esclavitud son presentados sin medias tintas.

Pero volvamos ya mismo a los pasos de Freyre que nos llevan al modo en que desmonta las nociones racistas entonces dominantes:

> La escasez de mujeres blancas [nos dirá] creó zonas de confraternización entre vencedores y vencidos, entre señores y esclavos. Sin dejar de ser relaciones de "superiores" con "inferiores" y, en la mayoría de los casos, de señores atrevidos y sádicos con esclavas pasivas, se endulzaron, entre tanto, con la necesidad experimentada por muchos colonos de constituir familia en esas circunstancias.

Por lo tanto, Freyre podrá afirmar que "la historia social de la casa-grande es la historia íntima de casi todo brasileño: de su vida doméstica, conyugal, bajo el patriarcalismo esclavista y polígamo; de su vida de niño; de su cristianismo reducido a la religión de familia e influenciado por las creencias de la *senzala*". Y abre el capítulo IV, dedicado al papel del negro en la vida brasileña, de un modo que sorprende al lector:

31 "La verdad, sin embargo, es que nosotros fuimos los sádicos; el elemento activo en la corrupción de la vida de familia; y niños y mulatas el elemento pasivo. En realidad, ni el blanco ni el negro actuaron por sí, mucho menos como raza, o bajo la acción preponderante del clima, en las relaciones de sexo y de clase que se desenvolvieron entre señores y esclavos en Brasil. Se expresó en esas relaciones el espíritu del sistema económico que nos dividió, como un dios poderoso, en señores y esclavos. De él se deriva toda la exagerada tendencia para el sadismo característica del brasileño, nacido en casa-grande, principalmente en ingenio [...]". Y luego de referirse a padres o jueces que se rehusaron a casar blanco con negra: "Actitudes esporádicas, fuera de la tendencia genuinamente portuguesa y brasileña que fue siempre en el sentido de favorecer lo más posible el ascenso social del negro". Aquí sí hay implícitamente una idea de democracia racial; aunque contradictoria con muchas otras afirmaciones.

> Todo brasileño, inclusive el blanco, de cabello rubio, trae en el alma, cuando no en el alma y el cuerpo, el rasgo, o por lo menos el semblante, del indígena o del negro [...] en todo lo que es expresión sincera de vida, traemos casi todos la marca de la influencia negra.[32]

En Freyre, y en gran medida en Brasil debido a la duradera huella de sus interpretaciones, las nociones de degeneración de razas por entrecruzamiento, así como cualquier postulado de inferioridad racial, quedarán definitivamente atrás. El antropólogo contrapone otras variables a aquellas de las que se valen los publicistas de las teorías raciales; así, sostiene que es preciso

> [...] rectificar la antropogeografía de los que, olvidando los regímenes alimenticios, atribuyen todo a factores de raza y clima; y en ese movimiento de rectificación debe ser incluida la sociedad brasileña, ejemplo del que tanto se sirven los alarmistas de la mezcla de razas o de la malignidad de los trópicos a favor de su tesis de degeneración del hombre por efecto del clima o de la *miscigenação* [...] [siendo Brasil] uno de los pueblos modernos más desprestigiados en su eugenesia [...] profundamente perturbado en su vigor físico por un pernicioso conjunto de influencias económicas y sociales.

Al contrario, la exaltación de la mezcla lo lleva a postular en ella las raíces de la condición ideal del brasileño: "Tal vez el tipo ideal de hombre moderno para los trópicos, europeo con sangre negra o india para avivarle la energía". De hecho, muchas de sus páginas son un panegírico de la mixtura, y Freyre se entrega con fruición a mostrar cómo el colonizador portugués traía sangre y culturas mora y morisca y estuvo acompañado, en su desplazamiento hacia América, por varones de cien pueblos europeos.

32 "Me parece que es una frase sacada de *Casa grande & Senzala*, de Gilberto Freyre, lo que refleja la ideología del mestizaje, de que los brasileños son resultado del encuentro armónico entre blancos, negros e indios. Es una afirmación romántica, idealizada, que niega el preconcepto y el pasado sufrido de la población negra. Al mismo tiempo trae a cuento la gran influencia en la cultura brasileña de las costumbres y el modo de vida de los pueblos africanos que vinieron al Brasil". (Testimonio.) Se le atribuye a Chico Buarque la humorada de que los últimos blancos brasileños eran Xuxa y Taffarel y que si ellos no se casaban no quedarían más blancos puros. Tanto el testimonio como el comentario de Chico hacen patente, en el cauce profundizado por Freyre, que estamos delante de una aproximación básicamente cultural a la cuestión.

La *miscigenação* que hace a la formación brasileña "racial" y culturalmente diversa, mixturada, híbrida; la pluralidad de antagonismos en equilibrio que le infunde dinamismo sin desarticularla o desgarrarla: son claves de la elaboración de Freyre que incidirán por largo tiempo en los relatos interpretativos de los propios brasileños sobre Brasil. En verdad, el propósito de Freyre es también plasmar persuasivamente una imagen del Brasil de su tiempo. Es frente a las llagas que afectan a la sociedad brasileña que argumenta que no hay ningún factor racial tras ellas y que, por lo tanto, no son irredimibles. Y positiviza[33] al mismo tiempo la *miscigenação* para mostrar cómo la plasticidad y la *miscibilidade* del portugués, en contacto con indios y africanos, acabaron generando ese "tipo ideal de hombre moderno para los trópicos". Para Freyre, la formación social y cultural brasileña (y hasta la política) de sus días sería incomprensible sin tomar en cuenta la matriz del Brasil patriarcal de esclavitud, poligamia y latifundio. Exhibiendo un proceso exitoso y satisfactorio tanto en lo físico como en lo cultural, dirá, así, sin mayor fundamento, que "el Brasil es de los países americanos donde más se ha salvado de la cultura y de los valores nativos", para vincular luego el pasado con el presente: "la cultura primitiva, tanto la amerindia como la africana [...] se hace sentir en la presencia viva, útil, activa, y no apenas pintoresca, de elementos con actuación creadora en el desarrollo nacional". No existe la menor contradicción percibida por Freyre entre el "éxito en lo físico y en lo cultural" de la *miscigenação* y las consecuencias negativas sobre negros e indios de las condiciones económico- sociales del sistema colonial. Pero Freyre, al hablar del proceso patriarcal y esclavista de la *miscigenação*, y al identificar con claroscuros las líneas históricas, está hablando del Brasil contemporáneo, del Brasil de sus días. En cierta medida, no aspira a otra cosa.

La equiparación "racial" y social que lleva a cabo Freyre apuntala decisivamente la formación del principal mito político de la nacionalidad brasileña. Esto es observado por Renato Ortiz (1985):

> El mito de las tres razas se torna plausible y se puede actualizar como ritual [...] sentido común [...] ritualmente celebrado en los grandes eventos como el carnaval o el fútbol [...]. El libro de GF posibilita la afirmación inequívoca de un pueblo que se debatía aún con las ambigüedades de su propia definición. Se transforma en unicidad nacional.

33 Nuevamente, acá se produce el mecanismo del *hombre cordial*, un aspecto "negativo" que se acepta, y que por ende se termina normalizando, volviéndose un aspecto positivo o distintivo de la identidad brasileña.

Al retrabajar la problemática de la cultura brasileña, GF ofrece al brasileño un documento de identidad.

Si se para mientes en el racismo galopante de la década del '30 en casi todo el mundo (y en sus adeptos en Brasil) se puede ver que el esfuerzo de Freyre fue titánico no solo en la prolija reconstrucción del concepto de *miscigenação* física y cultural, de la influencia negra e indígena, sino también en procura de que Brasil se liberara del lastre de la noción dominante de un hándicap de origen racial. Por sobre todo, la obra de Freyre tuvo un impacto positivo en el desmonte del racismo brasileño. Pero el elemento del mestizaje contiene justamente los rasgos que naturalmente definen la identidad brasileña: unidad en la diversidad.[34] Fórmula que condensa dos dimensiones: variedad de las culturas y unidad de lo nacional.

Puede, de cualquier modo, señalarse un costado negativo en la noción de la *miscigenação*: al igualar las "tres razas", al presentar una diversidad armónica, ¿abona el éxito del mito de la "democracia racial"? La élite brasileña (blanca y rica), ¿consiguió construir un componente de la identidad nacional brasileña en torno a este mito? Los mitos fundantes (unidad, armonía, conciliación y proporcionalidad) parecen todos, como ya observamos, apagar las huellas de la lucha social, cosa que acontece con todos los grandes mitos nacionales, pero en este caso se llega a ellos a través de una forma, muy eficiente, de dar cuenta de las cuestiones raciales. Quizá el costado negativo sea el mismo que el positivo: no se cristaliza una oposición entre una identidad blanca y rica y otra negra y pobre.

El linaje de propuestas de identidad brasileña, con trayectorias y bifurcaciones, reconoce en Darcy Ribeiro uno de los pensadores más importantes. Darcy escribió en una clave antielitista, identificando la noción de pueblo brasileño con los desheredados de Brasil. Y la bandera de la enseñanza pública, gratuita y obligatoria es flameada enérgicamente en oposición –como en la Argentina– a una coalición de liberales y nacionalistas católicos. Darcy Ribeiro (1995) representa lo mejor del populismo brasileño; pero también es una de sus expresiones más radicales: "Me gustaría quedar

34 (Testimonio de hombre de edad mediana, músico.) "[...] *miscigenacão*, no es fácil, viene a la mente la tolerancia y la intolerancia, aunque fue resultado de una supremacía de la tolerancia... es lo único que nos justifica, no seríamos nosotros sin eso, tal vez el mayor país *miscigenado* del mundo... es lo que hace de nosotros, nosotros, y una cierta mística, mito alimentado en Brasil, proyectar en el mundo la concordia, demostración de posibilidades humanas de convivencia en un ambiente de intercambio, y de mixtura".

en la memoria de las personas pidiendo que sean más brasileñas", expresa; asimismo, "Los estudiosos marxistas descuidaron los conflictos y las diferencias étnicas"; interesante aproximación, porque Darcy busca la constitución del conflicto, del antagonismo, donde este es apenas una diferencia. Brasil, como "Pueblo Nuevo", fruto de la conjunción, desculturización y caldeamiento de matrices étnicas dispares, reúne para Darcy, un potencial civilizatorio. Apuesta a la fuerza de la mezcla entre disparidades que producirán un ideal de civilización. Pero lo hace de un modo diferente al de Freyre: ve y valora un resultado más segmentado (homogéneo al interior de cada segmento), lo que tal vez tenga que ver con su populismo.[35]

Más que una sociología, la de Ribeiro es una antropología nacional, que resulta fácil contraponer al dinamismo, primero, y a la volatilidad luego, de los actores sociales en el caso argentino:

> Esta estructura de clases engloba y organiza a todo el pueblo, operando como un sistema autoperpetuante del orden social vigente. Su comando natural son las clases dominantes. Sus sectores más dinámicos son las clases intermedias. Su núcleo más combativo, las clases subalternas. Y su componente mayoritario son las clases oprimidas, solo capaces de explosiones catárticas o de expresión indirecta de su revuelta. Generalmente están resignadas con su destino, a pesar de la miserabilidad en que viven, y por su incapacidad de organizarse y enfrentar a los dueños del poder [...]. [No obstante] es el negro urbano lo que hay de más vigoroso y bello en la cultura popular brasileña [...] [el] componente más creativo de la cultura y aquel que, junto con los indios, más singulariza a nuestro pueblo (*ibid.*).

Pero la mezcla crea condiciones menos favorables que el racismo de la "gota de sangre" y que el *appartheid* para la emancipación, y lo que es admitido por otras lecturas como un gran triunfo de la sociedad brasileña, es percibido por Darcy como un inhibidor de la lucha social (una vez más la intersección de lo racial con lo socioeconómico compromete ambas dimensiones del conflicto). Y aparece la idea del conflicto atenuado y suavizado:

> Se diluye la negritud en una vasta escala de gradaciones [...] aspecto perverso del racismo asimilacionista [...] imagen de mayor sociabilidad

35 "¿Estaremos condenados a ser un pueblo multicolorido para siempre en el plano racial y cultural?" Más allá del verbo empleado, no valora mucho la diversidad, quizá la vea como un obstáculo para la liberación.

> cuando de hecho desarma al negro para luchar [...] objetivo ilusorio, condiciones de convivencia en que el negro pueda aprovechar las líneas de capilaridad para ascender [...] sin encontrar un lenguaje apropiado para la lucha antirracista, crea una atmósfera de fluidez interrracial pero disuade al negro para su lucha específica (*ibid.*).

Las cifras de crecimiento absoluto y relativo de la población mulata no lo entusiasman, y sin duda para Darcy la democracia racial no es más que una mitificación.

Para Darcy, el impulso más enérgico de la sociedad brasileña no es ni el vinculado a la condición racial ni el relacionado con el conflicto de clases, sino el ascenso social; y, por cierto, supo captar esta dimensión tempranamente:

> Los brasileños de fisionomía racial negra no actúan social y políticamente motivados por las diferencias raciales, sino por la concientización del carácter histórico y social de los factores que obstaculizan su ascenso [...] no actúan como negros sino como integrantes de las camadas pobres movilizables todas por iguales aspiraciones de progreso (*ibid.*).

La homogeneidad que la aproximación de Darcy captura es consecuencia de este impulso:

> Desigualdad social, posición inferiorizada del negro y del mulato, por otro lado la homogeneidad cultural básica que trasciende singularidades regionales, variedad de matrices raciales, proveniencia cultural de los distintos contingentes [...] no hay lealtades étnicas extranacionales [...] sino una etnia nacional [...] sin lugar a que eventuales tensiones se organicen en torno de unidades regionales, raciales o culturales (*ibid.*).

Darcy Ribeiro daba en el clavo: para ser un país de semejantes dimensiones geográficas tanto como demográficas, la inexistencia de clivajes fuertes es llamativa.

Y es evidente la ambivalencia con la que piensa la cuestión: "Una misma cultura a todos engloba y una vigorosa autodefinición nacional a todos anima, cada vez más brasileña [...] brasileñismo tan arraigado que resulta en xenofobia y vanagloria nacionalista [...] cómo es difícil para un brasileño vivir fuera de Brasil" (*ibid.*). Darcy no participa de la típica ufanía, pero una sensibilidad especialmente brasileña no le es ajena. Ve la ufanía en la celebración desenfrenada de las copas del mundo, en la que el fútbol (como en la Argentina) se constituye en depositario de la identidad. Así

"la gran herencia histórica brasileña es la hazaña de su propia constitución como un pueblo étnica, nacional y culturalmente unificado [...] y el malogro de nuestros esfuerzos de estructurarnos solidariamente [...] en el plano socioeconómico, para sí mismo" (*ibid.*). Es la unificación étnica popular la que crea condiciones para aquello que, sin embargo, la incapacidad para "estructurarnos socialmente", debido precisamente a las características de ese proceso de unificación, es un obstáculo.

En nuestros días, el eco de las claves de lectura de Freyre y de Darcy puede escucharse claramente, por ejemplo, en los términos del debate sobre la *política de cotas* y la discriminación racial, en el marco de una lucha por las imágenes del Brasil contemporáneo. Entre las principales espadas contrarias a la *política de cotas*, Ali Kamel (2006) es representativo de un espíritu freyreano; sostiene que tal política presenta el peligro de llevar a Brasil a constituir una nación bicolor (es decir, a que los brasileños se perciban puramente como blancos o negros): "La adopción de las cuotas raciales es posible solamente si antes se corporiza todo un proceso que sustituya el ideal de nación *miscigenada* y tolerante por la creencia en una nación dividida entre negros oprimidos y blancos opresores". Kamel fustiga asimismo a quienes alientan una visión multiétnica de Brasil, porque en las naciones multiétnicas, si bien la discriminación es censurada, cada etnia es tolerada por las otras y la mezcla es evitada como antinatural. Todo esto sugiere por parte de Kamel la percepción de Brasil como una sociedad donde la diversidad de la mezcla y el sincretismo,[36] y no la existencia de contingentes sociales, étnicos y culturales estancos que se toleran a gatas, es dominante. Definir a los brasileños por la "raza" (política de autoclasificación que ha sido propuesta) sería para él "el fin del país que se enorgullecía de su *miscigenação*, que sabía que nadie es enteramente blanco o enteramente negro, que tenía orgullo de su largo gradiente de colores". Vaciando de sentido esta noción, Brasil podría erosionar un núcleo fuerte

36 "El lugar de las 'minorías' y el clivaje político son muy diferentes [...]. Mientras en Estados Unidos primó el mosaico y la etnicidad constituye una clave de todo el lenguaje político, Brasil construyó su imagen de nación procurando incorporar elementos clave de la cultura afro-brasileña (desde sus cultos a los que asiste población de cualquier marcación étnica, hasta el carnaval) e idealizando al indígena como 'ancestral mítico-edénico común a la nación en su totalidad'" (Ramos, 1998, citado en Grimson, 2007). Sin duda el sincretismo es una dimensión muy fuerte de las expresiones religiosas de Brasil. Está presente en el *candomblé*, de origen africano, y en el *umbanda*, que es un culto brasileño que integra elementos de diversos orígenes. La Iglesia Universal del Reino de Dios, pese a su sectarismo, ha otorgado al *candomblé* un estatus de realidad y, a su modo, lo ha incorporado al culto.

de su identidad nacional, obturando el camino por el cual las diferencias se perciben como integradas a un colectivo brasileño. En parte, esto es lo que está en juego en el presente debate sociológico y cultural en torno a la *política de cotas*.

Es interesante observar que las palabras de Kamel tienen resonancia con aquellas del Conselho Federal de Cultura del Estado Novo (1937-1945), organismo del que tomaría parte Gilberto Freyre, que afirmaban a la cultura brasileña como plural y variada, y a Brasil como un continente archipiélago en su pluralidad étnica, cultural y física. Porque si los adversarios de Freyre eran los defensores de la tesis del blanqueamiento, los de Kamel son los partidarios de una separación tajante según criterios –necesariamente artificiales– de raza y color.

Desde luego, este debate está hoy día en el centro de una batalla cultural por las percepciones de la sociedad brasileña, cuyos desdoblamientos muestran que la ideología de la movilidad social frente a la cual Darcy Ribeiro dejaba ver sus reticencias, ha desplazado terminantemente a las otras, y los términos del debate se han redefinido. Los defensores de la *política de cotas* creen dar una respuesta a las rémoras del racismo brasileño. Para ellos, el racismo no ha perdido fuerza, y nociones como *miscigenação* no hacen más que enmascarar el problema. Visiones como las de Ali Kamel (2006), de Brasil como una nación plural y multicolor no racista (y que por tanto no precisaría de una *política de cotas*), serían para ellos ingenuamente desacertadas. Así, no menos opresivo que el de ayer, el racismo de hoy sería un racismo velado o, en las palabras de Florestan Fernandes (2007), la consumación del "preconcepto de no tener preconcepto". En otras palabras: el portador de preconcepto racial se ha convencido de que no lo tiene: tal vez no pueda dejar de sentirlo, pero se avergüenza por él o es consciente de que hay una sanción social contra el mismo. Como ironiza uno de mis testimonios: "Nuestros negros son apenas 'morenitos'; nuestros indios ya fueron debidamente cristianizados, evitándose cualquier posibilidad de que un líder *a la* Evo Morales tenga éxito en la política nacional". Desde esta perspectiva, la clave de la cuestión estaría en el ocultamiento sistemático del preconcepto en una suerte de complicidad inconsciente de vasto alcance, que hace más ardua la lucha contra él. Desde luego, si esto fuera cierto, se perpetuaría lo que se quiere ocultar, e "ingenuidades" como la *miscigenação* o el Brasil multicolor contribuirían para esa perpetuación. Quienes le niegan fuerza al preconcepto racial –y más aun al racismo– sostienen que lo que existe, y es muy potente, es el preconcepto social. Pero el preconcepto social sería tan mal admitido o reconocido como el racial; sin duda, el ocultamiento o la negación inconsciente son una consecuen-

cia de la inadmisibilidad (frente a propios y ajenos) de esos grupos de preconceptos. Según otro de mis testimonios: "Hay preconcepto de blanco, preconcepto de blanco pobre contra negro pobre, pero se asume que no hay y no se habla, y si el extranjero pregunta, se sienten bichos de zoológico". Y un profesor universitario, dispuesto a permitir que sus alumnos respondieran un cuestionario elaborado por mí, lo hizo a condición de que el mismo no contuviese nada "que tenga que ver con raza, racismo, o cuestiones raciales en general".[37] El ocultamiento del preconcepto inadmisible justificaría una política proactiva como la de *cotas*, según sus defensores; mientras que los enemigos de la misma sostienen que esta tendría efectos, más que de reforzamiento, de auténtica recreación de diferencias culturales en un mundo social plural y diverso, al imponer coercitivamente una distribución de los grupos sociales en categorías que se corresponden mal con la realidad social brasileña.[38] Como sea, todo parece indicar que el preconcepto racial sigue en retroceso, que cada vez es de más difícil reconocimiento. Y por otra parte todo hace pensar que la diversidad étnica y cultural son en sí mismas un componente identitario (basta pensar en las imágenes que transmite el carnaval) brasileño de primer orden.

Pero el retroceso es lento, porque (Almeida, 2007) los estudios empíricos arrojan resultados claros y persuasivos: el preconcepto basado en el color existe, está muy difundido y está enraizado entre los brasileños.

> La brasileña sigue siendo una sociedad en la cual se desea que todo el mundo conozca su lugar y se quede ahí. Así, los pardos son peor vistos que los negros; son ellos los que tienen menores porcentajes en todos los atributos positivos. Es que su imagen está asociada a la deshonestidad y al crimen [...] el pardo personifica el *malandro*. La imagen de aquel que se entromete donde no es llamado, disputando posiciones con los blancos, principalmente en el mercado de trabajo [...] el negro conoce

37 La cuestión "racial" es suficientemente densa como para prestarse a situaciones como la que me relató un entrevistado. Durante una clase, una joven negra se retira del aula. Al final de la clase, alguien se da cuenta de que dejó olvidada su cartera. Pero ¿de quién era? Como nadie se atrevía a identificarla como "negra", no tenían forma de nombrar a "la chica aquella".

38 Las políticas de discriminación positiva le dan continuidad, son formuladas en base al mosaico de cuño norteamericano; por eso creo que Kamel está en lo cierto al temer que en Brasil, tendencialmente, las políticas de cotas pueden tener el efecto de establecer diferencias segregadoras e invisibilizar a los pardos. Pero esto en teoría; en la práctica no parece estar ocurriendo, y los afectados por las políticas, positiva o negativamente, parecen absorber su impacto.

> su lugar y el mulato (pardo) no [...] el mulato es móvil socialmente, el negro no.

"Espero que la lucha negra no cometa el error de crear un racismo contra los blancos" (Testimonio.) Que esto no suceda corroboraría muchas de las percepciones de los brasileños sobre sí mismos. Lo indicaría la facilidad con que la política de cotas parece estar absorbiendo el conflicto. Sin duda un elemento central de la cuestión es –en un país que tiene una relación tan especial con la ley– la fuerza del *enforcement* en relación con lo cotidiano ("Una pelea, en el pasado siempre la ganaría el blanco; ahora la ley es muy dura para eso, la gente se controla [...] ya escuché gente diciendo: tuve que controlarme [...] casi le dije [...]". La prevalencia del blanco es una tendencia decreciente).

La discriminación cultural, y tácita, solo lentamente va retrocediendo. Es fácil percibirlo en la desigual presencia de imágenes en la publicidad (se nota menos en la publicidad oficial, por razones obvias). Pero claramente no es el caso del carnaval. Esto es así porque el carnaval expresa la idea imaginada de Brasil, nace expresando esa imagen, en la cual la "gente de color" tiene una presencia central. Como sea, es indiscutible que hay una cierta invisibilización, más que de personas, del preconcepto hacia ellas (no se habla, no se ve).

¿Podemos señalar la diversidad religiosa, cultural, étnica, etc., en relación con las imágenes de "nación crisol argentina" y "nación *miscigenada* brasileña"? Para empezar, vale la pena observar cómo son apreciados los hechos. En Brasil, comunidades indígenas numéricamente pequeñas (sobre todo en términos relativos) han adquirido una gran visibilidad; el contraste con la Argentina, donde son más numerosas y menos visibles, hasta hace poco era fuerte (que ahora sean más visibles tiene que ver con que entró en crisis la identidad-crisol). La visibilidad de esas minorías en Brasil (la Constitución de 1988 es elocuente) se requiere para confirmar la imagen plural. Lo contrario en la Argentina. Claramente, crisol de razas es distinto a *miscigenação*, no expresa la diversidad étnica real: mientras que el crisol es una imagen que blanquea lo que es en sí diverso, *miscigenação* es una imagen que diversifica un agregado menos diverso a la misma.

Para Florestan Fernandes (2007) el preconcepto de no tener preconcepto es otro caso en la serie casi interminable de laberintos existentes en la sociedad brasileña, donde simplemente se impide –y se desea– asumir una responsabilidad social y política. De ese modo, el caso del no-preconcepto como preconcepto pertenece al mismo grupo de hechos en los que se tiene una celebración cuya ley es no tener ley.

En la Argentina, la noción de *crisol de razas* tiene también su larga genealogía. Bartolomé Mitre, por caso, en su *Historia de Belgrano*, aunque sin utilizar la expresión, nos presenta una perspectiva consistente del origen de la formación social rioplatense:

> Tres razas concurrieron al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea o caucasiana como parte activa, la indígena o americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión, resultó este tipo original, en que la sangre europea ha prevalecido por su superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y a cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior.

Desde luego, Mitre es tributario de las concepciones racistas a la sazón imperantes, pero lo que tiene de interesante su relato es que las "razas inferiores" negra e indígena son reconocidas, forman parte del proceso de fusión, y que la fusión para él no "degenera" a las razas que se fusionan.

Pero la expresión *crisol de razas* se consagró con la gran inmigración europea desde fines del siglo XIX (por supuesto, no es exclusivamente argentina, y el término inglés equivalente, *melting pot*, olla de fundición, ha sido muy utilizado) y con las políticas del Estado liberal argentino enderezadas a nacionalizar las masas de inmigrantes. Como significante, conlleva un sentido marcadamente homogeneizador: alude al proceso por el cual "razas" muy diversas entrarían en el crisol, para formarse una "raza argentina" (en aquel entonces ese vocabulario era usual en muchos países) homogénea. En este sentido la idea de Mitre no es reformulada, en cambio sí lo es, de modo crucial, en otra dimensión, porque la diversidad "racial" asociada al crisol no es completa: los grupos étnicos indígenas y negros quedan sin papel alguno, no entran, podríamos decir, en el imaginario crisol,[39] así como tampoco tienen un papel los inmigrantes de países limítrofes (la imagen es apenas más ambigua en lo que se refiere a los descendientes de criollos e indias, que predominan en el norte y el noroeste argentino, pero de todos modos el estatus de estos por cierto

39 "En Argentina la élite se dividiría entre quienes postularon una identidad de mezcla cosmopolita y los que la filiaron en un pasado y un tipo criollos. En casi ninguna de ellas se pensó seriamente en que los pueblos aborígenes fueran un material incorporable a la nacionalidad argentina" (Terán, 2007).

no es de argentinos de pleno derecho).[40] La "raza argentina" acrisolada debe ser necesariamente blanca (lo que acarrea una tendencia a dejar fuera de lo argentino a quienes no son "blancos").[41] Por supuesto, el dejar fuera del crisol a las minorías fue, por parte del Estado argentino, no una exclusión al acceso de las mismas a la ciudadanía, sino la activa implantación de una condición para ese acceso: la obligación de "blanquearse", de someterse al conjunto de prácticas de "acrisolamiento" homogeneizador, cosa que el potente Estado de aquel entonces estaría en condiciones de garantizar.[42]

Ahora, si se tiene en cuenta la heterogeneidad étnica de la sociedad argentina, tanto históricamente como en la actualidad (Torrado, 1992), saltan a la vista dos cosas. El éxito con que el Estado liberal logró implantar la imagen –y que se relaciona con sus muy vigorosos esfuerzos destinados a la tarea nacionalizadora tanto como homogeneizadora, temerosas las élites de perder el control sobre una población extranjera numerosísima– hace que la misma esté aún arraigada en el sentido común aunque sea fuertemente cuestionada por los estudiosos, y con razón. Y en la medida en que la expresión tiene todavía una parcial vigencia, la Argentina dispone de una imagen de sí misma que no es –nunca lo fue– congruente con su diversidad. Hay pues una fuerte violencia cultural y simbólica, un sesgo racista, que se mantiene a pesar de que el crisol esté visiblemente quebrado.[43]

40 Jugando con las proporciones entre la mezcla o crisol de razas (de tres razas) de Mitre y las políticas de fin de siglo ya hay un cambio, y por ende ese primer crisol se complementa con un nuevo crisol (1/2 inmigrante europeo), por lo que la herencia "etíope-india" queda perdida como 1/4 de la mezcla total.

41 (Telenovelas.) "Las variedades regionales o étnicas están ausentes de las representaciones de las producciones argentinas" (Persello, 2013).

42 Para Rita Segato (1998): "La nación se construyó instituyéndose como la gran antagonista de las minorías" y el Estado fue "una verdadera máquina de aplanar las diferencias". Aquellas personas que no se ajustaban al resultado del crisol "fueron convocadas o presionadas para desplazarse de sus categorías de origen para, solamente entonces, poder ejercer confortablemente la ciudadanía plena". Según Gendler (2007), el film *Gatica* de Leonardo Favio muestra claramente que antes del peronismo el plebeyo migrante interno no era considerado argentino sino como un "chanta", un "ladrón". Y esta no era una identificación puramente social sino también étnica. El boxeador Gatica personifica el ciclo de triunfo y caída de lo plebeyo.

43 "Lo interesante es que, una vez más, esa idea de crisol, como la descripción de lo argentino, es enteramente de la pampa húmeda, y por ende no solo queda relegado en el relato el norte–sur, sino también en la configuración de ese mito del crisol de razas". (Testimonio.)

Conviene observar que la imagen de una cristalización blanco-europea en el crisol argentino (lo implícito del crisol es que produce europeos) armonizará bien con otra de las imágenes, que se impondrá después: la Argentina como país de clase media. La Argentina como europea, blanca y de clase media será así un fuerte valor identitario que se expresará en multitud de lugares comunes –por ejemplo, en aquel de que los argentinos descienden de los barcos– y que será efectiva para negar visibilidad a los vastos contingentes sociales que no se ajustan al patrón (una de mis entrevistadas brasileñas recordaba su sorpresa al llegar por primera vez a Buenos Aires y encontrar más colores en las calles que el blanco "europeo"). La ruptura del crisol –ciertamente ya casi por completo agrietado– sobrevendría desde dos ángulos diferentes. Por un lado, como lo discutí páginas más arriba, porque el agrietamiento acompañaría la trayectoria de decadencia argentina, es decir, ese conjunto de imágenes (nación blanca, europea, culta, de clase media, etc.) sufriría una marcada erosión. El resultado de esta erosión no ha sido positivizado; el "orgullo de ser europeo" no da paso a una imagen que se diferencie constituyendo un elemento identitario alternativo; y la Argentina está lejos de fusionar su abigarrada diversidad manteniendo y valorizando la pluralidad, porque los instrumentos culturales de que dispone para ello, que son todavía principalmente los de la matriz del *crisol*, son poco apropiados.[44]

44 "Las telenovelas brasileñas exponen una mayor variedad de divisiones y alteridades [...] en los planos social, de opción sexual, regional-cultural, racial, nacional/internacional y otros." La pluralidad como autoimagen de la nación, es una forma de diferencia (identitaria) distinta a la argentina, que tiende a ser binaria (en estas telenovelas, divisiones sociales incluso del espacio); claro que habría que ver si no existe a su vez una cierta isonomía con la morfología política, por ejemplo en torno a la idea de que Brasil es una democracia consociativa y Argentina no. "Las telenovelas argentinas parecen proponer representaciones más acotadas de los argentinos [...]. Mayor variedad respecto al espacio representado en las ficciones brasileñas [...] una idea de espacio nacional múltiple [...] ordenado consecutivamente en pares de oposición [...] espacios en las argentinas, restringidos, pequeños y únicos, representación condensada del espacio nacional [...] (Persello, 2013)". Nuevamente, se hace presente el tema de la imagen propia de cada sociedad. Segato (2007), comparando, se refiere para las representaciones argentinas a la percepción de un "territorio cultural homogéneo y cerrado". Menor o mayor variedad en la representación de alteridades brasileñas, diversidad en los personajes y también temáticas "diferentes" ("marketing social"). En la Argentina, en cambio, "hacen parecer natural que todos sean blancos, de clase media y porteños, en una gran ciudad como Buenos Aires con un gran número de habitantes provenientes de otras provincias y países limítrofes, con diferentes rasgos físicos y culturales". Las telenovelas argentinas, con todo, están sufriendo modificaciones, que las hacen más

Pero, por otra parte, la heterogeneidad étnica paso a paso se abriría camino en su visibilidad y su reconocimiento, en cierta medida a partir de mutaciones originadas en el mundo político. Tal vez el más contundente de esos impactos provenga de la emergencia del peronismo, ya que plantea una heterogeneidad exterior al crisol y que es inasimilable al mismo. El peronismo ciertamente aporta una visibilización del mundo de los trabajadores, pero también lo hace con las condiciones socioétnicas ajenas a la Argentina europea-blanca.[45] En ese sentido, opone a la nación de clase media y (homogéneamente) blanca novedosas propuestas identitarias de condición social y color, independientemente de que la tradición más oficial del peronismo le diera a esta novedad un registro muy poco efectivo como innovación –tal es el caso de la noción de hispanidad, así como los contenidos "peronistas" de los manuales de enseñanza (esto tal vez explique la radicalidad del nacionalismo populista posterior a la caída del peronismo en 1955), porque, más allá del esfuerzo de Perón de integrar la novedad a la visión canónica, debió construir su propia identidad)–. En este terreno, las propuestas identitarias del peronismo son, podría decirse, las del *cabecita negra* (frente al blanco-europeo) y del trabajador (por oposición a la clase media); solo que el peronismo incurre en la misma tendencia totalizante/excluyente que la propuesta identitaria anterior, y lo hace de un modo más militante.

En tanto, la positivización inherente al concepto de *miscigenação* alude a la mezcla de tres "razas" consideradas *ruines* por los partidarios del blanqueamiento y los titulares del pesimismo antropológico brasileño (precisamente más pesimistas cuanto más se daban cuenta de que las razas ya se habían mezclado): la india, la negra y la portuguesa. El esfuerzo de valorización de Freyre no es en relación solamente con el indio y el negro, ¡es también con el portugués! Porque es evidente que luchaba contra una idea dominante, del portugués como "raza inferior". Pero Freyre construye una imagen de Brasil autorreferencial: al jerarquizar a sus tres grandes componentes, no puede construir una imagen referenciada ni en Europa ni en los Estados Unidos. Exactamente aquello que sí pudieron hacer las élites argentinas, terminando así de armar el país imaginario europeo. El crisol de razas, aunque también excluye a las "razas" europeas meridionales, toma "lo europeo" como punto de referencia y al cabo admite el aluvión inmi-

---

heterogéneas, y dan cuenta de realidades más diversas (*okupas*, desaparecidos, gays, punteros, etc.).

45 En cierta medida, el peronismo reconoce en el crisol la migración interna (léase *cabecitas negras*), y por ende funda un tercer mito de crisol de razas.

gratorio no ideal sino real. No por eso la Argentina imaginada dejaba de ser europea y blanca.

Tenemos, de tal modo, dos imágenes predominantes con las cuales Brasil y Argentina se han representado a sí mismos, en fuerte contraste. Ambas son, vale la pena agregar, diferentes a la que expresa un concepto como *mosaico de razas*, del cual el multiculturalismo está más próximo –según la metáfora del mosaico, la pluralidad estaría dada por la coexistencia de grupos étnicos que interactúan poco entre sí–. Al contrario, tanto el *crisol de razas* como la *miscigenação* evocan procesos de mixtura; pero mientras en el primero el movimiento es de lo heterogéneo a lo homogéneo, en el segundo la heterogeneidad es percibida positivamente. Como nadie ignora, la Argentina no tiene tradición de exaltar la diversidad, más bien lo contrario. El axioma sobre los "pueblos que hablan una misma lengua y rezan a un mismo Dios" (del que tanto gustaba el general Perón) es ilustrativo de un modo de percibir arraigado. Nótese que la homogeneidad a la que alude el concepto de *crisol de razas* no es solamente, ni mucho menos, biológica, sino que supone componentes culturales, como la lengua y la religión (con lo cual se emparenta fuertemente al nacionalismo argentino).

Esto es especialmente chocante si se toma en cuenta la diversidad fuerte de la sociedad argentina que no es menor a la de la brasileña. La Argentina tiene, por ejemplo, una vida religiosa múltiple y activa aunque ya ninguna iglesia tiene sobre la cultura y la política la gravitación de otrora. Y en los últimos años viene aprobando legislación de avanzada en materia de libertades civiles. La diversidad expresiva de la vida cultural no le va a la zaga a la que encontramos en Brasil. No obstante, otra vez, la visibilidad de lo diverso es menor y la percepción homogeneizante la oscurece en parte, en contraste con lo que sucede en Brasil (donde el relieve que adquiere la comunidad gay, por ejemplo, es comparativamente superior al que adquiere en el caso argentino).[46]

En el campo de las relaciones exteriores, corrientes del nacionalismo brasileño se basan hoy en estas mociones –Brasil como un país multirracial, multicultural, multirreligioso– para legitimar cursos de acción. Sería *en virtud de estos rasgos* que Brasil puede y debe asumir un proyecto de poder/liderazgo en la región. La diversidad interna lo habilitaría para un

46 Shumway (*Clarín*, 29-1-2012): "La comunidad existía y era fuerte. La forma de vivir, la forma de conectarse unos con otros, todo seguía, de modos subterráneos, protegidos. No había bares de gays, no había Internet, pero la vida seguía. Desde ya, el contraste con la apertura del presente es evidente". No es casual que sea un extranjero quien llame la atención para esto.

entendimiento con la región que se pueda expresar en un liderazgo *soft* (Saraiva, 2012).[47]

Lo curioso es que mientras que en la Argentina el imperio de la imagen del *crisol de razas* parece estar en retroceso (aunque no dispongamos aún de una expresión alternativa, lo que forma parte del rompecabezas del vacío de identidad nacional), cuestionada en diversos campos científicos, culturales y políticos, en Brasil la *miscigenação*, como he planteado, está siendo jaqueada desde dos flancos. Primero, desde grupos que proponen combatir el racismo mediante políticas públicas consistentes en reagrupar simbólica y prácticamente la diversidad sociocultural en dos "razas", blanca y negra (más que combatir el racismo, en verdad, se trata de "racializar" las relaciones entre grupos e individuos). Y en segundo lugar, desde una abierta reivindicación racial. En base a la deconstrucción del mito de la democracia racial, hay hoy en Brasil un movimiento negro radicalizado (emblemáticamente, el uso de remeras "100% negro"). Pero también hay sectores que son conscientes de la superposición de los prejuicios racial y social, y procuran no tirar al niño con el agua sucia: argumentan que para una continua positivización y profundización del mestizaje como valor brasileño, puede ser necesario sacar a la luz el racismo latente.[48] Así, el debate no estaría necesariamente predestinado a la polarización (entre, digamos, las posiciones

47 "Queremos y debemos los brasileños impulsar una sola integración: precisamente esa, la verdadera, donde instrumentos de timbres diferentes se juntan para crear una orquesta y para tocar una hermosa partitura. No queremos ni podemos los brasileños impulsar otra integración, la falsa, en la cual todos buscan transformarse en idénticos instrumentos. En esa no habrá música. Solamente ruido. Y es así porque nosotros, los brasileños, estamos hace casi cinco siglos dedicándonos cada día a juntar en una sola orquesta instrumentos tan distintos como pueden serlo el gran empresario paulista, el pescador mestizo del litoral, el empleado negro del latifundio azucarero del Nordeste, el agricultor tecnificado de origen polaco o teutónico de Paraná, el indio amazónico, el *gaúcho* del Sur, el hombre multicolor que vive, produce, se divierte, sufre y muere en nuestras metrópolis [...]. Para Brasil, donde la democracia racial, la tolerancia religiosa y la protección de las minorías existen y se deben afirmar todavía más, estamos, para recordar a Rousseau, condenados a ser libres, en el molde del Estado democrático, o estamos condenados a no ser víctimas, todos, de la potencial ineptitud de una élite dirigente que no está a la altura de las generaciones que, a lo largo del siglo XIX, hicieron de una sumatoria de haciencias una nación" (embajador Jerónimo Moscardó [2010]: *Integração para que? Em busca de uma ética para a integração Latino-Americana*).

48 Del cual todavía hay bastante: "Es una cosa que el señor tiene adentro del señor, yo no puedo sentarme aquí porque ese señor está sentado... y el señor no me dijo nada, pero yo creí que no debía sentarme, el racismo parte de mí" [en el ómnibus]. (Testimonio de mujer de edad, mulata.)

representadas por Kamel (2006), para quien el brasileño no es racista, y las del movimiento negro radical) sino que se podría apostar a que el enfrentamiento del problema sea fundamental para la convivencia armónica.

Aunque no es mi propósito tomar partido en estas discusiones, sí creo necesario observar que Brasil parece estar más cerca de disponer de imágenes identitarias que violenten menos la propia diversidad que la Argentina.[49] Basta dar, como ejemplo, el de las comunidades indígenas. Contrariamente a lo que se suele creer, las comunidades indígenas brasileñas son en números absolutos y relativos más pequeñas que las argentinas (según fuentes censales hay en Brasil 700 mil indios y en Argentina 2,5 millones, correspondiendo respectivamente a 0,25 y 6% de las poblaciones totales).[50] Pero estas comunidades tienen en Brasil mayor visibilidad y presencia pública y política que en la Argentina. En la Argentina se impusieron imágenes de blancura y homogeneidad que despojaron de visibilidad, hasta hace muy poco tiempo, a estas comunidades.[51]

49 Brasil construyó su imagen de nación procurando incorporar elementos clave de la cultura afro-brasileña (desde sus cultos a los que asiste población de cualquier marcación étnica, hasta el carnaval) e idealizando al indígena como "ancestral mítico-edénico común a la nación en su totalidad" (Ramos, 1998). En contraste, el concepto *crisol de razas* presenta un potencial de exclusión que se remonta a los tiempos en que, durante el siglo XIX, el nacionalismo romántico y el nacionalismo liberal concibieron la nación básicamente como la implantación de lo europeo en la tierra americana. El mismo Sarmiento que defiende en el *Facundo* la jactancia de los argentinos, sostiene que "[son] una dañosa amalgama de razas incapaces e inadecuada para la civilización". En todo caso, el mito equivalente ("los argentinos bajamos de los barcos") establece un linaje para todos que excluye a los que, claramente, no bajaron.

50 Hoy viven cerca de 460 mil indios, distribuidos en 225 sociedades indígenas, siendo cerca del 0,25% de la población total brasileña. Cabe esclarecer que este dato demográfico considera solo a aquellos indígenas que viven en aldeas, habiendo estimaciones de que, más allá de estas, hay entre 100 a 190 mil viviendo fuera de las tierras indígenas, incluyendo áreas urbanas. Hay también 63 referencias de indios aun no contactados por el gobierno brasileño (algunas de esas comunidades jamás han tenido contacto con la "civilización". Por medio de la *Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas (ECPI) 2004-2005*[] basada en el Censo Nacional de Población 2001 del Indec se contabilizaron 2.500.329 indígenas que habitan el país, según resultados estimados. Esto corresponde a alrededor del 6% de la población total. Las personas censadas se reconocen pertenecientes o descendientes de la primera generación de algún pueblo indígena. Además, el organismo sostiene que, según los resultados, un 6,8% de los hogares argentinos tiene al menos un integrante que se reconoce perteneciente a un pueblo indígena.

51 Grimson (2007) sostiene que: "En términos de configuración de culturas políticas [...] un proyecto estatal es exitoso [...] en la medida en que la resistencia a los sectores dominantes se haya realizado en los términos en que los actores fueron

Por otra parte, por muy sólidos que sean los argumentos de los críticos a la acción "racial" afirmativa, y en especial a su buque insignia, la política de cotas, todo parece indicar que el impacto polarizador ("racializador", generador de resentimientos) es mínimo. La razón principal de esto es cuantitativa: afecta apenas a una muy reducida porción de la sociedad brasileña y, en muchos casos, los virtualmente afectados no se perciben como tales. Mientras tanto, los beneficiarios directos sí constituyen un número significativo y el cambio en la composición étnica de los estudiantes de universidades públicas se registra a ojos vista.

---

interpelados [...] un éxito específico del Estado consiste en su capacidad de imponer las clasificaciones sociales [...]. El éxito del Estado argentino en ese campo se manifestó [...] en la institución de un imaginario de 'un país sin indios' justamente en un territorio que tiene proporcionalmente más población que se considera indígena que en Brasil" (Ramos, 1998).

¡A mí no me grite!

Comienzo este capítulo recordando un episodio de mis años de residencia en Río de Janeiro: diariamente salía hacia la playa acarreando la bicicleta hasta la ciclovía, y diariamente encontraba un auto mal estacionado que bloqueaba el camino. Los días en que salía solo no me importaba mucho, simplemente maldecía para mis adentros mientras bajaba de la vereda a la calzada exponiéndome a los automóviles. Pero cuando llevaba a mi hijo en la sillita, sí me importaba. Cansado de la situación, un día fui a protestar ante el portero del edificio, que pretendió ignorar de quién era el auto. Frente a mi insistencia no tuvo más remedio que acceder; sabía perfectamente de quién se trataba. El dueño del auto bajó furioso y antes de que yo pudiera hablar, comenzó a gritar que yo no tenía nada que hacer ahí. Alcancé a decirle que su auto estaba mal estacionado y que debía moverlo. Todavía más alterado, respondió: "*Você está falando com uma autoridade da república*". No sé si porque yo había leído a Guillermo O'Donnell, o porque estaba acompañado por mi hijo, en lugar de mandarlo a los quintos infiernos, atiné a decirle con inusitada calma: "*Mas então? É ainda pior, o senhor é mais responsável*". Fue el acabose; aunque el sujeto perdió los estribos no avanzó sobre mí, fue a mover el automóvil unos metros (por lo que parece que algo había entendido), al mismo tiempo que le decía al portero: "Vigile a ese tipo, que si le hace algo a mi auto se va a tener que entender con la policía".

Creo que el episodio ilustra muy bien la pauta de relación muy brasileña que Roberto DaMatta (1978) ha identificado bajo la pregunta ¿*Você sabe com quem está falando?* Y para la cual Guillermo O'Donnell (1985) ha encontrado su par argentino en otra pregunta: *¿Y a mí qué me importa?* Son dos modos muy diferentes de lidiar con vinculaciones interpersonales en un terreno de ambigüedad, en el que en principio no hay entre las

partes intervinientes en la interacción un consenso en torno a las normas informales (o formales) que deben orientarla.[1]

¿Qué tipo de interacciones son las que DaMatta considera que el *você sabe*... permite detectar? En esencia, la coexistencia en Brasil de dos cosas que son, en principio, como el agua y el aceite: un orden jerárquico[2] (esqueleto jerárquico de la sociedad), compuesto por personas y un orden normativo igualitario compuesto por individuos.[3] El rito de separación funciona para "poner las cosas en su lugar" cuando hay una "desubicación" por parte de quien pretende desconocer el orden jerárquico a partir del normativo.[4] Así, en el episodio trivial que acabo de redactar: aunque mi interlocutor no desconocía el orden normativo, impersonal, que existe en Brasil, pretendió ponerlo entre paréntesis para dar paso al orden jerárquico ubicándome en mi lugar.

1 En otro ensayo, O'Donnell utiliza la metáfora de las normas informales del tránsito para explicar comportamientos de interacción entre individuos que serían expresivos y al mismo tiempo tendrían proyecciones sobre los comportamientos políticos y sociales. Así, el tránsito porteño sería un permanente juego de la gallina. Recientemente Shumway ha reiterado esta imagen: "Descubrí también cómo se maneja acá, en base a ver quién se atreve más. Le pregunté al taxista quién tenía derecho a pasar en un cruce de calles. Y él me dijo: —"El más grande, como todo en la Argentina".

2 Para Almeida, esta característica –Brasil como país jerárquico: la posición y el origen social son fundamentales para definir lo que se puede y lo que no se puede hacer; para saber si la persona está por sobre la ley o tendrá que cumplirla– está completamente vigente en el Brasil de hoy.

3 Mi hipótesis es que en la Argentina la individuación avanzó más. Terán (2007): "La construcción de un ideario liberal depende estrictamente de si en una sociedad se ha dado el proceso moderno de constitución de individuos como sujetos autónomos [...] una discusión abierta es si en la Hispanoamérica del siglo XIX se dio este proceso, o si bien siguieron predominando sujetos colectivos provenientes del Antiguo Régimen (corporaciones, gremios, iglesias, linajes familiares, etc.). Si así fuere (y hay elementos para suponerlo) el liberalismo político habría estado estructuralmente limitado, y las versiones comunitaristas, holistas o populistas habrían gozado de mejores condiciones de implantación".

4 Dado que coexisten inevitablemente dos órdenes, el tradicional de las jerarquías y las personas, de las desigualdades sociales, por un lado, y el impersonal de las leyes y los individuos (hasta aquí DaMatta ortodoxo), por otro, la jerarquía tiende siempre a desdibujarse en las situaciones de interacción social (en especial cuando se trata de relaciones inicialmente anónimas, precisamente las que conectan individuos en tanto tales), y por eso es necesario emplear el *você sabe*… para volver a poner las cosas en su lugar, es decir, intentar alterar la interacción a favor del que ocupa una posición dominante en el orden jerárquico, a favor del orden jerárquico clausurando la pertinencia del orden legal. Me parece que la frecuencia e importancia del *você sabe*… deriva de esto. O sea, el *você sabe*… supone necesariamente la tensión entre dos órdenes.

Nótese que en DaMatta, el *você sabe*... es una pregunta sin respuesta. Es significativo que DaMatta aborde el tema destacando una interrogación, del mismo modo que lo es que O'Donnell lo haya hecho, en contrapunto con la Argentina, a partir de una respuesta, es decir, que en el conjunto argentino lo más importante sea la respuesta. En otras palabras, la pregunta "qué pone las cosas en su lugar" es central en Brasil, mientras que la pregunta/respuesta que rechaza el intento lo es en la Argentina. Si bien DaMatta señala que "en el drama del *você sabe* somos castigados por la tentativa de hacer cumplir la ley o por nuestra idea de que vivimos en un universo realmente igualitario", es curioso que en la totalidad del texto esta sea prácticamente la única mención del otro lado de la interacción. No es casual que ese otro lado casi no esté analizado. ¿Cuáles son las respuestas que le son posibles? Bien miradas las cosas, en el análisis de DaMatta no hay respuestas porque las respuestas son innecesarias. Más bien se da por descontada la sumisión. Y por consiguiente la moral de la historia –para ambas partes de la interacción por supuesto– es: confíe siempre en personas y en relaciones, nunca en reglas generales o en leyes universales, impersonales. En el caso argentino esto se puede ver tanto en la filosofía de vida de algunos personajes (aunque no de todos) como en el tipo de relaciones de rebeldía que les son posibles a los "gauchos ignorantes". Por supuesto, estos no se rebelan en base al sistema de individuos y una ley universal, virtualmente inexistente en el siglo XIX salvo en el papel; hay una identidad plena entre la ley, el orden, y la arbitrariedad.

En el caso brasileño el *você sabe*... resultó históricamente eficaz.[5] Consideremos el proceso en su dimensión racial a partir de la *Abolição*; creo que la lógica es en esencia la misma a partir de ampliaciones sucesivas de la igualdad legal y de la sociedad de mercado, que coexisten no obstante con profundas desigualdades sociales; esas desigualdades sociales proporcionan la base para el proceso en el cual tiene sentido el rito de separación. Los que ocupan posiciones de jerarquía dentro de ese "esqueleto jerárquico" (y subsidiariamente quienes dependen de ellos) aplican sobre los que se hacen merecedores de la aplicación del rito por desconocer la jerarquía y desubicarse, el código del *você sabe*... quebrando el orden jurídico. Poniendo de relieve que se trata de dos personas, una superior y otra inferior (aparece nuevamente el equilibrio de contrarios del que nos hablaba Freyre, pero

5 (Testimonio.) "Usted debería conocer la ley... no soy yo quien tiene que enseñarle las normas"; en el mundo de DaMatta es un tipo de respuesta infrecuente. Mis entrevistados simpatizantes del PT, en general, consideraron una ruptura de la pauta del *você sabe*... en el marco de una relación interpersonal más democrática.

que es quebrado en cada interacción), y no de dos individuos iguales ante la ley. El que usa el *você sabe* pasa de "agredido" (por una situación intolerable, la de que se pretenda insolentemente pautar la interacción según una norma general) a "agresor", poniendo al otro, con violencia verbal, "en su lugar". Como dice DaMatta: "Se pasa, en esas situaciones [de interacción], entonces, de 'ciudadano brasileño' o de 'individuo', papeles sociales universalizantes que en esos casos no dan ningún derecho, a alguien que es 'realmente alguien', diputado, abogado, oficial, etc. o, todavía mejor, pariente o amigo".

No obstante, es importante no perder de vista que el *você sabe*... no siempre es empleado para clausurar en una interacción un intento de hacer valer principios de igualitarismo individualista; también lo es en el caso de interacciones en las que dominan normas informales particularistas y jerárquicas en ambas partes. Como señala DaMatta:

> Esa manera de dirigirse a otro, tan popular entre los brasileños [...] sistemáticamente excluida de las guías, serias o superficiales, que buscan definir los rasgos esenciales de nuestro carácter en cuanto pueblo y nación [...] el *você sabe* es la negación del *jeitinho*, de la *cordialidad*, y del *malandragem*, esos rasgos siempre tomados para definir, como lo hizo Sérgio Buarque de Holanda, nuestro modo de ser [...].

La observación es interesante, porque el *você sabe...* presenta con los términos con los que es contrastado un rasgo saliente en común: se trata en todos los casos de la prevalencia de un vínculo personal que cancela las normas impersonales. Los derechos y deberes individuales son puestos en tela de juicio. Se niegan unos a los otros pero pertenecen al mismo mundo.

Hay en esos casos reglas de juego comunes que, para O'Donnell, están presentes en el caso argentino en el empleo de la expresión *¿Y a mí qué me importa?* Porque esta respuesta se opone, es verdad, con eficacia, al *¿Usted sabe...?* Pero la oposición no procura, aquí, reafirmar el orden igualitario, impersonal y de derechos universales, sino apenas rechazar la fuerza y la autoridad de quien pretende poner las cosas en su lugar –constituirlo en el verdadero desubicado–.[6] El desubicado da a entender que le importa un pepino la pretensión del otro y que rechaza rotundamente la pretensión

6 La posibilidad de que se plantee una situación igualitaria está presente, pero solo en un segundo plano.

de reconocimiento que el otro espera o exige.[7] Para O'Donnell, lejos de cuestionar, esta tesitura confirma, entonces, la negación del orden igualitario de derechos que conlleva el *¿Usted sabe…?* Ratifica así la jerarquía que rechaza.[8] Pero hay que destacar que el *¿A mí qué me importa?* no es la única respuesta. *¿Y vos quién te creés que sos?* no es una respuesta rara y está por cierto más afinada al diálogo entre ciudadanos y a la afirmación de un orden igualitario de derechos. El *¿A mí qué me importa?* obtura la posibilidad de un diálogo que afirme que el interpelado también tiene derechos, cierra el camino a un espacio en el que las dos partes puedan entenderse en base a derechos y deberes en común. El "*¿Vos quién te creés que sos?*" apunta a ese espacio. Hay otra interacción próxima en sus elementos: la que tiene "A mí no me grite" por respuesta. En este caso, el que grita pretende poner al otro en su lugar. Y quien no grita y exige del otro que deje de gritar establece un vínculo opuesto al que se establece si se pliega al griterío. Los argentinos somos más gritones que los brasileños.

En el caso argentino, el "Proceso" dejó el sombrío legado cultural de una sociedad de "derechos sin deberes". Durante esos años, los ciudadanos se acostumbraron a no serlo; bajo la opresión de la dictadura se desentendieron de la noción de deberes, puesto que la autoridad ilegítima hacía de ellos individuos irresponsables. Finalizado el régimen militar, se recuperaron los derechos, pero no los deberes, y el costado liberista –yo tengo derecho a violar la ley (v.gr., no pagar impuestos) frente al Estado– emergió con fuerza. En verdad en este caso no hay una ley, hay una fuerza que es o no capaz de someternos (en general los sectores económicamente predominantes observan esta actitud, la de indignación si se sienten obligados por el Estado). Mientras tanto, en el caso brasileño, la dictadura dejó

7 En mi juventud fui testigo de la siguiente escena. Un martillero público estaba atendiendo con visible impaciencia a un matrimonio, algo pesado, de hipotéticos compradores de un departamento. En cierto momento la impaciencia del martillero fue mucha y se tradujo en un leve exceso de confianza. La dama del caso creyó necesario poner las cosas en su lugar: "¿Sabe con quién está hablando? Mi marido es (tal y cual, un CV oral que incluía títulos universitarios)". Cuando finalizó (y no fue breve), el martillero le respondió imperturbable: "Y yo, soy el Conde de Montecristo".

8 Se supone que las personas más educadas tienden a apartarse de la pretendida autoridad superior y a rechazar las relaciones sociales verticales que se les pretende imponer. Pero ¿qué conduce a rechazar, no las relaciones autoritarias, sino la ley? Sea que se recurra a una explicación histórica como la de Nino en *Un país al margen de la ley* (una explicación histórico-genética), sea que se vea la cuestión como una confrontación entre élites obstinadas y sectores populares en condiciones de contestar (prolongada etapa de ilegitimidad institucional), se rechaza el vínculo impersonal e igualitario porque este es inasible, es demasiado débil para descansar en él.

–o más bien reforzó– otro legado: el *casuismo*; la ley puede o no tener fuerza de ley, eso debe entenderse caso a caso. No se quiebra nunca, apenas si se la curva elásticamente.

Nótese un elemento más; en la interacción brasileña el conflicto planteado es, o al menos se espera que sea, inmediatamente suprimido. La revalidación del orden jerárquico –que el otro tome conocimiento de con quién está hablando, que acate silenciosamente– suprime el conflicto en una sociedad que le es adversa. En la interacción argentina el conflicto es potenciado, el interlocutor levanta la apuesta. En realidad vive alerta, respira desconfianza; podría suscribir las palabras que Germán Rozenmacher pone en boca del personaje de su cuento *Cabecita Negra*: "En este país donde uno aprovechaba cualquier oportunidad para joder a los demás y pasarla bien a costillas ajenas había que tener mucho cuidado para conservar la dignidad. Si uno se descuidaba lo llevaban por delante". Por eso la desconfianza contrapone una amenaza a la amenaza (veladas ambas, pero no mucho): "El que no sabe con quién está hablando sos vos".

Desde luego, el *você sabe* contrasta nítidamente con las imágenes brasileñas de identidad, ya que remite a una vertiente indeseable de la cultura brasileña, porque el rito autoritario indica siempre una situación conflictiva, y la sociedad brasileña es refractaria al conflicto. Por cierto contra este componente del "esqueleto jerarquizante" de la sociedad, chocan los intentos de establecer relaciones de igualitarismo individualista; como señala DaMatta, se yuxtapone una visión del mundo como foco de integración y cordialidad, con otra como producto de categorías exclusivas, puestas en una escala de respetos y de deferencias. Es más difícil que se haga presente el mundo igualitarista. Claro está que las visiones no igualitaristas del mundo están en Brasil en retroceso, debido al triple efecto de la lógica del mercado, la extensión de la presencia del Estado y la omnipresencia de los medios de comunicación. Es indiscutible que cuando el Estado profundiza su poder regulador, en especial luego de entrar en vigencia la Constitución de 1988, tiende al establecimiento de relaciones igualitarias y al respaldo de espacios de acción ciudadana (no fue así antes de ello, con la breve excepción del período democrático entre 1946 y 1964).

¿De qué nos hablan, entonces, estos juegos de lenguaje en Brasil y Argentina? A mi entender, de la formación de un imaginario jerárquico/elitista en Brasil y de un imaginario igualitarista en Argentina.[9] El imagi-

9 Vale la pena observar el contraste entre una sociedad jerarquizada en la que las jerarquías y los valores inherentes se fueron erosionando de modo muy gradual y

nario jerárquico brasileño coexiste –observa DaMatta– con todas aquellas formas que, como el *jeitinho* y la cordialidad, se presentan como atenuadoras del conflicto.[10] El *jeitinho* está más cerca de la viveza o *piolada*. El *jeitinho* sería teóricamente compatible con una sociedad de iguales; la piolada, la viveza, son recursos que suponen igualdad de condiciones. Hay iguales que son más *piolas* que otros, pero la relación puede ser entre iguales. "Al piola, todo, a los giles, la ley" podría ser la expresión equivalente. Otra forma de ver el *jeitinho* sería como la contracara del *você sabe*: en una sociedad jerárquica, los desiguales de abajo se valen del *jeitinho* y los de arriba del *você sabe*. Como señala Almeida (2007): "Ante un Estado muy burocratizado, con leyes frecuentemente contradictorias y rígidas, el *jeitinho* permite acceso, que de otra forma no se alcanzaría [...] posibilita la quiebra de las relaciones jerárquicas que caracterizan la sociedad brasileña [...] en situaciones jerárquicas apenas determinados individuos pueden quebrar las reglas. El *jeitinho* democratiza esa posibilidad".[11] Democratiza esa posibilidad pero lo hace caso a caso, no supone ni defiende un orden impersonal general.

A todo esto, el imaginario igualitario argentino ha sido, históricamente, plebeyo: se afirma conflictivamente en clave de derechos pero no de ciu-

---

lento (Brasil), y una sociedad en la que fueron objeto de contestación temprana (Argentina). Por eso en la primera coexisten el *você sabe* y el *jeitinho*.

10 Fausto (1994): "El patrón autoritario era [en los '30] y es una marca de la cultura política del país. La dificultad de organización de las clases, de la formación de asociaciones representativas y de partidos hizo de las soluciones autoritarias una atracción constante". Creo que la afirmación se sostiene aun cuando el patrón autoritario esté en retirada. Nótese que la cordialidad ha sido empleada para fijar pautas permanentes a la política exterior brasileña. "La cordialidad oficial entendida como patrón de conducta aplicado al trato conferido por el gobierno a sus vecinos corresponde a una invención del pensamiento diplomático brasileño, cuyas raíces provienen de tiempos remotos [...] quien primero formuló un pensamiento en esa línea fue el vizconde de Rio Branco [...]. El propósito de realizar en común, agregando buenas intenciones y buena voluntad a iniciativas concretas y provocando el crecimiento de la civilización en todos los países [...], constituye el rasgo central de la cordialidad oficial en el pensamiento del vizconde [...]" (Cervo y Bueno, 2008). "Rio Branco veía el panamericanismo como un movimiento de cooperación hemisférica basado en principios genéricos –cordialidad, amistad, fraternidad, paz, armonía, promoción comercial– cuyo rasgo más marcado era, sin duda, el hecho de basar su epicentro en la 'gran hermana' del norte y en la garantía indispensable que esta ofreciera y todavía ofrecía a la independencia de los pueblos latinoamericanos" (Mello e Silva, 1995).

11 "[*Jeitinho*] existe constantemente... hoy mismo en la PUC... los profesores nivelan por abajo y si sos simpático conseguís todo... no veo eso cambiando nunca". (Testimonio.)

dadanía e igualdad ante la ley.[12] Podríamos decir que la sociedad argentina está en un fluctuante término medio entre la sociedad jerárquica brasileña y la sociedad democrática tocquevilliana (los Estados Unidos de su tiempo). No hay un organizador claro, desde que el Estado no lo es, pero la sociedad no ajusta sus conductas a normas formales o informales que regulen la convivencia. No es democrática ni es autoritaria.

Volviendo al caso brasileño, la relación Estado-ciudadanía (o la preeminencia de la primera por sobre la segunda) se pudo percibir claramente en los episodios de protesta violenta de noviembre de 2010. La palabra de orden fue que estaban *en contra del Estado brasileño*, y como tal las manifestaciones debían ser eliminadas; el Estado aparecía fetichizado, desprendido de su misión de ciudadanía. La alarma por la *repercusión en el exterior* y la imputación de *terrorismo* se completaban con la aprobación popular al envío de tropas del Ejército. Sin embargo, mientras la palabra de la política y la cultura política argentinas desde el '83 ha sido democracia, la equivalente brasileña desde el '85 ha sido ciudadanía (Murilo de Carvalho, 2007, exagera: "*tudo virou cidadania*"). Brasil habría hecho un trayecto de derechos políticos hasta Lula y de derechos sociales con Lula: ambas son etapas de inclusión, primero política, luego social, y bajo conceptos de ciudadanía diferentes. En el caso argentino, el concepto de ciudadanía tiene menos fuerza, pero no es el caso con el de derechos. La noción de deberes en sentido cívico republicano está flojamente presente en ambos casos. Por fin, en el caso brasileño la noción de ciudadanía con gran frecuencia equivale a acceso al consumo.

La relación del orden jerárquico brasileño y del orden igualitario argentino con la ley es, salta a la vista, disímil; el orden jerárquico brasileño existe "por encima de la ley", mientras que el orden igualitario argentino existe "sin ley". Una consecuencia de gran importancia de la mentalidad jerárquica es que mina el respeto a las leyes y a las normas, que dejan de ser cumplidas por la asimetría social (esto también es propio del caso argentino, pero las razones por las que dejan de ser cumplidas son de otra naturaleza, relacionadas básicamente a la falta de confianza entre los actores). Aunque el *jeitinho* es siempre un instrumento que posibilita la quiebra de las reglas (de modo particularista), el problema es que ante asimetrías sociales y leyes que no se pueden cambiar, el *jeitinho* es una adaptación, equivale a una zona moral gris entre lo "correcto" y lo "incorrecto".

12 El peronismo es un ejemplo emblemático; en su fase histórica (1945-1955) el gobierno estuvo recorrido por una permanente tensión entre el plebeyismo encarnado por Evita (Zanatta, 2011) y el discurso del orden y la comunidad organizada expresado en Perón.

El contrapunto entre la vigencia del orden jerárquico brasileño y la del orden igualitario argentino (siendo que ambos, desde luego, están en mutación) se revela examinando aspectos de la vida cotidiana del mayor relieve como el trabajo doméstico. En la Argentina la relación de las familias de clase media con las empleadas domésticas siempre fue de gran proximidad: las empleadas comen en la misma mesa, el trato personal es de confianza, hay un conocimiento de los avatares de la familia, etc. (recientemente una película, *Cama adentro*, reflejó las vicisitudes de esta relación en un hogar de clase media afectado por la crisis). Nada más diferente a lo que ocurre en Brasil, donde la distancia social entre la familia empleadora y la empleada es insuperable.[13]

El igualitarismo argentino, así como el orden jerárquico brasileño, tienen, por supuesto, raíces de largo plazo. Una vez más, nos remontamos a Mitre porque este tiene un valor performático que trasciende su descripción de la sociedad naciente:

> En cuanto a la esclavatura, como institución, ella alteró muy poco las condiciones económicas y morales de la naciente sociabilidad. El negro era simplemente un nuevo colono, que entraba a formar parte en cierto modo de la familia con que se identificaba [...]. Esto explica también por qué, cuando llegó el día de la insurrección de la Colonia, los antiguos libertos y los esclavos tomaron las armas como hijos y hermanos de sus antiguos amos domésticos, se hicieron ciudadanos de la nueva democracia [...]. (Mitre, Tomo 1).

El contraste entre esta pintura (desde luego mitificadora) y la esclavitud brasileña como piedra angular de las condiciones iniciales de la desigualdad (iniciales pero que se proyectaron a lo largo del tiempo) es muy marcado. Aun en el caso de Gilberto Freyre (2007), el paladín de la tesis de que las relaciones entre amos y esclavos se dulcificaban gracias a las prácticas poligámicas, se postula la inevitabilidad del trabajo esclavo y el reemplazo del indio por el negro:

> Tengamos la honestidad de reconocer que solamente la colonización latifundista y *escravocrata* habría sido capaz de resistir los obstáculos

13 El mercado de trabajo brasileño estuvo afectado históricamente por una sobreoferta de mano de obra; en número excesivo, el poder de negociación de esa masa de baja calificación termina siendo pequeño, y los salarios tienden a ser bajos. El principal emblema de esa posición desventajosa en el mercado de trabajo son las mujeres que trabajan como empleadas domésticas.

> enormes que se levantaron a la civilización del Brasil por el europeo. Solamente la casa-grande y la *senzala*. El señor de ingenio rico y el negro capaz de esfuerzo agrícola y a él obligado por el régimen de trabajo esclavo.

Mitre también describe la sociedad colonial en el Río de la Plata como una sociedad igualitaria, igualitarismo de clases importante porque según él lo que caracterizará al cabo a la revolución independentista es tener a este igualitarismo por uno de sus puntos de partida.

> La falta de minas de oro y plata que explotar eliminaba un elemento de opresión, la tiranía de su trabajo forzado no pesaba como en el Perú [...] tendiendo todos los elementos humanos a refundirse en la masa de la población, bajo un nivel común. Esta suma de menor opresión relativa [...] esta especie de igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la Colonia y neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados, hacía que la conquista fuese comparativamente más humana [...] la raza indígena, sin extinguirse totalmente, se disminuía considerablemente, y su sangre mezclada con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada a ser la dominadora del país [...]. En tal orden de cosas [...] como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más o menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad o equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre en el sentido de la espontaneidad humana.

Desde luego, tanto en Brasil como en lo que con el correr del tiempo sería la Argentina, se abrieron paso corrientes colonizadoras fuertemente centralistas y jerárquicas, ambas ibéricas y al cabo iberoamericanas.[14] Pero el efecto de los patrones culturales implantados sería parcialmente diferente, porque esos patrones se combinarían con realidades económico-sociales a su vez diferentes. En el caso brasileño, como acabamos de ver, se conjugarían con relaciones de desigualdad de las más agudas (señores y esclavos y una estrechísima capa de hombres libres entre ellos); en el caso argentino, con las igualdades de origen a las que se refiere Mitre potenciadas a su vez por un proceso histórico que, como vimos en un capítulo anterior, otor-

14 Sería interesante plantear cuáles son los imaginarios o mitos de argentinidad/brasileñismo en los márgenes. ¿Se mantienen los mismos mitos (centrales) o afloran nuevos relatos? Para poner un par de ejemplos, ¿cómo es posible que persistan la República de *Farroupilha* (Rio Grande do Sul) y la República de Corrientes como microrrelatos en uno y otro país?

garía mayor gravitación a los sectores populares (las Invasiones Inglesas, la Revolución y la guerra civil).

El orden político jerárquico por excelencia, el Imperio, consigue proyectar su sombra sobre la sociedad compuesta por escasos hombres libres hasta casi fines del siglo XIX –es significativo que otro tanto ocurrió con la esclavitud–. Esta larga experiencia imperial dejaría su sello jerárquico en la política brasileña y, cuando en 1889 ese ciclo se cierra, no sería sino para establecer un nuevo orden jerárquico ahora centrado en la composición entre élites regionales (el fin de la esclavitud le quitaba un incentivo a la unión). El contraste con el caso argentino no podría ser más agudo; la república nacería con un imaginario de igualdad de derechos y con guerras de independencia y civiles de por medio, en el marco de una revolución, la de 1810, que, como recordé más atrás, sustentaba el orden político en la soberanía del pueblo. En el largo plazo, el caso brasileño sería uno de lentísima, controlada y gradual transferencia del poder al pueblo, pero manteniendo siempre patrones jerárquicos,[15] mientras el argentino lo sería, como vimos, de sucesivas y convulsivas ampliaciones y reducciones de la presencia popular en la escena política y social. Por todo lo dicho el mito de la democracia racial no se sostuvo como tal, nunca pasó de una mistificación y de un concepto de publicistas.

Es indiscutible que los patrones jerárquicos de relacionamiento se han disgregado en Brasil considerablemente; no obstante, infinidad de hechos de todo tipo denuncian su persistencia. Nuevamente doy un ejemplo que considero muy ilustrativo, el adhesivo que reza "Reencarnación, una cuestión de justicia" y que puede leerse en los automóviles de grandes ciudades como Río de Janeiro o San Pablo. La creencia implícita de esta proclama es "vivo en una sociedad injusta pero lo acepto porque en todo caso cuando reencarne me va a tocar una posición mejor; la justicia no es de este mundo, pero sí hay una justicia que tiene efectos sobre este mundo". Es decir, que hay una idea de aceptación algo resignada[16] de la situación actual, y la convicción en una mejora está colocada en otro ámbito: la justicia, terrena, no depende de nada que podamos hacer, y al mismo tiempo está garantizada. Es inverosímil encontrar un adhesivo como este en las ciudades argentinas.

15 (Murilo de Carvalho, 2007): "En la crisis final del régimen, la defección de los propietarios tuvo mucho más peso que el apoyo popular. La Ley Áurea fue la última gota". Los propietarios de esclavos se pasaron al bando republicano (en el cual los abolicionistas también eran minoría hasta entonces) y la monarquía pagó la abolición con la corona.

16 El mejor adjetivo, probablemente, que califica al brasileño medio, y que lo hace "cordial".

Por cierto, el ejemplo nos conduce a una dimensión complementaria, cual es la creencia en el mérito en cada sociedad, la mayor o menor afirmación de una pauta meritocrática; es decir, ¿cómo se combinan con los imaginarios, más jerárquico y más igualitario, de sendos países? En ambos casos, la pauta meritocrática está afectada por la extendida convicción de que las desigualdades existentes no dependen del mérito sino de ventajas heredadas o adquiridas gracias a cada posicionamiento social. Pero en la Argentina este cuestionamiento es más activo y la cultura antimeritocrática está más arraigada (me remito al interesante trabajo de Pousadela, 2007). En el caso de la Argentina no es que el argentino no quiera ser meritocrático, sino que reconoce el mérito cuando es evidente. Por ejemplo, el argentino reconoce mérito en el jugador de fútbol, no piensa que es así porque el tío es el técnico, sino que lo hace porque es un crack. Pero en la mayoría de los casos la desigualdad no es atribuida al mérito, sino que la desigualdad es sospechosa, y esto se combina con el igualitarismo imperante: el "todos tenemos derecho a" alcanza, en el límite, claramente, una cancelación del principio meritocrático. Este no es el caso en Brasil, donde la pauta meritocrática se combina más fuertemente con el imaginario jerárquico y por tanto sobrevive mejor, más alejada de las sospechas que arroja sobre ella el igualitarismo. En otras palabras: las desigualdades en activos sociales y culturales pueden vestirse más convincentemente de meritocráticas en Brasil.

Pero intentemos llevar a cabo ahora un cambio de nivel, desplazando nuestra atención a los actores colectivos, reteniendo lo discutido en las páginas inmediatamente anteriores. Creo innegable que la Argentina es una sociedad con un imaginario (social y político) igualitario, que ha experimentado un proceso prolongado de incremento de la desigualdad social. Se trata de una trayectoria, más que gradual, puntuada por sucesivas rupturas, con un fuerte impacto en las pautas de acción colectiva. Por un lado, la política popular se ha clientelizado y territorializado, ello debido en parte a procesos como la informalización del trabajo y la desindicalización. Por otro, tiene lugar la emergencia de nuevas formas de acción colectiva (Delamata, 2003), de reclamo en clave de derechos, protagonizadas por los excluidos o por grupos sociales o territoriales.[17] En este plano la organización y la movilización son netamente políticas, tienen por impulso reclamar ante el poder lo que es percibido como un incumplimiento de este, de derechos que son conculcados o desconocidos. Aunque la acción

17 Crisis mediante, la sindicalización había caído del 60% al 40% hacia 2003. Aunque luego volvió a subir, la precarización laboral se mantuvo.

colectiva es más heterónoma, los estudios e investigaciones disponibles no insinúan un debilitamiento del igualitarismo. Una vez establecidos, los patrones de acción tienen una larga duración.

Brasil es una sociedad con un imaginario (social y político) jerárquico, y ha conocido en los últimos años un proceso (en curso) de reducción de las desigualdades. Este proceso es gradual y ha sido conducido de arriba hacia abajo, con pocas interrupciones. Esto tiene impactos diferentes al caso argentino en términos de acción colectiva. Se puede decir que las ofertas desde el poder se anticipan (siguiendo una tradición brasileña), superan, las demandas ante el poder. La movilización es escasa (lo era al menos hasta las grandes movilizaciones de "indignados" de 2013) y la emergencia de nuevas organizaciones ocupa un lugar muchísimo menos central en la escena política (en contrapartida, el mundo de las organizaciones no gubernamentales, del tercer sector, es más robusto que el de la Argentina). Esto se hace más nítido considerando la organización social más visible, el *Movimento dos Sem Terra*, que perdió potencia y cuyas demandas fueron capturadas desde el Estado, primero durante el gobierno de Fernando Henrique Cardoso y sobre todo durante el de Lula.

En el caso argentino, el fenómeno de acción colectiva más novedoso es el de las organizaciones piqueteras (los actores excluidos vuelven por sus fueros), y creo que su examen puede arrojar alguna luz sobre la relación entre igualitarismo y ciudadanía. Luego de la crisis de 2001-2002 se estableció una relación algo ominosa entre agrupaciones piqueteras con un temible poder de movilización y obstrucción y un Estado impotente, puesto que había perdido toda capacidad de emplear una fuerza legítima. En la práctica, se trataba de una suerte de extorsión ya que el Estado paga para asegurarse el orden. Como señala Escudé (*La Nación*, 28-8-2006): "Captar a los exdirigentes piqueteros para que se fueran de la calle sin que el Gobierno debiera reprimirlos. A muchos de ellos les dio cargos oficiales y generosos presupuestos, incluidos muchos planes sociales que distribuyen a cambio de inquebrantables solidaridades". Se podría decir: en la misma medida en que declinó la capacidad del Estado para suministrar el orden, se elevó la capacidad de estos movimientos para administrar el desorden. Los movimientos habían adquirido de hecho un poder de veto sobre la política gubernamental. Este poder de veto que, como bien observa Escudé, ya habían tenido otros actores, como los empresarios,[18] consiste en el ejer-

18 "El poder de veto extra-constitucional de los empresarios, que había sido aplicado, entre otros, contra Raúl Alfonsín y Fernando de la Rúa, era neutralizado por un nuevo poder de veto, también extraconstitucional: el de los piqueteros. Y para colmo

cicio ilegal de la fuerza, reeditando una práctica consagrada. En la Argentina, los *escraches*, los piquetes, ¿serían un equivalente activo del *¿A mí qué me importa?* El piquete como una variante popular de un *¿A mí qué me importa la ley?* generalizado. ¿A mí qué me importa cualquier norma que obstaculice ejercer mis derechos?

De tal modo, los poderes de veto frente al Estado y las prácticas facciosas consiguientes que caracterizan la relación entre sociedad y Estado en la Argentina siguen presentes. En suma, desde la transición democrática hay una tensión entre democracia y desigualdad, y entre Estado y sociedad, aunque esta tensión se ha manifestado de diferentes modos en Argentina y Brasil. No obstante que en ambos casos las prácticas sociales nuevas se pueden entender en su relación con las trayectorias pasadas, las diferencias saltan a la vista. En Argentina se han mantenido los patrones igualitarios, pero estos acompañan un deterioro del gobierno de la ley y de la trama normativa de la ciudadanía. En Brasil, los veinticinco años de vida democrática y la *Constituição Cidadã* de 1988 parecen haber tenido un efecto.

Una constante en *Carnavais, malandros e heróis* es la observación de DaMatta en cuanto a que "La propia noción de democracia, en Brasil, tiende a confundirse con una posición de bloquear el cerramiento de agremiaciones sociales, lo que impide la formación de grupos de interés políticamente poderosos". No parece que nada haya cambiado al respecto, dada la proliferación y el adensamiento de actores sociales y hasta una mayor consistencia de los partidos. Es decir, indudablemente el asociativismo ha crecido. ¿Se ha fortalecido la noción de ciudadanía? Almeida (2007), en base a estudios en profundidad sobre valores y modos de pensar de los brasileños de hoy, no vacila en proporcionar una respuesta positiva, fundada en los importantes avances educativos del último cuarto de siglo.

Esto nos lleva a observar la relación Estado-sociedad en perspectiva histórica. En la Argentina, la invasión y colonización del Estado por parte de la sociedad llegó a extremos en los que prácticamente el primero fue disuelto (los partidos son los protagonistas de la colonización final en este proceso).[19] Aunque recientemente, tras la crisis de 2001-2002, se recompusieron la dimensión fiscal y la presidencial, el Estado continúa fragmentado,

---

de bienes, el arriesgado gambito de cooptar a estos había contribuido a una creciente paz social".

19 En su libro sobre el régimen peronista, Zanatta muestra cómo fue difícil preservar áreas estatales del asedio de grupos y sectores de todo tipo.

colonizado, capturado y la dimensión federal sigue mal resuelta (en verdad, la principal captura es desde el vértice, desde donde se extraen recursos y se distribuyen). El Estado argentino presenta actualmente estos rasgos, en un sistema que no ha variado a pesar de los sucesivos gobiernos (excepción hecha de Alfonsín), como señala Luis Alberto Romero: "Destrucción del Estado, corrupción, gobierno autoritario y concentración del poder se articulan en un modelo que, por cierto, ha funcionado bien".[20] Funcionado bien, por supuesto, como aparato de dominación no legítima.[21] Y la parcial recomposición fiscal no ha servido para reconstruir al Estado[22] sino para perfeccionar la eficacia de la maquinaria de captura y distribución, que ha sobrevivido a la crisis 2001-2002.[23]

La información comparativa disponible deja ver sugestivas diferencias para los años recientes: en el período 2003-2011, el empleo estatal creció el 49% (un 5,1% anual); su participación en el total es del 21%, superior a Brasil, Chile y Uruguay. El número de empleados públicos en la Argentina creció de 2,15 a 3,2 millones. Aunque ha crecido en los tres niveles, la mayor responsabilidad del aumento se observa en las provincias. El empleo público creció a un ritmo casi cuatro veces más rápido que el de la población activa. La participación del empleo estatal en el total pasó desde el 16 al 21%. Señala un editorialista que:

20 "Quizá la supervivencia de la comunidad requirió y requiere semejante delegación. O no. Pero desde 1989 todas las políticas de emergencia, de sentidos e intenciones diferentes, han tenido un punto en común: desarmar un Estado cada vez más maltrecho, destruir sus órganos de control e información y corroer sus normas, siempre modificables en razón de la emergencia. Así se esfuma el Estado –pieza central en un régimen republicano– y solo quedan los gobiernos, que desde 1989 han sido peronistas". (Luis Alberto Romero, *La Nación*, 29-12-2011.)

21 La evasión tributaria, la corrupción y los delitos de cuello blanco le costaron a la Argentina 95 800 millones de dólares entre 2000 y 2009, que se fugaron hacia los grandes centros financieros y los paraísos fiscales, según un reporte del Centro de Estudios Integridad Financiera Global (GFI, por sus siglas en inglés). El informe, el tercero de su tipo en los últimos cuatro años, colocó a la Argentina en el puesto 18º del ranking de países con mayores pérdidas, tras relevar el "flujo financiero ilícito" que se escapa de 157 países en vías de desarrollo y estima que, solo durante 2009, la fuga total de esas naciones ascendió a US$ 903 000 millones. (*La Nación*, 31-12-2011.)

22 Como siempre, hay excepciones. En los '90, por ejemplo, se reformaron la AFIP (administración tributaria) y el Anses (previsión social) y su eficiencia se mantiene hasta ahora.

23 (Ricardo Cicerchia): "En Argentina el sector público es un berenjenal, su burocracia y administración son muy ineficientes, eso lo notan las organizaciones que destinan fondos a proyectos, que perciben que muchos países de la región tienen burocracias más aptas. Argentina todavía tiene un prestigio debido a la trayectoria pasada".

> La Argentina se expone de esta forma como un país de frondosa y creciente estructura burocrática en comparación con cualquiera de los demás países de la región. En Brasil, Chile y Uruguay las proporciones de empleo estatal son del 11, el 14 y el 16 por ciento, respectivamente [...]. Este fenómeno se ha producido sin que por ello hayan mejorado las prestaciones que el Estado brinda en nuestro país [...]. En definitiva, hay más de diez millones de recipiendarios de pagos personales del Estado, lo que implica que cerca de la mitad de la población argentina depende directamente de él. Se entiende, entonces, y bien claramente, por qué el gasto público en el país, neto de los subsidios a la energía y el transporte, ha sufrido un aumento del 30 al 36 por ciento del producto bruto interno en los últimos ocho años". (*La Nación*, 27-9-2011.)

La comparación con el caso brasileño es sugerente. Un estudio de la evolución reciente de la participación del empleo público brasileño en el conjunto de las ocupaciones de los mercados de trabajo, comparado con diversos países de América Latina, revela que el peso relativo del empleo público no es alto en Brasil. Los datos apuntados en esta comparación internacional revelan que "la participación del empleo público en Brasil es pequeña, comparada con la de los países desarrollados o latinoamericanos. Por lo tanto, no hay razón para afirmar que el Estado brasileño sea un Estado 'hinchado' por un supuesto exceso de funcionarios públicos" (Ipea, 2009).

Brasil entretanto continúa con su larga tradición de eficiencia selectiva, iniciada durante el varguismo y que no ha sufrido interrupciones. Eficiencia porque en efecto existen áreas del Estado brasileño que, aisladas de las prácticas de clientelismo y patronazgo, presentan patrones de reclutamiento y desempeño con muy altos niveles de calificación, constituyendo burocracias competentes y estables,[24] en condiciones de llevar adelante proyec-

24 "En Brasil, es impensable que alguien que no tenga familiaridad con el mercado financiero asuma la presidencia del Banco Central. Aun así, están aquellos que insisten en criticar todo o casi todo". (Alberto Almeida, 2007.) Entre esas cualidades suelen destacar la construcción de burocracias sólidas, eficaces y estables, capaces de dar racionalidad y continuidad a las políticas públicas y altos estándares de competencia administrativa, como señala, por ejemplo, el politólogo británico Laurence Whitehead al elogiar la reconstrucción del Estado que ha hecho Brasil, en contraste con otros vecinos, a los que no nombra, pero que parece fácil identificar. A esas condiciones debería sumarse, para hablar de un "buen Estado", la capacidad de control, la transparencia, el buen funcionamiento de las instituciones de la República, los frenos y contrapesos. En la Argentina una recopilación rápida da cuenta, por un lado, de la destrucción del Indec y la consecuente manipulación de las estadísticas, la neutralización, vaciamiento o cooptación de los organismos de control, la creciente

tos de largo plazo (Sikkink, Nunes, Loureiro, D'Araujo).[25] Selectiva, porque estas áreas coexisten con sectores de las burocracias públicas donde el clientelismo y el patronazgo son moneda corriente, la penetración partidista una constante y la calificación mucho más baja. Aún hoy es patente la separación entre áreas de excelencia, preservadas del clientelismo y el "capitalismo de amigos", como las vinculadas a la gestión económica, y áreas entregadas a las redes de intercambio político y económico de diverso tipo (como resultó visible en la remoción de un grupo numeroso de ministros acusados de corrupción durante los primeros meses del gobierno de Dilma). Y no cabe duda que esta diferencia con la Argentina tiene impactos significativos en la continuidad o discontinuidad de las políticas públicas. Sin ir más lejos, un ejemplo inmejorable es el de la inflación; mientras que Brasil ha preservado los equipos de gestión económica, Argentina prácticamente los arrasó y los politizó. En parte por eso mientras que Brasil mantiene la inflación bajo control, Argentina ha vuelto a experimentar índices elevados de alza de precios[26] (por supuesto, aunque se trate de un lugar común, la siguiente observación da cuenta de este rasgo fuerte entre las características del proceso histórico: "Es preciso ser imparcial al analizar las –pocas– cosas buenas que acontecieron en los últimos

ausencia de información sobre las políticas públicas y gastos estatales, la paralización del Congreso y la anulación fáctica de las comisiones parlamentarias que deben controlar al Gobierno. Por el otro, se registra un incremento sustancial en la cantidad de empresas de producción y servicios administradas por el Estado, la incorporación indiscriminada y sin criterios racionales de 377 agentes por día al sector público y la creciente discrecionalidad en el manejo de recursos públicos.

25 "La exposición de la situación en Brasil en materia de transporte y especialmente la de San Pablo fue muy buena. Las realizaciones y los planes son para admirar. En el caso de San Pablo, a pesar de las diferentes jurisdicciones (municipal, estadual, nacional) habrían logrado integrar un sistema de transporte público con una visión de futuro realmente envidiable: están vinculados y coordinados el ferrocarril, el metro y el transporte colectivo; los fondos aplicados a mantenimiento e inversiones son muy importantes; la infraestructura y los vehículos son modernos y están en buen estado; el ahorro de tiempo de traslado es grande (los pasajeros le dan una gran ponderación a este factor); tienen una industria local que los abastece de todo lo necesario; las empresas de transporte en su mayoría son públicas, sin embargo, aparentemente, no son influenciadas por factores políticos". (Testimonio.)

26 Duhalde hizo en una reunión (12-11-2009) una referencia a la continuidad de los planes sociales en Brasil y a cómo habían discontinuado los planes en Argentina a su salida, mandando al báratro Jefas y Jefes. Como sea, más en general, hay un fuerte contraste entre la ausencia de quejas, riñas, acusaciones, en torno al *Bolsa Família* en Brasil, y el fuerte acompañamiento de pujas, por un lado, y riñas, por otro, que acompaña la bajada de planes de trabajo y de planes sociales, en Argentina.

años. Independientemente del partido de preferencia, no se puede negar que el Plan Real del entonces ministro de Hacienda FHC ayudó a colocar el país en sus rieles, y que la economía del país mejoró durante el gobierno de Lula". (André Barcinski, *Privataria tucana*, 11-2011.)

La falta de estatalidad en el caso argentino se pone en evidencia también en la esfera tributaria. Tradicionalmente, el cuadro fiscal argentino ha estado afectado por muy débiles capacidades extractivas. Por ejemplo, a través de la evasión del impuesto a las ganancias del 50%. Desde hace una década que la Argentina experimenta un incremento de la presión tributaria. Sin embargo, ese crecimiento cuantitativamente significativo puede no ser sustentable, dado que no está apoyado en un pacto fiscal sólido. Ni la calidad ni la cantidad del gasto, ni la estructura de los impuestos tienen una legitimidad que los haga perdurables.

En términos generales conviene dirigir la atención a la relación entre los movimientos políticos y los Estados. Páginas atrás señalé que mientras en Brasil el eje federativo, horizontal, había sido el fundamental, en la Argentina lo había sido el eje vertical de incorporación-desincorporación de los sectores populares. Mi impresión es que el Estado brasileño ejerció, menos afectado por los desplazamientos verticales, un papel controlador y moderador de los mismos, mientras que el Estado argentino resultó objeto de sucesivas "invasiones" y sujeto de sendas "exclusiones". Pero si continúa siendo cierto que en Brasil el Estado predomina sobre la sociedad, también lo es que se hace patente hoy el mayor adensamiento de actores sociales y económicos registrado en las últimas décadas. Al aprobar la Constitución de 1988, Brasil consagró un patrón institucional consociativo. Fue obra más de su sociedad que de su Estado. Y la fuerza de la sociedad se percibe en múltiples dimensiones políticas, sociales y económicas. De algún modo, así como han sido concomitantes en la Argentina las prolongadas crisis económicas y el estancamiento, con la desestructuración de actores sociales, los sectores del capitalismo moderno brasileño han apuntalado una mayor estructuración de actores y agentes sociales. Hasta cierto punto, podríamos decir que en Brasil Estado y mercado, agentes sociales y agentes económicos se configuraron entre sí de un modo virtuoso, bien que positivamente incompleto. Esto redefine el balance de fuerzas entre el Estado y la sociedad y crea condiciones más favorables para la disolución de los arcaicos patrones de deferencia y de todas las formas de relación que son consecuencia de un mercado de trabajo débil.

La sociedad argentina, la que habla cómo y por lo que denominamos opinión pública, muestra un patrón de conducta que podríamos denominar "acelerador". Una vez que se produce un cambio en sus opiniones, percepciones, valoraciones, el cambio se precipita, la trayectoria se acelera.

Diríamos en lenguaje coloquial que se embala.[27] Esto equivale a hablar de una sociedad donde la relación entre el tiempo y la política es peculiar: los tiempos son cortos. El "acelere" es un elemento que se conjuga con otros –en realidad se alimentan recíprocamente, como es el caso de la volatilidad económica– para imprimir a la política un ritmo de vértigo. La falta de confianza también agrava la situación. Como tiene cada vez menos confianza en gobiernos y gobernantes, y además una parte de ella percibe que las políticas públicas no existen rigurosamente hablando, la sociedad es cada vez más cortoplacista, toma lo que puede, y además pide más *ipso facto*. La Argentina repite así cíclicamente su historia, como una pesadilla. Esto equivale a echar leña al fuego al ciclo de los hombres que fueron considerados providenciales. Y a pesar de eso, la sociedad sigue con entusiasmo y acelera las fases ascendentes de cada ciclo.

Esto contrasta fuertemente con la relación entre política y tiempo y los ciclos políticos en Brasil. En rigor, el único caso de populismo salvacionista, que consiguió embarcar a la opinión pública en el ritmo de vértigo del providencialismo, fue Fernando Collor. La experiencia –impulsada al calor del descontrol inflacionario– duró poco, cerrada por el fracaso del plan del gobierno para frenar la inflación. Pero la política detuvo su trayectoria en picada para recuperarse debido a una serie de gestiones en las que recuperaron terreno el sistema de partidos y la democracia representativa. Brasil consiguió conferir a la política tiempos normales, en otras palabras, alargó los plazos, en parte gracias a los activos políticos con que contaban sus líderes (FHC gracias a la administración política inteligente del Plan Real, y Lula, gracias al capital político acumulado en la oposición). En suma, es marcado el contraste entre los cambios lentos, graduales pero firmes (en el sentido de que no son revertidos, no de que sean correctos), en una misma dirección en Brasil, y los vaivenes abruptos en Argentina, entre el antiestatismo y el estatismo.

27 Un ejemplo es el de la política de derechos humanos. Shumway dice en un reportaje: —"¿Cómo evalúa la relación de la sociedad argentina con los juicios por violaciones de derechos humanos? Alfonsín y Menem quisieron cerrar la etapa de los juicios a los militares, pero una gran mayoría de los argentinos no estaba preparada para dejar pasar ese tema, ni para ver que los torturadores, los militares que tanto habían abusado de los derechos humanos, quedaran impunes. Es un dato muy importante de la idiosincrasia de los argentinos. Ustedes –y yo– creemos que la criminalidad debe ser castigada". Esto es correcto, pero afirmar sin más que "una gran mayoría de los argentinos no estaba preparada para dejar pasar ese tema" omite que, en verdad, muy pocos años antes una gran mayoría estaba preparada para dejar pasar el tema (y el tema hubiera pasado a no ser por la energía del movimiento de derechos humanos y de Raúl Alfonsín).

De populismos para todos los gustos

La cultura política no se limita a las respectivas relaciones entre política, sociedad y ley. Alcanza también a cuestiones identitarias. Y, en lo que se refiere a estas cuestiones, vale la pena agregar algunas consideraciones sobre el patrón más elitista-representativo en un caso y más movimientista en otro. Hablando sin rodeos, creo que en Brasil hay populismo y nacionalismo de Estado, en cuanto que en la Argentina es populismo y nacionalismo de sociedad.[1] Se trata, es preciso aclararlo, de trazos históricos, trazos que han cambiado dramáticamente, sobre todo en la Argentina, en los últimos años.

El concepto de Schmitter sobre neocorporativismo estatal de poco nos sirve en este punto porque la estructuración autónoma de intereses (propia del modelo ideal del neocorporativismo societal) no se encuentra en ninguno de los dos casos. Pero el poder societal del populismo argentino –como complejo sociocultural, histórico y político extraordinariamente denso– no tiene equivalente en Brasil, donde en compensación el populismo presenta un legado estatal duradero e indiscutiblemente exitoso. Tanto que en la década de los noventa, una agenda democrática de refor-

1 Por supuesto, el populismo argentino y el elitismo brasileño son fenómenos de dimensiones múltiples. Una concepción intelectual de lo artístico como la que sigue, de una pluma brasileña, es inencontrable en la Argentina: "El arte del pueblo es tan desprovisto de calidad artística y de pretensiones culturales que nunca va más allá de una tentativa tosca y desmañada de expresar hechos triviales dados a la sensibilidad más aturdida [...] ingenua y retardataria, no tiene otra función que la de satisfacer necesidades lúdicas y de adorno. El arte popular, por su vez, más refinado y presentando un grado de elaboración técnica superior, no consigue entretanto alcanzar el nivel de dignidad artística que le dé credenciales de experiencia legítima en el campo del arte [...] no colocándose jamás el proyecto de enfrentar los problemas fundamentales de la existencia" (Carlos Estevam [1963], citado en Ortiz).

mas así llamadas de neoliberales, tuvo como retórica el "desmonte del Estado varguista". Y esta retórica fue utilizada tanto por detractores como por partidarios.

Sin exagerar, el populismo argentino legó actores políticos, legó identidades y legó culturas, en tanto que el populismo brasileño legó Estado e instituciones. En ese sentido, resulta útil el instrumental analítico desarrollado por Edson Nunes (2003) sobre la "gramática" política brasileña, porque revela interesantes contrastes en los cuatro ítems: clientelismo, corporativismo, aislamiento burocrático y universalismo de procedimientos. Sobre todo porque el *mix* es diferente entre ambos casos: mientras que el insulamiento burocrático y el universalismo de procedimientos han tenido una presencia tangencial, muy localizada, en el Estado argentino, en comparación con el brasileño, el clientelismo y el corporativismo han sido robustos aquí y allá.[2] El típico intercambio llevado a cabo por los presidentes reformistas brasileños, que permitieron el clientelismo en ciertas áreas del Estado ganando así apoyos para mantener preservados los núcleos burocráticos calificados y abocados a sus iniciativas políticas, no se conoce en la Argentina (la lógica de Juscelino Kubistschek no fue la lógica de Frondizi-Frigerio, no solo por falta de voluntad sino de espacio político favorable), donde las burocracias públicas tendieron con frecuencia a ser destruidas, o sus cuadros desmantelados (como fue el caso del equipo económico de alto nivel en el Banco Central con la llegada del primer peronismo al poder).

La comparación puede hacerse también en clave sociológica. Sin duda, el *Estado Novo* getulista expresó en términos sociales una alianza entre la burguesía industrial y los sectores trabajadores urbanos; pero eran fundamentales las fuerzas armadas y, en general, las élites estatales (y no las clases) y la ciudadanía regulada (dos Santos, 1979); así, la incorporación controlada y categorizada de los trabajadores en la red de asistencia estatal y, por ende, el acceso a derechos en virtud de la pertenencia a una categoría tuvieron un papel preponderante. No fue así en la Argentina, en la que el populismo expresó en los hechos la centralidad de los trabajadores y el

2 En una investigación realizada por el Centro de Referência do Interesse Público (CRIP) con 1115 servidores públicos federales, en 2010, apenas 38,1% de esos servidores consideraron que las normas del servicio público son aplicadas por igual en el día a día de los órganos del Estado brasileño. O sea, para aproximadamente el 60% de esos servidores, las normas no son aplicadas igualmente, existiendo en la burocracia del Estado la solución de problemas por medio de casuismos y resoluciones particularistas. Este es un dato que, llevado a las últimas consecuencias, muestra la debilidad, al menos la fuerte segmentación, de la organización burocrática del Estado brasileño, lo que no impide que, en una perspectiva comparada, salga bien parado.

Estado peronista se hizo cargo (muy inestablemente) de las tensiones de una alianza de cuño nacional popular. Pero si bien esto es así, el perfil del populismo argentino hasta 1955 era el de un híbrido con una cara estatal y una cara social (expresada en la potencia organizativa de la clase trabajadora). Y de no haber sido por el golpe de 1955 sin duda la cara estatal del populismo peronista se habría hecho más pronunciada.

De hecho, nada parece contrastar más que la relación entre populismo y nacional-desenvolvimentismo/desarrollismo en cada país; y la diferencia no tiene mucho que ver con la estructura de clases sino con los avatares de la lucha política. Porque la caída del peronismo y la lucha entre peronistas y antiperonistas por el poder redefiniría drásticamente los términos de la confrontación política en la Argentina y también del posicionamiento de los actores sociales, entre ellos las organizaciones de los trabajadores. De modo tal que en Brasil pudo constituirse una coalición populista-desarrollista mientras que en la Argentina eso fue imposible. En Brasil la relación populismo-desarrollismo fue, por tanto, políticamente más armónica (Juscelino Kubitschek llega a la presidencia liderando la coalición estructurada por Getúlio Vargas) que en la Argentina (Arturo Frondizi llega a la presidencia –si bien con un acuerdo secreto con Perón– encabezando una coalición antiperonista, y va a sufrir una oposición acérrima de los peronistas), y hubo asimismo una mayor consonancia en las orientaciones entre populismo y desarrollismo en el caso brasileño.[3] En Brasil el legado del desarrollismo tiene, por fin, un reconocimiento popular del que carece su correspondiente en la Argentina.

Elitistas como lo fueron, el populismo y el desarrollismo brasileños tendrían una relación diferente a la argentina con el mundo de las ideas y sus protagonistas. En Brasil, la figura clave es Celso Furtado, quien decía que entre los liberales "enemigos del pueblo", y los populistas, cuyas orientaciones económicas sabía erróneas, prefería quedarse al lado de estos y tratar de corregirlos.[4] En la Argentina, la figura clave es Prebisch, y su trayectoria

3 Sikkink (2009): "Mientras Frondizi interpretaba al desarrollismo como nacionalista, el peronismo lo veía como 'entreguista'. Algunas interpretaciones fueron más dominantes que otras. Frondizi perdió la batalla interpretativa y en la Argentina el desarrollismo fue asociado al antinacionalismo. En cambio en Brasil mantuvo su asociación con el nacionalismo, lo que contribuyó a la consolidación del modelo".

4 También en el caso del ISEB, principal centro intelectual de los '50 y '60 las ideas se articulan con el desarrollo, no con la revolución. Ortiz (1985): "El hombre que vive en una nación subdesarrollada solo puede realizar su Ser al transformar ese mundo, y para los isebianos transformación significa *desenvolvimento* [...] el *desenvolvimento* es un humanismo porque restituye a la nación su esencia y devuelve al hombre

está marcada por su desencuentro con el peronismo. Prebisch hace política económica –con un enorme impulso innovador tanto en el Estado como en términos de la gestión macroeconómica–, antes de 1943 (durante los gobiernos del fraude). Es expulsado por la reacción protofascista en 1943, y cuando emerge el peronismo a partir de 1945, él ya está en las Naciones Unidas. Y Perón que creía que la política económica era cosa de almaceneros y empresarios exitosos, hace trizas el valiosísimo capital institucional existente. Prebisch regresa a la Argentina de la mano de los gorilas, a partir de 1955. Nada puede hacer para aproximar desarrollismo y populismo.

Muy estrechamente ligados a estos conceptos sobre el populismo están los que se refieren al nacionalismo: mi hipótesis es –como lo adelanté en un capítulo anterior– que Brasil es el reino del nacionalismo de Estado, mientras la Argentina lo es del nacionalismo de sociedad. En Brasil el significante *nación* está muy próximo al de *Estado*, es el Estado el que tiende a encarnar la nación; en la Argentina el mismo significante está mucho más próximo al de *pueblo*, y el pueblo tiende a encarnar la nación mucho más que el Estado.[5] Tal vez esto se deba a las constantes fracturas de la relación sociedad-Estado.[6]

El nacionalismo argentino es un nacionalismo de sociedad, muy enraizado en los actores y grupos sociales, en la cultura y en las identidades políticas, y el brasileño es un nacionalismo de Estado: es el Estado, en el imaginario social brasileño, la expresión principal de la nación. Cuando, por ejemplo, Lula dice "*Gente*, si conseguimos hacer una cosa tan buena como Petrobras, ¿cómo es que no vamos a poder ir adelante?", sabe muy bien de qué y para quién está hablando, y qué es lo que está evocando.[7]

---

colonizado su dimensión humana. Nada más distante del pensamiento del ISEB que una reflexión sobre la violencia o la revolución (y la violencia que propone Glauber Rocha es una violencia estética). La opción por el *desenvolvimento* significa planificación, eficacia, racionalización, etc. La función de los intelectuales, diagnosticar y presentar un programa. No hay utopía, la realización del Ser nacional era una cuestión de tiempo, cabía a la burguesía progresista comandar ese proceso".

5 En el caso brasileño el nacionalismo es básicamente un conjunto de identificaciones pacíficas (sin conflicto simbolizado; esto creo que es así incluso en el caso de Amazonia); conjunto que por lo tanto puede adjudicarse a la relación con el Estado y los símbolos, pero en el caso argentino es un conjunto de convicciones, algunas de ellas (como la causa Malvinas) conflictivas, creencias que no tienen al Estado sino al pueblo por superficie de referencia.

6 (Alberto Almeida): "Uno de los valores más fuertes de la sociedad brasileña es su amor por el Estado. De hecho, el brasileño gusta, y mucho, del Estado".

7 "En Brasil el Estado es la fuente de todos los males, pero también de las soluciones [...] Para los más pobres y de baja escolaridad, el Estado es la gran esperanza.

Desde luego, el nacionalismo brasileño está tan dispuesto a hipostasiar al Estado como el argentino a hacerlo con el pueblo. En la Argentina las prioridades nacionalistas las definen los nacionalistas (por supuesto en nombre del pueblo), mientras que en Brasil las define el Estado.[8] Y mientras que en Brasil los nacionalistas aman las instituciones del Estado, en la Argentina las execran (precisamente por considerarlas "de espaldas al pueblo", y hasta por percibirlas como "al servicio de los intereses foráneos"). Creo que el nacionalismo de los intelectuales brasileños es robusto, y que en parte se manifiesta en su respeto bastante elevado por las Fuerzas Armadas como institución, pero este respeto se vuelca asimismo sobre Petrobras, los bancos públicos y, principalmente, sobre el BNDES e Itamaraty.

El nacionalismo de sociedad argentino tiene raíces que se afirman hondamente en la historia: la fuerza de la invocación al pueblo (por contraposición, en Brasil a los regímenes: el Imperio, la República) desde un comienzo, como titular de la nación imaginada se remonta ("al gran pueblo argentino salud", "el pueblo quiere saber de qué se trata", "pueblo y ejército", "si el pueblo no me quiere", etc.) a las etapas fundacionales. En Brasil, en cambio, es del Estado que depende la autoestima nacional. Como expresa Lula, inaugurando un *Centro de Pesquisa* de Petrobras, en octubre de 2010: "¿Saben por qué Brasil sobrelleva tan bien la crisis financiera internacional? Por el Estado brasileño [...]. Me cansé de ser tratado como de segunda categoría, como un *vira-lata*, quiero andar con la frente alta [...] y eso depende de nuestra autoestima".

Escribiendo a mediados de 1930, Sérgio Buarque de Holanda (1995) pone de manifiesto el singular aprecio brasileño por el Estado:

> El cuadro formado por la monarquía todavía conserva su prestigio [...]. El Estado brasileño preserva como reliquias respetables algunas de las formas exteriores del sistema tradicional, después de desaparecida la base que las sustentaba [...]. La madurez precoz, el raro refinamiento de nuestro aparato estatal, es una de las consecuencias de tal situación [...]. El Estado, entre nosotros, no precisa y no debe ser despótico, el

---

Petrobras y Banco do Brasil son los dos grandes símbolos del Brasil estatal. Privatizarlos es tanto como retirar la esperanza del Brasil grande, desarrollado, y arrojar a los pequeños ahorristas a las garras de la iniciativa privada [...]. Petrobras es sinónimo de patrimonio nacional. Es el corazón de la economía brasileña [...] privatizarla sería entregar la economía a los inversores extranjeros. La ideología estatista sustenta todos estos argumentos." (Testimonio.)

8 Hasta hace poco cooptado por las elites, que a su vez eran las conservadoras del status quo.

> despotismo condice mal con la dulzura de nuestro genio, sino que necesita de pujanza y compostura, de grandeza y solicitud [...]. Él todavía puede conquistar por ese medio una fuerza verdaderamente asombrosa en todas las áreas de la vida nacional. Pero es indispensable que las piezas de su mecanismo funcionen con cierta armonía y garbo. El imperio brasileño llevó eso a cabo en gran parte [...]. La imagen de nuestro país que vive como proyecto y aspiración en la conciencia colectiva de los brasileños no puede, hasta hoy, desligarse mucho del espíritu del Brasil imperial; la concepción de Estado inscripta en ese ideal no solamente es válida para la vida interna de la nacionalidad como todavía no nos es posible concebir en sentido muy diverso nuestra proyección mayor en la vida internacional. Ostensiblemente o no, la idea que de preferencia nos formamos para nuestro prestigio en el extranjero es la de un gigante lleno de bonhomía superior para todas las naciones del mundo.

Buarque de Holanda escribía antes de la instauración del *Estado Novo* varguista, que el Estado tal vez haya sido más despótico de lo que él hubiese querido, pero sin duda corporizó ese espíritu estatal.

Y creo con sinceridad que estas diferencias se tornan evidentes en la actualidad, en las formas, en los contenidos y en las predominancias de las propuestas identitarias, como es el caso del nacionalismo, tan estudiado en el pasado y hoy puesto de lado –con pocas excepciones– en su dimensión contemporánea.[9]

¿Qué es, y cómo actúa, el nacionalismo hoy? Argumentaré derechamente, por ejemplo, que existen significativos contrastes en las formas en que el nacionalismo argentino aborda la cuestión de la soberanía en la Patagonia y el nacionalismo brasileño la soberanía en la región amazónica. Esta última es una cuestión que se viene colocando en el centro de la agenda política brasileña, y que, a mi entender, está destinada a constituirse en un tema crucial de la política y de la cultura política en un futuro no muy distante. En esencia, mientras que la cuestión de la Patagonia se plantea principalmente en relación con la soberanía territorial (tierras en manos extranjeras), la cuestión de la región amazónica se presenta como un problema multidimensional, en el que la cuestión ambiental y la cuestión indígena

9 Entre las pocas excepciones están: Alejandro Grimson (una completa compilación de comparaciones entre Argentina y Brasil), EDHASA, 2008, y Vicente Palermo, *Sal en las heridas*, 2007, y *Del otro lado del río*, compilación EDHASA, 2007, para el caso argentino.

son tan importantes como la territorial y la de límites.[10] Y, otra vez, la dimensión agonal está fuertemente presente en el primer caso, mientras que se encuentra más atenuada en el segundo.

Es verdad que la historia democrática argentina en el siglo XX es más larga que la brasileña. Sin embargo, esa diferencia no invalida la comparación. Mi hipótesis es, específicamente, la siguiente: en la política democrática brasileña la dimensión institucional es dominante –las instituciones, de hecho, representan el lugar en el que se dan las interacciones y donde se configuran los actores colectivos–. En compensación, en esas instituciones la inclusión social tanto como política ha sido débil. Entre tanto, en el caso argentino, la dimensión inclusiva ha sido dominante con perjuicio indudable (debido a la pauta movimientista) de la dimensión institucional. La "invasión" de las instituciones y del Estado por parte de actores sociales (y organizaciones corporativas) ha sido común, en virtud de lo cual el Estado ha bailado al compás de la sociedad en lugar de ser capaz de generalizar políticas.

Es de sumo interés contrastar lo dicho con las diferencias en que la representación política es "pensada, sentida y vivida" en ambos países, de acuerdo al estudio de Inés Pousadela (2007). Se trata de modos muy diferentes, pero eso no puede sorprender:

> En la base, dos concepciones diferenciadas de la sociedad [...] Brasil: la descripción de las divisiones sociales pretende dar cuenta cabalmente de la sociedad [...]. Argentina: se presenta secundada –complementada, contrastada o cuestionada– por otras descripciones con acento en la división política [...] carácter político de la sociedad argentina por contraste con el carácter literalmente social de la sociedad brasileña: abundancia de menciones en Argentina de dos clases de divisiones políticas, las partidarias e ideológicas, y ciudadanos vs. clase política [...] y politización de las propias divisiones sociales.

10 Grimson (2007) pone el acento en el proceso histórico para dar cuenta de diferencias actuales en algunos elementos identitarios: "La visión que prevalece en Brasil y en Argentina sobre sus respectivos símbolos nacionales es completamente diferente [...]. Mientras en Brasil hay una mayor identificación con la bandera nacional, en la Argentina predominan los sentimientos contradictorios ya que se recuerda más a menudo que en Brasil el uso político que hicieron los militares de esos símbolos". "La foresta amazónica es bien brasileña, identidad, *você pensa em Brasil você pensa na foresta amazónica*. Por lejana y distante que esté de la realidad, del cotidiano de las personas, está en el imaginario, es una identidad, aunque en la práctica no hagamos nada para preservarla directamente [...]. Para no hablar del fútbol". (Testimonio.)

Nótese que, en principio, la aproximación podría parecer contradictoria: en Brasil, donde a mi criterio la dimensión institucional es dominante, la sociedad tiene un carácter literalmente social, mientras que en la Argentina, donde es dominante la dimensión inclusiva, se presentan divisiones complementarias a las sociales con acento en la división política. Pero no se trata de ninguna incongruencia ni contradicción: en la Argentina ha habido una politización *inclusiva* de lo social (con desmedro de lo institucional), mientras que en Brasil ha habido una institucionalización dominante de lo político, con desmedro de la participación y una separación entre el mundo político institucional y el mundo social. Separación que no es necesariamente alienante, ya que el mundo político institucional ha tenido una cierta capacidad para procesar y redefinir demandas sociales. En otras palabras, mientras en la Argentina tenemos alta politización y débil institucionalidad, en Brasil encontramos baja politización e institucionalidad fuerte.

Esto explica que la crisis argentina no sea en modo alguno de apatía política. Como concluye Pousadela a partir de sus entrevistas: "Remiten a la experiencia, en la Argentina, de un proceso de crisis de representación sin paralelo en las actitudes más o menos desconfiadas, resignadas o escépticas de los brasileños". En efecto, lo que hay es un rechazo activo, elevada participación electoral, y movilización contrademocrática.

En la política democrática argentina participaron "todos". En la política democrática brasileña hasta 1964 la estabilidad se basó en la exclusión –por ejemplo, en la exclusión (o alienación, según haya sido el caso) de las masas rurales–. De ahí que paradojalmente la política brasileña se aproxime mucho más a un patrón representativo (elitista, pero representativo) que la política argentina. En esta última el patrón es decididamente movimientista.[11]

La participación popular en el Brasil del siglo XX estaba dominada por el juego representativo inter-élite –el cual era cooptativo, sí, pero también representativo en el sentido que Manin (1998) da al término–. En contraste, la participación popular en la Argentina, se desenvolvió en una matriz *movimientista*. El *movimientismo* es, a su modo, una forma representativa, pero contiene un potencial de destrucción institucional extremadamente poderoso. Entre otras razones esto se da porque la representación *movimientista* es tendencialmente autoritaria y tiene un sesgo antidemocrático (tiranía de la mayoría). Ella tiene un impulso endógeno a ocupar la "totalidad" y adopta la fórmula populista-antagónica –la misma que Ernesto

11 Un análisis muy sugestivo y polémico al respecto es el de Héctor Leis y Eduardo Viola, que anteponen la "sociedad de corte" brasileña con el mundo social movimientista argentino (Leis y Viola, 2008).

Laclau ve emerger recientemente por toda América del Sur– como la forma normal de dar cuenta de los problemas políticos y de gobierno. Al tender (fuertemente) a identificarse con la nación, postula excluyentemente una totalidad legítima única. Ahora, problemas políticos y de gobierno existen del mismo modo que llueve: la lluvia tanto como los problemas son inevitables. Entonces, el problema principal del movimientismo no es tanto el ejercicio de la oposición, como el del gobierno, porque la explosión política en ese caso es inevitable, dada la incompatibilidad presente entre una fuerza movimientista y el ejercicio del gobierno en una sociedad plural.

Es interesante resaltar que el término movimiento, exponente importantísimo de la jerga política argentina, tiene un significado muy diferente en la jerga brasileña. En el caso brasileño, se trata de un término utilizado de forma casi banal por los partidos, como en el ejemplo muy claro del Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) o, también, se refiere a los "movimientos sociales". Al contrario, el concepto dominante de *movimiento* (político y social) argentino, presenta dos aspectos centrales: es forzosamente excluyente, porque se autopostula como totalidad legítima de la nación y/o del pueblo (diferente de los significados brasileños)[12] y es una forma "no representativa" de representación. Expresa/encarna directamente los referenciales sociales y políticos. No se trata de una mediación, o de una relación agente-principal, sino de una representación que cancela los representados como tales.[13]

Las diferencias que intenté identificar aquí pueden ser proyectadas al plano de las dinámicas institucionales, es decir, de las morfologías político institucionales de cada país y de los procesos políticos. Por de pronto, aunque comúnmente se identifique al "movimientismo" argentino con el peronismo, la concepción movimientista de la política es muy anterior a éste. Guillermo O'Donnell sostiene que si en la actualidad Brasil presenta

12 Nelson Werneck Sodré: solamente es nacional lo que es popular

13 Como vimos, el peronismo es innovación social pero también étnica, al colorear lo que hasta entonces producía el crisol de razas. Pero por otro lado, el peronismo construye un concepto de nacionalidad totalitario, al colocar a los no peronistas fuera del campo de la nación –fundiendo las condiciones de argentino y peronista–. Terán (2007): "La dificultad para articular un sistema de partidos donde cada una de las partes se concibiera como parte y no como la totalidad [...] nace muy tempranamente. El ascenso del radicalismo irigoyenista al poder en 1916 ya configura esta situación. El radicalismo ya se concibe a sí mismo como la totalidad de la Nación, por eso no tiene programa, identifica su programa con la Constitución Nacional. Con lo cual viene a decir que quien no es radical no es argentino. Y del otro lado hay una impugnación análoga. A los radicales se los ve como una manga de beduinos que van atrás de un santón".

un perfil de democracia representativa mucho más nítido que el argentino (próximo en cambio a una democracia delegativa) eso se debe a que el populismo habría sido más débil en Brasil mientras que la tradición populista es en Argentina más robusta.[14]

Sin embargo, examinemos brevemente las últimas décadas democráticas del siglo XX en ambos países. Argentina y Brasil invirtieron casi una década para estructurar coaliciones democráticas reformistas relativamente estables: el proceso comienza con Menem en 1991 y con Fernando Henrique Cardoso en 1995. Ambos países fueron capaces de establecer núcleos de gobernabilidad, recuperaron capacidades estatales, pudieron hacer política económica y formular e implementar una agenda de reformas. Pero ¿cuál fue el espacio político, la arena política central en cada caso? ¿Cuál fue la capacidad de creación institucional y de sustentabilidad en cada caso? Me atrevo a decir que el núcleo de la interacción en el caso brasileño fue institucional y representativo: la Presidencia, el Congreso, el relacionamiento entre el presidente, la Presidencia y el Congreso. Algo bien diferente se registró en el caso argentino: aquí las interacciones tuvieron por actores privilegiados a los agentes económicos y las corporaciones, con la persona del presidente en un papel central, presidente que era al mismo tiempo jefe de gobierno y articulador único de la coalición. Son también notoriamente diversas la creación institucional-estatal, la consolidación de actores políticos en el juego gobierno-oposición en torno de la gestión reformista, y la continuidad de políticas. O sea, durante las fases de reformas de mercado en ambos países, se reitera en cada uno el viejo patrón, más representativo en Brasil, más movimientista en la Argentina.

Señalé, páginas atrás, que en Brasil domina (o dominaba hasta 2013) la noción de sentido común de que el brasileño es apático y no participa (referencia más frecuentemente dirigida a los brasileños que al pueblo brasileño, aunque muchas veces apunte al *povão*) —“*Que nada! Brasileiro*

14 Más adelante observamos que el significado del término oligarquía es completamente diferente en Argentina y Brasil; tal vez esto ayude a entender un efecto performático importante. En efecto, analizando la retórica del populismo, Laclau señala que “Los males experimentados por diferentes sectores del pueblo, van a ser percibidos como equivalentes entre sí en su oposición a la oligarquía. Pero esto es simplemente afirmar que son todos análogos entre sí en su confrontación con el poder oligárquico. ¿Y qué es esto sino una reagregación metafórica? Y la ruptura de esas equivalencias en la construcción de un discurso más institucionalista se desarrollaría a través de mecanismos diferentes, pero igualmente retóricos”. Si es así, históricamente los significados diferentes del término nos hablan de la configuración de dos campos políticos que poco tienen que ver entre sí.

só sae se é para carnaval ou futebol" (creo que esta dimensión de presunta no participación es desconsiderada, con todo, en textos que se ocupan de la mentalidad del brasileño). A veces se alude a una opinión pública en las nubes (mientras los políticos hacen tropelías): "*A opinião pública, distraída como sempre*" (*O Globo*, 30-10-2010). Esta noción que se tiene sobre la opinión pública brasileña en el propio Brasil, sería impensable para referirse a la opinión pública en la Argentina, que nunca "está distraída".

La política brasileña del presente parece no obstante estar atiborrada de procesos participativos, y esto se podía sostener perfectamente antes de 2013 y la eclosión de los "indignados". En las legislaturas de los últimos años, el 7% de las leyes aprobadas tienen ese origen, y entre ellas conspicuamente destaca la ley de *Ficha Limpa*, que impide a los individuos con causas abiertas en la Justicia ser candidatos –como resultado de una vigorosa acción colectiva enderezada al terreno propiamente institucional, y un excelente ensamble de la calle con los medios, la ley ilustra bien una dimensión, ya señalada, de la política brasileña–. Mas, en general, las acciones directas de inconstitucionalidad y otras de índole –siguiendo a Rosanvallon (2007)– "contrademocrática" predominan en el caso brasileño, donde tiene lugar una colaboración "virtuosa" entre el sector público y la vida asociativa (en parte porque el propio formato institucional favorece esta pauta, como es el caso del papel del *Ministério Público*). Desde luego este tipo de acciones está presente en el caso argentino, pero no es predominante. En la Argentina prevalecen, tienen mayor visibilidad, las acciones extrainstitucionales, que tienen por lugar la calle o la plaza (las movilizaciones por la falta de seguridad, de principios del gobierno de Kirchner, son un ejemplo), por un lado, y los medios de comunicación por otro (aunque en los últimos años han ganado terreno, como en Brasil, formas de acción "contrademocráticas" de *accountability societal* ([Smulovitz, 2013]).

Todos ocupan la calle, pero de modo diferente

Existen acciones colectivas rituales que son particularmente expresivas de una sociedad, a través de las cuales ella actualiza sus lazos, o se imagina a sí misma. La capacidad expresiva de estos rituales no es, por supuesto, necesariamente descriptiva, o representativa en un sentido positivista: no es que presenten imágenes fieles de aquello que una sociedad "es", bien pueden presentar lo opuesto, o dar curso a la expresión de valores irrealizados, o al cierre o la reapertura ficticios de conflictos históricos o contemporáneos. Como sea, casi siempre tienen una importancia social crucial, porque intervienen en los procesos de constitución y reconstitución colectivos de la sociedad. Son formas a través de las que –parafraseando a Benedict Anderson (2008)– las comunidades se imaginan a sí mismas, condición indispensable para que existan como tales. En las sociedades modernas, además, la producción de este imaginario depende de la producción de imágenes; estas acciones colectivas adquieren su completo sentido cuando a través de las imágenes crean, o refuerzan, la comunidad imaginada.

En su clásico *Carnavais, malandros e heróis*, nos dice Roberto DaMatta (1978) que es común encontrar durante el carnaval brasileño a un bandido bailando con un sheriff, o una calavera con una moza, etc., concluyendo en que "Es justamente esa combinación o esa conjunción de representantes simbólicos, o reales, de campos antagónicos y contradictorios que constituye la propia esencia del carnaval como un rito nacional". A mi entender, si DaMatta sigue en esto a Gilberto Freyre, lo hace de un modo heterodoxo: el carnaval, en la lectura de DaMatta, actualiza ritualmente aquello que Freyre establece nítidamente en multitud de interacciones sociales (por ejemplo, el habla) o elabora él mismo como discurso y relato, al realzar el polo subordinado para que el equilibrio de los antagonismos que conviven sin síntesis sea posible.

Es muy sugestivo que cuando DaMatta debe escoger las formas rituales más característicamente brasileñas, la elección recaiga, junto al carnaval, en la parada militar y la procesión religiosa. Si la elección del desfile y la procesión es llamativa, también son significativas las omisiones: las marchas y manifestaciones políticas no son consideradas. Aunque tal vez la selección sea algo fechada, ya que DaMatta escribe en 1978, en plena dictadura militar, difícilmente su abordaje antropológico pueda estar limitado a una temporalidad tan acotada como la de la dictadura. Y aunque DaMatta luego se concentra más en el carnaval, la importancia ritual de las paradas militares está realzada. En cierta medida, en mucho de su análisis los tres ritos tienen una relevancia equivalente. A su vez, que las manifestaciones populares (*passeatas*, por ejemplo) estén ausentes (ausencia que llega muy lejos, porque a la hora de clasificar ilustrativamente eventos sociales, aparecen muchos, pero no la manifestación popular), es significativo porque, a mi entender, esa ausencia es sintomática de la lectura que el propio DaMatta hace del pueblo brasileño a lo largo de su texto, como, por ejemplo, cuando sostiene que "*se trata del pueblo que nunca se organiza espontáneamente para reclamar o reivindicar*, organizado [en el carnaval] para jugar". En suma, para DaMatta los tres rituales idiosincráticamente brasileños serían un ritual lúdico (ya veremos que esto tiene sus fascinantes matices) y dos rituales marcadamente jerárquicos.

Pero las ausencias y presencias entre los rituales brasileños son significativas sobre todo porque nos permiten hacer un contraste, que a su vez nos ayudará a entender mejor aquello que ambos pueblos y sus intérpretes se cuentan, se imaginan, de sí mismos. Mi hipótesis es que el ritual argentino de centralidad y relieve equivalente al carnaval brasileño es la gran ausencia brasileña: la manifestación popular.[1]

Pero ¿es un rito la manifestación popular? Desde luego que toda manifestación popular tiene objetivos funcionales, pero obviamente tanto el carnaval como el desfile militar o la procesión religiosa también los tienen, y no por eso dejan de ser ritos. Utilizando las categorías de DaMatta, mientras el carnaval es un rito de inversión, la manifestación popular lo es de reforzamiento (pronto volveremos a estas distinciones muy importantes).

1 "Concuerdo plenamente con esta afirmación y pienso que es resultado de un proceso histórico en el cual el pueblo, la sociedad, nunca fueron protagonistas de los cambios sociales: siempre asistimos, pasivamente, a las transformaciones. Y la manera de lidiar con esa situación fue, y es, por medio del recurso a lo jocoso, a la chacota, en detrimento de la movilización social, las manifestaciones callejeras, etc." (Testimonio, por escrito.)

Señala DaMatta que "el rito puede marcar aquel instante privilegiado donde buscamos transformar lo único en lo universal, lo regional en lo nacional, lo individual en lo colectivo"; ese desplazamiento del sentido está plenamente presente en las manifestaciones populares. En efecto, estas inscriben lo particular en lo colectivo, y con gran frecuencia ese colectivo imaginado es el pueblo o la nación o, más recientemente (Delamata, 2003)), la ciudadanía. Y, desde luego, el "interés" particular de cada participante se inscribe como un reclamo, una "demanda" universal (y es al mismo tiempo redefinido).

Por supuesto, en ninguna manifestación popular participan "todos" los miembros del universo que esta pretende expresar; así como una parte importante de los cariocas que puede hacerlo, huye de Río, en especial a las sierras, durante el carnaval, y ello no le quita al carnaval su poder ritual para lograr que propios y ajenos acepten su capacidad, como dice DaMatta, de "religar todos *com* todos como simples '*foliões*'. *Como membros de uma mesma especie humana na sua eterna busca da felicidade e, sobretudo… como brasileiros*". Del mismo modo los participantes de una manifestación popular se religan en términos diferentes a aquellos correspondientes a los lazos previos, incluso aquellos lazos que los han llevado hasta allí; se religan en términos de un colectivo que crean o recrean con su presencia (y que pretende, y a veces hasta logra, ser verosímil para los espectadores, pero sobre todo para los propios participantes, que imaginan el desempeño de la manifestación en los medios). Y así como DaMatta opone la casa y la calle –el hogar familiar y el mundo tras sus puertas–, siendo el carnaval un rito que pertenece, aunque no exclusivamente, al mundo de la calle, del mismo modo la manifestación popular admite una oposición entre la calle y el palacio, porque siempre, aun en el caso de que tenga la tribuna por centro, la manifestación popular es la política realizada en la calle y contra el palacio, contra, o por fuera de, la política representativa (es como una ruptura ficticia, y provisional, de los límites de la política representativa), o como admonición, advertencia, impugnación, protesta, reclamo, frente a la misma. De hecho, los participantes de una manifestación más convencional, frente a una tribuna, no se asocian gracias a ella, sino que se ligan directamente entre sí, la tribuna no es su mediación. Se asume que son ellos quienes habilitan al orador, y no viceversa.

Una manifestación popular es política, antes que por tener un objetivo, por ser manifestación (una actuación de los participantes), por ser popular, en el sentido de corporizar un discurso y un colectivo (por ejemplo, el del pueblo argentino en acción), por tener destinatarios reales o imaginarios y por relacionarse de un determinado modo con el poder (directamente

y estableciendo un lazo adversativo). Por fin, las manifestaciones populares no son una actividad improvisada: aunque puedan ser "espontáneas" tienen una serie de reglas (de desplazamiento, de locución, mostración, etc.) del mismo modo, aunque por supuesto mucho menos formalizado, que las actividades (baile, *bloco*, desfile) del carnaval.

En verdad, las manifestaciones populares se ajustan paso a paso a la trama analítica con que DaMatta aborda el carnaval, así como las procesiones y las paradas militares, como ritos brasileños. La manifestación popular como rito político manifiesta "aquello que se desea perenne", ya sea que se trate de evocar un colectivo "nacional" o "parcial". Pero lo hace de un modo que siempre es necesariamente adversativo, sea contra el poder, sea reforzando una identidad contra otra imaginada como opuesta. Crean su espacio en la calle o en la plaza, y en ese espacio equilibran, congregan, estableciendo un área de igualdad entre los participantes, como el carnaval de DaMatta. La comunión se efectiviza en un plano horizontal y crea, mientras dura la manifestación, un lazo vertical diferente (sin mediaciones). Y el rito se da en contrapunto con lo cotidiano: el concurrente se aparta de las prácticas habituales, para gritar, cantar, protestar con otros, saltar, a veces bailar, etcétera.

Las grandes movilizaciones populares son un rasgo fuerte de la historia política y cultural argentina, así como de nuestros días. ¿Cuál es el imaginario de las movilizaciones populares? La identificación pueblo ⇔ plaza; los manifestantes hablan, gritan, actúan, muestran (pancartas, por ejemplo) en nombre del pueblo/de un pueblo, y en ese acto, fuertemente autocelebratorio, se constituyen a sí mismos como tal, son la plaza y son el pueblo ("*Si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está?*"). Más recientemente, la interpelación pueblo ha sido sustituida en ocasiones por la de ciudadanía (véanse Cheresky, 2010, y Delamata, 2003).

La plaza deviene *locus* del cuerpo político (pero no es un recinto, sino que es espacio virtualmente ilimitado) de la nación. En cierto modo, esto se inscribe en la tradición griega del *demos*, y por tanto está en fuerte tensión con la política representativa[2] (y es peligrosamente antiliberal/antipluralista) y en sintonía con la tradición movimientista que ya analicé. En

2 Sigal (2006): "Que en 1930, en 1943 y en 1955 los jefes militares se presentaran públicamente al pueblo porteño en los balcones porque mal podían hacerlo frente a sus representantes en el Congreso es el síntoma más obvio del esfuerzo por establecer un lazo directo, sin mediaciones, entre el jefe de gobierno y las masas en la Plaza, designadas como el pueblo desde el balcón. Están afirmando, en los hechos, a la Plaza frente a las urnas".

sus formas emblemáticas, se asume que es el pueblo en acto que plebiscita sus líderes y dialoga con ellos. Por ejemplo, en el imaginario peronista, este es el relato mítico de –de el– los 17 de octubre (Plotkin y Zimmermann, 2013), y de hecho hay una experiencia por excelencia (que está a su vez consagrada como relato por Tomás Eloy Martínez en su novela *Santa Evita*), que es el diálogo entre las multitudes y Evita –con Perón a sus espaldas– el "día del Cabildo Abierto" (22 de agosto de 1951). Esos diálogos, reales o imaginados, confirman, refuerzan, la identidad pueblo ↔ plaza, porque implican supuestamente una decisión popular.

Llamo la atención del lector que la índole ritual de la manifestación popular no cambia por dos cuestiones: ni por el hecho de ser "menor" el alcance del colectivo que la protagoniza (es decir, que no remita directamente al "pueblo", sino a vecinos, desempleados, etc.), ni por el de tener o lograr objetivos claros y alcanzables. Imaginariamente, los vecinos, desempleados, y otros colectivos menores, difícilmente dejen de remitir al pueblo aunque sea indirectamente (son parte del colectivo popular y se identifican con él y al mismo tiempo a él interpelan, a través de la misma manifestación).

DaMatta afirma que "La base del proceso de simbolización/ritualización es el desplazamiento o el pasaje del objeto [...] todo indica que es por medio del proceso de *deslocamento*/desplazamiento que se puede exagerar o reforzar cualidades, invertir o disfrazar cualidad por el cambio de posiciones, o neutralizar o disminuir o borrar cualidades". ¿Cuál es el desplazamiento propio de la manifestación popular como ritual? El de sus participantes, que atraviesan la barrera entre el mundo de relaciones cotidianas y sus rutinas, y el espacio político que los vincula unos a otros, y el de algunos objetos, sobre todo banderas, carteles, etc. Cuando se despliega una bandera argentina en una manifestación, se trata de una dramatización del poder muy diferente a cuando la bandera está en "su lugar" (edificios públicos, instituciones, etc.) (véase Grimson, 2007). Pero es de ese mismo desplazamiento que resulta la congregación. El desplazamiento reúne a todos con todos y hace posible que se reactualice el sujeto colectivo. Por eso, respecto de las marchas no es relevante dónde empiezan ni dónde terminan, sino el acto mismo de marchar. Pero así como todo rito requiere un lugar especial para su realización, la manifestación popular es capaz de cargar simbólicamente algunos lugares, siendo en el caso argentino la Plaza de Mayo el ejemplo por excelencia. La manifestación en general religa en términos de esa postulación nacional y/o popular, más allá o por encima de la demanda, el reclamo, el motivo de protesta específicos. En la manifestación el pueblo, o la ciudadanía, por tanto, se representan a sí mismos.

La historia argentina está llena de ejemplos de manifestaciones populares destacadas por su masividad, expresividad y por el hecho de haber incidido en el curso de los acontecimientos, en ocasiones contra el palacio. La que en junio de 1975 siguió al violento plan de ajuste económico bautizado como *Rodrigazo*, y definió la caída de José López Rega; la plaza del 10 de abril de 1982 que celebró la toma de las Malvinas; las dos manifestaciones, radical y peronista, de cierre de sendas campañas electorales en octubre de 1983; las grandes marchas de repudio a los decretos del presidente Menem de indulto a represores condenados (1989/1990), y las de diciembre de 2001, que provocaron la renuncia de Fernando de la Rúa a la Presidencia, son apenas algunos ejemplos. Algunas de ellas tenían un centro externo a los manifestantes, pero otras carecían de él (excepto como destinatario de un repudio). La importancia de que sean manifestaciones exitosas no es menor en términos de su ritualidad: corroboran la comunidad imaginada (es el "pueblo" quien "trae a Perón", quien "expulsa a López Rega", quien plebiscita a un candidato, quien "remueve a de la Rúa", etc.) y a su vez corroboran, para protagonistas y observadores, la centralidad de la manifestación popular en la política y la cultura política argentinas.

El lugar por excelencia en que estas han tenido lugar en la Argentina es la Plaza de Mayo de la Ciudad de Buenos Aires, básicamente porque está frente a la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo Federal. Durante décadas el peronismo tuvo un monopolio de hecho sobre ella pero, como sostiene Silvia Sigal (2006), el valor simbólico de esta plaza preexistió al peronismo y ella ya no es exclusivamente peronista. Es interesante observar que la Plaza de Mayo no tiene ningún equivalente en Brasil (y mientras que en Brasil se pudo trasladar la capital federal, decisión elitista si las hay, fue imposible hacerlo en la Argentina). Brasil cuenta, en cambio, con emblemáticos *sambódromos* (el *Sapucaí* de Río de Janeiro es mundialmente conocido a través de la televisión). Para Sigal, la Plaza de Mayo es el espacio público de interpelación al poder, del pueblo al gobernante sin intermediarios. Y también es plaza de celebraciones políticas, tanto genéricamente patrias como parciales. Por eso afirma que:

> Uno podría decir que la gente que fue a festejar a Lonardi "estaba yendo a la plaza peronista" con actitud de revancha y no, no estaba yendo a la plaza de Perón, estaba yendo a la plaza que históricamente el pueblo argentino usó para manifestarse. No dejó de ser nunca la plaza de la historia argentina, como tampoco dejó de ser después la plaza peronista.

En común con los desfiles de carnaval, las manifestaciones populares tienen incontables espectadores anónimos reales o imaginarios. En el caso de la manifestación, ser vistos, devenir en imagen, es la pieza que completa el rompecabezas gracias al cual los participantes se ven a sí mismos y el evento se corporiza.

Sorprenderé a muchísimos lectores argentinos afirmando que las raíces de esta ritualidad, es decir, del relieve de las manifestaciones populares en la comunidad imaginada, son lejanas: se remontan a Bartolomé Mitre, que en su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* emplea claves de lectura histórica destinadas a perdurar, cuando se ocupa de las jornadas de Mayo de 1810. En esos días que marcan un comienzo de la historia "argentina" (aunque no el "nacimiento" de la nación como habitualmente se cree), las primeras figuras son presentadas por Mitre como actuando al calor de la presión popular, y esta tiene lugar principalmente en las calles. Esa interacción entre la calle (y los cuarteles) y las cabezas de la "revolución", empujando a los reacios y vacilantes, es el hilo principal del relato de Mitre. El 22 de mayo, cuando se reúne el Cabildo Abierto que la presión popular había conseguido arrancar al Cabildo pocos días antes, "Un pueblo inmenso llenaba las avenidas de la plaza Mayor [...]. La actitud de los concurrentes era circunspecta y concentrada". Circunspecta, pero no distraída ni pasiva; al menos parte de los concurrentes estaba muy al corriente de los peligros en el palacio:

> Belgrano era el encargado de hacer la señal con un pañuelo blanco en el caso de que se tratase de violentar la asamblea. Una porción de patriotas armados, estaban pendientes del movimiento de su brazo y prontos a transmitir la señal a los que ocupaban la plaza, las calles y las escaleras de la casa consistorial.

En la dinámica revolucionaria en curso, el "pueblo reunido en la plaza y en la calle" daría, según Mitre, dirección a los acontecimientos. Me importa entonces destacar que la centralidad ritual de la manifestación popular ya está presente en la pluma de uno de los padres fundadores de la historiografía argentina. Lo que para Mitre es el "pueblo de Buenos Aires", para otros habrá de ser, más adelante, la plebe y aun el populacho y más adelante se emplearán otros significantes; pero en todos los casos se trata de un colectivo que deviene existente a través de su reunión en la plaza o en la calle. Y es de notar que las manifestaciones populares no son parte únicamente de la historia democrática argentina; lo son también de nuestra historia autoritaria. El interés o la necesidad, por parte de diversos gobier-

nos militares, de ganarse el calor popular (lo que habla a las claras tanto de su debilidad como de su fragmentación interna), apelando directamente al pueblo, convocándolo a la plaza, acompañó a los regímenes autoritarios. Por lo común se hace ahora presente la palabra "manipulación": ha sido fácil decirla en relación con la masiva presencia popular en la Plaza de Mayo tras la invasión a las Malvinas, con Galtieri en el balcón, en abril de 1982; pero ayuda muy poco a comprender las cosas, porque en términos generales, quienes participaron de esa manifestación no fueron manipulados, sabían muy bien qué estaban haciendo (Palermo, 2007).

Se puede decir entonces que la manifestación popular es relevante en la Argentina actual tanto como lo ha sido a lo largo de su historia. Hasta tal punto que la morfología de la política de hoy puede leerse en las mutaciones que revelan estos acontecimientos. Por un lado, se descentralizaron y se tornaron más móviles (reuniones barriales, marchas), y se han hecho frecuentes arbitrios antes raramente usados (piquetes). Por otro lado, el empleo de la Plaza se ha intensificado, diversificándose la índole de sus asistentes. Tienen en común, no obstante, el reclamo por lo que es entendido como el incumplimiento de los poderes públicos, incumplimiento que conculca un derecho. La noción colectiva de ciudadanía ha desplazado parcialmente, así, a la de pueblo (pero sin entrar en conflicto con ella).

Los cambios en la política argentina han dado lugar a nuevas formas de manifestaciones populares, entre ellas los piquetes, los cacerolazos y los escraches. Aun tomando en cuenta aquellas que siguen la pauta tradicional, se puede decir que han abandonado a los partidos, aunque están tan presentes como antes, bajo otras formas y otras agendas. Con frecuencia no se centran en la tribuna o los oradores –dirigentes– lo que es muy expresivo de sus sentidos: reclamo e impugnación. Pero explícita o implícitamente continúan poniendo en acto al "pueblo" y/o a la "ciudadanía" y, como se ha visto en el caso de las movilizaciones de los productores agropecuarios del año 2008, identifican lo particular con la "nación". Una protesta siempre es por algo particular, no se sale a protestar en el vacío, pero al hacerse a través de la manifestación popular, se refuerza ritualmente el derecho a la protesta, así como se inscribe en un colectivo imaginado, pueblo o ciudadanía, que es reforzado.

El carácter muchas veces autocelebratorio que presenta la manifestación popular permite un nexo con el carnaval brasileño. DaMatta se interroga sobre por qué el carnaval, en tanto rito, tendría tanta relevancia. Y su respuesta es compleja. Primero, critica retóricamente el hecho de que "Nos olvidamos de preguntar sobre los datos de lo real que el carnaval está to-

mando en cuenta para inventar un mundo nuevo a través de la dramatización de nuestra realidad social." Y luego agrega:

> Creo que es realmente una banalidad decir que el carnaval reproduce una sociedad de clases, [...] siendo mucho más importante impresionarse con lo que todos dicen, pero los sociólogos parecen no tomarse en serio. [La condición de rito de inversión] Que es allí que nosotros, brasileños, dejamos de lado nuestra sociedad jerárquica y represiva, y ensayamos vivir con libertad y más individualmente [...] dramatización que permite englobar en una sola teoría no solo los conflictos de clase, que son compensados y ablandados en el carnaval, como también la invención de un momento especial que, entre tanto, guarda con el cotidiano una relación muy significativa y políticamente cargada.

El carnaval sería, así, uno de los modos fundamentales a través de los cuales la sociedad brasileña se desdobla ante sí misma. El carnaval expresa el punto límite de la informalidad, y tiene a la calle por su lugar, por oposición al "[...] mundo automático de la vida diaria y al mundo de las jerarquías y de los *caxias* [persona pesadamente aplicada y formal] como paradigmas de comportamiento cuadradamente pautados por las normas vigentes". Así, DaMatta se aproxima a un punto clave:

> Llama la atención, en los desfiles, la inversión constituida entre el desfilante (un pobre, generalmente negro o mulato) y la figura que él representa (un noble, un rey, una figura mitológica); esta teatralización resalta el carácter domesticado de la transmutación de pobre en noble, cuando esa transmutación es realizada en momentos programados, tal como ocurre en el carnaval. Así, los ricos (dominantes) no son vistos como ricos, sino como nobles. Si fuesen vistos como ricos, serían satirizados, y el desfile probablemente perdería su carácter domesticado [...]. El carnaval es un rito informal, y crea *communitas* [...] es un momento de *communitas* [...].

Vemos, aquí, el núcleo duro de lo que DaMatta denomina rito de inversión. El carnaval es un ritual de inversión en el que las jerarquías y las normas vigentes del mundo "automático" de la vida diaria, del mundo del orden, son dislocadas. Aunque, tal como sostiene no sin ambigüedades el autor en su ensayo, el carnaval sería un paréntesis: el orden sería, al cabo, confirmado; imaginariamente, el carnaval alcanza a ser un lapso de inversión, aun confirmando el orden (luego volveremos sobre este punto); algo di-

ferente sucede con la manifestación popular, que aparece, imaginariamente, como un lapso de reforzamiento y de ruptura.

Pero más relevante aun es el contraste entre los modos básicos del carnaval y de la manifestación popular como prácticas rituales. Para DaMatta, los modos básicos de los rituales son el refuerzo, la inversión y la neutralización. En el caso del refuerzo, nos dice, se destaca un papel, unos rasgos, y son inhibidos todos los otros:

> Mecanismos de refuerzo son utilizados cuando las rutinas crean equivalencias conflictivas entre sistemas de papeles sociales o cuando las situaciones son ambiguas, y es preciso definirlas tomando el partido del sistema establecido [...]. El refuerzo es, pues, un mecanismo donde la elección parece ser de aquello que está sumergido (o en vías de sumergirse), de lo que está adentro y, por eso mismo, no está siendo debidamente percibido. Cuando tal mecanismo es aplicado y la situación ambigua resuelta, se crea un campo formal o respetuoso.

La inversión, en cambio,

> [...] provoca un dislocamiento completo de elementos de un dominio para otro del cual esos elementos están normalmente excluidos [...] se trata de juntar lo que normalmente está separado, creando continuidades entre los diversos sistemas de clasificación que operan rígidamente segregados en el sistema social.

En el ensayo de DaMatta, estos modos básicos están ilustrados respectivamente por el desfile militar, el carnaval y la procesión, rituales que generan varios efectos: respeto, jocosidad y evitación. Destacando una de las variadas formas de inversión presentes en el carnaval brasileño, DaMatta nos dice que:

> El uso de las fantasías/disfraces permite relacionar al núcleo o centro del sistema social toda una legión de seres, papeles sociales y categorías que, en el curso de la vida diaria, están escondidos y marginalizados [...] el ambiente ritual coloca lado a lado al ladrón y al policía, a la prostituta y al ama de casa, al presidiario y al diplomático, al travesti y al *machão*. El campo social así engendrado es el de la jocosidad y el del grotesco.

Esto contrasta fuertemente con el sentido ritual de la manifestación popular, en la que emerge –por la vía del reclamo, del énfasis, del grito, del

cántico, de la multitud, etc.– aquello que necesita hacerlo porque no estaba siendo claramente percibido o atendido, o estaba siendo olvidado. Hay en ella una reafirmación que aspira a romper con la ambigüedad que niega, borra o apaga; procurando hacerse respetar. La manifestación popular es, claramente, un ritual de refuerzo. La inversión, en el caso argentino, podría estribar en la dicotomía igualdad-desigualdad: la desigualdad del cotidiano sería cancelada por una dramatización que tiene a la igualdad (igualdad entre los participantes más allá de las diferencias sociales y/o de categorías entre sí, igualdad de derechos, etc.) por valor central. Esto sugeriría que la manifestación desempeñaría un papel ritual semejante al del carnaval, rito de inversión por excelencia según DaMatta. Pero mucho más fuerte es el mecanismo que esta tiene como rito de reforzamiento. Carnaval y manifestación popular serían ritos centrales, cada uno de ellos propio y característico de su país, pero sus mecanismos básicos diferirían.

Lo que hace aún más interesante un contraste de relatos entre el carnaval y las manifestaciones populares es que si bien desfiles militares y procesiones hay en muchos países, no parecen específicos de Brasil ni de Argentina; en cambio, el carnaval es tan característico de Brasil (por mucho que haya carnavales en Gualeguaychú, en Venecia, etc.) como la manifestación popular lo es de la Argentina (por mucho que haya manifestaciones populares en Brasil o en Italia). Son las prácticas culturales y políticas más idiosincráticas las que merecen ser comparadas.

Una razón, aunque no la más importante, de la comparación, es que en algunas manifestaciones populares, en otras menos, hay una dimensión conmemorativa. La conmemoración de alguna manera evoca y "eterniza", coloca fuera del tiempo, un acontecimiento mitificado (el ejemplo argentino por excelencia es el 17 de octubre de 1945, pero la masiva participación en las conmemoraciones del Bicentenario, en 2010, también ilustra el punto).[3] Habría un acontecimiento extraordinario, y ese acontecimiento es, básicamente, un origen. El origen de un sujeto colectivo, que la conmemoración evoca y recrea. La conmemoración opera en estos casos como rito de congregación, y establece una ruptura entre lo ordinario (la rutina diaria de los participantes) y lo extraordinario, el lugar

3 Aunque no he tratado para la Argentina específicamente el Bicentenario 2010, vale la pena señalar que se trató inesperadamente de una fiesta colectiva intensa, de recuperación de una historia como medio de recuperación de autoestima y de cierta alegría y que contrastó con el clima habitual de escepticismo. Asimismo, también hubo una cierta desconexión de los símbolos patrios de los contenidos habituales del nacionalismo (Malvinas, por ejemplo).

y el momento "fuera del tiempo" que es capaz de crear. Esto es precisamente lo que sucede también en el carnaval brasileño, que, como práctica ritual, tiene lugar en "la esfera de lo que nos gustaría que estuviese colocado a lo largo o incluso fuera del tiempo [...] los ritos sirven, sobre todo en la sociedad compleja, para promover la identidad social y construir su carácter [...] precisamente eso ocurre en el caso de un ceremonial como el carnaval, donde todo un conjunto de factores social e históricamente dados es combinado y recombinado" (DaMatta, 1978). Y la manifestación popular combina, no menos que el carnaval, materiales diversos (memorias, valores, percepciones, etc.) promoviendo identidades sociales. Y, por supuesto, las temporalidades son distintas: mientras frecuentemente la manifestación popular es evocativa de un pasado, el carnaval no lo es, en todo caso evoca un tiempo no lineal.

Pero demos un paso más adelante. DaMatta sostiene que hay una "tremenda asociación entre ritual y poder"; tanto el carnaval como la manifestación popular generan, al mismo tiempo, momentos intensamente igualitarios. Esto nos coloca delante de dos formas diferentes de relación entre ritual y poder. El poder ritual de la manifestación popular se inscribe en la tradición plebeya, igualitarista y populista argentina; suscita, como señalé, un efecto de reforzamiento: reafirmación de identidades, del presupuesto de que todos somos iguales, del derecho a la protesta y al reclamo, y a poner en tela de juicio el orden. DaMatta es ambiguo sobre los efectos del Carnaval como rito de inversión; el espacio que crea el Carnaval "en condiciones normales [...] por ser vigorosamente contrario al mundo cotidiano, y siendo una imagen invertida, *apenas refuerza ese mundo, confirmándolo*".[4] Como ritual de inversión que es, el carnaval consistiría en una reafirmación del orden. De inmediato DaMatta matiza:

> Pero las condiciones normales son muy relativas [...] la forma carnavalesca parece muy importante como un modo alternativo para el comportamiento colectivo, sobre todo porque es en el Carnaval que son experimentadas nuevas avenidas de relacionamiento social que, coti-

4 "Sirve –dice DaMatta- en las condiciones de la organización social de la sociedad brasileña, dividida en clases y segmentos, para mantener la jerarquía y la posición de las clases. En una palabra, la *communitas* del carnaval es una función de la rígida posición social de los grupos y segmentos en ella implicados en el mundo cotidiano. Su universalidad y homogeneidad sirven precisamente para reforzar y compensar en otro plano el particularismo, la jerarquía y la desigualdad del mundo de la vida diaria brasileña."

> dianamente, yacen adormecidas o son colocadas como utopías. ¡Por eso, el mundo del Carnaval es, para nosotros, una locura!

A pesar de estos matices, me parece que los contrastes básicos entre el carnaval y la manifestación popular como prácticas rituales se mantienen. Mientras que en el primero es quebrado el orden jocosamente, confirmándolo por lo tanto, en la segunda se refuerza la convicción de que el orden puede (debe) ser roto; mientras que en el carnaval, por medio de esa ruptura jocosa, se invierten las relaciones sociales, en la manifestación popular se confirman, y refuerzan, identidades y colectivos imaginados contrarios a la desigualdad y a los órdenes jerárquicos. El carnaval está tan en sintonía con la ideología jerárquica brasileña como la manifestación popular lo está con la ideología igualitarista argentina.

También las totalidades inherentes a uno y a otra son distintas; en el caso del carnaval, se trata de una totalidad imaginada sin exclusiones; como sostiene DaMatta,

> [La] brecha que abre transforma *os marginais* e inferiores en personas, y las personas en individuos, esto es, en una masa yuxtapuesta e indiferenciada de ciudadanos, todos con los mismos derechos para cantar, danzar y *brincar*, algo que es contrario a la ideología jerárquica brasileña.

Como ocurre con el fútbol, no hay en el carnaval exclusiones virtuales. No ocurre, con gran frecuencia, con la manifestación popular: el sesgo populista totalizante remite a un todo imaginado pero que identifica la parcialidad con el todo, lo que conlleva un amenazante potencial de exclusión.

Un visitante extranjero, observador perspicaz, podría formarse una cierta imagen de la sociedad argentina a través de la manifestación popular (ocasiones, por cierto, no le faltarían). Esa imagen sería tal vez distorsionada, pero no falsa. En cambio, el mismo visitante, en Brasil, observando el carnaval, se llevará sin saberlo una imagen invertida –como el negativo de una fotografía– de la sociedad.

Pero se trataría de percepciones –estas que observan el carnaval y la manifestación popular con el telón de fondo de las sociedades– en flujo. Primero, porque en alguna medida el análisis sobre el carnaval está, como ya señalé, fechado; los trazos diseñados son pertinentes pero se han desdibujado, porque el telón de fondo ha cambiado: la sociedad brasileña no es, desde luego, una sociedad igualitaria, pero sí menos jerárquica y elitista que hace treinta años. Las funciones rituales del carnaval en parte se han debilitado. Y segundo, porque los cambios producidos en la sociedad ar-

gentina han tenido un impacto sobre las manifestaciones populares, segmentándolas y bifurcándolas notoriamente, de modo tal que sus protagonistas se distribuyen en un abanico que va desde el reclamo por derechos hasta la masa de maniobra.

Nosotros y los otros

Discutí más arriba el concepto de equilibrio de antagonismos empleado por varios autores como medio para pensar Brasil, y la forma en que en estos ensayos interpretativos siempre se realza, a mi criterio, un polo subordinado para que ese equilibrio pueda ser alcanzado. La matriz interpretativa del equilibrio de antagonismos la establece Gilberto Freyre pero la siguen luego otros autores. Como señala Antonio Cándido en el prólogo a *Raízes do Brasil*, también el ensayo de Sérgio Buarque "está construido sobre una admirable metodología de los contrarios".

Creo que puedo afirmar sin incurrir en exageraciones que en la Argentina, en cambio, dominan interpretaciones en las que los conflictos se establecen de modo dicotómico, antinómico y excluyente. Hay un fuerte contraste entre las interpretaciones-matrices de Argentina y Brasil, porque en el caso argentino domina la pauta de oposición excluyente (emblemáticamente: *civilización y barbarie*)[5] mientras que en el caso brasileño domina la pauta de contradictorios que coexisten en tensión, el equilibrio de los antagonismos. Las interpretaciones consagradas en torno a uno de los textos fundadores del pensamiento argentino, el *Facundo*, constituyen un ejemplo de este punto; porque ciertamente las interpretaciones del texto lo presentan en términos de negación absoluta de los polos –civilización y barbarie– en tanto que, como ha sostenido Oscar Terán (2007) en un breve ensayo:

> En última instancia, estas dos construcciones coexisten en el texto, aunque es evidente que el proyecto político-cultural sarmientino apuesta

5 El *ufanismo* y la poesía de exaltación idealizada del indígena fue importante en Brasil sin serlo nunca en la Argentina. Me parece que el *ufanismo* simbólicamente muestra algo que no tiene equivalente en la Argentina con el indio. La pauta de barbarie es excluyente.

> por un proceso evolutivo cuyo fin es el establecimiento de un orden civilizado. También es cierto que en su descripción atenida al presente que describe, la República Argentina no solo configura una especie que mezcla ambos componentes, sino que este carácter define una realidad híbrida capaz de fascinar la mirada romántica del sanjuanino.[6]

Y continua Terán: "[...] un dato que muchas veces no es considerado en la lectura del *Facundo*: leído sin prejuicios, detectamos que en diversos pasajes considera deseable que aparezca esta síntesis de gauchismo y civilización, síntesis que además de deseable, es posible"[7] (me parece que el Sarmiento del *Facundo* es netamente romántico, pero con el paso del tiempo y los aprendizajes de la vida, deja de serlo). Como se ve, el análisis de Terán aproxima en mucho al Sarmiento del *Facundo* de la concepción de antagonismos en equilibrio; pero esta lectura no es para nada la dominante, todo lo contrario –encuentro, interpenetración–, evoca los antagonismos en equilibrio, pero si esta es la lectura sarmientina sobre la Argentina de su tiempo, no es la lectura habitual sobre la obra de Sarmiento (y el texto de Terán sería una excepción al marcar esa interpenetración); en la lectura habitual civilización y barbarie aparecen opuestas de modo excluyente.[8] Y

6 El Sarmiento más radical no concibe síntesis sino exclusión; al respecto son ilustrativos párrafos de su correspondencia con Mitre durante la Guerra del Paraguay: "Estamos por dudar de que exista el Paraguay. Descendientes de razas guaraníes, indios salvajes y esclavos que obran por instinto a falta de razón. En ellos se perpetúa la barbarie primitiva y colonial. Son unos perros ignorantes de los cuales ya han muerto ciento cincuenta mil. Su avance, capitaneados por descendientes degenerados de españoles, traería la detención de todo progreso y un retroceso a la barbarie […]. Al frenético, idiota, bruto y feroz borracho Solano López lo acompañan miles de animales que le obedecen y mueren de miedo. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana: raza perdida de cuyo contagio hay que librarse" (*Carta a Mitre*, año 1872).

7 Piglia cuenta (*Clarín*, 21-7-2010) que cuando el general Paz fue boleado y capturado por las montoneras de Estanislao López, está esperando que vayan a liquidarlo y en lugar de eso le alcanzan los *Comentarios a la guerra de las Galias* de Julio César, para que lo traduzca. La fuerza de la matriz antinómica nos hace ver algo muy diferente en su índole, de las líneas de oposición en que las matrices se suponen unas a otras. El grafiti de Sarmiento (*¡Bárbaros! las ideas no se matan*) podría ser un ejemplo complementario, aunque escrito en francés.

8 De Claudia Venturelli (1999), el texto "Chacho-Sarmiento" es una lectura en clave schmittiana de los dos ensayos de Sarmiento (*Facundo* y *Vida del Chacho*), y una interpretación que se juega netamente por la existencia de dos proyectos de nación y la búsqueda del polo civilizador de la eliminación del otro. Ambos textos asumen la forma de la guerra, justifican los crímenes de guerra llevados adelante por la civilización que él personifica, una civilización transformada en barbarie, que para

creo que este sesgo se reitera en muchas lecturas argentinas sobre los procesos sociales. En *Radiografía de la pampa*, por ejemplo, Ezequiel Martínez Estrada (2001) presenta una separación radical entre el campo y la ciudad, opuestos irreconciliables que arrastrarían al país a un extravío sin remedio. Y las oposiciones entre modernidad y atraso, entre desarrollo y subdesarrollo, o entre primer y tercer mundo, más que expresar "una cultura de fricción", como quiere ver Terán, son objeto de otras tantas lecturas en términos de polarización de irreconciliables que tienden a destruirse mutuamente.[9] Esto por no hablar de los patrones de sentido común con que la historia, la política y los valores han sido pensados y sentidos –mediante antinomias de contradictorios irreconciliables, mediante una dicotomización del campo cultural y político–.

Creo que en trazos gruesos se trata de lo siguiente: las lecturas sobre Brasil nos presentan la imagen de un país cuyos antagonismos –sociales, regionales, culturales, políticos– persisten en equilibrio: no hay síntesis, y cada uno de los polos perdura a lo largo del tiempo, en tensión pero también articulado con el todo (lo que a su vez se relaciona con el carácter asociativo en la interpretación de lo político, la multipolaridad y con las capacidades de absorción del Estado brasileño, que no desincorporó –en contrapartida, mantuvo históricamente excluidos–). Ese equilibrio de los antagonismos conduce a que no lleguen a un conflicto abierto, son atemperados, los polos de cada oposición conviven en tensión. Entre tanto, las lecturas sobre la

---

imponerse necesita construir al enemigo interno. La autora hace una selección de citas que le dan forma a un Sarmiento eliminacionista. "La montonera ha muerto ante su mortal enemigo, la razón ilustrada por el conocimiento de sus calidades y de sus defectos, y la caballería de línea [...]. La palabra *outlow*, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento".

9 Jorge Huertas, dramaturgo argentino (*Clarín*, 14-8-2010), se refiere a su obra *El panteón de la patria*, en la que hace encontrar a Sarmiento con el general Paz: "—¿Por qué eligió a dos 'salvajes unitarios' como personajes? —Primero era solo Paz. Pero después me cayó el *Facundo* y me vino la imaginación. Son dos unitarios furibundos, el encuentro entre ellos es fantasmal y nocturno, no coinciden las fechas, pero era la ocasión para hacer, modestísimamente, pensamiento argentino en teatro. *Y decir que el dilema que atraviesa la cultura argentina de civilización o barbarie es una mentira y encima anacrónica*. Es que amo al país, es como haber abrazado un destino". Lo llamativo es que está dando cuenta de la vigencia del dilema como tal, para denunciarlo, lo está restableciendo, trayéndolo al presente desde donde habla. Es un dilema del siglo XIX (y como tal ciertamente no era una mentira), y es significativo que un dramaturgo de hoy entienda que es imperioso arremeter contra un dilema del siglo XIX. Pero, si entiende eso, no está loco, es porque "bajo otras formas" el dilema está presente, por ejemplo, en la oposición entre democracia y republicanismo. Lo importante es la forma que cobra la oposición, si la de una antinomia, o la de un antagonismo en tensión.

Argentina la presentan como un país en el que los antagonismos, si bien tampoco tienen una síntesis, muestran una tendencia a la eliminación de un polo por el otro (por lo tanto, no se trataría de un proceso dialéctico) Entre otros ejemplos, podemos evocar aquí la década peronista, la Revolución Libertadora, el período 1973-1975, la dictadura militar),[10] y los actores colectivos que tienden a devorarse mutuamente,[11] incurriendo en un comportamiento de *hybris*, en un juego tanto o más virulento por el hecho de que, a diferencia de Brasil, prácticamente no hay excluidos de antemano.[12]

10 Grimson (2007): "En la medida en que el dispositivo de producción de identidad del propio Estado articulaba su doctrina con la nación, uno de sus éxitos consistió justamente en que cualquier imaginación diferente de la Argentina partiera de la premisa de la 'liquidación' de sus adversarios. La fabricación de dicotomías polares, de identificaciones políticas contrapuestas, se remonta al siglo XIX. Los mismos 'padres fundadores' habían elaborado sus proyectos de nación en base a la contraposición de civilización y barbarie; desde poco después de la Independencia hasta mediados del siglo XIX el país vivió una guerra civil entre unitarios y federales; hasta la actualidad un parámetro taxonómico básico entre los argentinos divide a los de la capital y los del interior. Esta fue la estructura dicotómica histórica sobre la que se constituyó el gran eje de la segunda mitad del siglo XX. El peronismo y el antiperonismo actualizaron y resignificaron las dicotomías históricas del país". Se puede agregar que no fue solamente la producción de identidad del propio Estado la responsable: también actores políticos y grupos sociales incurrieron en la elaboración de esos relatos.

11 "La *hybris* nos persigue desde la Mazorca de Rosas y la Conquista del Desierto. Pero en la Argentina moderna está asociada fundamentalmente a los militares y al peronismo. Vertientes que, no por acaso, convergen en la figura histórica del general Perón. Fueron militares los que dieron los golpes de 1930 y de 1943, inaugurando una *hybris* de violencia estatal con consecuencias trágicas, pocas veces vista en el continente, que tendría su apoteosis en miles de desaparecidos, fruto de la represión a la guerrilla en los '70, y en el delirio no menos trágico de la guerra de las Malvinas [...]. Por medio de las acciones mancomunadas de la institución militar y del movimiento peronista, los argentinos fueron literalmente cocinados a fuego lento en un destino histórico repleto de desgracias. A esa caldera son muchos los que contribuyeron" (Leis y Viola, 2003).

12 Terán (2007): "Sarmiento [...]construyó una serie de temas que ingresaron de manera contundente en el imaginario nacional hasta el presente. A tal punto que incluso muchos de quienes lo rechazaron con violencia no tuvieron más remedio que invertir sus valoraciones (esto es, poner la barbarie por sobre la civilización), con lo cual, sin advertirlo, no hicieron más que aceptar los términos mismos de la problemática planteada por el sanjuanino" (se está asumiendo que el antagonismo se mantuvo, aun en términos invertidos, a lo largo del tiempo, o sea, que se trata de una pauta de exclusión que perduró). El general Paz en sus memorias: "[...] la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; la gente del campo se oponía a la de las ciudades; la plebe se quería sobreponer a la gente principal; las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aun monárquicas" (citado en Terán, 2007).

¿Cómo puede leerse en este marco la oposición en el Brasil de Lula y la Argentina de los Kirchner? Parece claro que el planteamiento del adversario en los Kirchner es mucho más tajante (su opción es A "o" B, mientras que en Lula es A "y/o" B).[13] Hay en los Kirchner una actitud tendencial de reedición de esquemas dicotómicos y de deslegitimación del adversario.

En términos de actores, denuestan más o menos a los mismos (Organización Internacional de Créditos, medios, etc.), y en cuanto al tiempo, está claro que en Lula los noventa son el tiempo antagónico por excelencia, al igual que en K, aunque este último pone en el proceso otro tiempo adversativo. Respecto de los valores repudiados, la distancia en la representación líder-pueblo es claramente un punto en común, al igual que todo aquello que supone el "proyecto neoliberal" (en las diversas connotaciones que uno y otro le dan). La diferencia es que los K clasifican de neoliberales a todos sus adversarios.

En síntesis, en Lula pareciera *a priori* no haber una línea divisoria tan profunda e irreversible entre "*nosotros*" como sí hay en Kirchner; el tema es que Lula prefiere señalar quiénes quedan dentro del "*nosotros*" mientras que Kirchner prefiere señalar quién queda afuera en el "*otros*", o si se quiere, hay una construcción más positiva y por afirmación de la identidad en Lula, frente a una estrategia más negativa y por diferenciación en el caso de Kirchner.[14]

Y esto lleva a establecer una distinción complementaria en torno a las interpretaciones globales de las respectivas sociedades o países: creo que de una comparación de los relatos sobre Brasil y sobre Argentina propios de cada país, surge que los primeros presentan una imagen unificada (aunque sea precariamente), no homogénea, pero sí una imagen en que los elementos están armonizados unos con otros –en la imagen del equilibrio de antagonismos, la palabra *equilibrio* es tanto o más fuerte que la palabra *antagonismos*–.[15] Hay una unidad dominante, y no una fragmentación irreparable

13 Agradezco a Juan Lucca por la conversación sobre este punto.

14 Una diferencia muy importante, porque la segunda forma es mucho más adversativa, ya que el procedimiento por excelencia de constituir adversarios es precisamente por oposición y trazado de una línea divisoria, que no es lo mismo que si por la positiva establezco cuál es mi campo y la línea es implícita.

15 "A partir del vaciamiento progresivo y de la ornamentación decorativa del Imperio de los Habsburgo, proceso en el cual ella misma colaboraba, la Modernidad Vienense desarrolló la conciencia de que toda unidad está hecha, en el fondo, de una multiplicidad de elementos heterogéneos que se oponen unos a los otros en una contradicción irreconciliable. Así, la heterogeneidad centrífuga del Imperio fue espejada en una visión del mundo que sometía los fundamentos de la tradición del pensamiento europeo (sustancia y sujeto) a una crítica radical, ejerciendo una ruptura con todos los lazos tradicionales" (Wolfgang Bader).

(Freyre: "La sociedad brasileña, igualmente equilibrada en sus comienzos y todavía hoy sobre antagonismos").[16] Mientras que en el caso argentino hay fragmentación, y la unidad, "artificial", se constituye en base a la exclusión.[17] Los propios relatos unifican o fragmentan sus componentes. Los relatos argentinos, si esto es cierto, están atravesados por una cisura radical que los relatos brasileños no conocen (es el caso del revisionismo histórico).

16 António Cándido (prólogo a *Raízes do Brasil*): "La visión de un determinado aspecto de la realidad histórica es obtenida, en el sentido fuerte del término, por el enfoque simultáneo de los dos [conceptos polares]; uno suscita el otro, ambos se interpenetran y el resultado posee un gran fuerza de esclarecimiento".

17 ¿Cómo Buenos Aires fue domesticada por el déspota? [Rosas]: "Podría suponerse que nuestro autor está describiendo una suerte de dialéctica involutiva, en la cual no se produce un resultado superador que incluya los mejores elementos de las dos fuerzas en conflicto. Ya que parece concluir que en dicha antítesis la barbarie termina arrasando la civilización" (Terán, 2007). Para la misma época en que era redactado el poema *Confederação dos Tamoios* (1856), cuyo protagonista es un indio idealizado, enteramente desprovisto de encarnadura real, por el romántico Domingos José Gonçãlves de Magalhães una epopeya nacional por excelencia, símbolo y marco de la autonomía política y estética del país entonces recién liberado del dominio portugués. Para crear una nueva identidad nacional, buscaban sus bases en el nativismo del período literario anterior, en el elogio a la tierra y al hombre primitivo. Inspirados en Montaigne y Rousseau idealizaban a los indios como buenos salvajes, cuyos valores heroicos tomaban como modelo de la formación del pueblo brasileño. "Todo por Brasil y para Brasil". Todavía en el mismo año, en Brasil –momento histórico en que ocurre el Romanticismo, catorce años después de su Independencia– ese movimiento es visible por la valorización del nacionalismo y de la libertad, sentimientos que se ajustaban al espíritu de un país que acababa de tornarse una nación rompiendo con el dominio colonial (Mantovani). Sarmiento, otro romántico, no vacilaba en superponer los límites de la civilización con los de las naciones en formación, dando vuelta la antítesis de modo tal que la civilización arrasase a la barbarie: "¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa calaña no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso. Su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado" (*El Progreso*, 27-9-1844). Pero también sobre el componente mestizo de la población pende la espada civilizatoria: "Tengo odio a la barbarie popular [...]. La chusma y el pueblo gaucho nos es hostil [...]. Mientras haya un chiripá no habrá ciudadanos, ¿son acaso las masas la única fuente de poder y legitimidad? El poncho, el chiripá y el rancho son de origen salvaje y forman una división entre la ciudad culta y el pueblo, haciendo que los cristianos se degraden [...]. Usted tendrá la gloria de establecer en toda la República el poder de la clase culta aniquilando el levantamiento de las masas" (*Carta a Bartolomé Mitre*, del 24-9-1861). Nótese que la pregunta que se formula Sarmiento ("¿Lograremos exterminar a los indios?" tiene prácticamente el mismo sentido que las palabras que Joseph Conrad coloca asertivamente en boca del protagonista de *El corazón de las tinieblas*.

En la Argentina, un relato típico, la oposición entre el país real y el país formal, constituye un buen ejemplo. El país formal no sería solamente el de las formalidades, sino el de las irrealidades, las formas ilusorias, el de las apariencias. Habitualmente las instituciones políticas (v.gr., el Estado de Derecho liberal) presentarían esta condición de formalidad/irrealidad. En algunas lecturas, como la de Martínez Estrada, la Argentina toda adolece de irrealidad, la irrealidad sería aquí una condición del país, pero en la oposición entre lo real y el espejismo habría un vencedor inapelable:

> El que lucha parece que triunfa... y sin embargo... se ve que está sirviendo de pasto humano a las fuerzas ocultas. Del error con que se juzga esa ficticia carencia de forma de todo aquello que no tiene la forma del hombre, la naturaleza aparece traicionera, con impalpables redes tendidas. El hijo del país ya sabe que es muy arriesgado forzarla; por eso se conforma con su rancho o con su empleo nacional. Mientras tanto, la reverberación de la llanura sigue produciendo espejismos de mares de plata en los ojos que llegan quemados por la aridez de las campiñas europeas [...]. Ideas y sentimientos de gozo le invaden [al inmigrante] en la melancólica visión de la soledad [...]. Pero esa aparente falta de forma y de estructura y de fuerza de la campaña, del pueblo y del habitante, que rige desde los sistemas de cultivo hasta la manera de mirar, es una placenta inconmensurable de lo informe, los gérmenes que se depositan en ella son gestados y desarrollados con arreglo a ella; hay que vivir muchos años y poder salir luego y mirar a lo lejos para comprender que la carne y el alma han sido plasmadas en esa matriz de lo informe.

A lo largo de sucesivos desdoblamientos, el relato que opone el país real con el país formal sigue en pie; el país ficticio es el que está a la vista, y el real es el que precisa ser develado (pero no tiene por destino más que una derrota inapelable). Como dice Fernando *Chino* Navarro (diputado provincial bonaerense del Frente para la Victoria) en un programa de televisión: "Hay dos Argentinas; una, la que te taladran los medios; otra, que tiene dificultades pero vive, trabaja, es la Argentina real". La reproducción infinita del tópico tal vez desconozca sus orígenes. Queda cristalizado en la década del treinta, como el de las dos Argentinas que están destinadas a no comprenderse. La Argentina invisible de Mallea, y la visible; el revisionismo histórico trabajando sobre la noción de que hay una historia oficial que es una gigantesca mentira y una verdadera que ha sido ocultada y que hay que recuperar. Como expresó Oscar Terán en una entrevista (2002): "Argentina contiene una civilización de superficie que esconde una barbarie profunda".

De modo bastante parecido, la oposición entre democracia formal y democracia real expresa también antagonismos irreconciliables: la democracia formal es visible (como lo es el país formal, son las instituciones representativas) pero lo que es visible es un simulacro de democracia. La realización de la democracia real estriba no en la liquidación de los aspectos formales de la democracia, pero sí en la absorción de los mismos por la democracia real;[18] no se trata de una síntesis sino, paradójicamente, de convertir las dimensiones formales en una mera formalidad.

El modo peculiar en que son leídos en Brasil los antagonismos, y su contraste con la Argentina, me llevan a focalizar algo más en las respectivas percepciones del conflicto. En este caso puede establecerse una distinción entre igualitarismo y conflicto en el caso argentino, y jerarquía y armonía en el caso brasileño.[19] En este último, ¿la armonía como ilusión? ¿La ilusión de la élite que mantiene la jerarquía? Más bien la armonía como uno de los componentes de autorrepresentación, de los mitos eficientes. ¿En qué se funda ese elemento mítico? Entre otras cosas, en la relativa facilidad de legitimación histórica del Estado brasileño, en los escasos recuerdos colectivos de los separatismos, etc. Pero, sobre todo, se funda en los diversos tipos de cooptación que suavizaron los conflictos (comenzando por los procesos de cooptación de las élites locales, en general menos violentas). Y Decca (2002) proporciona una razón complementaria (aunque lo haga implícitamente); dice: "La identidad brasileña formada por el concurso armonioso y parsimonioso de las tres razas" como mito. ¿Éxito del mito de la "democracia racial": la élite blanca y rica consiguió construir la

18 Son gobiernos elegidos democráticamente, pero con escasas intenciones republicanas. Aquel peronismo que pareció cambiar en 1983 va recuperando, a pasos agigantados, su impronta inicial antirrepublicana. Las prácticas están hoy a la vista. En cuanto al discurso, es hoy común que sus defensores reiteren el viejo tópico que contrapone la democracia real con la formal; que los gobernantes critiquen a quienes, al reclamar por las normas, "ponen palos en la rueda"; que interpreten una mayoría electoral como una delegación total del poder en el jefe (Luis Alberto Romero, *La Nación*, 29-12-2011).

19 Ortiz (1985): "La idea de armonía [¿no es más preciso antagonismos en equilibrio?] preside todo el pensamiento de Gilberto Freyre y no se resume a la cuestión racial, análisis de relaciones entre portugueses y árabes, ciudad y campo, industria y plantación [...] equilibrio democrático que se instaló en Brasil debido a la diferenciación de poderes, sistema monárquico y sistema de plantación: 'el resultado es que se creó en Brasil, con esa rivalidad entre fuerzas que casi se equiparaban (la monarquía y las haciendas) en autoridad, un clima democrático más saludable del de las repúblicas españolas, en las cuales, bajo el nombre de presidentes, caudillos pudieron ejercer durante años y años el mando absoluto' (*Interpretação do Brasil*)". Democracia significa en este contexto heterogeneidad y armonía.

identidad nacional brasileña en torno a este mito? Lo significativo es que esta idea, sobre todo cuando a partir de los años treinta del siglo XX la imagen de la *miscigenação* la potenció, fue tremendamente exitosa (como vimos más arriba) y cobró fuerza como un elemento de legitimación del Estado. En Gilberto Freyre la armonía es una imagen de Brasil con gran proyección posterior. Posiblemente una evidencia al respecto sea la interpretación dominante sobre la descripción de la sociedad patriarcal por Freyre como edénica (cuando en realidad el texto en rigor es mucho más ambiguo). La lectura que hace Stephan Zweig (2006), ya veremos, también tiene mucho de visualización de armonías.

Considérese esta pintura de Freyre (2007), de un linaje sin Estado:

> La casa-grande, completada por la *senzala*, representa todo un sistema económico, social, político, de producción (el monocultivo latifundista), de trabajo (la esclavitud), de transporte (el carro, la red, el caballo), de religión (el catolicismo de familia, con el capellán subordinado al *pater familias*, culto de los muertos, etc.), de vida sexual y de familia (el patriarcalismo polígamo), de higiene del cuerpo y de la casa, de política (el compadrazgo).

Es ciertamente una lectura que admite ver el mundo patriarcal como uno armónico, por mucho que las claves de la armonía sean aquí, es decir, en la lectura del antropólogo, los antagonismos en equilibrio.

La de DaMatta (1978) es ya una lectura sociológica que se interesa por las fuentes de esa debilidad del conflicto en Brasil:

> Una estructura social donde las clases sociales también se comunican por medio de un sistema de relaciones entrecortadas que termina por inhibir parcialmente los conflictos y al sistema de diferenciación social y económico fundado en la dimensión económica. A las relaciones de trabajo se suman un conjunto de lazos personales regidos por valores tales como la intimidad, la consideración, el favor, el respeto y apreciaciones éticas y estéticas [...] de ese modo es posible compensar y complementar diferenciaciones sociales radicales y conflictivas como la de patrón/empleado [...] permite el mantenimiento de un esqueleto jerárquico y complementario que convive con los ideales igualitarios y complica la percepción del modo de operar del sistema.

Desde luego los mecanismos de la armonía son más variados, comprendiendo tanto en las zonas rurales como en las urbanas prácticas de patri-

monialismo y mecanismos que le son propios: paternalismo, compadrazgo, coronelismo y autoritarismo, etc., existentes por supuesto en la Argentina bajo otras formas y nombres, pero con menor centralidad. El arbitrio del señor sobre los hombres libres de un Brasil esclavista (tal como es discutido por Roberto Schwarz [1998]), su capacidad para cooptar y cortar transversalmente los lazos sociales, contribuyeron a conferir esa imagen de armonía a la vida brasileña.

Mientras tanto, los relatos argentinos otorgan centralidad al conflicto, no a la armonía. Varios de los relatos más consagrados estipulan un eje de conflicto –pueblo/antipueblo, nación/antinación, interior/Buenos Aires, etc.–, en torno al cual se organizan los agentes sociales y con gran frecuencia sus formas de actuar y pensar lo colectivo. Pero más allá de la mayor o menor verosimilitud de estos relatos, parece indiscutible que la conflictividad es un rasgo saliente de la historia argentina a lo largo de sus diferentes etapas. La Guerra de la Independencia, la anarquía, las guerras civiles, abren una historia en la que si bien las élites son protagonistas centrales de los enfrentamientos, las masas populares están siempre presentes en los mismos. Mientras Brasil exhibía –como ya vimos– una fuerte continuidad de régimen, en la Argentina cada cambio del mismo era consecuencia de o inauguraba conflictos que podían ser prolongados y en los cuales con frecuencia eran activadas las masas. Por supuesto, no todas las etapas fueron igualmente conflictivas, y las últimas décadas del siglo XIX parecen haber desembocado en un cuadro estatal-constitucional más capaz de encuadrar a los actores sociales.

Sin embargo, esta perspectiva no se materializó. A mi entender, lo que hace la gran diferencia entre Argentina y Brasil en este punto es bastante obvio: la enorme distancia social de origen, brasileña, la escasa consistencia de los sectores sociales y el predominio del Estado y de su sello patrimonialista (analizado por Raymundo Faoro, 1998). Esa escasa consistencia de los sectores sociales no tiene que ver exclusivamente con la esclavitud; el dinamismo económico brasileño fue, hasta avanzado el siglo XX, notoriamente menor al argentino y esta diferencia tuvo su impacto. Brasil tuvo un mercado y un mercado de trabajo más débiles, en parte porque los sectores más dinámicos (azúcar, oro, café, etc.) reconocieron sucesivos ciclos y su desempeño estuvo asociado a la existencia de grandes bolsones de economía de subsistencia (Furtado, 2000).

En cambio, la vinculación entre la economía argentina y la economía internacional fue más continua y exitosa en el siglo XIX y hasta avanzado el XX. La fuerza del mercado de trabajo argentino, por ende, ayuda a entender que los sectores sociales tuvieran una consistencia mayor y que la

conflictividad social gravitara en mayor medida. Esto explica también que más que el brasileño, el Estado liberal argentino debió empeñarse en un comportamiento represor, escribiendo así un capítulo de la larga historia del conflicto sociopolítico. Y la fuerza de las relaciones clientelares (en sentido amplio) brasileñas explica la menor presencia de solidaridades horizontales y el menor desarrollo de la vida asociativa. De cualquier modo, la identidad brasileña tiene a la armonía por uno de sus componentes, mientras que en la identidad argentina están presentes elementos de conflicto que, si bien no puede decirse que la integren de un modo abierto (mal podría ser así en la relación entre conflicto e identidad), se vinculan a ella tensionándola (comprensión del proceso histórico, memorias colectivas, símbolos, mitos, etcétera).

De allí que por lo general las metáforas expresivas de la sociedad argentina recojan la noción de conflicto como algo idiosincráticamente destructivo. No podemos librarnos de él, pero entre nosotros es letal. Oscar Terán (entrevista, 2002) retoma el concepto de pluralismo negativo:

> La configuración de una sociedad atravesada por un conjunto de voces diferenciadas. Esas voces diferenciadas, en lugar de contribuir a la construcción de un diálogo público, que puede ser polémico pero que tiene algún punto común, hacen que predomine una diferencia negativa. Cada una de nuestras voces son distintas y, para decirlo rápido, tiene capacidad de veto sobre las otras, pero no tiene capacidad hegemónica. Con esto se produce lo que en otros terrenos se ha llamado un empate involutivo, una traba, una dificultad para seguir procesando las crisis, los conflictos o simplemente la vida de la sociedad.

Para el caso brasileño, los rasgos que definen una sociedad en la que los lazos horizontales son constitutivamente débiles, y que esbozan un modo de relatar Brasil, una vez más, aparecen analizados por DaMatta, lo que reúne mayor interés porque este antropólogo se refiere también al siglo XX:

> Es, pues, mucho más fácil la identificación con el superior que con el igual, generalmente cercado por los miedos de la envidia y de la competición, lo que, entre nosotros, dificulta la formación de éticas horizontales.

Y en nota:

> Pienso inicialmente en las dimensiones históricas de tal sistema, ciertamente fundadas en los orígenes ibéricos de nuestra sociedad [...].

> Seguidamente, reflexiono sobre el sistema de relaciones raciales [...]. Lo que hacemos, me parece, es impedir a todo costo la individualización que conduciría fatalmente a la confrontación directa, inapelable, impersonal, binaria y dicotómica entre blancos y negros, inferiores y superiores, dominantes y dominados, etc. Tal modo de relacionar categorías antagónicas es viejo entre nosotros, ha sido visible en la época de la esclavitud (donde raza y poder eran categorialmente idénticos) por medio de las cofradías y las hermandades religiosas [...] crearon un campo social donde la individualización totalizante del sistema era sistemáticamente costureada y entrecortada.

La cuestión del modo de relacionar categorías antagónicas guarda relación por cierto con el equilibrio de antagonismos de Gilberto Freyre. Pero sigue Freyre: "En Brasil, vivimos ciertamente más la ideología de las corporaciones de oficio y hermandades religiosas, con su ética de identidad y lealtad verticales, que las éticas que llegaron con el advenimiento del capitalismo al mundo occidental y a nuestra sociedad".

País del futuro, país del pasado

En agosto de 1936 Stefan Zweig, ensayista y novelista tan prolífico como talentoso y popular, llega por primera vez a Brasil. Está de gira por América del Sur, y ya extremadamente agobiado por la tormenta que se cierne sobre Europa y tal vez el mundo entero. El periplo lo hace conocer Río de Janeiro, ciudad de la que se enamora a primera vista. Al estallar la guerra se traslada a París para no volver más a Viena. Tras idas y venidas entre Europa y América del Sur, ya instalado en Río de Janeiro, en 1941 publica *Brasil, um país do futuro*, un pequeño ensayo que fue reeditado varias veces (aunque su traducción al español tuvo ediciones más numerosas aun en Buenos Aires, pero ello se debió a la popularidad de Zweig en la Argentina, no al tema del libro). Los años parecen haber cubierto el ensayo de Zweig de una pátina de ingenuidad, pero detrás de ella se esconden algunas intuiciones extremadamente sagaces. Durante mucho tiempo la *obrinha* no pasó de ser considerada, desdeñosamente, como una gran metáfora del *jeito brasileiro de fracassar* (o sea como lo contrario a aquello que se propuso Zweig expresar), "promesa perpetua, futuro que nunca viene, estúpido disfrutar de la esperanza como negación de la dolorosa realidad", serían los lugares comunes propios de ese *jeito*. El valor del ensayo del vienés puede percibirse mejor en el marco de su bellísima autobiografía, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, redactada poco después de *Brasil*…, y por lo tanto poco antes de su suicidio, junto con Lotte, su mujer, en Petrópolis. Leyendo esas estremecedoras memorias, se puede comprender claramente cómo el equilibrio emocional de Zweig se fue desmoronando a medida en que el encantado mundo europeo de entre-siglos se despedazaba en los cinco lustros que transcurren entre 1914 y 1939, víctima de los monstruos engendrados por los sueños de la razón de los propios europeos, el nacionalismo, la lucha de clases y el racismo. Cuando Zweig –atormentado ya por lo que juzga como un inevitable

derrumbe de su mundo y tentado, por lo tanto, como suele acontecer en estos casos, a dejar llevar su mente y su corazón hacia un pasado que no puede entonces sino ser mitificado– llega por primera vez a Brasil, descubre, deslumbrado, un edén que puede emplazar en el futuro porque, según lo que ve, se está realizando rápidamente, tanto es así que se pueden apreciar sus gratos rasgos en su presente.

Pero ¿por qué el Brasil de 1936, el Brasil que todavía no había dejado atrás las úlceras de la *República Velha* y estaba a las puertas del *Estado Novo*, puede ser visto (en un espejismo, para muchos lectores) como un país de los sueños, no de las pesadillas, del futuro? Porque el Brasil que Zweig cree ver es, justamente, una sociedad libre de los monstruos de los que él procuró inútilmente huir (creo que su suicidio no se explica porque la sociedad brasileña haya desilusionado a Zweig, sino por aquello que acontece con tantos perseguidos que no pueden soportar vivos la muerte de sus propios mundos sociales, culturales y hasta familiares). En efecto, Zweig no percibe nacionalismo en Brasil, sino un orgullo nacional pacífico, acompañado de autoconfianza, nada xenófobo ni agresivo. Un país satisfecho con sus fronteras, y libre de redentorismo territorialista. Tampoco la lucha de clases forma parte del panorama social brasileño que ve Zweig. Brasil es una sociedad de contrastes, pero esos contrastes parecen estar presididos por cierto espíritu de armonía, por una bonhomía natural, una predisposición para la integración y no para la contraposición social. Por fin, en lo que respecta a la peor de las pesadillas que atormentaban a Zweig, el racismo, no le faltan motivaciones subjetivas para encontrar a Brasil decididamente paradisíaco. Ve en Brasil una sociedad multirracial, sin odios recíprocos ni discriminaciones de raza o color. Nótese que la lectura que hace Zweig podría haber estado condicionada por acontecimientos nada nimios, que lo habrían llevado hacia conclusiones muy distintas: la intentona comunista de 1935, el integralismo (fascista) de Plínio Salgado y el nacionalismo que se perfila con el ascenso de Getúlio Vargas en el firmamento de la política brasileña se prestaban bien para la pintura de un cuadro muy diferente sobre la lucha de clases, el racismo y el nacionalismo en el país. No obstante, colocado en perspectiva histórica, mirando desde nuestros días el fresco de Zweig, creo que su valor se realza y dudo de la vigencia que podría tener hoy la que podría haber sido una interpretación alternativa.

Porque, ¿qué tiene en común este ensayo de 1936 con el Brasil de hoy? Creo que el Brasil de hoy es aquel vislumbrado por Zweig mucho más de lo que parece a primera vista (incluso a los propios brasileños). Algunas comparaciones nos pueden ayudar a discutir el punto; por de pronto, el nacionalismo brasileño parece ser menos tóxico que su hermano argenti-

no.[1] El nacionalismo argentino es atormentado, sombrío, es una flor cultivada en el fértil terreno de una vivencia decadentista, y lleva una gota amarga de resentimiento. Es un nacionalismo que puede, para echar mano de un ejemplo reciente, dar licencia para la reacción crispada (del gobierno y de una parte de la sociedad argentina) ante Uruguay en el disenso sobre las "papeleras" en Fray Bentos (reacción que contrasta agudamente con aquella del gobierno brasileño en la disensión con Bolivia sobre Petrobras –aunque no faltaron intelectuales que flamearan la bandera de la dignidad nacional, no tuvieron, menos mal, la repercusión ni social ni oficial que esperaban–. Es evidente que los ejercicios de recuperación de la autoestima en los cuales sucesivos presidentes creen necesario ingresar –o incurrir, no es momento de discutir esto, sino de observar que Fernando Henrique Cardoso y Lula han presentado una perfecta continuidad en este punto– conllevan una cierta exaltación nacionalista, pero eso tiene un tanto de festivo y, sobre todo, no presentan la típica indignación argentina contra el mundo ("¡Caramba! –se pregunta Lula– ¿cómo es que nosotros los brasileños podemos tener de Brasil una visión mucho más negativa que la que tienen afuera?").

¿Y la lucha de clases? Como ya vimos, la perspectiva comparada muestra que la conflictividad social ha sido, a lo largo del siglo XX, mucho menor en Brasil. Pese a la existencia del *Partido dos Trabalhadores*, el componente de lucha social entre clases tiene una relevancia explicativa mayor en la historia argentina Me parece claro que el imaginario social brasileño, más jerárquico y menos plebeyo que el argentino, continúa siendo de integración más que de contraposición.

Y en lo que se refiere al racismo, creo que la comparación con una sociedad como la norteamericana, semejante en más de un sentido a la brasileña, es provechosa. Porque la pluralidad brasileña coexiste, por cierto, con el preconcepto, pero en ambos planos la diferencia con Estados Unidos es marcada: allí, donde la "regla de una gota" imperó y aún impera culturalmente, los derechos republicanos coexistieron (muy mal, dígase al pasar, en varios estados de la Unión) con un denso racismo cultural y un nítido apartamiento de las "razas".

1 ¿Por qué el nacionalismo brasileño es "blando"? La explicación estándar es que apenas si hubo luchas y mucho menos guerras durante la Independencia y que los brasileños no precisaron elaborar una diferenciación porque la tenían gracias al lenguaje. Puede que haya algo de esto, pero muy poco; creo que la explicación fundamental descansa en la existencia del régimen imperial unificador, así como en la ausencia de una guerrra de independencia anticolonial y de pendencias territorialistas.

Hechas las cuentas, se justifica plenamente la reciente exhumación del ensayo de Zweig (2006), tanto en Brasil como en Argentina. En gran medida, el Brasil que él imaginó es el Brasil de hoy. El hecho de que haya pasado tan desapercibido que el vienés acertara en 1941, es expresivo de los problemas que tiene la sociedad brasileña –como toda sociedad contemporánea dinámica– para conocerse a sí misma. Pero ¿cómo se representan los brasileños estas y otras cuestiones de su propia sociedad? Quiero resaltar un rasgo: la fuerte ambigüedad que connota cada tema. Lejos de imágenes preponderantes, o de fuertes contrastes, lo que encontramos son claroscuros de imágenes no del todo definidas. Es el caso de la cuestión racial. La autorrepresentación de Brasil como paraíso de la *miscigenação*, donde el cruzamiento interracial coexiste con la diversidad étnica sin ingredientes de racismo, es, no caben dudas, un mito potente. Tanto es así que aquellos que, con muy buenas razones, comenzaron a poner sitio a esa ciudadela magnífica, debieron encontrar trayectos oblicuos de ataque. Es el caso, como ya vimos, de Florestan Fernandes (2007), quien a mediados de los sesenta se refiere al ya mencionado "preconcepto de no tener preconcepto", como expresando una ambigüedad profunda entre la dimensión axiológica y las prácticas cotidianas:

> Lo que hay de más evidente en las actitudes de los brasileños delante del "preconcepto de color" es la tendencia a considerarlo algo ultrajante (para quien lo sufre) y degradante (para quien lo practique). [...]. Todo pasa como si el "blanco" asumiese mayor conciencia parcial de su responsabilidad en la degradación del "negro" y del "mulato" como persona, pero, al mismo tiempo, encontrase serias dificultades en vencerse a sí mismo y no recibiese ningún incentivo bastante fuerte para obligarse a convertir en realidad el ideal de fraternidad.

Los brasileños aparecen así como no siendo racistas pero tampoco liberados del preconcepto racial.[2] Tanto es así que los más enfáticos argumentadores sobre las desigualdades brasileñas, y proponentes a su vez de políticas enderezadas a superarlas, sostienen que las políticas de discriminación "racial" positiva confunden las cosas y comprometen la efectividad de las políticas contra la desigualdad. Tales políticas no serían

2 En Brasil existe sin duda preconcepto racial, y es brutal. Pero, por otro lado, el nuevo autorreconocimiento, aunque necesario, puede estar desaguando en una agudización de las diferencias identitarias con orientaciones comunitaristas y rasgos paradójicamente racistas. Véanse si no los peligros de la política de *cotas*.

justas ni efectivas, por un lado, y no serían nada eficaces para combatir el preconcepto, por otro.

Pero quizá nada revele mejor las vigorosas ambigüedades de las percepciones de Brasil sobre sí mismo, que el diálogo (virtual, por supuesto) entre el eminente antropólogo Gilberto Freyre y el sociólogo y estadista Fernando Henrique Cardoso. En efecto, en el prólogo de la más reciente edición de *CS&S*, Cardoso critica benevolentemente la obra de Freyre, marcando, entre sus aspectos vulnerables,

> [...] sus confusiones entre raza y cultura, su eclecticismo metodológico, el casi embuste del mito de la democracia racial, la ausencia de conflictos entre las clases o incluso la "ideología de la cultura brasileña" basada en la plasticidad y en el hibridismo innato que habríamos heredado de los ibéricos.

No obstante, a la hora de dar un cierre a su examen del legado de Freyre globalmente considerado, Cardoso (2007) recupera, relativizadas, las tesis más indicativas del pensamiento del antropólogo:

> De alguna manera Gilberto Freyre nos hace hacer las paces con lo que somos. Valorizó al negro. Llamó la atención hacia la región. Reinterpretó la raza por la cultura y hasta por el medio físico. *Mostró, con más fuerza que todos, que el mestizaje, el hibridismo, e inclusive (mistificación aparte) la plasticidad cultural de la convivencia entre contrarios, no son apenas una característica, sino una ventaja de Brasil.*

En contraste, la Argentina parece un país cargado de enfrentamientos y en el que estos enfrentamientos remiten siempre a un pasado a su vez conflictivo. En parte por eso y en parte porque sucesivas Argentinas pasadas constituyen las piedras de toque de tantos otros presentes, es que la Argentina parece merecer haber sido sentenciada como *país del pasado* (de allí que el cliché en un plano individual sea la nostalgia). Por un lado, la calificación expresa una gran frustración; la Argentina, "un país que no pudo ser lo que debía ser", es un comentario nada raro entre extranjeros visitantes, que hacen patente de este modo una impresión, una forma algo conmovida de reaccionar ante un contraste –después de todo, André Malraux observó que Buenos Aires era la capital de un imperio que jamás fue–. Por otro lado, ese quiebre entre el pasado y el presente establece una peculiar temporalidad, y da lugar a contrastes sobre las temporalidades argentina y brasileña. Un gran sociólogo brasileño, fundador del *Partido dos Trabalhadores*, aun-

que cerrara su paso por la política como ministro de cultura de Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort, en un contrapunto que en su momento hizo época, decía que a los argentinos nos gusta vivir en el pasado, mientras que a los brasileños les gusta vivir en el futuro. Creo que esto permite reflexionar sobre algunas relaciones interesantes, por caso, aquella que brasileños y argentinos establecemos con el pasado y la memoria.[3]

Para Renato Ortiz, "El Estado manipula la categoría de memoria nacional en el interior de un cuadro de racionalización de la sociedad. Esta memoria le posibilita, por un lado, establecer un puente entre el presente y el pasado, lo que lo legitima en la historia de un Brasil sin rupturas y violencia" (algo semejante es observado por Celso Lafer, 2002). "Por otro lado –sigue Ortiz–, ella se impone como memoria colectiva, como mito unificador del Ser y la sociedad brasileña". Ahora, este tipo de operaciones es posible allí donde el pasado está operando apenas débilmente en y sobre el presente, y es relativamente fácil establecer una memoria colectiva. Allí donde, como en el caso argentino, hay un "exceso" de memoria, hay luchas por el pasado, no una memoria que se imponga. Por ejemplo, si hay un contraste claro es entre las memorias de la dictadura desde 1964 y la represión en Brasil comparadas con las de nuestras dictaduras y represiones.[4] Sin duda la parte principal de la explicación reside en diferencias "objetivas" (la dictadura y la represión argentinas fueron muchísimo más atroces), pero eso no puede explicarlo todo, porque otros episodios de nuestros respectivos pasados son conmemorados en claves semejantes, en sus diferencias, a aquellas con que se conmemoran estos.

En la Argentina hay una retórica "contra el olvido" que nos avisa y advierte constantemente que se quiere hacernos olvidar (sin aclarar por su-

3 "La reacción brasileña se pone en marcha dispuesta a cambiar de cara nuevamente, promete otra política económica, prepara otro Fernando, después de Collor y FHC, para decir que ahora la cosa va en serio, pero dudo que la próxima vez consiga engañar a tantos con tanta facilidad. O tal vez lo consiga. Nadie que apostó en la falta de memoria del pueblo brasileño se equivocó hasta hoy" (Luiz Fernando Veríssimo, 31-8-1999).

4 El trabajo de Oliveira Rufino (2007) estudia cómo las telenovelas indican formas distintas de relacionarse con la política. En el caso brasileño, varios hechos públicos en 1968 "[…] solo sirven de escenario para el drama personal de Marcia do Carmo […] el pasado es simple escenario, anecdótico […] las circunstancias políticas y sociales no impiden el éxito personal […] las condiciones políticas y sociales no son motivo para no ser exitoso". En el caso argentino (*Padre Coraje*) "[…] actores y actos que afectan accidental y tangencialmente a María do Carmo, son antagonistas del héroe y buscan destruirlo […] los militares no son simple telón de fondo […]. Las percepciones del pasado surgen, así, de forma diferente".

puesto quién querría hacernos olvidar), pero que es en sí misma la manifestación más patente de que nadie olvida nada, nadie quiere olvidar, y nadie olvidará (y esto no está mal en sí mismo; la cuestión es qué se recuerda, por qué y cómo, y qué se olvida, por qué y cómo, y cómo y para qué se usa el recuerdo –lo específico del caso argentino y, en niveles dramáticos, es la forma en que se usan los recuerdos en la confrontación política presente– con la subsiguiente manipulación de ellos). En cambio, en Brasil, la necesidad de luchar contra el olvido es más real, pero aun más real es la de lograr un conocimiento público satisfactorio sobre el pasado dictatorial; esto se puede ver hoy día, en las conmemoraciones del golpe de Estado, en términos generales la actividad conmemorativa no va más allá de un reducido mundo intelectual, la élite cultural, académica y universitaria, que insiste, y con razón, en que la sociedad desconoce aún profundamente aquel pasado.[5]

Por otra parte, es posible que muchas de las pasiones que nos dividían en el pasado a los argentinos ahora nos dividan menos (o lo hagan de formas menos letales); pero ciertamente la pasión con la que nos sumergimos en el pasado es un fenómeno muy presente (son parte importante de las discusiones de política, siendo que las discusiones de política son parte importante de las conversaciones entre familiares y amigos), y nada comparable sucede en Brasil. Hay en Brasil una especie de consenso difuso poco y nada cuestionado,[6] gracias al cual, por ejemplo, una fundación

5 La campaña por la amnistía en Brasil, organizada por los Comités locales creados en todo el país entre 1978 y 1979, resultó en la Ley de Amnistía (Ley Nº 6683 de 1979) que, aprobada por el régimen, no fue "amplia, general e irrestricta" para los exiliados y presos políticos, como reivindicaban los movimientos sociales y que, además de esto, su aprobación sedimentó en la cultura brasileña el entendimiento de que hubo una amnistía recíproca para torturadores y torturados, y, lo que es más perjudicial, que todo lo que ocurrió fue perdonado y debe ser olvidado (Lisbôa, 2009; Mezarobba, 2009).

6 Ese consenso difuso es percibido por los políticos o intelectuales argentinos más perspicaces. Dice, por ejemplo, Julio Bárbaro: "El peronismo es una idea de nación y, en la medida en que se realiza, se termina. Brasil no necesitó un peronismo porque son todos pro-Brasil. Pensemos en 1945, en una sociedad que no incorporaba ni inmigrantes ni cabecitas negras. Cuando Perón se abraza con Ricardo Balbín en los setenta y dice que 'para un argentino no hay nada mejor que otro argentino', se terminó la contradicción. Para Perón la idea de 'antinación' estaba superada, el movimiento nacional había vencido la idea de 'antinación'. Cuando De Narváez y Macri dicen que son peronistas, lo que están diciendo es que aceptan esa identidad nacional. No la cuestionan. No son la derecha de Alsogaray, no plantean matar a los cabecitas negras. El peronismo fue la alianza entre los obreros y los patrones, se basó en un núcleo productivo. Eso le permitió diferenciarse de la izquierda argentina, que

pública prestigiosísima y de gravitación enorme en el pensamiento económico brasileño se llama Fundação Getúlio Vargas, y dentro de ella funciona un centro de documentación sobre la historia del Estado brasileño, el Centro de Pesquisas y Documentación, de excelente nivel, que puede festejar sin vergüenza sus treinta años de vida... ya que fue creado durante la dictadura. Misterios de la política y la cultura, o quizás nada tengan de misterioso: en la Argentina tantas pasiones por el pasado no nos han impulsado todavía a desenvolver el cuidado de la documentación y el desarrollo de la historia oral que han sido capaces de lograr los brasileños. Y en Brasil el empleo del nombre del fundador del *Estado Novo* indica la fuerza de la capacidad, si no de olvidar, de despolitizar, ya que su nombre está desprovisto de cualquier significado partidista.

El exceso de memoria y la necesidad de inscribir las luchas políticas del presente en linajes pasados, y a su vez manipular esos linajes (algo muy diferente a apuntalar en tradiciones, personas, ideas de entidad histórica, las orientaciones políticas del presente), se hace patente en una iniciativa política oficial argentina como es la creación de un Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego, que plasma la más pura y simple identificación entre el Estado y una corriente histórica. Los considerandos del decreto presidencial de creación señalan que el Instituto "No se abocará en exclusividad a la figura del mártir de Navarro [se refiere a Manuel Dorrego] sino a la reivindicación de todas y todos aquellos que, como él, defendieron el ideario nacional y popular ante *el embate liberal y extranjerizante de quienes han sido, desde el principio de nuestra historia*, sus adversarios" (17-11-2011). Esta noción de adversarios perennes, cuya existencia se confunde con el nacimiento de la nación, y que remite a algunas líneas clásicas de conflicto que recorren las corrientes de interpretación histórica, de adversarios cuya recurrencia y eternidad me hacen evocar el *Duelo a garrotazos* de la serie de pinturas negras de Goya, hace del Instituto un epítome de la peculiar politización del pasado tan propia de los relatos argentinos.[7]

---

la hicieron los intelectuales, que no producen nada, salvo libros, y un grupo marginal que está basado en el resentimiento. Cuando yo entré al peronismo, el peronismo eran los metalúrgicos. Luego vinieron los metalmecánicos, y luego la industria plástica. Y hoy, ¿a quién eligen los peronistas porteños? ¡Eligen a los porteros, que no pueden ser vanguardia de nada!".

7 La lectura populista de la historia supone que hubo una edad dorada, del '45 al '55, y que los "malos" (básicamente, una coalición de los peores intereses externos e internos) lograron vencer en el '55; de ahí en adelante, ¿qué explica la decadencia argentina? Que a cada esfuerzo de los buenos, siga la acción destructiva de los malos. Siendo así, no hay que explicar mucho más (o sea, está proporcionada la clave

Vale la pena observar que el revisionismo convertido en institución del Estado es una fuerte peculiaridad en comparación no solamente con Brasil sino con otros países de la región. En la Argentina "disfrutamos" de una poderosa escuela histórica revisionista, que nos acompaña por lo menos desde los '30, y que se renueva constantemente para permanecer siempre bastante igual a sí misma en sus "esencias". En pocas palabras, esta escuela sostiene que hay una historia verdadera del país, olvidada por los argentinos, porque fue tapada deliberadamente por los historiadores "oficiales", al servicio de las élites dominantes (liberales de derecha, centro o izquierda, pero siempre liberales), y que hay que revelar esa historia, por tanto, desde fuera del saber académico institucionalizado. Esa verdadera historia demuestra no solamente que toda la historia académica es falsificada, sino que la Argentina vivió una "edad de oro" (el revisionismo de primera generación ubica esta edad en los tiempos de Rosas, en el siglo XIX, pero eso ha ido variando), que se perdió en razón de la acción conjunta entre los poderes internacionales y las élites domésticas –liberales, es claro– a su servicio. Desde entonces la Argentina ha experimentado la decadencia, pero ese proceso se puede revertir a fuerza de voluntad y el primer paso es la toma de conciencia de los argentinos sobre su verdadera historia. El segundo paso es superar las divisiones internas, los partidos que nos dividen, los conflictos que son artificiales, y establecer el imperio de una voluntad unánime de restauración que sea la expresión de la nación, gracias a lo cual nos encaminaremos a nuestro "merecido destino de grandeza" (que si no se concreta, y aquí está la diferencia con el destino de grandeza brasileño, es porque hay agentes exteriores que lo han impedido).

Las versiones más ramplonas del revisionismo se emparentan con el nacionalismo paranoico en su obsesión por los "enemigos de adentro" y los "enemigos de afuera".[8] Y los enemigos de adentro son, tendencialmente, todos aquellos que se resisten a la unanimidad, única forma de entender

---

explicativa de la historia). Hoy día la batalla es en esencia la misma que hace medio siglo (está proporcionada la clave de la acción), los que se oponen al gobierno popular son en esencia los mismos que antes (es decir, el núcleo duro y su periferia), y el modo de hacer política tiene que ser el mismo. La decadencia argentina no puede ser combatida a través de una política que procure las bases de la prosperidad y la justicia, sino de una política que establezca esa polarización, o mejor dicho (para la lectura populista) que la realice en la acción antagónica.

8 Véase el siguiente testimonio: "Me dirán que soy delirante, nazifachista y no sé cuántas cosas más, pero desde el '83 en adelante se viene cumpliendo un plan sistemático para destruir a la Argentina, para 'hundirla en el fango de la humillación', como arengó Churchill nieto después de Malvinas".

la unidad de la nación y de la sociedad. Al menos si comparamos un relato típicamente brasileño con este relato argentino, surgen formas diferentes de concebir lo externo. Lo externo como amenaza, o como aquello que no comprende, en este último caso, y lo externo como bien a emular, o como reprobador de lo interno, en el primero.

Por supuesto, acabo de hacer una caricatura del discurso revisionista, pero creo que no es una mala caricatura, tiene demasiado que ver con el "modelo original" (y es, como caricatura, una reunión de todos los componentes que en sí no lo son).[9] Ahora, mi impresión es que, por una parte, el revisionismo argentino no tiene absolutamente nada de original, en el sentido de que todos sus tópicos, sus tics, sus dispositivos retóricos y/o de interpelación, preexistían a él en distintas partes del mundo (sobre todo en Europa), y que en sentido estricto el revisionismo no inventó nada. Pero, al mismo tiempo, en otro sentido el revisionismo argentino sí que es bastante original, por dos razones: primero, por la articulación completa y poderosa de todos los elementos que fue sacando de distintas partes y segundo, porque, a diferencia de lo ocurrido en otros países, aquí se creó una vigorosa escuela histórica, con implantación cultural, proyección política y capacidad de transformarse a sí misma para mantenerse vigente (como lo muestra su prolífica literatura histórica). Si esto fuera cierto, uno podría encontrar una explicación bastante elemental y obvia al respecto: ningún país de América Latina experimentó un ciclo como el que la Argentina sufrió entre los '80 del siglo XIX y los '50 del XX (el ciclo de prosperidad que la Argentina había conocido de la mano de Gran Bretaña hasta 1930 es presentado por los hermanos Irazusta, entre los principales fundadores del revisionismo, como un proceso de despojo). Las peripecias de ese ciclo ofrecen una explicación apenas parcial a la constitución de la escuela revisionista y luego a su enorme capacidad de persistencia (adquirida sobre todo cuando los "libertadores" del '55 incurrieron en la torpeza

9 Vale la pena observar que es Sarmiento uno de los fundadores de la creencia en la excepcionalidad argentina. "Existe en Sarmiento también una estructura de creencias y expectativas sobre el lugar de la nación argentina en el escenario hispanoamericano y en el mundo. El sanjuanino está imbuido de la sólida creencia en la excepcionalidad argentina, traducida tempranamente en la convicción (que Simón Bolívar había recogido críticamente ya en 1829) de que en esta parte de Hispanoamérica se está llevando un experimento original destinado a imprimir su nombre entre las naciones más relevantes de la tierra. Esta creencia mitológica en la grandeza y la excepcionalidad argentinas definirá un rasgo muy perdurable en el imaginario de nuestra cultura" (Terán, 2007). La excepcionalidad conduce al victimismo: si no se concreta lo que promete, alguien debe tener la culpa.

de proscribir sistemáticamente a los peronistas, fijando, mientras pudieron, a sangre y fuego su propio relato del pasado, el presente y el futuro).

Creo que en otros países de América Latina no se puede encontrar algo parecido; y ciertamente no se encuentra en Brasil. Aunque haya historiadores "revisionistas", no hay una escuela; una golondrina no hace verano. En Brasil, por ejemplo, hubo un cierto revisionismo en relación a la Guerra del Paraguay pero, cosa interesante, creo que fue completamente aplastado en una guerra kuhniana entre paradigmas académicos (y cuando Boris Fausto aborda la Guerra del Paraguay y tiene que ejemplificar la posición revisionista, lo hace citando a un historiador... argentino, León Pomer).[10] En cierto sentido el revisionismo argentino admite una analogía parcial con el nacionalismo de derecha francés, aunque es significativo que una enorme porción de la izquierda lo haya adoptado para comprender el proceso histórico.

La polarización como eje de las interpretaciones de la vida política y social, con sus dos rasgos principales, el primero, una concepción temporal homogénea –el conflicto polar es el mismo a lo largo del tiempo aunque cambien sus formas– y el segundo, la vida social y política también homogéneas –el mismo conflicto está presente en todas las dimensiones de lo social–, va mucho más allá del campo revisionista. Un notable artículo de Elio Salcedo ("¿Qué está en discusión?", *Página 12*, 24-1-2012), en el que el autor emite su posición en el debate político intelectual sobre el kirchnerismo, es una muestra impecable:

> Lo que está y sigue en discusión [...] es el proyecto de país. Y digo "sigue" porque ese debate forma parte de una bicentenaria discusión por distintos medios, no exclusiva ni excluyente de los intelectuales, que en nuestro país comenzó con una revolución en 1810, prosiguió con la guerra por la independencia y la unidad de los pueblos de la América mestiza, se convirtió en una guerra civil durante todo el siglo XIX (que tuvo políticos, militares e intelectuales –a veces una misma persona– de gran predicamento), se expresó a través de la lucha política de y contra los dos grandes movimientos nacionales en el siglo XX y continúa hoy con la adhesión o resistencia al kirchnerismo [...]. No hubo una lucha intelectual y otra política o militar: siempre hubo una sola lucha o discusión a distintos niveles y por distintos medios, en la que la crítica de las armas y las armas de la crítica estuvieron presentes en forma

10 Una excelente historia brasileña de la Guerra del Paraguay, en Doratioto (2002).

> alternada o simultánea. Siempre hubo dos grandes campos que disputaron esa discusión, eso sí, cada cual con su derecha, su centro y su izquierda. En ese sentido, la discusión no es si sos más o menos crítico, sino si estás del lado de los intereses nacionales y colectivos o si por el contrario estás del lado de los intereses particulares, corporativos y antinacionales. Lo que está en juego, y esta es la bicentenaria discusión que como en tiempos de San Martín no admite neutrales, es nada más ni nada menos que el programa y proyecto de país. Y ese proyecto –sin entrar en detalle– consiste en hacer realidad la Nación Grande que las derrotas del pasado nos negaron.

Tenemos entonces una imagen sobre los argentinos como fijados al pasado, obsesionados por la memoria, cargando exageradamente de pasado la acción presente o, lo que es lo mismo, utilizando exageradamente el pasado en la acción presente (entendiendo aquí por pasado, por supuesto, relatos que le dan existencia como tal). Creo que hay algo de cierto en esto, la intensidad con que el presente usa el pasado en la Argentina se percibe bien en vena comparativa; sin embargo, no es menos cierto que la capacidad de borrar el pasado reciente, en los acelerados procesos sociales argentinos contemporáneos, es impresionante. Esto se ve claramente en las memorias sobre los propios procesos colectivos (serían los casos del Proceso de Reorganización Nacional o de la Guerra de Malvinas, y todos aquellos en los que una responsabilidad popular podría ser señalada) o en la forma en la que en la actualidad se están borrando las huellas de la memoria inflacionaria. En ese sentido, apenas, el contraste entre la "memoria" argentina y el "olvido" brasileño se atenúa. Aunque no se borra completamente; la memorización en ejercicio por parte de minorías activas sobre los respectivos regímenes autoritarios muestra, como ya dijimos, una diferencia nítida –que probablemente tenga al "olvido" de la represión más numerosa, en el mundo rural (revista *Tempo Social*), y al hecho de que la rememoración actualmente en curso no comprenda este sector, como la ilustración más clara–.[11]

11 Desde luego, las diferencias en materia de castigo a los crímenes son relevantes; en la Argentina post "Proceso" se avanzó sustancialmente en la punición, y ese avance supuso un esfuerzo por parte de un sector del mundo político y de organizaciones de derechos humanos que incluyó el encuadramiento de los hechos en términos judiciales. En Brasil ocurrió todo lo contrario, y ese déficit se refleja a su vez en la disparidad de las reacciones sociales ante casos de manifiesta violación de los derechos humanos en democracia.

Por cierto, la idea de "país del futuro" brasileña admite otras lecturas menos románticas que la que hemos ejemplificado con Zweig. Puede nacer de la percepción del presente como "atraso": si se percibe el presente como atraso,[12] se "vive" en el pasado y es en el futuro donde está el presente, la contemporaneidad.[13] Presente y atraso son la misma cosa porque es del atraso de donde hay que salir. Esto se experimentaba incluso en el plano político, siendo Brasil la "única" autocracia, etc. –por lo demás, es apenas exagerado decir que hasta el propio Pedro II era republicano desde bastante antes del final de su reinado–;[14] en otras palabras, que el emperador también vivía en el atraso. Esto se percibe también en las versiones más románticas o culturalistas del *desenvolvimentismo*. En el revisionismo histórico argentino el pasado tiene una fuerza constituyente peculiar, hace experimentar una decadencia y no cierra determinados conflictos que le habrían dado forma. De allí el peso de figuras y personajes históricos de estatura descomunal, de dimensiones épicas. Están siempre presentes, incluso porque son los padres de las Argentinas doradas que luego fueron canceladas por los "enemigos de siempre".

No hay en Brasil algo que se le parezca al culto argentino a los héroes y hombres providenciales[15] (cultivo reafirmado en los objetivos del Instituto revisionista, que giran alrededor de Manuel Dorrego; la diferencia permite entender la disímil importancia que las estatuas y esculturas dedicadas a figuras históricas tienen en las ciudades argentinas y brasileñas). La producción de héroes o al menos el impulso oficial para ello, es vigorosa en

12 Común en reformadores, desde liberales a pensadores católicos. Por ejemplo, el *Manifesto dos Pioneros da Escola Nova* hacía constar la inexistencia en Brasil de una "cultura propia", o incluso de una cultura general. Marcaba las distancias entre los métodos atrasados de educación en el país y las transformaciones profundas realizadas en el sistema educacional de otros países latinoamericanos, como México, Uruguay, Argentina y Chile.

13 Puede nacer también como legado de la matriz con la que intelectuales de fines del XIX pensaron la condición nacional. Renato Ortiz (1985): "[...] elemento brasileño. El mestizaje simbólico traduce la realidad inferiorizada del elemento mestizo concreto. Dentro de esta perspectiva, la *miscigenação* moral, intelectual y racial del pueblo brasileño solamente puede existir en cuanto posibilidad. El ideal nacional es una utopía a ser realizada en el futuro, en el proceso de blanqueamiento de la sociedad brasileña. Es en la cadena de la evolución social que podrán ser eliminados los estigmas de las 'razas inferiores', lo que políticamente coloca la construcción de un Estado nacional como meta y no como realidad presente".

14 Murilo de Carvalho (2007): "[...] la posición de Pedro II en relación a la república fue de simpatía [...] veía la monarquía apenas como una fase de preparación del país para la república [...] no preparó un tercer reinado [...] no cortejó ningún sector".

15 Uno de los pocos héroes nacionales es Tiradentes, el "mártir republicano".

la Argentina.[16] Pero sí hay vivencias de Brasil país del futuro decididamente románticas, como la que sigue (Seixas Corrêa, 2000):

> La concepción que el brasileño se hizo y se hace de su país [...] va más allá de un pasado relativamente reciente y de un presente todavía predominantemente caracterizado por insuficiencias y frustraciones, para incorporar el tiempo futuro. Aquel momento esperado, en que la grandeza física y la unidad generadas por la fuerza motriz de la expansión habrán de crear el gran país presente desde tiempos inmemoriales en el imaginario colectivo: la utopía brasileña, el mito del imperio poderoso, en torno del cual se construyó el país que somos.

Desde luego esto es interesante no tanto por la idea de futuro-país, ya que eso por definición lo hacen las comunidades nacionales, sino que su necesidad de decirlo del modo en que lo hace, en un registro adventista e imperial, y por la de describir, performáticamente, cómo estas pautas formarían parte del imaginario colectivo.

En el caso argentino, las élites consuman un vertiginoso "viaje al presente" en el período de crecimiento y expansión. De algún modo hasta los problemas (por ejemplo, las inevitables crisis financieras) eran los problemas del "presente", y no sus rémoras. Mientras tanto, las élites brasileñas, que no terminaban de sacudirse la esclavitud, vivían experiencias como la de Canudos en las que (como se puede entrever en el clásico de Euclides da Cunha, *Os sertões* (1981), ambos contendientes estaban en el pasado: el milenarista Antonio Conselheiro y sus acólitos, que condenaban por herético desde el matrimonio civil hasta el sistema métrico decimal, y la fuerza militar de la República, que seguía siendo la estructura pesada, ineficiente y brutal de tiempos de la Guerra del Paraguay. *Os sertões* es publicado en 1903, es decir no muchos años después de Canudos (1893-1897), y nada indica que el autor no haya pensado que estaba hablando de un Brasil todavía presente, es decir, del "atraso" y del pasado.

Los relatos de temporalidad incluyen otra dimensión a la que ya nos hemos referido: la continuidad brasileña vs. el refundacionalismo argentino. Vimos que hay un contraste entre continuidad y ruptura histórica; se puede ejemplificar con las rupturas fundantes de 1822 (un cambio dinástico) y 1810 (un cambio radical de los fundamentos de la legitimidad del régimen

16 Programas de estudio de la historia y la economía argentinas en algunas universidades incluyeron la presentación del "kirchnerismo como etapa superior del peronismo" y la elevación de Néstor Kirchner al panteón de los héroes de la Patria.

político). Como en ambos casos la forma de ruptura del vínculo colonial tiene efectos de largo plazo, el fundamento del relato es relativamente sólido. Pero la continuidad en el caso brasileño tiene dos caras; la primera, positiva, alude al Estado y a las políticas públicas (como hemos discutido más arriba). La segunda, negativa, es más abarcadora: evoca el mundo imaginario en el que nada cambia, en el que las fuerzas conservadoras siempre logran mantener su poder y sus posiciones y, consumado gatopardismo, las mudanzas siempre se hacen desde arriba con el propósito de que todo siga igual.[17] El relato del refundacionalismo argentino no podría ser más contrastante: nos habla de un mundo en el que las experiencias colectivas empiezan siempre desde cero y presuntamente desde abajo –refundándolo todo o bien procurando hacerlo, siempre estérilmente–. Sin exagerar, la idea de que se puede hacer un país desde arriba la comparten ambos países, pero la convicción de que se puede llevar a cabo desde cero (y a veces desde abajo) es inconcebible en Brasil,[18] es plenamente argentina –sin duda debe mucho al éxito descomunal de la generación del '80 (siglo XIX), que si bien desde luego no hizo desde cero el país se aproximó a eso bastante–.[19] Pero

17 Murilo de Carvalho (2007): Sobre el Manifiesto Republicano de marzo de 1869, un programa de varias reformas, entre ellas la electoral y la judicial: "El manifiesto concluía con una disyuntiva un tanto bombástica: 'O la reforma, o la revolución': la reforma para conjurar la revolución" [todo el proceso de abolición de la esclavitud es uno netamente de reformas desde arriba]. "La situación era extraña y revelaba la ironía de la representación política en el Imperio. De dar crédito a las posiciones de los críticos, inclusive republicanos, el abolicionismo era el despotismo, el esclavismo era la democracia". [Reformas desde arriba] "[...] el país estaba envuelto en la gran polémica en torno a la liberación del vientre esclavo, provocada por el propio emperador". "Pero a fines de los '70 comenzó una campaña abolicionista fuera de las cámaras [...] En 1884 se promulgó la ley de liberación de los sexagenarios [...] descaracterizada [...] la marea abolicionista se tornó irresistible, transformándose en el primer movimiento nacional de opinión pública [...] la oposición era inútil, la abolición estaba hecha en las calles [...] el emperador era minoría entre los políticos que gobernaban el país [...]. Solamente después de 1865, siguiendo el propio liderazgo imperial, comenzó a engrosar el grupo abolicionista [...] todas las medidas abolicionistas fueron aprobadas en la Cámara gracias a la presión de la corona [...] el propio movimiento popular solo adquirió fuerza en los '80, tan enraizado estaba el esclavismo en la sociedad".

18 "La cosa más importante de los brasileños es inventar el Brasil que nosotros queremos", decía Darcy Ribeiro (1995); entre tanto, para él se trataba de un proceso de invención colectiva, expresivo del sincretismo que da forma a la sociedad brasileña. No se trataba de diseñar un país desde cero trabajando sobre un material pasivo como plastilina sino todo lo contrario, "inventar el Brasil" a partir de la propia sociedad brasileña.

19 "La idea de la Nueva Generación de que un grupo de notables en el poder tiene la capacidad de moldear la materia social y conformarla de acuerdo a un horizonte

para refundar, hay que destruir o, lo que es lo mismo, dar por destruido lo que debe ser refundado.[20]

Por eso el refundacionalismo se entiende a la perfección con el decisionismo, ambos conllevan una dimensión de ruptura excepcional y son opuestos a los límites institucionales. La noción de que la Argentina precisa refundarse habilita a la política de la excepción hecha regla; volverse a fundar supone romper con todo, ignorar todo, supone excluir todo, autoexcluirse de todo, desentenderse de cualquier responsabilidad, la política no puede ser gradual, ni construida mediante compromisos; los avatares de la política democrática, de las instituciones, son enemigos de este imperativo refundacional.

Una comparación de las formas en que son leídas, recordadas o procesadas políticamente las décadas de los noventa y los 2000 en Brasil y Argentina presenta contrastes muy marcados y muy interesantes para nuestra discusión. Aunque en ambos casos podría simplificarse la cuestión identificando una década neoliberal (los noventa) y una década antineoliberal (los 2000), las diferencias a partir de esta base surgen claramente y son relevantes.

En el caso brasileño, el neoliberalismo de los '90 fue tibio, reticente, gradual, presidido por la protección de los intereses en juego, y de alcance limitado (Palermo, 1998, 2013); mientras que el rechazo al neoliberalismo durante los 2000 también fue moderado, y no se convirtió en un campo claro de disputa ideológica. Es verdad que Fernando Henrique Cardoso anunció la finalización de la era Vargas, pero esta retórica tuvo la misma moderación de toda la formulación discursiva de los años FHC. También es cierto que en el angosto campo de disputa ideológica de la política brasileña, el rechazo al neoliberalismo se convirtió luego en un eje importante. En especial por parte de los *petistas* y, obviamente, contra los *tucanos*, y esto rindió ventajas electorales.

Entre tanto, el abrazo de la Argentina al neoliberalismo fue furioso, tanto en lo simbólico como en el alcance y la dimensión de las reformas. Y luego, en los 2000, el rechazo al neoliberalismo tuvo el mismo furor y estuvo

deseable, es para Halperin una muestra de una feliz ignorancia, nada docta, más bien simplona" (Tomás Abraham sobre Tulio Halperin Donghi).

20 "Poco a poco la república verdadera decepciona y un clima de oposición y de crítica al inmovilismo, a la decrepitud, a la corrupción, a la decadencia, congrega a sectores conservadores, nacionalistas embebidos de novedades fascistas, liberales y reformistas puristas y estériles, augures de tiempos aciagos dominados por el horror al comunismo y al anarquismo, en suma, la empresa de demolición argentina se pone en marcha. No se detendrá". (Tomás Abraham sobre Tulio Halperin Donghi.)

acompañado de una fuerte carga simbólica. De hecho, las reformas neoliberales de los '90 y su reversión durante los 2000 fueron ejecutadas bajo un espíritu fuertemente refundacionalista. Y en los 2000, el rechazo al neoliberalismo de la década anterior fue en la Argentina constituyente de una nueva identidad, peronista-kirchnerista.[21]

Ya vimos páginas arriba las imágenes dominantes sobre el Estado y las políticas públicas. Tanto los procesos políticos como las políticas públicas estarían caracterizados, en Brasil, por la continuidad, y por la discontinuidad en la Argentina. (Para Pousadela [2007], las políticas universitarias ejemplifican inmejorablemente las pautas de continuidad y elitismo brasileño y de discontinuidad e igualitarismo argentino). En Brasil las mutaciones serían graduales, mientras que presentarían en la Argentina muchos más puntos de ruptura así como tramos en que los cambios serían súbitos, vertiginosos, zigzagueantes, con abruptas marchas y contramarchas. A la vez, las políticas públicas estarían en Brasil presididas por una perspectiva de largo plazo, en tanto que en la Argentina serían mucho más cortoplacistas. El contraste, en ese sentido, entre los planes sociales argentinos y brasileños desde Lula y Kirchner en adelante es un buen ejemplo. La baja capacidad argentina de aplicar políticas de largo plazo, que dificulta los avances en materia de integración regional, sería otro ejemplo. Esto tiene que ver en parte con las características del Estado y de su relación con la sociedad. Las características brasileñas son propias de un Estado más autónomo, las argentinas de un Estado que carece de densidad y que es fácilmente penetrado por los intereses y los grupos. Si la tela burocrática es muy lábil, como en la Argentina, el poder político consigue imponerle más fácilmente objetivos de corto plazo. Y para Brasil, se relaciona con el carácter fuertemente elitista de la política y el poder, carácter que no se interrumpió durante las administraciones de Lula (Palermo y Melamed de

21 Son interesantes las percepciones brasileñas sobre la experiencia kirchnerista. Muchos ven a Kirchner –especialmente aquellos desilusionados con Lula, porque esperaban de este una reversión casi total de las líneas de la política económica– como un ejemplo a seguir; dicen: "Vean cómo a Kirchner le va bien porque se atreve a hacer las cosas que no se atreve Lula". Se olvidan, claro, que Kirchner tuvo a sus espaldas la catástrofe que Brasil evitó. Y esto hace patente el contraste entre la continuidad de la política brasileña y la ruptura de la argentina. Esta continuidad no solo es objetiva (y se remonta al menos hasta la transición entre la dictadura y la democracia) sino también subjetiva: mientras que en la Argentina preferimos vivir cada cambio de gobierno como una auténtica refundación desde la que hay que recomenzar todo, en Brasil ni siquiera un cambio de personal político como el que supone la llegada del PT y Lula al gobierno es acompañado por una retórica tan marcada, ni fue vivido como un cambio de época.

Menezes, 2012). Pero responde asimismo a razones específicamente estatales: la existencia de "islas de excelencia" (Nunes, 2003) que se crearon en distintas décadas pero que no fueron pasto de políticos depredadores, que se moderaron en interés propio, estableciendo así espacios preservados de la competencia política.

Creo que una imagen de continuidad (y concordia) es la que presenta la llegada del PT al poder, no solamente en la transición de 2002-2003 (*Carta al pueblo brasileño*, respeto de los contratos y las obligaciones) sino en el camino desde su fundación hasta entonces, y en las gestiones presidenciales de Lula. Fuerte continuidad, relativamente poco conflicto, marcan un *mix* de estabilidad con cambio que se puede contrastar con varios ejemplos argentinos de drástica ruptura y niveles de conflicto muy superiores (inestabilidad y cambio discontinuo). Puede ser muy cierto que el precio a pagar por el PT haya sido convertirse en una pieza central del *ornitorrinco* (Chico de Oliveira, 2003) en que se habría transformado el capitalismo brasileño (con los fondos de pensión de los trabajadores financiando la acumulación capitalista), y acomodarse excelentemente en el esquema, lo que da cuenta de la índole fuertemente elitista de la política brasileña (no de otra cosa nos habla la descomunal transferencia de ingresos desde los trabajadores hacia los capitalistas del esquema del *ornitorrinco*).[22]

22 Chico de Oliveira (2003) destaca lo que considera que fue una transformación en la posición de clase de un amplio sector que domina el PT. Sugiere que las capas más altas del antiguo proletariado habrían conformado una fracción de clase significativamente diferenciada al alcanzar la posición privilegiada de gestores de las fuentes más importantes de recursos públicos en Brasil, desde la estabilización económica: los fondos de providencia complementaria ya mencionados, el FGTS (*Fundo de Garantia por Tempo de Serviço*) y el FAT (*Fundo de Amparo do Trabalhador*) y que funcionó durante prácticamente toda la década de 2000, hasta la crisis internacional de 2008 y la capitalización por el *Tesouro Nacional* como el origen primario de capitalización del BNDES, constituyendo la mayor fuente de financiación de largo plazo en el país. Esa clase o fracción de clase estaría dotada de "unidad de objetivos", por haber sido formada en medio del consenso ideológico alcanzado sobre la nueva función del Estado.

El Estado y la ley

La relación de brasileños y argentinos con sus leyes ha sido muy problemática a lo largo del tiempo. En ambos casos extensas regiones de cada país quedaron fuera del alcance del Estado como garante de la efectividad de la ley. En términos globales, en las regiones que no quedan fuera del alcance del Estado, también su efectividad está comprometida, porque es el propio Estado el que carece de las condiciones de autonomía, imparcialidad y fuerza legítima necesarias como para implantar el gobierno de la ley. Tanto Brasil como Argentina son países que viven en gran medida "al margen de la ley" (Nino, 2005) o "fuera de la ley". Aun así, creo que hay diferencias importantes entre los dos casos; en sus extremos, la Argentina es "*Al amigo todo, al enemigo ni justicia*" mientras que en sus extremos Brasil es "*Al amigo todo, al enemigo la ley*".[1] En la Argentina de sus extremos se ha borrado la ley mientras que en el Brasil de sus extremos se ha utilizado la ley como instrumento al servicio de quienes están por su condición social por encima de ella (en este último caso, la ley no está para ser obedecida; está para que los poderosos la utilicen discrecionalmente si precisan aplicarla a quienes no son sus amigos; más precisamente, la ley pende como una amenaza frente a la cual los que la administran pueden ofrecer garantías selectivas). La gran paradoja de la sociedad brasileña es la falta de respeto por las normas en una sociedad de orden. Y, cuando el Estado cumple su función, produce desigualdad.[2]

1 (Testimonio.) "En todas las clases sociales, no hay mucho respeto a las reglas y a las normas; siempre hay un *jeitinho* para privilegiar alguna cosa que no se debería".

2 Fausto (1994): "[...] rasgos del Estado patrimonial luso, donde todo, en último análisis, es patrimonio del rey, se ajustan a los rasgos de la sociedad colonial, en la cual predomina la solidaridad familiar. La familia o familias en alianza [...] redes formadas no solamente por parientes de sangre sino también por padrinos y afiliados, protegidos

En la Argentina de sus extremos "*Al enemigo ni justicia*"[3] equivale a despojar al Estado de toda condición que no sea su fuerza represiva bruta al servicio del interés privado –lo que no ocurre en el caso de "*Al enemigo la ley*"–. El Estado brasileño queda marcado por la convivencia entre un fuerte sistema de relaciones personales y un sistema legal universalmente establecido. En una sociedad plebeya, en cambio, la reacción frente a la individualización, es el rechazo, tajante, hasta violento, a "no ser nadie", a ser considerado un "don nadie". En ambos casos se rechaza la individualización, pero en direcciones diferentes. Así, el *jeitinho* es un derivado de "Al amigo todo". El "país al margen de la ley" supone interacciones que están fuera del alcance de la ley, pero la brasileña es otra ilegalidad, en la que nada, absolutamente nada, en rigor, está fuera del alcance de la ley, ni siquiera lo ilegal.

El epítome de las nociones de la relación entre la sociedad y la ley en el siglo XX, tanto por las consideraciones explícitas como por las implícitas, es el largo poema *El gaucho Martín Fierro* (y su segunda parte, *La vuelta del Martín Fierro*) de José Hernández. El gran tema del libro es el pobre (más que la pobreza); la vida del pobre es tematizada y en especial la relación del pobre con la autoridad, la justicia y la ley. Hay una constante en el relato que es la relación con la autoridad (de Fierro, de su amigo Cruz, de sus hijos); en la vida del pobre la relación con la autoridad es un tormento continuo. La relación con la *autoridá* es de pura negatividad:

---

y amigos [...]. Resulta de eso un gobierno que se ejerce no de acuerdo con patrones de impersonalidad y respeto a la ley, sino según criterios de lealtad. La expresión 'para los amigos todo, para los enemigos la ley', resume la concepción y la práctica. El hecho de que haya sido atribuida a un presidente de la República muestra que estamos delante de un patrón de comportamiento de larga vida en la historia de Brasil". "*Al amigo todo*", en ambos casos, se sabe, implica que la estructura legal puede ser completamente burlada (este es especialmente el caso brasileño donde es prácticamente imposible que una persona con recursos vaya a juicio). La estructura legal para proteger a quienes delinquen es una forma en que se hace patente que las élites están por encima de la ley. En este caso es el Código Penal. Los que tienen activos (dinero, pero también conocimientos y vínculos) pueden usar esos mecanismos. Y los que no los tienen no pueden. La históricamente muy extendida práctica de *grilagem* (distintos procedimientos de falsificación de títulos de propiedad territorial) es otro ejemplo.

3 "Los ciudadanos pacíficos lo esperaban [a Rosas] como una bendición y un término a las crueles oscilaciones de dos largos años, momento fatal en la historia de los pueblos, cuando fatigados de luchar prefieren la tranquilidad a la libertad. De allí en más el terror de la policía federal llamada Mazorca hará el resto, guiada por la consigna '*El que no está conmigo es mi enemigo*' [y al enemigo el Terror]. Rosas acostumbrará a los porteños a obedecer y simbólicamente se impondrá sobre la sociedad la uniformidad del color rojo como divisa general" (Terán, 2007).

Estaba el gaucho en su pago
con toda seguridá;
pero aura... ¡barbaridá!
La cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Se le termina a Fierro un tiempo dorado cuando el juez de paz pretende arrearlo para una votación (la votación de *cabestro* es un aspecto de primera magnitud en el poema).

A mí el Juez me tomó entre ojos
en la última votación.
Me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la esposición.[4]

Y Martín Fierro hace reclamos pero no es un rebelde, es la arbitrariedad de la autoridad y la justicia lo que lo convierte en uno. No pretende más que obedecer una autoridad justa ("*Pero también los que mandan debieran cuidarnos algo*").[5] Juzga que no tiene chances de continuar libre (alterado por sus problemas con la justicia y resentido ha matado a un hombre en un altercado estúpido) y decide exilarse (a la "frontera", a convivir con los indios). Opta, puede decirse, entre un país con una ley abyecta, y otro sin ley. Recién entonces se convierte en un auténtico rebelde. Del mismo modo, su regreso del exilio es pacífico, es como una carta de confianza recíproca entre un gaucho matrero y la *autoridá*. Hay una desconfianza latente, pero Fierro apuesta por vivir bajo una autoridad a la que sea posible obedecer. Se hace patente lo que el autor desea mostrar: que eso no depende de la ley impersonal; la extrema arbitrariedad, las causas judiciales, y nada menos que los asesinatos, no son tratadas, sino recordadas u olvidadas; no son objeto de un mecanismo jurídico burocrático sino que existen en tanto una autoridad las tiene en sus manos, la justicia no es impersonal sino completamente

4 A los de la oposición.

5 Y he decir asimismo,
porque de adentro me brota,
que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota.

personal (es imposible no suponer que Fierro tiene o busca un protector, sabe que aunque todos los temas pendientes con la justicia se han olvidado, esto sencillamente no es cierto, alguien puede perseguirlo o esperar cosas de él). La buena fe no vuelve ingenuos a Martín Fierro y a los suyos:

La ley se hace para todos
mas sólo al pobre le rige.
La ley es tela de araña,
en mi inorancia le explico,
no la tema el hombre rico,
nunca la tema el que mande,
pues la rompe el bicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

Así, si todavía estamos lejos, en ambos casos, del *gobierno de la ley*, nos aproximamos (porque ciertamente nos aproximamos) desde puntos de partida muy diferentes. Cuando una persona pretende hacer callar a otra diciéndole "*Ud. está hablando con una autoridad de la República*", es casi imposible que la primera no sienta que la "república" es apenas la garantía que la segunda tiene para imponer su injusticia y perpetuar la desigualdad que lo favorece. Como discute el imperdible ensayo de Guillermo O'Donnell (1985) (que arranca a partir del también clásico libro del sociólogo brasileño Roberto DaMatta [1978], *Carnavais, malandros e heróis*), allí donde los sectores subalternos podían "escoger" entre hacer caso o morirse de hambre, siguió imperando la *deferencia*. La legitimidad de las instituciones republicanas quizá no fuera mayor, pero los pobres y los trabajadores bajaron la cabeza ante la pregunta ominosa: "*você sabe com quem está falando*?". Allí donde, como en la Argentina, los sectores subalternos tenían posibilidades reales de optar, pero *ya las instituciones estaban profundamente comprometidas* (o sea, en el Estado liberal oligárquico –no cuesta mucho encontrar este espíritu en los comportamientos y pareceres del gaucho Fierro–), encarnó la rebeldía plebeya (aquello que constituye un universo simbólico igualitario donde cualquier diferenciación entre los individuos nace sobre la sospecha de ser una injusticia social). El plebeyismo es, por encima de todo, la consecuencia de una legalidad alienada. A la pregunta que tenía por propósito poner al atrevido "en su lugar", este respondió "*A mí qué cuernos me importa*" y cristalizó una oposición muy infeliz entre democracia y república.

Roberto Schwarz (1998), en un texto en el que analiza a Machado de Assis, el mayor novelista brasileño del siglo XIX, nos sorprende con una

referencia muy directa al presente. Explicando el porqué de la evolución de las novelas de Machado, en contenido y en forma, y escudriñando qué es lo que esto tiene que ver con el problema de los hombres libres, pero pobres, en un Brasil dominado por los señores esclavistas, acota, inesperadamente: "[...] pero ustedes saben que hasta hoy el mundo de trabajo en Brasil no es enteramente legal y *que la gran novedad del PT, por ejemplo, en nuestro tiempo*, es eso: es el partido que defiende el derecho a la legalidad del mundo del trabajo".

Históricamente, el problema de la legalidad del mundo del trabajo, del derecho al trabajo, alude precisamente al problema que se plantea en un ambiente social definido por la existencia de hombres libres en una sociedad esclavista, es decir, hombres que no podían *vender en el mercado su fuerza de trabajo*. En otras palabras, la contracara de la ausencia de mercado, que Schwarz postula, es la de las relaciones de tutela en las que de un modo u otro deben encontrar un lugar los hombres libres y pobres que no pueden vender su fuerza de trabajo en el mercado. La contracara de la tutela es, precisamente, que el tutelado se expone al peso de la ley si se sustrae de su alcance. Pasa a ser el enemigo para el que está la ley.

Lo que fue dicho hasta ahora puede proyectar luz en la arena de la cultura política. Un importante pensador conservador mexicano, Escalante Gonzalbo (1995), establece la distinción, de cuño aristotélico, entre repúblicas burocráticas y repúblicas mafiosas. Escalante argumenta que en un mundo de repúblicas, como es de hecho el mundo contemporáneo, existen dos grandes categorías. Las repúblicas burocráticas son aquellas en las cuales los gobernantes son esclavos de la ley, ajustan sus comportamientos a las leyes; se aproximan a lo que, en un enfoque menos cínico, podemos entender como gobierno (republicano) de la ley (*rule of law*). Ya en las repúblicas mafiosas los gobernantes se sirven de la ley para viabilizar sus intereses. Los gobernantes no son, en este caso, esclavos de la ley, sino que la ley es un instrumento, convenientemente maleable, del que se valen cuando lo necesitan. El Brasil del siglo XX se aproximó mucho más al tipo ideal de la república mafiosa. DaMatta introduce un giro en la discusión observando que:

> Se puede ahora parodiar el célebre dictado diciendo "*a los individuos la ley, a las personas, todo*", lo que significa realmente: a quien está insertado en una red importante de dependencia personal, todo, a quien está aislado y delante de la sociedad sin mediaciones personales, la ley. En el sistema social brasileño, entonces, la ley universalizante e igualitaria fue utilizada frecuentemente para servir como un elemento fundamental

de sujeción y diferenciación política y social. [...]. Recibir la letra fría y dura de la ley es tornarse inmediatamente un individuo y quedar a la intemperie. Poder personalizar la ley es señal de que se es una persona.

En la actualidad, luego de haberse logrado enormes avances en el alcance y la efectividad igualitaria de la ley, la suerte de pluralidad jurídica que muestra el caso brasileño se hace presente en cuestiones y regiones tales como las penetradas por el narcotráfico y las *milicias* (unidades parapoliciales que implantan un orden mafioso). Y la noción de "irregularidad", aplicada sobre aquello que no se considera ilegal o, después de todo, sobre aquello que hace patente que la ley no sirve, está impregnada en la cultura.

Y ¿en lo que se refiere a la Argentina? A lo largo del siglo XX ha sido muy precariamente una república –tanto es así que precisamos de mucha buena voluntad para hablar de historia *republicana* durante este período–.[6] A propósito, "*Al enemigo, ni justicia*" no es una expresión que yo haya imaginado en pesadillas, sino que fue concebida (o recuperada) por Juan Perón. Me gustaría enfatizar que esa expresión hizo escuela, no solamente entre los peronistas, sino también entre los "gorilas" (y recientemente Hebe de Bonafini, la presidenta de las Madres de Plaza de Mayo, expresó "*Al enemigo, ni agua*"). Es claro que eso tiene una justificación movimientista, tanto en unos como en otros: nuestros enemigos son enemigos de la patria y del pueblo (o de la libertad y la razón en el extremo opuesto), entonces, ¿por qué habrían de merecer nuestra justicia? Y la validez del *dictum* se torna rutinaria, porque todo adversario es "enemigo de", y todo conflicto de intereses se transforma en "política" de enemistad.

Claro que la rebeldía social fue una constante fuerte de la cultura y la política argentinas por lo menos hasta el "Proceso" (1976). Tan así que fue siniestramente identificada con la subversión. Pero creo que después del Proceso de Reorganización Nacional, y como consecuencia de él y de su estruendoso fracaso, el "*Você sabe?*" / "*¿Y a mí qué me importa?*" práctica-

6 "Aunque pertenece en pleno derecho a una de las familias democráticas, el peronismo no es republicano ni pretende serlo. Es cosa sabida, pero uno no deja de sorprenderse. 'Las leyes se hacen para ser violadas', me contestó hace un par de años un colega kirchnerista, ante un señalamiento mío sobre la importancia de las leyes y las normas. Lo curioso en este caso fue el lugar: el recinto de la Cámara de Diputados de la Nación, en un coloquio convocado por sus autoridades, para ilustración de los legisladores. Mi colega no es un ignorante ni mucho menos: tiene su grado, su posgrado y su experiencia universitaria. Pero expresó un sentido común antirrepublicano y antiliberal que es muy fuerte en la Argentina" (Luis Alberto Romero, *La Nación*, 29-12-2011).

mente se extinguió, pero porque se extinguieron las condiciones socioculturales que habilitaban la pregunta (paradójicamente, en una sociedad mucho más desigual económica y socialmente), al ser destruidas las bases de legitimidad de las jerarquías y de las condiciones. Eso se ve hasta un punto que es indicador de disolución de lazos sociales, porque aquellos vínculos de contención de la rebeldía no han sido reemplazados por otros. Es, por ejemplo, lo que tiene lugar en la esfera educativa, con el aumento de los casos de docentes golpeados o maltratados por los padres de los alumnos y por los propios alumnos. Ahora, el juego sigue siendo el mismo, al menos en cuanto a que otra vez está desprovisto de mediadores y de factores de generalización de intereses (sigue siendo fuertemente faccioso), pero con dos novedades importantes: por un lado, es una pura relación de fuerzas (en la que el as de espadas nunca es, ya, militar), de recursos que las partes disponen para crear circunstancias de hecho que les permitan ser vencedoras –el "*Você sabe*" / "*¿Y a mí qué?*" no era una desnuda relación de fuerza, ya que había dimensiones relacionadas a principios de autoridad que querían ser reafirmados/rechazados–; y, por otro, las instituciones estatales y las políticas propias del régimen democrático entran en el juego de fuerzas (v.gr., la Justicia) (se trata de una variante que no es la brasileña ni tampoco la tradicional argentina, ya que no hay de las contrapartidas reconocimiento de la dignidad del trabajador, ni reconocimiento por parte de este de alguna condición, sino una relación desnuda de fuerza).

Por fin, en ambos casos hay un elemento nuevo que es muy reciente como para juzgar, la así llamada judicialización de la política. Tiene rasgos comunes en los dos países, porque en ambos casos reúne un poderoso efecto igualitario que, a mi entender, es una consecuencia de la vigencia de la ley a lo largo de un período inédito, desde las transiciones democráticas y las nuevas Constituciones. Si se considera, en el caso argentino, la inédita frecuencia en que diversas organizaciones apelan a mecanismos legales para resolver contenciosos (en número no menor al de las que recurren a medidas de fuerza), se puede colegir que el patrón de rebeldía plebeya, que discutimos páginas atrás, ya no es tan fuerte. Entretanto, la judicialización tiene el efecto en Brasil de despersonalizar, o individualizar, la acción de la Justicia, en el sentido de que la misma es más capaz ahora de orientar su conducta conforme a reglas impersonales. En parte porque la justicia está bajo el escrutinio de la opinión pública y los medios, y de los organismos públicos de control.

Tragedia argentina y carnaval brasileño

Se supone que las sociedades, como las personas, se exceden. Los griegos pensaron estos peligros. El exceso, la *hybris/hubris* es una desmesura en el orgullo, en la confianza en sí mismo, y que presenta, en rigor, una dimensión fuertemente política, ya que –según los griegos– afecta principalmente a quienes ejercen el poder.

Las imágenes que tienen argentinos y brasileños sobre los campos en los que el otro incurre en *hybris/hubris,* presentan un sugestivo contraste. Para los argentinos, los brasileños incurren o pueden incurrir en la desmesura y el exceso en todo lo que se relaciona con un comportamiento hedónico. Los brasileños estarían guiados por una ética dionisíaca en su vínculo interpersonal y con el mundo natural.[1] El sexo, la belleza, el carnaval, aparecen como dando forma a la imagen de la exuberancia brasileña.[2] Como en tantas cuestiones aquí tratadas, las imágenes que uno tiene

1 Fernando Henrique Cardoso, en prólogo de *CG&S*: "Cuando se contrasta las interpretaciones de Gilberto Freyre con posteriores, se ve que su visión del Brasil patriarcal, de la casa-grande, de la plasticidad cultural de los portugueses, del sincretismo, está basada en la valoración de una ética dionisíaca. Las pasiones, sus excesos, son siempre exaltados, y ese clima cultural no favorece la vida pública y menos la democracia. GF opta por valorizar un *ethos* que sí garantiza la identidad cultural de los señores, aísla los valores de la casa grande y de la *senzala* en sus muros. De la moral permisiva y los excesos sexuales no hay pasaje para una sociabilidad más amplia, nacional. Se queda trabado en el patrimonialismo familístico".

2 En un breve ensayo publicado en *O Globo* (31-12-2012), el escritor suizo Alain de Botton vuelca sus impresiones sobre la relación entre el verano y Brasil: "Me imagino que, si viviese en Brasil, siempre sería verano y yo estaría siempre feliz. Y enamorado. Ese es el lujo de soñar sobre países donde de hecho no se vive [...]. Aunque los brasileños aprecien la belleza física, tenemos que admitir que esa no es una idea muy respetable o políticamente correcta actualmente en muchas partes del mundo [...] anunciar que aprobamos personas con base en su apariencia no cae bien en círculos

sobre sí mismo y la que tienen los demás pueden diferir.[3] Pero la *hybris* está presente también en la naturaleza, que es identidad y también es exceso.[4] Y también en la violencia personal. Como lo expresó Caetano Veloso al cerrar el primer Festival de Música de las Favelas, en septiembre de 2011: "Somos un pueblo ¡salvaje! que camina como civilizado".

Según los brasileños, el lugar de la *hybris* argentina es muy diferente; como proponen los argentinos largo tiempo radicados en Brasil, Leis y Viola (2003):

> *Húbris* es el hilo que teje la tragedia de la Argentina. En la antigua Grecia, los que se situaban por encima de los hombres y de las leyes, en desafío a los dioses, estaban poseídos por ella. *Húbris* es la megalomanía política. Homero ya nos advertía sobre los castigos reservados a los que se tornan ciegos por ella. Pero su aviso no llegó todavía a la Argentina.

Desde luego que esta imagen coincide con la que muchos argentinos tienen sobre su propia sociedad y su país, condenado, según la expresión algo melodramática de un periodista, "a vivir entre la tragedia y el drama". La pasión conduciría a la *hybris* y la historia política podría ser, para ellos, un péndulo entre la *hybris* y la *némesis*. En lo que se trata de cometer excesos públicos, los argentinos llegarían lejos: anomia,[5] prepotencia en el poder,

---

civilizados [...]. No obstante, es difícil negar que nuestras envolturas físicas desempeñan un papel alarmantemente importante en nuestros destinos y deseos –y Brasil reconoce eso profundamente–. Entonces tal vez Brasil esté en lo correcto: está bien venerar la belleza –no en pro de la belleza, sino porque ella nos puede ofrecer una ventana hacia el alma–".

3 Enorme conservadurismo del brasileño si se trata de sexo. Es prácticamente unánime por ejemplo el rechazo a la homosexualidad masculina y femenina (Almeida, 2007).

4 La representación del *sertão* como reserva simbólica interior y lugar de reposición de valores ha sido analizada por Rita Segato (2007). Para el cine [...] películas como *Deus e o Diabo na Terra do Sol*, de Glauber Rocha, y *Central do Brasil*, de Walter Salles Jr., reflejarían esa percepción del espacio nacional brasileño que renueva sus horizontes buscando hacia adentro (el texto de Segato presenta en todo caso algo muy diferente a *Os sertões*, por ejemplo). Una idea territorial parecida en parte a la típicamente "brasileña" (naturaleza como identitaria y exceso) y a la "argentina" (territorio y valores). En la Argentina la relación es más ideológica –y está el lugar común: el argentino no sabe apreciar su país (entendiendo el ámbito natural por país)–.

5 Carlos Nino a principio de los noventa, en "Un país al margen de la ley" sostiene que el problema principal es la anomia –"*la tendencia recurrente de la sociedad argentina y en especial de los factores de poder a la anomia en general y a la ilegalidad en particular*"– y que "*el factor anómico opera por sí mismo en la generación de niveles*

extravío en el conflicto social. Y asimismo violencia[6] y barbarie, una barbarie que vuelve al presente siempre bajo diferentes formas.[7] Y por fin la *hybris* de la memoria.[8]

Por supuesto, el relato que escamotea la *hybris* de la violencia en el caso brasileño no se sostiene del todo bien. La Revolución Federalista, por ejemplo, fue un enfrentamiento feroz. Con Rio Grande do Sul por escenario, opuso a republicanos históricos, adeptos al positivismo, contra los liberales.[9] La guerra civil entre los dos grupos, que comenzó en 1893, duró dos años y medio y la lucha fue implacable, resultando en miles de muertos. Muchos no murieron en combate, fueron degollados (en una práctica bien conocida por los argentinos coetáneos) después de haber sido tomados como prisioneros. La guerra de Canudos no fue menos cruel, y los miles de defensores que se rindieron también fueron degollados. Para los oficiales positivistas y los políticos republicanos, aquella había sido una lucha

---

bajos de productividad o eficiencia en la sociedad argentina". La anomia puede ser vista como un impulso irrefrenable a desbordar las normas.

6 El cine "digestivo" de Glauber Rocha contrapone una creación cuya manifestación cultural más elevada sería el hambre. En ese sentido el *cinema novo* es violento, agresivo, y revela al público una realidad de violencia engendrada por la historia colonial. En contraposición el cine argentino contemporáneo propone manifestaciones de violencia activas.

7 "[Rosas] contiene elementos dionisíacos, y padece, nada menos que como Byron y Napoleón, de un 'exceso de vida'. En lugar de la síntesis entre civilización y barbarie, Rosas es una barbarie contaminada por la civilización. Pero esta contaminación es lo que le permite establecer el orden" (Terán, 2007). En el caso de Sarmiento se puede leer la *hybris* en su ambivalente mirada del gaucho: "Su carácter moral [el del gaucho] se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico". De algún modo se puede leer que el exceso de vida origina el deseo de sustraerse a la autoridad. Y más en general, casi dando base a una interpretación histórica: "Para las campañas, la revolución era un problema; sustraerse a la autoridad del Rey era agradable, por cuanto era sustraerse a la autoridad. La campaña pastora no podía mirar la cuestión bajo otro aspecto. Libertad, responsabilidad del poder, todas las cuestiones que la revolución se proponía resolver eran extrañas a su manera de vivir, a sus necesidades. Pero la revolución le era útil en este sentido: que iba a dar objeto y ocupación a ese exceso de vida".

8 Obsérvese esta lectura: "Sería anticipatorio de esta historia de la construcción de la Nación argentina, el Estado argentino, como una historia fundante de crímenes, guerra permanente, un concepto de lo político atravesado por la guerra. Una nación que se va construyendo de recuerdos constantes en los textos y no de olvidos" (Claudia Venturelli, 1999).

9 Tomando en cuenta el positivismo de la Constitución estadual (casi dictatorial), lo que se ve es que a comienzos de la República los estados tenían una inmensa autonomía, podían darse sus propias constituciones con un margen de características de régimen muy grande en sus manos.

de la civilización contra la barbarie. En verdad, la "barbarie" estaba presente en ambos lados y más entre aquellos hombres instruidos que habían sido incapaces de intentar por lo menos entender a la gente *sertaneja*. Desde el comienzo, las huestes "civilizadas" tenían claro que no cabía ninguna transacción con la "barbarie"; en otras palabras, que las civilizadas no podrían serlo sin recurrir a su vez a la barbarie. Es una identificación, se diría, menos ingenua a la que formula Esteban Echeverría en *El Matadero*, donde taxativamente la barbarie es condición de los bárbaros.

Pero Brasil no se percibe ni es percibido bajo esa óptica. En verdad, lo más significativo es que la historia argentina, en cambio, *pueda* ser globalmente expresada a través de la noción de *hybris*, como lo hacen Leis y Viola, que condensan toda la historia en un relato presidido por este concepto:

> Cuando ella no viene de los militares, viene del peronismo y, a veces, como en los '60 y '70, viene de todos lados. Sin justicia, la *hybris* genera resentimiento social en unos o en otros. Resentimiento que, a su vez, se recicla en más *hybris*, renovando periódicamente el círculo vicioso de la trágica política argentina.

Quizá lo inopinado de la crisis del 2008, y sobre todo del entusiasmo con que el enfrentamiento creado fue saludado por importantes grupos de intelectuales, les dé la razón. Desatada por un decreto muy desatinado, que gravaba a los exportadores agrícolas, suscitó protestas generalizadas que fueron calificadas por el gobierno como "destituyentes". Rápidamente, el conflicto se polarizó y se cargó de valores y señales identitarias. Aunque haya sido algo sorprendente la velocidad con que se alcanzó un clímax, la evolución y la índole del conflicto, que movilizó masas de ambos lados, no puede sorprender. Como dijo, con un talante comprensivo, la periodista Sandra Russo (octubre de 2010, TV): "La pulsión violenta es argentina, pertenece a nuestra idiosincrasia; muchos de los fantasmas son nuestros, están ahí" (¡Y lo dijo en ocasión del asesinato del militante político Mariano Ferreyra!).

La *hybris* brasileña no es, en cambio, un estado que afecta a una característica determinada, sino esa misma característica. No hay *hybris* en el carnaval, sino que el carnaval es, en sí mismo, *hybris*. Los otros significantes gozan de esa misma condición: el sexo, la naturaleza, la belleza, el fútbol. Es ilustrativa la impresión que expresa Mario Vargas Llosa (1999) sobre su experiencia:

> Afirmo que si toda la humanidad la viviera, habría menos guerras, prejuicios, racismo, fealdad y tristeza en el mundo, aunque sí, probable-

mente, más hambre, disparidades, locura, y un incremento cataclísmico de la natalidad y el sida [...]. No es la menor de las maravillas del Carnaval de Río conseguir dotar, gracias al ritmo, el colorido y la efervescencia contagiosa de la fiesta en la que todos practican, en estado de trance, el exhibicionismo, de atractivo erótico a comparsas tan aparentemente anodinas del juego amoroso como las uñas y la manzana de Adán [...]. El espectáculo, en horas del amanecer, cuando la euforia, el baile, el gregarismo, las canciones, el calor, el frenesí, alcanzan el punto omega de la combustión, revela lo que debieron ser, allá atrás en la historia, las grandes celebraciones paganas, las fiestas báquicas sobre todo, esos cultos dionisíacos con sus libaciones desenfrenadas para sofocar el instinto de supervivencia y la razón, las copulaciones colectivas y sus sacrificios sangrientos [...]. Aquí, la sangre no corre en el escenario mismo de la fiesta, pero la ronda, la acosa desde su periferia [...]. Sí, aquí está, salida de las entrañas de los estratos más humildes de la escala social, esta respuesta desvergonzada, irreverente, ferozmente sarcástica, a los patrones establecidos de la moral y la belleza, esa negación vociferante de las categorías sociales y de las fronteras que tienden a separar y jerarquizar a las razas, a las clases, a los individuos, en una fiesta que todo lo iguala y lo confunde [...] al amanecer, lo que prevalece y exacerba la lechosa madrugada es, por encima de los perfumes de marca, las refinadas lociones, los sudores, los vahos cocineros o alcohólicos, un espeso aroma seminal, de miles, cientos de miles, acaso millones de orgasmos, masculinos, femeninos, precoces o crepusculares, lentos o raudos, vaginales o rectales, orales o manuales o mentales, denso vapor de embrutecimiento feliz.

Todo el texto de Vargas Llosa está en este registro. Dos cosas se pueden observar sobre él. La primera, que Vargas Llosa reproduce, aunque con su excepcional calidad de hombre de letras, la totalidad de los tópicos que hacen a la bien ganada reputación del carnaval brasileño como *hybris*. La segunda, que cualquier participante o asistente al carnaval sabe que esa imagen es falsa; no porque lo que relata Vargas Llosa no tenga lugar, sino porque *in situ* es imposible construirla. Tercero que, no obstante, el relato es verosímil: sobre todo porque ese relato del carnaval sobre sí mismo ha triunfado, ha conquistado esa verosimilitud. Todo esto refleja el poder excesivo que carga el carnaval, que es capaz de interpelar a propios y ajenos.

Otro de los lugares comunes que recoge Vargas Llosa se refiere expresamente a lo político: "Mientras exista el Carnaval –dice– no habrá ninguna revolución social en el Brasil". El carnaval, más que de la revolución, nos

deja fuera de la política; no tiene lugar en los intersticios de una sociedad con Estado y política sino que, al revés, la sociedad es el carnaval y el Estado y la política hacen lo que pueden. "Aquí la sangre no corre en el escenario mismo de la fiesta, pero la ronda, la acosa desde su periferia"; del mismo modo que hay un adentro y un afuera del orden. Así tanto brasileños como argentinos quedarían inhabilitados para la vida pública; los primeros porque su *hybris* define el campo, y los segundos porque la vida pública los lleva a la locura.[10]

10 La *besteira*, cometer desatino, es parte de la *hybris* brasileña ("teoría" del *jabuticaba*: si no es *jabuticaba*, y solo existe en Brasil, es *besteira*. La humorada juega con el hecho de que la fruta, se dice, crece solamente en Brasil).

De democracias para todos los gustos

Los regímenes políticos argentino y brasileño se sostienen en tradiciones muy diferentes. La historia brasileña está marcada por distintas formas de autoritarismo que disfrutaron de indudable legitimidad social y política, comenzando por la monarquía que se extendió hasta 1889, siguiendo por la República Velha y continuando por el Estado Novo. El imaginario de la historia argentina es una imaginario popular (desde el papel asignado al "pueblo" en los días de Mayo) y democrático (las abundantes intervenciones militares son entendidos como intentos de frenar al voluntad popular).

En materia de política institucional, las imágenes que Brasil y Argentina tienen de sí mismos también son muy diferentes; el pensamiento brasileño dominante es el de que la brasileña es una democracia consociativa; en contraste, la democracia argentina se presenta como monocéntrica. En otras palabras, en Brasil predomina la convicción de que el país se puede gobernar solamente mediante coaliciones, de que los cambios y las reformas son dificultosos y deben lograrse por transacción y composición;[1] en cambio,

1 Todavía hoy hay quienes piensan que la democracia está trabada en Brasil (*deadlock*, callejón sin salida, atolladero, *impasse*), y cargan ese resultado sobre las reglas del juego político. Yo no creo ni una cosa ni la otra. Pero además, esa interpretación parece perder de vista la magnitud del legado de problemas, sociales, políticos, estatales, de obstáculos de toda índole, y la compleja naturaleza de los procesos y de los cambios necesarios. Es absurdo (por ejemplo) pensar que la democracia brasileña está trabada porque demora en reformar como es deseable su sistema previsional, o su estructura tributaria, sobre todo si uno ve la complejidad del problema y las dificultades que todos los países han tenido para adecuar sus sistemas previsionales o tributarios. Y esto también vale para la Argentina: precisamos más paciencia y constancia democráticas, en lugar de populismo inmediatista de derecha o izquierda. Cuando alguien dice aquí paladinamente que Kirchner "perdió la gran oportunidad de reformar las instituciones" nos está vendiendo nuevamente la misma ilusión:

en la Argentina la creencia es que es suficiente para gobernar una sola fuerza política (el peronismo, considerado a la vez como la única fuerza que puede gobernar), que la gobernabilidad se obtiene concentrando el poder ("centralizando el federalismo", según Bonvecchi, 2013), y que de ese modo los cambios y las reformas que la Presidencia se propone pueden obtenerse expeditivamente, y por imposición y contraposición. Extremando un poco el argumento, en el caso argentino, según esta visión, habría poder concentrado en un polo e ingobernabilidad en el otro (los panegiristas de este modo de gobernabilidad sostienen que el presupuesto es racional: sin eso no se pueden gobernar una sociedad y una política facciosas). Mientras que el peronismo sería el alfa y omega de la gobernabilidad argentina, en Brasil varios partidos pueden gobernar (básicamente dos, aunque con la asistencia de un tercero) y lo hacen formando coaliciones. Una cultura política de mayorías en la Argentina (el Congreso como "la escribanía" supuestamente), y de coaliciones e inclinada al diálogo en Brasil, completarían el cuadro.

Sabemos que una democracia es consociativa cuando coexisten en ella una serie de mecanismos institucionales cuyo diseño apunta a dar protección a las minorías condicionando los procesos de toma de decisiones en materia legislativa, de formulación de políticas públicas, etc. Por supuesto, es condición que estos diseños sean percibidos como legítimos y sean efectivos. Brasil es una democracia consociativa gobernable: la consociatividad institucional no bloquea los procesos de toma de decisiones legales o de políticas públicas. Las instituciones consociativas suelen ser implantadas allí donde la sociedad está recorrida por clivajes potencialmente letales para la paz interior y para la existencia misma de la comunidad política; sin embargo, este no es el caso de Brasil. Brasil es una sociedad continental, con una población de 200 millones, con una gran diversidad regional, social y cultural. Entre las causas de que se estableciera esa consociatividad, creo que hay que destacar una de largo plazo, cual es la configuración elitista del poder que se mantuvo a lo largo del tiempo, y de regímenes políticos de larga duración que implementaron políticas continuas –entre otros motivos porque las élites declinantes lograban ciertas garantías en su retroceso, pero sobre todo porque el imperio de una pauta de ampliación progresiva, desde arriba, tanto corporativa como electoral le dio forma gradualmente al régimen político–. En efecto, la capacidad de las élites de estructurar desde el Estado el proceso de incorporación, se pone de ma-

---

siempre hay una oportunidad, refundadora, de resolver todo bien y de una buena vez, y los malos gobernantes la frustran. Sin defender ni atacar a Kirchner, simplemente no es ese el tipo de críticas que tengan sentido.

nifiesto en varias experiencias "correctivas" exitosas, como la derrota del levantamiento paulista de 1932, la represión de la así llamada intentona comunista de 1935, y el descabezamiento del levantamiento integralista durante el Estado Novo.[2] La otra causa de largo plazo fue que en Brasil, más allá de los recurrentes impulsos centralizadores y descentralizadores, la potencia federativa no fue quebrada por el centralismo, pudiendo la fuerza institucional de los estados equilibrar la relación con el centro.

Pero a lo anterior hay que agregar una causa más reciente, relacionada a la transición democrática, cual es la Constitución de 1988. Mientras que la configuración elitista mantuvo al margen y/o incorporó limitada y controladamente, casi sin rupturas, segmentando y dando origen a una formación policéntrica (v.gr., *cidadania regulada*, Dos Santos, 1979), la Constitución del '88 no fue hecha por el Estado sino por la sociedad (obsérvese que esto va en contra de la imagen consagrada de que las reformas en Brasil son siempre desde arriba y desde el Estado). La sociedad dio una forma institucional a su diversidad. El Estado hizo los partidos de la democracia 1946-1964,[3] pero, decididamente, no hizo las instituciones de la nueva democracia (principalmente la Constitución de 1988, pero no solamente esta; v.gr., el patrón consociativo del sistema electoral se agrega al del sistema político).

Expresivo de la consociatividad infundida en la Constitución de 1988 es el grado en que materias de política pública están constitucionalizadas, siendo por tanto su reforma equivalente a una reforma constitucional (ejemplos: las reformas previsionales, la cuestión ambiental, la cuestión universitaria, etc.). En esto el contraste con la Argentina no podría ser mayor; en la Argentina una reforma constitucional es más difícil que en Brasil (en Brasil, en especial en la década del noventa, las reformas constitucionales vinculadas al Estado y a la economía fueron frecuentes, pero el partido gobernante precisó reunir coaliciones supermayoritarias para hacerlas) (Couto, 2010), pero las cuestiones de política pública están sujetas a los cambios de legislación ordinaria. En suma: en Brasil es más fácil reformar la Constitución, pero al estar las políticas públicas incorporadas en ella, son más difíciles de alterar que en la Argentina: he aquí la fuerte garantía con-

2 El integralismo atrajo a sus filas entre 100 mil y 200 mil personas durante su momento de auge (1937), lo que no es poco considerándose el bajo grado de movilización política nacional; integralistas y comunistas se enfrentaron mortalmente a lo largo de los treinta, aunque tenían entretanto puntos en común (eran enemigos del Estado liberal, estaban a favor del partido único, practicaban el culto a la personalidad).

3 Con la constitucionalización del país (1946) a excepción de los comunistas y de la Acción Integralista, no se formaron partidos nacionales, y las urnas mostraron la fuerza de las élites regionales.

sociativa con la que los sectores y grupos de interés cuentan en la nueva democracia.[4]

El sistema de gobierno brasileño es considerablemente disperso, pero funciona con centro en el Poder Ejecutivo, aunque es indispensable hacer una distinción entre el presidente y la Presidencia (Palermo, 1998) –el conjunto de espacios ministeriales en los que el presidente, para afianzar su respaldo en el Congreso, acomoda a los numerosos partidos que lo apoyan (y en virtud de lo cual transfiere a ellos capacidad de gobierno)–. En esto tampoco se parece, desde luego, al caso argentino, donde una distinción entre presidente y Presidencia carecería de sentido. Hay así, en Brasil, múltiples actores que el presidente debe considerar ineludiblemente para llevar adelante sus políticas. Aunque los actores con capacidad de esperar ser tomados en cuenta son diversos, los poderes de veto son pocos, dado lo cual todos tienen incentivos a negociar, por temor a quedar afuera de un proceso que no pueden vetar (Armijo y otros, 2006). En suma, predominio de la composición por sobre la contraposición.[5] Muchas de las interpreta-

4 Lo cierto es que todo el debate brasileño sobre cómo funcionan sus instituciones es realmente apasionante, y tiene no solamente un interés académico, sino auténticamente político, porque tiene implicaciones políticas de primer orden. Hasta podría decirse que las sucesivas gestiones presidenciales, principalmente las de Sarney, Collor y Cardoso, muestran "lecturas" diferentes sobre cómo se gobierna Brasil, cómo se hace para producir decisiones en el marco de sus instituciones y su morfología política. Sendas "interpretaciones" tanto intelectuales como propiamente políticas fueron refutadas o confirmadas por la acción, y el tiempo les fue develando a los propios protagonistas de la democracia brasileña cómo funcionan sus instituciones. No olvidemos que hubo una gran continuidad institucional entre el autoritarismo y la democracia, un legado de instrumentos supuestamente encarnados en una "presidencia imperial". Y tras ello, en 1988, una creación constitucional *ex nihilo*... pero en la que los constituyentes decidieron conservar muchos de los instrumentos legados por el gobierno autoritario, y que se suponía iban a desembocar en el parlamentarismo (cosa que no ocurrió, pero algunos instrumentos legales se hicieron pensando en que sí ocurriría). Una curiosa mezcla de legados y de creaciones entró en régimen desde 1988 y el aprendizaje intelectual y político en ese sentido es apasionante.

5 En la prensa, la utilización descriptiva de la expresión "presidencialismo de coalición" dio paso a una más negativamente cargada: "costos del presidencialismo de coalición", algo relacionado fundamentalmente a la corrupción y a los premios del partidismo. Marcos Nobre (2013) desarrolló una interesante interpretación sobre lo que llamó "peemedebismo", que es tomado como un trazo más amplio de la política brasileña, englobando otras fuerzas y yendo más allá incluso del propio PMDB. Localiza la consolidación del fenómeno en la redemocratización brasileña, cuando la enorme efervescencia participativa verificada en la década de 1980 no fue acompañada a su criterio por una democratización institucional equivalente. Al contrario, habría sido desarrollado un sistema que buscaba obstaculizar la aceleración de la

ciones corrientes sobre el *lulismo* lo conciben, en verdad, como emblemático de estos rasgos que serían centrales de los procesos políticos brasileños (Palermo y Melamed Menezes, 2012). El partido, que había nacido empuñando las banderas de la intransigencia frente a un orden político que reproduce las agudas desigualdades del país, una vez en el gobierno se habría inclinado a un "realismo" político que justificaría la alianza con las oligarquías que originalmente se proponía combatir, diluyendo así su propuesta de cambio social. Hay una tradición en la izquierda brasileña de tener al Estado como "demiurgo" del desarrollo nacional y algunos autores llegan a hablar de una "estatalización de la sociedad":

> El lulismo da continuidad a esta lectura tradicional de la izquierda brasileña y rompe con lo que había de más renovador en el petismo. En este sentido, reaproxima la práctica de las izquierdas a las prácticas de las élites políticas del país. Asume, así, contornos conservadores en relación a la práctica política. Y se torna rehén de la búsqueda permanente de popularidad, justamente porque los canales de contacto directo del gobierno con la base social del país son obstruidos por la gestión altamente centralizada (Ricci, 2013).

Cabe observar que el concepto de presidencialismo de coalición nace con una marca muy negativa. El telón de fondo son las agudas desigualdades regionales, de clase y raciales que se expresan entre culturas políticas radicalmente dispares como "las formas más atrasadas de clientelismo hasta los patrones de comportamiento ideológicamente estructurados" (Abranches, 1988). Esa heterogeneidad estructural de la sociedad brasileña, que remite a la esclavitud, sería resultado de una modernización incompleta del orden tradicional, ya que "las nuevas instituciones se mezclaron con las antiguas, en vez de sustituirlas", generando una "combinación sincrética de trazos aparentemente contradictorios" porque están vinculados a gramáticas políticas distintas (Nunes, 2003). El sistema político se vería frente a la difícil tarea de la construcción de instituciones capaces de agregar y procesar la extremada fragmentación de intereses derivada de la hetero-

---

democratización social, a través de un mecanismo de vetos que impide la emergencia de bloques hegemónicos suficientemente poderosos para imponer pérdidas definitivas a terceros: "[...] la respuesta pemedebista canónica es el aplazamiento permanente de soluciones definitivas" (Nobre, 2010). Ese sistema tendría tendencia inherente a la parálisis, además de establecer enormes dificultades a la producción de "polarizaciones consistentes y duraderas" (Nobre, 2011).

geneidad social, si es posible proveyendo la estabilidad necesaria para la reducción de las disparidades. Son características de lo que Abranches identificó como "presidencialismo de coalición", la acentuada fragmentación de las fuerzas políticas representadas en el Congreso Nacional que, asociada a una saturación de las demandas impuestas al Ejecutivo, llevaría a constantes conflictos entre el Legislativo y el Ejecutivo. Además, la legislación electoral que desestimula la coincidencia entre el voto mayoritario y el proporcional haría que ningún partido logre conquistar individualmente una mayoría en el Congreso. La confirmación de esa característica es que desde 1990 el partido del presidente nunca obtuvo más del 25% de las bancas en la Cámara de los Diputados. Así pues, los gobiernos tienen que valerse del loteo político del gabinete para reunir apoyos en el Congreso. Las coaliciones, aunque imprescindibles para gobernar, suelen constituirse como estructuras programáticamente heterogéneas e hinchadas, tendiendo por eso a la inestabilidad (Abranches, 1988). No obstante, estas connotaciones negativas se diluyeron con el paso del tiempo y las lecturas sobre las gestiones de gobierno presentan visiones más neutras: el diagnóstico de ingobernabilidad ha sido dejado de lado, y el mayor conocimiento de las instituciones y su funcionamiento, de los alcances y sus límites, hace apoyar en las mismas en gran medida la *performance* de gobiernos razonablemente exitosos, como el de Fernando Henrique Cardoso o el de Lula.

La gestión de los presidentes argentinos sería inimaginable en Brasil; ellos pueden concretar unilateralmente y por imposición cambios muy importantes (incluso fuera del plano de la elaboración de leyes, a través de los decretos de necesidad y urgencia y otros instrumentos "excepcionales"; considérese por caso la decisión tomada sobre las AFJP durante el primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner). Por supuesto que esto en la Argentina se combina con una lógica de diástole-sístole de acumulación de poder, en la que la acumulación va de la mano con el unilateralismo hasta que el poder se vacía.[6] Por el contrario, la mejor estrategia brasileña para conservar el poder es reeditar los términos de la negociación.

6 Como observa Negretto (2001), "El contraste entre modalidades más o menos consensuales o confrontativas de ejercicio del poder es observable incluso en el terreno de la formulación de políticas por decreto. [...] El PE brasileño cuenta con menores recursos (especialmente partidarios) para imponer políticas en forma inconsulta que su par argentino, descripto como potencialmente dominante, capaz de llegar a serlo allí donde logra sumar importantes recursos partidarios a sus amplias prerrogativas constitucionales [...]. Notables diferencias en lo que se refiere a la medida en que el Ejecutivo puede efectivamente utilizar decretos para manipular la agenda legislativa y obtener leyes lo más cercanas posible a sus preferencias iniciales".

Nem papagaio de pirata: política y palabras*

En su libro *Los alemanes*, señala Norbert Elias:

> El uso del término *Reich* en Alemania es otro ejemplo más de la continuidad de ese tipo [Elías está hablando de la continuidad de la autoimagen de la nación (V.P.)]. El equivalente británico y francés, *empire*, significó, en esos países, algo en cuya dirección los primeros reinos dinásticos habían evolucionado gradualmente. En Alemania, la palabra *Reich* significó algo que se había perdido. Los alemanes mantuvieron vivo el gran imperio alemán del pasado en sus pensamientos. Conceptos como *Reich* ayudaron a perpetuar la memoria. Formas ulteriores del Estado fueron presentadas como renovaciones del antiguo imperio. El hecho de que la imagen ideal de un *Tercer Reich* haya seducido a muchos alemanes muestra lo fuerte que era el recuerdo del viejo *Primer Reich* como símbolo de la desaparecida grandeza de Alemania. Ese recuerdo era parte integrante de la imagen que los alemanes tenían de sí mismos.

La observación muestra hasta qué punto las palabras son relevantes en la forja de creencias, en su persistencia en el tiempo y en la orientación de conductas personales y comportamientos colectivos.

El vínculo entre palabras y política es iluminado por Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero (1986), que acuñaran la más bella definición de política que conozcamos: “Es ese espacio tan cercano a la muerte, pero erigido contra ella, donde la palabra encuentra su lugar”. La relación entre

* El siguiente apartado forma parte de un manual de *gírias* brasileñas y voces coloquiales argentinas que elaboré con Rafael Mantovani. Agradezco especialmente a Rafael por hacer posible su publicación aquí.

la política, las palabras y la muerte fue muy distinta en Brasil y en Argentina del siglo XX. En la Argentina las palabras estuvieron demasiado próximas a la muerte y la política ha sido un espacio erigido con muros demasiado precarios contra ella.

Las familias de palabras políticas (Anexo) no son las mismas, los significados, los componentes semánticos y las preeminencias de palabras presentes en ambos países nos muestran diferencias muy agudas, y en cada uno de ellos circulan palabras ausentes en el otro. Las entradas de nuestras listas expresan elocuentemente estas diferencias. Familias de palabras prohibidas como una peculiaridad argentina, jergas con cargas semánticas extremadamente diferentes como *movimiento*, ausencias conspicuas de homólogas brasileñas para las argentinas *zurdo*, *facho*, *correr por izquierda*, *cipayo*, y para las brasileñas *casuísmo*, *cartorialismo* o *aislamiento burocrático*, palabras, por fin, que pareciendo homólogas (como *coronel* y *caudillo*, *miscigenação* y *crisol de razas*), no lo son.

La Argentina fue, históricamente, un país de identidades culturales y políticas fuertemente contrapuestas, "antinómicas". Esto no se escapa a la percepción de los brasileños. Verissimo (*O Globo*, 2-3-2008) recuerda haber quedado varado en el aeropuerto de Miami:

> Nuestra única compañía eran dos empleados del aeropuerto, dos empleados de la limpieza... argentinos, claro. Cuando daba la casualidad de que los dos aparecían al mismo tiempo, uno le gritaba al otro: ¡River! Y el otro le respondía, desde su lado: ¡Boca! [...]. Cultivar aquella diferencia era una manera de continuar en Buenos Aires [...]. Los dos dependían de aquella rutina invariable para certificarse que continuaban existiendo, y argentinos, aun lejos de casa [...]. Una letanía contra el olvido, pensé... Los dos deben continuar allá, haciendo la misma cosa. Todo el día, todos los días.

Gorila, *contrera*, *peronista*, *antiperonista*, son palabras que nos introducen directamente en el mundo de las identidades radicalmente enfrentadas de la Argentina del siglo XX, las identidades que no se definen en términos de positividad y adversatividad, sino por oposicionismo: ser *anti-peronista* es lo identitario por encima de las identidades previas, así como ser peronista supone –en el siglo XX– un mandato identitario de *peronización* de la nación. En Brasil, algo apenas tenuamente parecido tiene que ser "descubierto" por cientistas políticos que, además de eso, precisan echar mano de metáforas futbolísticas para explicarlo: Fábio Wanderley Reis (2000) sostiene que la política electoral brasileña estuvo caracterizada por algo

que llama "síndrome de *Flamengo*" (a favor o en contra de *Flamengo*) definido por el eje oposición-situación.

Sea como fuere, la gran familia de palabras políticas de la Argentina del siglo XX nos habla de un mundo muy diferente al mundo que deja entrever la jerga brasileña correspondiente: *caudillo*, *montoneras*, el sintagma *civilización y barbarie*, *causa nacional*, *reforma universitaria*, *movimiento*, *gorila*, *oligarquía*, *gobierno nacional y popular*, *partidocracia*, *proyecto nacional*, *demoliberal*, *intransigencia*, *patota*, y los hermanos gemelos que se odian, *dictadura y tiranía*. Y también está el patriarca *patria*: *patria socialista*, *patria peronista*, *patria metalúrgica*, *patria contratista*, etc., y el patriarca aumentativo *azos*: *cordobazo*, *rosariazo*, *santiagazo*, etc., y, evocando la capacidad argentina de producir y soportar shocks, *rodrigazo*. Que sepamos, por ejemplo, tiranía poco o nada nos dice de específico en Brasil, mientras que en la Argentina tenemos *primera tiranía*, *segunda tiranía*, etc., así como la oposición hipócrita, por parte de nuestro liberalismo, entre tiranía (popular) y dictadura (provisional). Los vocablos en portugués, claro, existen, pero con significados y predominancias completamente diferentes. Como ya vimos, el movimiento principal de la política en Brasil tuvo lugar, en el siglo XX, sobre el eje regional –entre élites–. El poder político fluctuó entre el gobierno federal y los estados, osciló entre élites centralizadoras y descentralizadoras del poder. Mientras que el movimiento principal de lo político en la Argentina se concretó en el mismo siglo en torno al eje social –entre élites y sectores sociales populares–, conflictividad esta que se expresa, a nuestro entender, en el significado problemático, difuso, hasta fantasmático de la jerga argentina "oligarquía".

Todo esto se puede corroborar –aunque sea como conjetura– observando los respectivos "populismos". El *getulismo*, como movimiento encabezado por Getúlio Vargas, de carácter laboralista y autoritario, que culmina en el Estado Novo en 1937, es algo abismalmente diferente, en la jerga política, del *peronismo*, que en principio sería su homólogo. La potencia societal del populismo argentino, como complejo sociocultural, histórico y político extraordinariamente denso a lo largo del siglo XX, no tiene equivalencia en Brasil, donde, en compensación, el populismo presenta un legado estatal perdurable indiscutiblemente exitoso (gusten o no de él los brasileños de hoy). No es casual que el concepto de *ciudadanía regulada* haya sido elaborado en Brasil, no en la Argentina. La propia idea de populismo como *Estado de compromiso*, como vimos, es de Francisco Weffort (1989), un brasileño. Como ya señalé, la dimensión de incorporación preventiva y controlada tiene una predominancia en el caso brasileño que no tiene en el argentino, e intentar entender el peronismo bajo ese

concepto sería francamente imposible. Por esto, tampoco es casual que el teórico más entusiasta en todo el mundo del populismo haya sido un argentino, Ernesto Laclau.

¿Cuáles son los miembros conspicuos de la familia brasileña de palabras políticas? La respuesta va más allá de lo que puede hacerse aquí, pero parece claro, por ejemplo, que en Brasil se despolitizaron palabras, como es el caso de los términos *camarada*, *legal* y *cidadão* (que después del régimen militar fue positivamente resignificada, recuperando parte de su sentido originario y adquiriendo una dimensión claramente relacionada con derechos políticos y sociales), o no se llegaron a politizar palabras, como es el caso de *esquerda*, amarrada todavía demasiado a lo que es considerado torcido, contrario a lo que está bien porque está derecho. Y algunas palabras que registraron en el siglo XX una trayectoria más exitosa tuvieron un cuño fundamentalmente institucional, más que social. Tal es el caso de las palabras *cidadaõ* y *cidadania*, que alcanzaron su refulgencia de la mano de la *Constituiçaõ* de 1988, a *Constituição Cidadã*. Palabras como *casuísmo*, *voto de cabestro*, *coronelismo*, *corporativismo*, *clientelismo*, *patrimonialismo*, *cartorialismo*, *peleguismo*, *cooptação*, *Estado Novo*, *revolução legalista*, *abertura política* (la palabra transición no forma parte del léxico político argentino, solamente del politológico; *transição,* a su vez, ocupa una posición de privilegio en el vocabulario político brasileño), *fisiologismo*, *presidencialismo de coalizão* (creemos que ningún periodista político brasileño utiliza el sintagma menos de diez veces por año), *esplanadeiros*, *orçamento participativo*, propias del léxico brasileño, señalan un contraste demasiado nítido con el correspondiente argentino: el contraste entre un mundo político-cultural en el cual la dimensión institucional fue dominante, mientras que la inclusión social tanto como política ha sido débil –Brasil– y otro en el cual la dimensión inclusiva ha sido dominante en desmedro perceptible de la dimensón institucional –Argentina–.

Pero, también, están los patriarcas del *nacional desenvolvimentismo*, término que, comparado con el paupérrimo *desarrollismo* (y no nos referimos a los desempeños históricos de Juscelino y Frondizi, sino al valor y a la carga semántica de los vocables en el siglo), es como comparar un titán con un alfeñique: *o petróleo é nosso*, *Petrobras*, *50 anos em 5*, y más aún *milagre económico*, *modernização conservadora* y *modernização pelo alto*, así como *insulamento burocrático*, *anelos burocráticos*, *ínsula de eficiência*. Es decir, los términos que evocan al Estado y al nacionalismo de Estado tan típicamente brasileños y tan diferentes al nacionalismo argentino. Porque una diferencia que se acumula con las otras es que el argentino es un nacionalismo de sociedad, muy enraizado en los actores y grupos sociales,

en la cultura y en las identidades políticas, y el brasileño es un nacionalismo de Estado: es el Estado, en el imaginario social brasileño, la expresión principal de la nación.

Muchas palabras de la jerga política argentina evocan fracturas y fuertes traumas y discontinuidades: *decadencia, decadentismo, plata dulce, terror de Estado, genocidio, desaparecidos, desmalvinización, corralito*, entre otras. Y, en lo que se refiere a las adquisiciones más recientes, en la jerga brasileña encontramos *anfibio* (alto funcionario que acostumbra tomar licencia sin remuneración para prestar consultoría a empresas privadas valiéndose de informaciones privilegiadas), *grampolândia*, *Estado policialesco*, *Estado judicialesco*, *indignados*, y los benjamines, por ahora, de la correspondiente familia argentina, que son *escrache*, *piquetero*, *cacerolero*, *asamblea vecinal*, *que se vayan todos*, *autoconvocado* (vecino que participa en puebladas de protesta con diferentes formas de interpelación mediática y afectación de derechos de terceros), *clima destituyente* e *indignados*. Las familias de nuevas palabras continúan amarradas a las tradiciones, más institucional en Brasil, más societal y plebeya en la Argentina. Por fin, no deja de ser sorprendente el modo en que, muy recientemente, viejos fantasmas de la política argentina fueron conjurados desde la propia cúspide del poder político: *causa nacional, gorila, golpismo, comando civil, grupo de tareas, oligarquía*, entre otras palabras que volvieron a escena.

Capitalistas amigos

Es paradójico: tanto en Brasil como en Argentina tras las reformas de los noventa y las vicisitudes que afectaron desigualmente a los países, emerge un modelo de relación que denominaré neo-estadocéntrico (reformulando el concepto de Skocpol y Weir que es posteriormente retomado por Marcelo Cavarozzi, 1996). ¿Por qué neoestadocéntrico? Argentina y Brasil presentan en la actualidad muchas diferencias en lo que se refiere a la organización estatal-económica. ¿Qué justifica, entonces, colocarlas en una misma categoría?

Primero, la organización neoestadocéntrica descansa, para su sustentabilidad, en el sector externo de la economía; claro que la estadocéntrica también. La diferencia radica en que al menos para los casos de Argentina y Brasil las economías presentan una sustentabilidad basada en el sector externo significativamente mayor, una inserción tendencialmente más sólida en la economía internacional. Segundo, el modelo estadocéntrico fue un gran creador institucional; la construcción de instituciones públicas se fue dando a la par de su consolidación. Estas instituciones cumplían, mal o bien, un rol central en el funcionamiento estadocéntrico. Claramente no es el caso con el neoestadocéntrico. Ni en Argentina ni en Brasil ha habido una creación importante de instituciones. ¿Por qué? Una razón tiene que ver con otro de los trazos del modelo: la relación Estado-mercado. El balance es diferente: aunque se trate de mercados "organizados", su componente es mayor al correspondiente en el estadocéntrico. Por consiguiente, las instituciones que el nuevo modelo exige son más sofisticadas, vinculadas al funcionamiento de una vida económica que en gran medida tiene al mercado por pivote. Por supuesto que hay otros campos más allá de lo económico, que corresponden a las políticas públicas, a su formulación, implementación y control. Y en esto Argentina presenta un déficit mucho mayor que Brasil.

Por otra parte, el viejo modelo estadocéntrico descansa en la economía formal (mundo del trabajo) tanto para el crecimiento económico como para la reproducción social. Mientras que el neoestadocéntrico se apoya en gran medida en la economía informal y en el mundo de la reproducción social más que en el mundo del trabajo (esto es así a pesar de los avances registrados en Brasil en la formalización del trabajo en los últimos años). Aunque la magnitud relativa del sector privado en comparación con el sector estatal de la economía es mayor que en el caso estadocéntrico, se trata de un sector privado afectado por la informalización y cuyo dinamismo depende de las exportaciones de *commodities*. Por otra parte, en el modelo neoestadocéntrico los lazos entre los tres sectores –el estatal, el privado, el político– son más débiles que en el caso estadocéntrico. Con esto no quiero decir que esos lazos no existan –todo lo contrario–. Quiero decir que importantes segmentos de cada sector están profundamente ensamblados y solapados con los otros por medios que, frecuentemente, están muy lejos de favorecer la competitividad sistémica.

Agrego que el Estado es, en el modelo estadocéntrico, estructurador de actores sociales, mientras que en el neoestadocéntrico es apenas cooptador, no tiene capacidad de dar forma o desarrollo a agentes económicos que pudieran adquirir consistencia de actores colectivos. Opera profundamente, es verdad, en la reproducción social, a través de las políticas sociales, pero el impacto en términos de constitución de actores es limitado. Los actores colectivos tienden a constituirse fuera del Estado, aunque establezcan con él vínculos de diferente tipo. Esta es una diferencia crucial, ya que la capacidad del Estado de estructurar actores es un rasgo central del estadocéntrico. La cooptación del neoestadocéntrico hace de muchos actores colectivos terminales del propio Estado, y los desarraiga de su base social. Pero siendo así, ¿hasta qué punto el neoestadocéntrico constituye una matriz (como es el caso del estadocéntrico)? Parece más inestable, aunque pueda convivir con características estables, como la correspondiente al régimen político.

Por fin, lo político en el modo neoestadocéntrico es diferente porque se apoya menos en movimientos y más en partidos, aunque estos partidos sean más débiles y sobre todo más fragmentados y hayan perdido los viejos vínculos que tenían con sus bases y el electorado. De forma tal que si en el modo estadocéntrico la representación estaba comprometida por el movimientismo, en el modo neoestadocéntrico lo está por una forma partidaria donde se alcanzan a constituir representantes. Y donde, a diferencia del viejo modo, en el que encontrábamos liderazgos de identidad, hoy

encontramos liderazgos de popularidad (Cheresky, 2010): el ciclo rápido de la popularidad concedida por los medios.

Dicho esto, podemos intentar precisar una de las diferencias en la organización económico-estatal entre ambos casos, las formas de relación entre el Estado y los empresarios en la actualidad. Creo que estas formas están inscriptas en tendencias de largo plazo que ya hemos discutido en capítulos anteriores, y pueden a su vez ilustrar esas tendencias y brindar elementos para conjeturar sobre el futuro de las mismas.

Tanto en Argentina como en Brasil, la década de los noventa fue de grandes reformas estructurales, más allá del juicio que se tenga sobre ellas. Un rasgo presunto de esas reformas consistiría en la retirada del Estado de la economía, y en una profunda redefinición del vínculo entre este y la sociedad. Ya en nuestros días, hay un consenso en torno a que el Estado ha regresado a un primer plano, si no tanto en términos de propiedad de activos económicos, sí en lo que se refiere a funciones de coordinación y orientación. Pero, si esto fuera así, ¿bajo qué formas? No me propongo en este capítulo responder en términos amplios esta pregunta, sino hacerlo de modo parcial identificando tendencias en la relación entre Estado, agentes económicos e instituciones en ambos casos.

En primer lugar, cabe remarcar un trazo que se hace presente en la última década y que es inédito desde que se recuperó la democracia en ambos países: un Estado con renovadas capacidades. Esta adquisición de capacidades se debe al menos a cuatro factores. Uno de ellos es un contexto internacional favorable: principalmente, el alza de los precios de *commodities* exportados por Argentina y Brasil. El segundo consiste en que el Estado se ha librado, como consecuencia de las reformas de los '90, de gran parte de los compromisos fiscales que lo abrumaban hasta entonces (por ejemplo, los vinculados a las empresas de servicios públicos). El tercer factor se relaciona con la estabilidad macroeconómica, adquirida de modo gradual y continuo en Brasil, y de modo traumático, tras el colapso de la convertibilidad, en la Argentina. El cuarto factor estriba en el aumento de la carga tributaria después de su declinación en los '80 (desarticulación del pacto); esta ha ido aumentando continuamente en Brasil (como parte de un proceso de rearticulación del Estado que se perfiló en los '90) y diversificándose, arraigándose (ganancias) y de modo bastante abrupto en la Argentina, para alcanzar en ambos casos niveles expresivos del PBI. En poco tiempo, el nuevo Estado disfruta de solidez económica externa y de solvencia fiscal (la ha ido perdiendo recientemente en la Argentina, pero eso es consecuencia de una mala gestión macroeconómica).

Esta disposición de capacidades consiste –en lo que nos interesa discutir aquí– en la posibilidad estatal –gubernamental– de movilizar ingentes recursos en respaldo de sus intervenciones en el mercado y en el mundo de los agentes económicos, en la de asignar premios y castigos a esos agentes y, por fin, en la de disponer de modo arbitrario de dichos recursos por parte de los agentes gubernamentales. Los gobiernos han ganado grados de libertad.

El Estado con renovadas capacidades de intervención es una precondición para formas de acción variadas. Creo que idealmente se pueden distinguir dos: una de ellas es discrecional, jerárquica, informal, particularista (incluyendo la asignación de premios y castigos), "disciplinadora" (de agentes económicos díscolos); y no orientada a generar mayor eficiencia sistémica sino privilegios. En su extremo, este modo es una versión cruda del capitalismo político. La otra es formal, universalista, sujeta a reglas, negociadora, y más orientada a generar mayor eficiencia sistémica y a la generación de un proceso genuino de inversión.

Las mayores capacidades de intervención se utilizan en direcciones muy diferentes. Hay mayor capacidad de disciplinamiento de los agentes económicos, pero mientras que en la primera se trata de un disciplinamiento en relación al poder político, en la segunda busca ser pro mercado y pro eficiencia sistémica.

Se trata de tipos ideales. No obstante, creo que se puede afirmar que en la Argentina la forma dominante es la primera, mientras que en Brasil hay un equilibrio entre las dos formas.

En la Argentina, la formación oficialista (que incluye un sector empresarial) organiza la apropiación de una parte de los recursos que el Estado (inéditamente) puede captar. No se trata de un desvío, una orientación que se aparta de una pauta más general, sino de una tendencia constitutiva de la presente relación entre el Estado y los agentes económicos. Asimismo, no se desarrollan capacidades estructurales, sino despóticas (Michael Mann, 1997), de ejercicio estatal. Esto presenta varios elementos:

a) Subsidios: dado su manejo discrecional son una herramienta de presión (esto incide en las empresas de prestación de servicios públicos, como Metrogas, pero también en las empresas que se benefician con la adquisición de insumos subsidiados), y han aumentado enormemente (véase cuadro más abajo).

b) Particularismo: el gobierno tiene más fuerza frente a los agentes económicos y la emplea según las pautas indicadas más arriba. El grado de corrupción aumenta *pari passu*. Se incrementa el temor de los empresarios pero también su susceptibilidad al establecimiento de vínculos colusorios con los agentes gubernamentales.

c) Desarrollo de un capitalismo de amigos:[1] para una porción importante de la economía argentina,[2] el ingreso a los negocios tanto como las ganancias dependen centralmente de los vínculos que las empresas establezcan con los agentes gubernamentales. El caso por excelencia es la obra pública, que supone también sistemas cartelizados para atender las contrataciones. Ejemplos en el sector petrolero (incluye la inversión por parte de "aventureros", empresarios improvisados cuyo principal activo son los contactos gubernamentales) y el sector gasífero, entre otros. El gobierno ejerce intervenciones y presiones directas (recompensas, amenazas, castigos) incluso para que la titularidad de la propiedad cambie de mano.[3] Presiones sobre accionistas, asignación arbitraria de contratos, práctica sistemática

1 El origen de la expresión es la equivalente a la americana *crony capitalism*; con sus variantes, se alude a la creación de posiciones privilegiadas para agentes económicos, a partir del uso de posiciones políticas que de un modo lícito o ilícito tienen el poder de efectuar esa alteración. Se puede tratar de cualquier bien (información, regulaciones y disposiciones legales, etc.) cuyo empleo afecte al proceso de acumulación. Por supuesto, los amigos o compadres retribuyen, con recursos, a los políticos. En algunos casos, estos apoyos son esenciales como base de sustentación del régimen.

2 Según Albanese (comunicación personal, 2011) en seis rubros: 1. Obras públicas (Electroingeniería, Lázaro Báez); 2. Servicios públicos (Electroingeniería, grupo Mindlin, etc.); 3. Actividades reguladas por el Estado (grupo Esquenazi, Cristóbal López); 4. Subsidios, empleo selectivo de los fondos controlados por la Anses; 5. Mecanismos de financiamiento del Estado; 6. Negocios de Estado a Estado.

3 Un ejemplo en que los participantes de una compra son descartados / fijados por el gobierno, lo encontramos en la empresa elegida para acompañar a Enarsa en la compra del 50% de Transener. Similar presión está sufriendo Petrobras para que venda sus acciones de la distribuidora eléctrica Edesur a otro mimado del poder político, el dueño del juego Cristóbal López, en detrimento de otros candidatos que ya habían avanzado en su compra. Como señala un editorial del diario *La Nación*: "La maquinaria regulatoria y administrativa del Estado está funcionando para que algunos amigos del poder puedan desembarcar en empresas como Telecom, Metrogas o Edesur. En todos los casos se repite un mismo curso de acción con la misma matriz mafiosa. Los funcionarios acorralan de manera arbitraria a accionistas de una determinada empresa, en especial si son extranjeros, para que, al cabo de un tiempo, no encuentren otra salida que desprenderse de su propiedad [...]. En el caso de Telecom, por ejemplo, se utilizaron resoluciones de la Comisión Nacional de Defensa de la Competencia y de la Secretaría de Comunicaciones". En el proceso de venta de varias empresas de relevancia estratégica como *Telecom, Metrogas, YPF* y muchas más –en todos los casos, con sutiles diferencias– se fuerza a los accionistas de estas empresas a desprenderse de su propiedad ya sea por congelamientos tarifarios obligados, medidas arbitrarias de organismos gubernamentales u otras medidas que apuntan a desvalorizar sus activos. "Allí queda allanado el acceso de nuevos dueños, comúnmente empresarios cercanos al kirchnerismo, o directamente a su reestatización."

de sobrefacturaciones, son otros tantos mecanismos detectables. De todo esto emergen empresarios con trayectorias vertiginosas y la creación de un sector empresarial que financia a, y a la vez depende de, la formación oficialista (las empresas se adaptan).[4] Un caso emblemático de capitalismo de amigos es el de Rudy Ulloa Igor, inicialmente cadete del estudio jurídico de Kirchner, y al cabo poderoso empresario de medios en Santa Fe. Otro es Cristóbal López, con adjudicaciones petroleras, en el sector supermercados, y en el de asfalto de carreteras.

Otro es el de Lázaro Báez, empresario "kirchnerista" que gracias a sus contactos con el poder se quedó con importantes áreas petroleras en Santa Cruz sin el menor antecedente en el sector energético.[5] Un grupo de exsecretarios de energía (Daniel Montamat, Jorge Lapeña, Julio César Aráoz, Enrique Devoto, Alieto Guadagni, Raúl Olocco, Emilio Apud y Roberto Echarte) acusa una "Preocupante caída de las reservas de petróleo y de gas, descenso de la inversión, crecimiento descontrolado de subsidios que benefician a los que más tienen, pérdida del autoabastecimiento y fuerte déficit de la balanza comercial energética". Pero este grupo atribuye esos déficits a "la consolidación de un capitalismo de amigos, que ha provocado sobreprecios en varias obras del sector", y cuestionó el millonario acuerdo firmado con Qatar para importar gas natural licuado (GNL). "El capitalismo de amigos favorece la concesión de servicios y obras a gente que tiene afinidad [con el Gobierno], pero que no necesariamente tiene conocimiento del sector", señaló Apud, y mencionó los casos del ingreso del Grupo Petersen en YPF y de la transferencia de Edenor a Pampa Energía. La provincia de Santa Cruz licitó 14 áreas petroleras y dejó afuera a todas las compañías con experiencia para repartirlas entre Lázaro Báez y Cristóbal López, dos empresarios a los "que les da lo mismo invertir en el juego, la construcción, los medios o el petróleo".[6] También Electroingenie-

4 Cristóbal López, Lázaro Báez, Eskenazi, Grupo Dolplin, Grupo Petersen, de crecimiento vertiginoso, poseen una muy buena relación con el gobierno (v.gr. la forma en que el grupo Petersen adquiere YPF), no tienen peso en las organizaciones empresariales (privilegian vínculos no institucionales) y se desenvuelven en sectores económicos de alta sensibilidad política (varios provienen de la Patagonia).
Se destaca la "posición de fortaleza y unilateralidad del gobierno" (Diego Finchelstein, noviembre de 2011, presentación en Archivo de Historia Oral, Buenos Aires).

5 Lázaro Báez, empresario sindicado como la cabeza de un conglomerado de constructoras de la provincia (desde empleado bancario), Austral Construcciones, que se adjudicó 3500 millones en 5 años.

6 Por pedido de los funcionarios más encumbrados de la administración kirchnerista, Repsol YPF viró sus pretensiones y decidió venderle sus activos a un grupo empresario local, no ya exponerlos en el mercado bursátil. Apareció entonces el

ría es un caso puro de capitalismo de amigos, crece vertiginosamente ganando contratos por influencia del gobierno y es elegida por el gobierno directamente para acompañar a Enarse en la compra del 50% de Transener.

d) Permeabilidad gubernamental a intereses empresariales de gran porte: encontramos ejemplos en minería (con mineras multinacionales)[7] y medios (grupo *Clarín*, hasta 2008).[8]

Estas redes, consideradas en términos generales, por un lado no son estables, no asientan intereses empresariales que tengan un compromiso duradero con el negocio. Por otro lado, y es el punto principal, no constituyen un modelo de acumulación; están organizadas de modo tal que su rentabilidad no depende de su competitividad sino de un marco favorable decidido y administrado políticamente. En otras palabras, hay descomunales transferencias de rentas.

La otra cara de la misma moneda es el financiamiento de la política partidaria. El gobierno nacional ha trasladado el esquema de formación de caja de financiamiento político, ya practicado a nivel provincial, y que

---

hombre designado, un banquero que era socio del estado de Santa Cruz, Enrique Eskenazi, dueño del grupo Petersen, controlante del Banco de Santa Cruz, activo del que la provincia conserva el 49%, con obra pública en la provincia y la nación.

7 Una extrema permeabilidad a los intereses empresariales, en especial los más fuertes y con posibilidades de generar importantes contrapartidas, es una faz del capitalismo de amigos. Un caso ejemplar es el de la minería, según la analiza por ejemplo Miguel Bonasso (2011): *El Mal* cuenta cómo la multinacional canadiense fue obteniendo amplios permisos para explotar en San Juan los yacimientos de oro de Veladero y Pascua-Lama (proyecto binacional con Chile) a través de los gobiernos de Menem, Fernando de la Rúa y los Kirchner. También, relata Bonasso, cómo se violaron leyes impositivas, de defensa y medio ambiente. Y, sobre todo, cómo la Argentina y Chile cedieron aguas y soberanía para crear un "tercer Estado" en cada yacimiento, que no pueden controlar. "En Pascua-Lama, el oro se sacará un 75% del lado chileno, pero nosotros proveemos el 90% del agua y del lado argentino queda el valle de lixiviación, una olla de agua, roca molida y cianuro equivalente al dique San Roque [de Carlos Paz]", señala el diputado. "Cada día, van a triturar 45.000 toneladas de roca con 4 toneladas de cianuro y 27 millones de litros de agua", agrega, para llamar "cómplices" del saqueo a la Presidenta y sus ministros. "Si fuera meramente un acto de corrupción, yo ya cumplí como ciudadano cuando los denuncié ante la Justicia. Pero esto es corrupción estructural." "En el turbio encuentro entre negocios y política, Kirchner fue más lejos que Menem. No sólo Cristina. Fueron los dos", culmina.

8 "En el caso de *Clarín*, la relación entre Magneto y Kirchner era estrechísima, se veían prácticamente todos los días. Durante ese período el presidente les dio la fusión *Cablevisión* y *Multicanal*, y les paraba cuanto problema podían tener en la Justicia. La contrapartida era tener el medio de comunicación más importante a favor del gobierno. Esto es así hasta la (resolución) 125." (Entrevista.)

es la contrapartida del capitalismo de amigos.[9] Pero este esquema de formación de caja es muy diferente a lo que se entiende habitualmente por financiamiento de la política: se trata de tener los grupos empresariales propios, no simplemente tener dinero sino activos.

Otro rasgo es la disposición informal de las estructuras burocráticas preexistentes (v.gr., resoluciones *ad hoc* de la Comisión Nacional de Defensa de la Competencia y de la Secretaría de Comunicaciones), y la manipulación discrecional de las estructuras, como en la concentración en manos de un funcionario (Julio De Vido) de todas las áreas del sector público que tienen que ver con los servicios públicos.[10] La influencia en la Comisión de Defensa de la Competencia da la pauta de esta forma de acción; en general, se trata de una red informal, pero que se vale de la manipulación de los instrumentos legales, y que se extiende por todo el aparato estatal relacionado con sus intereses.[11]

En rigor, domina una concepción antiinstitucional sobre la índole de los intereses: el único empresario que no es enemigo es aquel que es amigo. Y al enemigo ni justicia: quien está fuera de nuestro radio de acción no puede ampararse en reglas. Las reglas son inútiles (son útiles apenas cuando y en la medida en que se las pueda manipular, pero en el fondo no cuentan), de lo que se trata es de una pura relación de fuerzas –ni mercado ni instituciones (v.gr., si una empresa precisa, como es de praxis, conocer para planificar cuál sería su margen de rentabilidad, la respuesta del gobierno es: "Uds. hagan las inversiones y yo les cuento cuánto van a ganar")–. Los empresarios son intrínsecamente inmorales y para tratar con ellos las instituciones no son la respuesta, la respuesta está en ser más inmorales que los empresarios:

9 "De Vido y Kirchner trasladaron de Santa Cruz toda una concepción del empresariado [...] [para ellos] sin caja no hay política [...] y De Vido consiguió armar desde 1991 el esquema económico [...] nada se podía hacer si no se tenía la autorización de un funcionario provincial". En palabras de un excolaborador: "[...] no había en Santa Cruz una clase empresaria cercana a ellos. Entonces hubo que crearla. Todos los que empezaron a hacer negocios con el gobierno provincial eran muy cercanos a la administración kirchnerista".

10 Ya a nivel nacional, De Vido "Se apoderó de todas las áreas del gobierno que tuvieran que ver con servicios públicos: telefonía móvil o fija, aguas, cloacas, trenes, subtes, colectivos y aviones, subsidios, energía, rutas" [ ].

11 Las estructuras informales dentro del Estado que garantizan efectividad al esquema incluyen redes de parientes y amigos en posiciones clave de la burocracia pública (Alessandra Minnichelli, esposa de Julio De Vido, es la número 2 de la Sindicatura General de la Nación). El presidente del Órgano de Control de Concesiones Viales, Claudio acusa a los constructores de cartelizarse para facturarle sobreprecios al Estado (y es muy directamente una estocada a De Vido).

en la "amistad", la cooptación, en comprarlos y mantenerlos comprados, en que la misma existencia como empresarios dependa del poder político. Es decir, está en ser más eficazmente inmorales que ellos. No se da una respuesta institucional, se da una respuesta de facto, oponiendo inmoralidad a la inmoralidad. Y el ejercicio de las capacidades despóticas crea una particular forma de disciplinamiento. Como señala Marcos Novaro (2011):

> El kirchnerismo no solo se consolidó en el poder mucho más rápido que el menemismo sino que verticalizó mucho más ese control; y además, en tanto apostó a "devolver grados de autonomía a la política", en vez de apuntar a integrarse en una élite económica preexistente, quiso sumar recursos económicos a los políticos que tan rápido consiguiera y conformar un conjunto de actores económicos cuyas ganancias fueran dependientes de su permanencia en el poder.

Esta orientación presenta, además, sesgos distributivos regresivos. Por ejemplo, mientras que en 2011 los subsidios a los sectores energético y transporte equivalían al 2,7% del PBI, las asignaciones universales alcanzaban al 0,2% PBI (Sebastián Katz, 2012). Los subsidios en 2005 alcanzaban solamente a 0,7% del PBI; y en el 2010 habían remontado al 3,3%. Las transferencias a empresas privadas ascendían a 29 093 millones, más que la suma de las asignaciones familiares y la asignación universal por hijo.[12] Y las asignaciones también presentan efectos negativos de largo plazo: desenvolvimiento de empresarios predatorios, bajos incentivos a la eficiencia y a la inversión. Se trata de un intercambio de poder y riqueza por poder y riqueza; aunque en el primer caso el énfasis esté colocado en la acumulación de poder político (y el poder en el segundo caso consiste en acceso, influencia, etc.), esta acumulación no se concibe sin el atesoramiento económico. En el extremo, se trata de un capitalismo puramente político, con acumulación directamente al servicio del déspota; verticalizado todo en un proyecto de poder.[13]

Comparativamente, el caso argentino tal vez se aproxime más a la Rusia de Putin que al caso brasileño. Caben pocas dudas de que el caso bra-

12 No es del todo diferente en el caso brasileño, aunque se trate de un modo de relación diferente. Desde ángulos distintos Fernando Henrique Cardoso y Francisco de Olivera sostienen que el gobierno lo que hace es transferir de los pobres a los empresarios.

13 Un ejemplo de señales negativas a largo plazo es el de las tarifas ferroviarias: gracias a los subsidios se mantienen en uno de los niveles más bajos del mundo. Y la inversión es inexistente. En el sector energético (donde dominan los subsidios y prácticamente no hay inversión) se gasta en el corto plazo más que lo que sería necesario invertir.

sileño también es un caso de capitalismo de amigos. Los capitalistas reciben dinero subsidiado en forma masiva. La selección de los agentes económicos no es enteramente independiente de la influencia, el financiamiento de la política, etc. Las áreas estatales en las que se practica un clientelismo a gran escala con empresas (por ejemplo las relacionadas a la obra pública) son numerosas y cuantitativamente importantes. No obstante, si comparamos con la Argentina, salta a la vista una diferencia fundamental: las instituciones. Los intercambios están profundamente institucionalizados, primero, por las grandes y poderosas burocracias públicas y, segundo, por aquello que Sergio Lazzarini (2011) bautizó como capitalismo de lazos. Entonces, las más importantes de esas burocracias públicas neutralizan las formas más particularistas y llevan adelante una asignación, aunque privilegiada, básicamente sectorial. Esta asignación estriba fundamentalmente en masivos préstamos, a tasas subsidiadas, de los fondos de pensión de los trabajadores del sector público y las grandes empresas de servicios.[14] Y en el caso del capitalismo de lazos la clave es la circulación de información, y el sector público ocupa una posición fundamental. En otras palabras, el Estado ocupa un lugar central en la circulación de recursos y de información privilegiada.[15]

Así, en Brasil hay una pauta bifronte; por un lado, existen áreas del sector público en que es flagrante cómo funcionan el capitalismo de amigos y el clientelismo, como por ejemplo el Ministerio de Transporte, que tiene un peso presupuestario de primer orden. Por otro, hay áreas, como el BNDES, en las que esas prácticas no son frecuentes. Se vislumbran aquí los patrones históricos del Estado y el capitalismo brasileños: la coexistencia de islas de eficiencia y áreas clientelares, y la pervivencia de las gramáticas brasileñas de Edson Nunes (2003), la de islas de eficiencia y de clientelismo.[16]

14 Lazzarini (2011) observa que el volumen de crédito en Brasil es pequeño (y con subsidios) comparado con otras naciones; y parte del crédito es direccionado. "Crédito escaso, concentrado en bancos públicos y '*carimbado*' [...] como buena parte de los financiamientos provienen de bancos públicos, se torna obviamente ventajoso influir en el destino de los préstamos y asignaciones gubernamentales [...] el capital financiero es más que un aspecto operacional [...] se torna recurso estratégico y fuente de ventajas competitivas, del mismo modo que los medios particulares para conseguirlo".

15 "En diversos casos, egresados de la burocracia pública prestan servicios de consultoría cuya finalidad es exclusivamente 'abrir puertas' con el empleo de sus antiguos colegas de trabajo [...] ciertas particularidades del sistema político brasileño indican que los canales clientelistas tienen un papel relevante en el capitalismo de lazos [...]" (Lazarini, 2011).

16 Es interesante observar las percepciones argentinas sobre el desarrollo institucional brasileño. Según Hamilton Almeida (Winand) Perón veía Itamaraty como "Una

Son interesantes los contrastes luego de la etapa de privatizaciones. En Brasil, por un lado, tenemos una mayor presencia estatal reguladora y no una menor presencia en términos de propiedad (el Estado privatizó pero conserva mil posiciones en los organismos de administración de las privatizadas para controlar parte del capital accionario). Como lo expresa Lazzarini (2011):

> Aunque sea innegable el aumento del capital extranjero y la menor participación directa del gobierno vía estatales, la capacidad de intervención del gobierno no disminuyó y los principales actores centrales de la economía continúan siendo entidades ligadas directa o indirectamente al gobierno, en asociación con algunos grupos privados de mayor envergadura [...] de forma hasta paradójica, el fenómeno de privatización y la mayor inserción global que siguió a la década del '90 en Brasil ayudaron a reforzar la influencia del gobierno y de ciertos grupos domésticos [...]. [Se hace patente] el expresivo aumento de centralidad de actores directamente o indirectamente ligados al sector público [...] centralidad de los fondos de pensión estatales [...] de las entidades gubernamentales [...] aumento de las desigualdades de influencia [...] los principales actores centrales continúan siendo, con creciente importancia, entidades ligadas al gobierno y algunos grupos locales.[17]

Comparando con la Argentina, los ingresos que provienen en cada caso de tributaciones de las empresas privatizadas varían fuertemente. Mientras que en Brasil son sustanciales, en la Argentina prevalecen los servicios públicos subsidiados. En la Argentina, el Estado ganó capacidad de acción y el gobierno optó por manejar esta capacidad como un componente relevante de su política macroeconómica. Los subsidios son una herramienta de presión, dado el manejo discrecional con que el gobierno los otorga o los niega. Un ejemplo: para Metrogas se eligió el método de asfixiar a la compañía con un congelamiento en sus ingresos que se ha prolongado ya por más de una década. Durante ese período se pesificaron las tarifas,

institución supra-gubernamental que debería ser desmontada junto con otras excrecencias imperiales" –hay una comunicación de Cooke describiendo Itamaraty como "una especie de entidad autónoma dentro del Estado"–.

17 Se tornó común que el gobierno emitiera títulos de deuda para financiar al BNDES –lo que también caracteriza una asignación direccionada, ya que las deudas públicas pasan a alimentar proyectos particulares–.

aumentaron los costos y se aceleró la inflación. Ese cuadro de dificultades impidió a Metrogas hacer frente a sus deudas.[18]

Subsidios como % del PBI	**2002**	**2009**
Energía y combustible	0,21	1,86
Servicios	0,69	2,79
Transporte	0,64	2,65
Subsidios totales como % del gasto público total	29,19	43,19

Fuente: Katz, 2012.

Dado que el gobierno argentino tiene más fuerza *vis a vis* los agentes económicos, y ha utilizado esta fuerza para incrementar su grado de intervención en una dirección determinada, arbitraria y fuertemente particularista (entre otras cosas esto significa que no se ha fortalecido al Estado), el grado de discrecionalidad y el de corrupción han aumentado paso a paso, y también se ha incrementado el temor de los empresarios y su susceptibilidad a establecer con el gobierno vínculos colusorios y a sujetarse a formas de capitalismo de amigos (la selectividad y la particularidad debilitan a los empresarios, que tienen más dificultades para presentar un frente cohesionado).

La generación de capitalistas amigos (justificación, pretexto ideológico: urgencia por contar con una "burguesía nacional", aunque en verdad los amigos son "administradores" y socios de un sistema de generación de riqueza y poder que está lejos de constituir una "burguesía nacional") impone esbozar un contraste con Brasil. En los dos casos, la posibilidad de hacer buenos negocios (el ingreso a los negocios y las ganancias extraordinarias en ciertas actividades) depende de los vínculos con el poder político; pero, aun siendo posible considerar los dos casos como variantes del capitalismo de amigos, la diferencia entre ambos es muy grande. Básicamente porque en Brasil se trata de relaciones institucionalizadas, prin-

18 La reciente intervención estatal de Metrogas, a raíz de que no podía cumplir con un vencimiento de deuda de U$S 20.000.000, ilustra el punto: las tarifas de gas están virtualmente congeladas desde el año 2001, incluyendo un aumento acordado con el Gobierno en el 2009 pero luego suspendido en un 30%. "Siguiendo la lógica 'K' ya sabemos qué pasará si una de sus empresas favoritas —Electroingeniería, de Gerardo Ferreyra, íntimo amigo del Secretario General Carlos Zannini— formaliza su intención de compra de Metrogas. Electroingeniería ya controla el 50% de Transener gracias a la presión que el Gobierno ejerció sobre Petrobras para que se desprendiera de sus acciones allí". (Entrevista.)

cipalmente el BNDES, los otros bancos estatales, los fondos de pensión, las empresas de capital abierto con control estatal como Petrobras y Vale (muchas inversiones del BNDES están conectadas a iniciativas de concentración sectorial –fusiones y adquisiciones de empresas–) y nada de eso hay en la Argentina, donde el *crony capitalism* funciona de un modo extremadamente particularista, haciendo empresas de la noche a la mañana y que reproducen con el gobierno, o con figuras del gobierno, una relación clientelar. Creo que el brasileño es un capitalismo muy organizado, la red es densa, y el Estado puede, mal que bien, llevar a cabo unos objetivos generales y de largo plazo, y los costos de transacción están más o menos controlados para todos. Como observa Lazzarini, "Nada más natural que envolver en el proceso de reestructuración de la economía a actores públicos o privados que *ya* estaban enredados en las redes locales". Las capacidades estatales preexistentes y los intereses de las burocracias pesan en este proceso.[19] No se percibe nada de esto en el caso argentino. En la Argentina las formas de intervención del gobierno son mucho más primarias, brutales y drásticas, ya que no tienen por límite configuraciones institucionales asentadas.

Creo que se puede argumentar que según la conjugación de a) las tradiciones de la relación entre agentes estatales y empresarios, b) las características (más o menos críticas, más o menos discontinuas) de la transición entre la organización económica de los noventa y los 2000, y c) las formas dominantes de privatización, así fueron las formas del capitalismo de amigos; habría un *path dependence* que distinguiría a Brasil de Argentina. En Brasil, el capitalismo de amigos asume una pauta bifronte: con un sector más próximo al *crony capitalism* típico y otro presidido por formas altamente institucionalizadas, y en general categoriales –el capitalismo de lazos de Lazzarini–.[20] En él, los efectos más deletéreos sobre la economía y el poder

19 Lazzarini cita a Fernando Henrique Cardoso: "Los fondos de pensión son 'estrellas nuevas'. Surgieron en el firmamento, cambiaron de trayectoria y nuestros voraces pero ingenuos capitalistas reciben de ellos el abrazo de la muerte. Con una ayudita del BNDES, entonces, todo queda perfecto: tenemos la alianza entre el Estado, los sindicatos, los fondos de pensión y los suertudos de grandes empresas que se asocian a ellos". "Solo olvidó mencionar –agrega Lazzarini- que esa 'alianza' se reforzó durante su propio gobierno y que, esencialmente, es puro reflejo del íntimo e histórico entrelazamiento entre Estado y capital privado en Brasil [que él mismo había anticipado]. Los fondos de pensión de las estatales fueron y probablemente continuarán siendo instrumentos políticos del gobierno –cualquier gobierno–."

20 Lazzarini (2011): "La primera estrategia fue elegir al BNDES como entidad central en las privatizaciones [...] presentaba elevada capilaridad en la economía por medio de sus innúmeras participaciones accionarias y préstamos [...] así, podría actuar en los

están limitados; en la Argentina el capitalismo de amigos es sumamente particularista; tras la crisis, el Estado readquirió capacidades de acción y de regulación sobre la base del ejercicio arbitrario de la autoridad pública.

Se podría decir que en Brasil, y sin incurrir en un juego de palabras, es el Estado como tal quien es amigo de los capitalistas, mientras que en Argentina hay capitalistas amigos de políticos, hay redes, pero no institucionales.[21] En Brasil, como argumenta Lazzarini, la tendencia centralizadora del gobierno es de vieja data. Evoca a Raymundo Faoro (1998), "Es así porque siempre fue". En el gobierno de Fernando Henrique Cardoso las privatizaciones pudieron ser viables con una fuerte presencia de entidades ligadas directa o indirectamente al Estado. En el gobierno de Lula, las estructuras establecidas en el período anterior sirvieron de canales de influencia en el mundo corporativo y se multiplicaron debido a la acción más intensa de entidades públicas como el BNDES. En otras palabras, el Estado brasileño no solo organizó políticamente el proceso de privatizaciones, sino que lo acompañó con instituciones clave, que luego pudieron, y precisamente por eso, desempeñar un papel central en la escena de llegada de esa transición.

Claudia Haddad (*O Globo*, noviembre de 1913), no obstante, se pregunta:

> ¿Quién garantiza que estos proyectos son más meritorios para el país que los que no se hicieron por falta de acceso al BNDES o porque tuvieron que enfrentar, en el caso de las inversiones públicas, restriccio-

---

remates no solamente como ejecutor de las ventas, sino también como inversor efectivo y financiador de los compradores [...] irónico: un banco público condujo el proceso de venta de estatales para actores privados [...] con eso mantuvo su centralidad en la economía. La segunda estrategia fue envolver una clase de inversores que, en los '90, ya venía despuntando con impresionante vigor: los fondos de pensión [...] (en 1997, 79% fondos de pensión públicos) que en el arranque de las privatizaciones ya exhibían gran penetración en el mercado accionario [...] presentaban íntima asociación con sindicatos y asociaciones de empleados [...] actor híbrido, representante de los servidores públicos como partícipe activo en la arena capitalista, nuevo punto focal entre gobierno e inversores que de repente ven en esos fondos el 'mapa da mina' (Francisco de Oliveira). Del punto de vista del gobierno, en un momento de venta de empresas estatales, ¿qué sería más conveniente que un inversor ampliamente capitalizado y bajo su influencia?".

21 El caso de los Kirchner parece ser un sistema radial, cada uno de los miembros del grupo (ministro, secretario) interactúa con grupos de empresarios, algunos de ellos de reciente formación al calor estatal, y ese agente público es el responsable de que tengan lugar los intercambios. En estos casos, hay una fuerte cartelización: una colusión de cara al sistema de adjudicación de las obras.

nes presupuestarias? Para mantener las carreteras de un país, o mejorar la educación básica, el gobierno no tiene recursos. Entre tanto, su subsidiaria integral suelta dinero en subsidios a todos aquellos que se encuadran en sus programas, con definiciones de encuadramiento cada vez más flexibles.[22]

Probablemente estas críticas sean muy apropiadas (se podría imaginar un sistema diferente de asignación por parte del BNDES), pero independientemente de esto, lo que está claro es que el gobierno es capaz de organizar una asignación de recursos de largo plazo, cosa muy diferente al tipo de asignación del caso argentino (en el que la continuidad de las redes y de la existencia de muchos empresarios depende de la continuidad de grupos en el poder político y en el que, complementariamente, no hay un modelo de acumulación. Probablemente este, por su magnitud, sea el contraste más significativo. Pueden de hecho existir inversiones de retorno social *más seguro* [comparando el riesgo]. Por ejemplo, proyectos de salud y educación en áreas carenciadas normalmente generan ganancias significativas de renta y bienestar. ¿Compensa al país –sigue preguntándose Haddad– tener una estructura organizacional de gran porte dedicada a financiar empresas?

Mientras que en la Argentina lo que hizo el gobierno es desarrollar (tomando la conceptualización de Mann, 1997) las capacidades despóticas, no las capacidades estructurales del Estado, en Brasil, creando "campeones", transfiriendo recursos del modo (¿regresivo?) en que lo hace, escogiendo proyectos empresariales y descartando proyectos alternativos, el Estado demuestra una vez más su poder de comando sobre la sociedad, su predominio sobre los actores y grupos sociales y su nunca desmentida capacidad de organizar alianzas perdurables y bajo su mando.[23]

22 Había, en el BNDES, el deseo de crear "campeones nacionales", esto es, "empresas brasileñas de gran porte establecidas por el mundo [...] apoyando determinados grupos privados y realizando repases por medio de préstamos directos del gobierno (o sea, sin pasar por el cribo del presupuesto de la Unión)", explica Lazzarini. La idea de crear *campeones nacionales* es hechura ideológica *petista-nacionalista*; no tiene un fundamento económico. Pero se emparenta con la grandeza de la Nación y el Estado brasileños, y su consiguiente proyección en el mundo.

23 Un ejemplo comparativamente útil es el de los fondos previsionales; en Brasil, desde luego que forman parte del capitalismo de lazos, pero se trata de una gestión muy institucionalizada (siguiendo a Lazzarini); mientras que en la Argentina, la defectuosa privatización (AFJP) creó las condiciones para que el gobierno de CFK diera un manotazo brutal y dispusiera de esos fondos (por ejemplo en el mercado accionario) con arbitrariedad.

Anexo
Gírias y léxicos políticos

Este es un compendio sumario de las jergas políticas de ambos países. Se trata de una recopilación necesariamente incompleta, pero los vocablos incorporados son significativos semánticamente o por la frecuencia de su uso. Como observamos en el apartado correspondiente, los contrastes en los términos fundamentales que componen la jerga política en cada caso son expresivos, a su vez, de contrastes en la política y la cultura política. La lista ha sido elaborada por Vicente Palermo y Rafael Mantovani.

Claves de uso: jpo = jerga política; 1. el término, 2. sus categorías, 3. significado, 4. equivalente, si existe, en la otra lengua, 5. ejemplos de uso, 6. palabras de la misma familia, 7. palabras conexas, 8. algunas referencias y precisiones.

acabar em pizza; 2. jpo; 3. Finalizar um processo político em acordos sórdidos; 4. [**nb: terminar en enjuagues, arreglos, transas, contubernios**]; 5. "Sabe aquele tipo de cara que diz assim: 'a situação tá difícil', 'no congresso tudo acaba em pizza!', 'isso é uma vergonha!'? Eles são chatos mesmo. O foda é quando eles se tornam jornalistas...".

aluvión zoológico; 2. jpo; 3. Calificación extremadamente despectiva contra los peronistas en su supuesta índole de masas animalizadas devenidas en horda; 5. "El aluvión zoológico del 24 de febrero parece haber arrojado a algún diputado a su banca, para que desde ella maúlle a los astros por una dieta de 2.500 pesos. Que siga maullando, que a mí no me molesta" (diputado radical Ernesto Sanmartino, agosto de 1947); 8. Para los **gorilas**, no alcanzaba definir al peronismo en su supuesta condición de política plebeya. En 2008, la expresión fue exhumada en ocasión del conflicto campo-gobierno, tácita pero indubitablemente. Mario Llambías, dirigente de las CRA, expresó: "De ese lado estaremos nosotros, y enfrente queda el zoológico".

amasijar; 2. *gíria* y jpo muy usada en los '70; 3. a. Laburar mucho (amasijarse), b. Matar; 4. a. Camelar, ralar, dar duro, dar o sangue, b. Apagar; 5. a. "Cuando salió de la *colimba*, mi viejo tuvo que amasijarse para *parar la olla* y darle de *morfar* a sus hermanas", b. "¡Apoyo a los leales, amasijo a los traidores!" (consigna peronista en 1973-1974); 8. Desde el exilio de Juan Domingo Perón, dimensiones universales de la política, como la lealtad y la traición, cobraron en la Argentina una relevancia absolutamente inusitada y se convirtieron en cuestiones de vida o muerte.

anomia boba; 2. jpo-intelectual; 3. Metáfora muy habitual sobre la sociedad argentina, interpretada como la de un incumplimiento radical de normas y leyes, incumplimiento tan radical y generalizado, que (pasando de lo anómico a lo anómico "bobo", este es el punto) los comportamientos del pillo, el vivo, el piola, el que quiere *pasarse de vivo*, el *vividor*, el *gorrón* (español), el *free rider*, etc., pierden toda efectividad, ya que nadie puede sacar provecho de ser un vivo o un gorrón, si todos lo son o se comportan como tales. La generalización de comportamientos anómicos (o especulativos, asimismo, en el plano financiero), en esta interpretación de la sociedad argentina, supone un cambio cualitativo en la índole de la "anomia". Desde luego, remite al reinado sin disputa de la desconfianza; 5. "Cotidianamente somos testigos de esta anomia boba, en las filas del banco y en donde no falta el que se cuela; es un tipo de ilegalidad generalizada o ilegalidad masiva. Su origen hay que buscarlo en el pasado colonial..." (*blog Danilo Ulloa*) [es un ejemplo de la banalización del concepto, no del concepto mismo]; 8. El concepto de Carlos Nino, pensando para América Latina en general, es complejo, pero su vulgarización y banalización es fácil: simplemente ha pasado a ser sinónimo de "sociedad anómica".

antinomia; 2. *gíria* y jpo; 3. RAE: "Contradicción entre dos preceptos legales o dos principios racionales"; por ende, el uso argentino es *giriático*, puesto que sus referentes son identidades, orientaciones políticas, intereses, etc.; 4. [embate, *confronto*] [antinomia, *dualidade*]; 5. "¿Continúa vigente la antinomia Ciudad de Buenos Aires/Interior?" – "el valor de la cultura letrada fue el rasgo que pretendía 'separar aguas' entre lo peronista y lo no-peronista. Era una distinción no solo política sino también cultural que [...] buscaba revalidar la antinomia de la '***civilización***' y la '***barbarie***', proveniente del planteo ideológico liberal del siglo XIX" (Marcelo Luna, *Perón en caricaturas*); 8. En 2008, en el marco del así llamado conflicto gobierno-productores rurales, el término volvió por sus fueros en la escena pública argentina.

aparelhar; 2. jpo; 3. Tentar *ideologizar ou partidarizar uma movimentação social*; tentativa de imprimir *um* rótulo político a *uma reivindicação* específica; 4. [**copar**] [**entrismo**]; 5. "*Dois partidos de esquerda aparelharam as assembléias dos movimentos de base de Diadema*".

aparición con vida y castigo a los culpables; 2. jpo; 3. Consigna central de las organizaciones de derechos humanos desde fines de los '70; 4. "*O curioso é que faz alguns meses só que começou a se falar seriamente sobre punição dos militares no Brasil, e que sobre aqueles que dizem que eles devem ser punidos diz-se que tiveram uma 'frase infeliz'.*"; 5. "¡Ahora, ahora, resulta indispensable! ¡Aparición con vida y castigo a los culpables!"; 7. **juicio y castigo a todos los culpables**; 8. La denuncia de las desapariciones masivas y la exigencia de que los represores de cualquier nivel de responsabilidad fuesen juzgados y castigados galvanizaron un nuevo actor político, el movimiento por los derechos humanos.

apriete; 2. *gíria* y jpo; 3. Acción intimidatoria de cualquier índole; 4. (*fazer uma*) *pressão*; 5. "Cuando Alfonsín le ofreció a Luder la presidencia de la Suprema Corte, Luder quería aceptar. Pero desde el Partido Justicialista le hicieron un apriete y el muy *cagón* dijo que no"; 8. Relación con patota, y otras formas de acción grupal que se desenvuelven conforme a reglas informales y en fortísima tensión con las organizaciones e instituciones que integran.

arbolito; 2. Jerga financiera muy popular; 3. Individuo dedicado al comercio de divisas informal y callejero; 5. "En vez de pasar por una casa de cambio, probá con un arbolito, a ver qué cambio te ofrecen, en Florida hay un montón"; 8. De pie, en la calle, y con muchos *verdes*.

Argentina potencia; 2. jpo desde mediados de los '60; 3. Expresa el anhelo de grandeza nacionalista-estatal, asumiendo un imaginario de dimensiones continentales en población, territorio, economía, etc.; 4. [Brasil potencia]; 5. "Tenemos un país que a pesar de todo no han podido destruir, rico en hombres y rico en bienes. Vamos a ordenar el Estado y todo lo que de él dependa que pueda haber sufrido depreciaciones y olvidos. Esa será la principal tarea de mi gobierno. El resto lo hará el pueblo argentino [...]. En el final de este camino está la Argentina potencia, plena de prosperidad, con habitantes que puedan gozar del más alto estándar de vida" (Perón, 21 de junio de 1974); 8. Término inspirado en "Brasil potencia", pero más duradero que el brasileño (una paradoja fácil de entender), consagrado

por Perón en 1974. Mientras que Brasil potencia se utiliza como parte de una expresión más amplia (v.gr., Brasil potencia agrícola, o futbolística), Argentina potencia es un precepto asertivo autónomo.

argentinidad; 2. jpo; 3. Para el nacionalismo, la quintaesencia de lo nacional (según cada nacionalismo sus componentes cambian, pero todos comparten el supuesto de la existencia de esta quintaesencia); es un término que generalmente se utiliza en una retórica nacionalista: la de la identidad amenazada o en peligro; 4. [*brasilidade/ brasilianidade* (es interesante comparar en google argentinidad y *brasilidade*)] [***tupiniquim** (irônico*) (**flor de ceibo**)]; 5. "Carta abierta a un hereje de la argentinidad" (*Revista Caras y Caretas*, 1947); "Argentinidad es un wikia con un punto de vista argentino para artículos relacionados con Argentina, las Malvinas, Georgias del Sur, Shetland del Sur, la Antártida Argentina y las cosas que hacen a los argentinos orgullosos de su argentinidad" (*blog*); "La calle más larga, el río más ancho, las minas más lindas del mundo [...]. También Videla y el Mundial 78, Spadone y la leche adulterada... Manzano se hizo la cirugía del *orto*" (*La argentinidad al palo*); 6. **ser nacional; argentinidad al palo** (Bersuit Vergarabat); 8. Contraste con los homólogos brasileños –*brasilidade, brasilianidade*–: mucho menos usados y más vinculados a lo artístico, musical, deportivo, etc. El rock nacional de Bersuit Vergarabat ridiculiza inteligentemente una síntesis imaginaria de la argentinidad que articula infinidad de lugares comunes. No obstante, sus efectos receptivos son patentemente ambiguos.

asamblea barrial; 2. jpo (en especial) de los 2000; 3. Reuniones de vecinos *autoconvocados* tras la crisis de diciembre de 2001, con el propósito de discutir prácticamente de todo, consecuencia casi forzosa de la consigna multitudinaria "que se vayan todos"; 5. "Esta propuesta para el país que queremos, ha sido realizada por los vecinos autoconvocados en la asamblea barrial..."; 8. Las asambleas barriales constituyeron una fugaz, pero intensísima, experiencia de autogestión política con ribetes utópicos.

autocrítica; 2. jpo (universal) especialmente importante en los '70; 3. Autoinculpación, reconocimiento de errores (reales o ficticios) y extravíos (desvíos, desviaciones), con propósito de enmienda y aleccionamiento político, no raramente luego de una fuerte coerción moral (y a veces física); 4. [autocrítica]; 5. "Creo que es hora de que el compañero se haga una profunda autocrítica"; 8. El problema no es el juicio crítico sobre comportamientos propios, sino la letal carga política del término, que supone "desvíos" (imperdonables y cuyas raíces son siempre ominosamente consideradas, por

ejemplo: el *pasado* pequeño-burgués) a la correcta conducta colectiva (del sujeto revolucionario, la clase, el pueblo, la relación líder-masas, etc.). La autocrítica no es así un ejercicio individual o compartido de juicio crítico, sino más bien algo que se aproxima mucho a la admisión del pecado. Y del mismo modo en que el arrepentimiento no exime al pecador de castigos, de estos tampoco está libre el autocriticado. Actualmente ha perdido esta connotación, para aproximarse a una más banal (a CFK, sostuvo Macri, "le faltó autocrítica en su conferencia de prensa").

bemba; 2. jerga carcelaria y jpo por extensión; 3. Rumor carcelario, bulo; 4. *cochicho, rádio pião, corredor press, rádio corredor*; 5. "'Para Navidad y Año Nuevo habrá 500 libertades'. Esta *bemba* se construyó mediante las declaraciones privadas del sacerdote católico que asistía a los presos. El cura hablaba de 'dos mil' libertades: para tornarla verosímil la cantidad fue reducida a 500, gracias a la oportuna información de un preso cuyos allegados eran amigos de un coronel. Finalmente hubo unas mil libertades, de *garrones*, para las Fiestas"; 8. "Estos retazos de discursos, desarmados y fragmentarios, circulaban 'ilegalmente' de celda en celda [...] y eran comentados, reelaborados y transformados en los patios de recreos [...]. La cárcel política funciona como una máquina, rigurosamente controlada y siempre perfeccionada, de desinformación. Lo que está implícito en *La bemba* es que hay que osar tomar distancia" (Emilio de Ípola, *Página 12*, 29-10-2005).

bicicleta; 2. *gíria* y jpo-financiera; 4. a. Práctica muy extendida de especulación financiera; b. Por extensión, dar largas deliberadamente en una interacción perjudicando al otro y extrayendo provecho de ello; 5. a. Golpe, b. Enrolar, *deixar na mão* (bicicletear); 5. "Los que tenían *la posta* durante el *Proceso*, con la bicicleta financiera hicieron un *fangote de guita*". "—Che, ¿vas a venir o no a arreglarme el **calefón**? Hace una semana que me estás bicicleteando... ¡los pibes no pueden bañarse con el *tornillo* que hace!"; 7. **bicicletear**; 8. Primero el "Rodrigazo" de 1975 y luego la reforma financiera de Martínez de Hoz durante la dictadura militar tuvieron impactos muy extendidos y perdurables en los comportamientos de los agentes económicos, de todo tipo de ahorrista y de la sociedad en general.

cabecita negra; 2. *gíria* y jpo-cultural; 3. des. por provinciano de baja condición social y origen indoamericano, y por extensión cualquier persona, considerada por su condición o aspecto, por quienes emplean la invectiva, como intruso en la ciudad de Buenos Aires. Frecuentemente su uso está cargado de connotaciones racistas. Suele aplicarse asimismo a inmigrantes

de algunos países sudamericanos como Bolivia, Paraguay y Perú; 4. *baiano* (rSP), *baraíba* (rRJ); nb: *caipira* (Aurélio: *habitante do campo ou da roça, particularmente os de pouca instrução e de convívio e modos rústicos e canhestros*); 6. Apenas nb: **pajuerano**; 7. **cabecita**; 8. Resignificado no raramente con orgullo cultural o político, en especial a partir de su uso (junto a otros como **grasitas** y **descamisados**) por Eva Perón. Comparativamente, las diferencias interesantes con ***caipira*** son: a. Que este no es un concepto urbano y **cabecita negra** indiscutiblemente sí; b. Mientras que los términos brasileños urbanos son culturales, el término argentino tiene connotaciones netamente políticas de las que aquellos carecen.

café com leite; 2. *gíria* y jpo; 3. a. *Pessoa, em um jogo, que não está de fato disputando; b. longo período da República Velha em que se revezavão presidentes paulistas e mineiros*; 4. a. **de adorno, de palo, dibujado [nb: no corta ni pincha]; 5.** "*Minha mãe quer que meu irmão menor fique comigo. – Ele joga, mas fica como café com leite, então*".

caixa-dois; 2. jpo; 3. *Alude à prática ilegal de desvio de recursos*; 4. Hacer caja, caja chica, plata negra.

campaña antiargentina; 2. jpo de los '70 y '80; 3. Embuste en el que muchos creyeron (incluidos a los propios militares) durante la última dictadura militar (1976-1983); 5. "La revista *Gente* (julio 1978) [contenía] un cuadernillo justificando el accionar represivo de la dictadura y minimizando las violaciones a los derechos humanos" (*laterriblenovedad.blogspot*); 6. **Los argentinos somos derechos y humanos** (slogan acuñado en reacción a la "campaña antiargentina"); 8. El relato: una conspiración internacional contra la Argentina basada en "mentiras y falsas acusaciones" sobre violaciones de los derechos humanos por el gobierno militar. Como en todo relato de este tipo, los conspiradores y sus propósitos eran completamente fantasmáticos. Dos aspectos son significativos; primero, el notorio éxito doméstico que tuvo el relato: importantes sectores de la sociedad argentina creyeron a pie juntillas en él, y se alinearon en esto con el gobierno militar. Segundo, el relato y su éxito son expresivos de un componente fuerte de la cultura política argentina (y de los relatos nacionalistas): el **victimismo**.

cassação; 2. jpo; 3. Tornar nulos *direitos* políticos; 7. ***Cassado***; 8. Muy importante durante la dictadura brasileña 1964-1985.

cartonero; 2. jpo y social; 3. Persona que trabaja en la calle recogiendo y

seleccionando papel y cartón para su reventa; 4. *Carroceiro*, catador de papel; 6. Recuperador urbano.

casuísmo; 2. jpo; 3. *Alegação* o medida legal *baseada em* casos concretos *e não em preceitos gerais*; 8. política y palabras.

caudillo; 2. jpo; 3. Especificación del término para referirse a jefes políticos locales o regionales durante las guerras civiles argentinas del siglo XIX; 4. [**Coronel**]; 5. "El caudillo es el sindicato del gaucho" (Jauretche, *Los profetas del odio*); "Sindicato del gaucho fue el nombre que Jauretche aplicó a la **montonera**" (Rodolfo Puiggrós, *El día*, 1975); "He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular [...]. La montonera sólo puede aclararse examinado la organización íntima de la sociedad de donde procede [...]. En Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno" (Sarmiento, *Facundo*); 6. **Montonera** (fuerza irregular en las guerras civiles); 8. **Coronel** y **caudillo** son conceptualmente falsos amigos (v. **coronel)** (cuánto tiene el contraste de rigor histórico y cuánto de mitificación no es asunto para discutir aquí).

causa nacional; 2. jpo; 3. Cuestión, tema, contencioso, presentado por los relatos identitarios nacionalistas como inherente al **interés nacional** (amenazado, en peligro, etc.) y por ende como obligación política de todo argentino; 4. "Las causas Malvinas y río Pilcomayo constituyen para la provincia una causa nacional. Ambas son irrenunciables e imprescriptibles" (*Constitución de Formosa*, art. 8); "Desde la Agrupación Causa Nacional convocamos a participar en la elaboración de un Proyecto de Liberación Nacional que implique el desarrollo de todas las potencialidades argentinas en sus múltiples aspectos. A saber: Industria, Recursos Naturales, Trabajo, Cultura y Educación, Ciencia y Técnica, Defensa Nacional, Comunicaciones e Integración, Comercio y Finanzas. Por el no pago de la Deuda Externa ilegítima, ilegal y fraudulenta. Por la estatización del petróleo, gas y recursos naturales. Por la integridad territorial y marítima. Por la recuperación de las Malvinas. Por condiciones dignas de vida: trabajo, vivienda, educación y salud para el pueblo argentino. *Por una Patria justa, libre, soberana y un gobierno popular solo posible en la unidad de América Latina*. Banderas todas de la Causa Nacional" (Agrupación Causa Nacional, 2007); 8. En última instancia, para los relatos nacionalistas, es inconcebible que el cues-

tionamiento a una causa nacional no suponga la defensa de un interés opuesto al **interés nacional**; complementariamente, las causas nacionales presentan una virtud regenerativa: unifican, fortalecen la nacionalidad, vigorizan las energías nacionales. La **causa Malvinas** es la causa nacional argentina por antonomasia; no obstante, la retórica política de la causa nacional ha estado muy presente en la actualidad, acompañando el desarrollo del conflicto con Uruguay por las "papeleras de Fray Bentos".

***cidadania* regulada**; 2. jpo; 3. "Por *cidadania regulada entendo o conceito de cidadania cujas raízes encontram-se, não em um código de valores políticos, mas em um sistema de estratificação ocupacional, que é definido por norma legal [do governo varguista*]" (Wanderley Guilherme Dos Santos, *Cidadania e justiça*); 8. política y palabras.

cidadão; 2. *gíria* y jpo social; 3. Cara (despreciativo); 4. **coso, cusifai, punto, quía, tipo,** etc.; 5. "*Ei, cidadão, onde você pensa que vai com a bermuda na cabeça*?" – "*O cidadão não tem os seus papeis em regra...*"; 6. ***Lindão***; 8. Δ política y palabras.

cipayo; 2. jpo; 3. Resignificación del término original (soldado indio al servicio de los imperios francés, portugués y especialmente inglés) para connotar despectivamente a quienes se acusa de estar al servicio del imperialismo en su propia patria. No es sinónimo de mercenario, ya que evoca un supuesto compromiso con intereses (foráneos, imperialistas) tanto como, y más aun, una ligazón cultural o mental (colonialismo cultural); 4. [*sipaio*] [**vendido**]; 5. "A Alvear le han otorgado el mejor y más hermoso monumento de Buenos Aires. Parece mentira que esa fantástica escultura ecuestre se haya destinado a semejante cipayo engreído y masón" (*lagaceta.com.ar*, 28-1-2008); 6. nb: **vendido, vendepatria** (mucho menos utilizada); 8. Aunque el término original existe en portugués, no hay un homólogo en la jerga política brasileña. **Cipayo** fue probablemente resignificado por Arturo Jauretche y tuvo un éxito arrollador en distintas expresiones del nacionalismo (antiliberal, peronista, de izquierda, etc.). ¿Por qué desplazó al tradicional **vendepatria**? Sencillamente, porque este término estaba ligado al nacionalismo de derecha; la productividad política de **cipayo** se vincula a la marea ascendente de la izquierda nacional y la reinvención del peronismo posterior a 1955.

civilización y barbarie; 2. jpo; 8. v. apartado ***política y palabras***.

colimba; 2. *gíria* y jpo-cultural; 3. a. Servicio militar obligatorio, conscripción, b. Conscripto; 5. a. "Yo *zafé* de la colimba por *chicato*, pero ¡terminé haciendo el servicio militar en la Juventud Peronista!"; b. "Lo odiábamos a ese sargento; ¡cómo le gustaba hacer *bailar* a los colimbas! Lo llamábamos *sorete negro*, me acuerdo. Y sí, lo nuestro era muy racista. Como se dice ahora, políticamente incorrecto"; 8. Síncopa de las palabras correspondientes a las principales obligaciones de los conscriptos: correr - limpiar - barrer. El Servicio Militar Obligatorio acompaña un largo ciclo histórico de las fuerzas armadas argentinas como institución, desde la reforma Ricchieri (1901) hasta su supresión (caso Carrasco, gobierno de Menem), pasando por la Guerra de las Malvinas.

complexo de vira-lata; 3. *sensação de menos-valia dos brasileiros pela miscigenação tão aguda ocorrida no pais; o termo envolve racismo*; 8. *No século XIX, a miscigenação tinha como interesse o embranquecimento da população brasileira para que se tornasse menos viciosa na degeneração que se acreditava vir da "raça". Com Gilberto Freyre (Casa-grande e senzala), a miscigenação mudou de cara e alguns atribuem a ele a idéia errônea de "democracia racial"*; v. ***miscigenação.***

contrera; 2. *gíria*, y jpo desde los '30 y '50; 3. a. Contreras (RAE), b. Para los peronistas, los opositores en general, durante los gobiernos de Perón (1946-1955); 4. *Do contra*; 5. a. "—Estoy siempre en la contramano: a los argentinos les hablo mal de los argentinos; a los brasileños les hablo bien de los argentinos, que es peor que hablar mal de los brasileños. —Un buen día la vas a *ligar* por contrera, y no vas a saber de dónde te vino la *piña*", b. "No te juntés con ese *chitrulo* que es un contrera. —Pero *papi*, no es ningún *chitrulo*, está estudiando medicina"; 6. nb: **gorila** (v.); 8. La palabra fue resignificada en el ambiente de polarización creciente y asimismo de arrinconamiento de la oposición; en ese marco, los peronistas asumían que las posiciones de todo opositor no respondían más que a una voluntad perversa de llevar la contra.

coronel; 2. jpo; 3. *Chefe político local ou regional*; 4. [**caudillo**]; 8. Coronel alude casi sin mediación a la conversión de poder social y patrimonial en poder político; caudillo alude a activación de masas –mientras que la contracara de **caudillo** es **montonera**, la de **coronel** es ***voto de cabestro***–.

correr por izquierda; 2. jpo; 3. a. Conducta en general oportunista que consiste en procurar descolocar a alguien asumiendo posiciones más a la

izquierda de aquellas que, se supone, sostiene el destinatario de la actitud; b. Criticar desde más a la izquierda posiciones de quien se considera de izquierdas en una discusión; 5. "Néstor Kirchner adoptó una posición en el conflicto con Uruguay en la que quien no conoce su historia podría creer que hay una preocupación sincera por los posibles daños ambientales que conllevaría la instalación de estas papeleras. Hipócrita es la única palabra que se puede pensar al escuchar a Carlos Ruckauf reivindicar la figura de Artigas y correr por izquierda a los uruguayos acusándolos de enterrar la figura del libertador oriental" (*sindicatomercosul.com.br*); 8. v. apartado ***política y palabras***.

cortoplacismo; 2. jpo y social; 3. Alude a un tipo de comportamiento dirigido a la obtención de beneficios inmediatos con escasa o nula preocupación por los efectos perjudiciales de mediano o largo plazo; 8. Hay una forma de cortoplacismo autointeresada pero otra netamente autodestructiva; (v. además **anomia boba**).

crisol de razas; 2. jpo y socio-étnica; 3. Aunque hay una pugna por significar el concepto (que no es de origen doméstico), las partes tienen en común su núcleo: alude a una homogeneización. Los diferentes componentes se funden en el crisol y el resultado es... argentino (sociedad, etnia –*sic*–, raza –*sic*–, etc.); 4. Como homólogo, el vocablo ***miscigenação*** es estrictamente un falso amigo conceptual, porque alude a una mítica autorrepresentación diferente (más allá de la discusión acerca de Brasil como **democracia racial**): la mixtura de tres "etnias" (en verdad decenas de ellas), india, negra y blanca, como raíz étnico-cultural del pueblo brasileño. Durante el siglo XIX, el Estado (en el Imperio así como en la República *ex post* denominada *Velha*) asoció el concepto a un gradual y continuo blanqueo fenotípico. En el siglo XX, esto se revirtió en parte debido a contribuciones como las de Gilberto Freyre y Darcy Ribeiro, y la mítica predominante es diferente (no casualmente, Freyre y Ribeiro son patronos del Día del Mestizo); 5. "Desde siempre se ha dicho que Argentina es un crisol de razas, pero parece que últimamente y cada vez más se está conformando un mosaico de razas, es decir, un conjunto de diferentes razas que tienen relación entre sí pero que no consiguen fundirse en una sola nación, precisamente lo que sucedería si fuera un crisol. Y lo peor es que la mayoría de los argentinos prefieren que sea un mosaico con cada parte bien delimitada y separada de la otra; sé que el término raza no está bien usado, pero quería darme a entender mejor" (Cintia, en *psicofxp.com*); 8. Un rasgo dominante de la cultura política argentina es que propone a la sociedad

una imagen de sí misma más homogénea de lo que realmente es. Una de las nociones del crisol de razas es la argentina "blanca" (la Argentina limitada a los que bajaron de los barcos); la otra sostiene que es importante reconocer que en el crisol se funden asimismo "razas" americanas e incluso extracontinentales no europeas.

democracia racial; 2. jpo; 8. v. ***miscigenação.***

detentar; 2. *gíria* y jpo; 3. Por derivación de la acepción original (RAE: retener y ejercer ilegítimamente algún poder o cargo público; retener lo que manifiestamente no le pertenece): ejercer un cargo; 4. deter. (ng; Aurélio); 5. "Ismail Serageldin no tiene el aspecto que se esperaría de quien detenta el cargo de director de la Biblioteca de Alejandría" (*Clarín*, 25-8-2003).

el que te jedi; 2. *gíria* y jpo desde los '50; 3. Para aludir (irónicamente) a quien no se puede (Juan Perón) o no se quiere mencionar por su nombre; 4. [como *gíria*, tiene una muy limitada proximidad con ***dito-cujo***]; 5. "—Decime Carlitos, ¿no tenés una *fija*? ¡¡No!! Vos no, *pelotudo*, a Carlitos le pregunto, al único que nos queda… ¡¡Carlitos Gardel!! El que nos mira desde la fotografía y nos sonríe; nos sonríe porque a pesar de todo nos perdona, él y el que te jedi" (*redacciónpopular.com*); 7. **donde te jedi**; 8. Integra la triste familia de palabras argentinas prohibidas (1955-1960 aproximadamente: *peronista*, *justicialista*, *Perón*, *Evita*, *marcha peronista*, etc.); en toda América Latina las dictaduras prohibieron de todo (los militares brasileños, por ejemplo, ***cassaram*** selectivamente políticos); pero la prohibición de palabras es una rara especificidad político-cultural argentina, expresiva de la radicalidad de los antagonismos, y de lecturas de la índole de las identidades: establecer por ley lo innombrable supone considerar al peronismo como fenómeno totalitario.

escrache; 2. *gíria* y jpo; 3. Alboroto público, con propósitos de denuncia, ante la residencia o lugar de actividad regular de la persona que se considera merecedora del mismo, y que cuenta con la asistencia de los medios de comunicación; 5. "Ambientalistas de Gualeguaychú se movilizaron ayer hasta Concordia para escrachar por sorpresa al gerente de Desarrollo Forestal de Botnia"; "Los gritos fueron con acento correntino: '¡sinvergüenza, chorro!' Había comenzado un escrache paquete en uno de los mejores restaurantes parisinos. '¡Que se vayan de acá!', pedían los argentinos del piquete gastronómico" ("Escrache a Loustau", *Clarín*); 7. **escra-**

char (también, fotografiar de modo comprometedor a una persona); 8. Práctica inicialmente vinculada a las organizaciones de derechos humanos, luego se extendió a las denuncias por corrupción, a denuncias contra la clase política, y se banalizó progresivamente, deviniendo en un modo de infligir daño moral a cualquiera que, a antojo de los escrachantes, se lo merezca.

estar en la pesada; 2. jpo en especial de los '70 y desde siempre, marginal; 3. Actuar clandestinamente y portando armas, ya sea por razones políticas o delictivas; 5. "—*Bancalo* un poco, el *cumpa* está en la pesada..."; "—Sí, lo *juno* muy bien, estará en la pesada pero que no se me *ponga pesado* porque lo mando a la mierda. Y si va a hacer noche aquí, que deje el *chumbo* en el auto, ¡no quiero que los *pendejos* lo vean *calzado*!".

facho; 2. jpo; 3. Banalización, no meramente apócope, de fascista; puede ser usado despectivamente para fascista, pero tiene un significado más difuso que aproxima a reaccionario, autoritario, retrógrado, etc.; 4. [*direitista*] (derechista); 5. "Blumberg no es *trucho*. Dice enunciar verdades contundentes con la seriedad de los profetas y forma a su alrededor una comunidad de 'gente seria'. Es un facho nacional, un autoritario *cool*, un 'hombre de bien' al que lo sigue la 'gente decente'"(Sofía Tiscornia); "Si a vos te gusta Macri, también sos facho, sabelo"; "—Perdón, ¿no te parece que ese último comentario es, cómo decirlo, un poco facho? La democracia está muy buena, siempre y cuando voten por gente linda como uno" (*labarbarie.com.ar*); 7. **enano fascista**; 8. Del mismo modo que **zurdo**, no dispone de equivalente brasileño. V. apartado sobre "política y palabras".

fisiologismo; 2. jpo; 3. Talante político orientado exclusivamente para *ganhos ou vantagens pessoais*.

garca; 2. Inicialmente jpo; 3. Síncopa por oligarca; 4. [*patrão*]; 5. "—*Nena*, preguntó por vos un *coso* con una *pinta* de garca, dijo que te conoce de los bailes de carnaval en San Lorenzo"; "—No es un garca, *mami*, le gusta *empilchar* bien, es tanguero, ¡un *pingazo*!"; "—Sí, parece que el pingazo encontró su *potranca*...". "Pero ¿qué me vienen a *coger* a mí con la pija muerta? ¡Yo la tengo mucho más grande que vos! A los boludos como vos me los *cojo* de parado. *Cuando vos fuiste, yo ya fui y vine* ¡cuarenta veces! ¿Cómo no querés que los cague, si son unos boludos de mierda? ¡Son todos una *manga* de garcas! ¡Este país está lleno de ladrones! ¿Yo? ¡Argentino!" (*La argentinidad al palo*, Bersuit Vergarabat); 6. **oligarca** (v.); 7. **garcar**

(*vesre* de cagar); 8. Garcar es una combinación muy curiosa: oligarca y cagar: "nada más cagador que un oligarca".

gorila; 2. jpo [curiosa ausencia en la RAE]; 3. Antiperonista; siempre des. Reaccionario (*Diccionario del habla de los argentinos,* DIHA), matón (DIHA); 4. En la jerga política brasileña el término homólogo alude apenas a los militares golpistas de los '60 y fue patentemente recogido de la política argentina; 5. a. "—Preguntar por qué Perón no le dio armas al pueblo en el '55 es una gorilada"; "—¡Yo no soy gorila, compañero! Evita quería organizar milicias populares..."; "—Evita murió el 26 de julio de 1952, *nene*..."; "— Compañero, nada de *nene*..."; "—Si sos compañero, no me vengás con argumentos gorilas. Perón en el '55 evitó una guerra civil, ¡los gorilas sembraron la muerte!"; "—Y los que querían defender el *gobierno popular* con las armas en la mano, ¿eran gorilas?" (discusión política típica de los '70), b. "El director del *cole* es un *gorila* de aquellos, dice que si este año hacemos la vuelta nos expulsa", c. "Había cuatro gorilas en la puerta del Ministerio y cuando me acerqué me miraron con ganas de cagarme a palos"; 7. **gorilada, gorilón**; 8. Los gorilas quedaron esclavos de una forma de oposición de la que jamás pudieron luego escapar; antes del peronismo tenían identidades políticas (diversas); pero al colocarse su relación con el peronismo su identidad cambió: pasaron a ser, muy por encima de cualquier otra cosa, gorilas, es decir, su identidad se definió por oposición (más que por adversatividad), eran por encima de todo antiperonistas. Pasaron a tener una identidad enteramente dependiente del peronismo. En Brasil no hubo "gorilas" en este sentido (el término fue empleado contra el golpismo militar liberal) –así como en economía la relación entre pensamiento económico y populismo fue menos problemática, Brasil no conoció en política la profunda polarización generada por el peronismo y por las reacciones contra él–. En rigor, en la Argentina de hoy tampoco hay gorilas, salvo algún que otro dinosaurio; aunque el regreso a escena de parte importante del viejo vocabulario político en 2008 deba ser examinada.

grilagem; 2. jpo-social; 3. *roubo de terra pública mediante artifícios administrativos*; 5. "*É só conhecer a história do grilagem no Brasil e pensar que Proudhon estava certo: a propriedade privada é um roubo*!"; 7. ***grileiro***; 8. origen del término: papeles en contacto con grillos adquieren una vetustez que los hace parecer auténticos.

gurka, **gurkha**; 2. *gíria* y jpo; 3. Etnia nepalesa, soldados británicos de ese origen, conocidos en la Argentina por la Guerra de las Malvinas; figurati-

vamente, personas que en política o actividades colectivas tienen un comportamiento brutal; 5. "El ruralista Llambías es un equilibrista, apoya el diálogo y frena las embestidas de los gurkas rurales que quieren volver a los *piquetes*" (*Clarín*, 6-7-2008); 8. La mitología malvinera atribuye a los gurkas ferocidad, brutalidad de autómatas, violaciones y degüellos. Los batallones gurkas estuvieron en Malvinas pero no llegaron a combatir.

homem cordial; 2. jpo y socio-cultural; 8. v. apartado "Una perspectiva histórica de largo plazo".

insulamento burocrático; 2. jpo; 3. *Criação de "ilhas" de eficiência burocrática em setores do Estado isolados do clientelismo*; 8. v. apartado **política y palabras.**

laranja; 2. *gíria* y jpo; 3. a. *Simplório*, b. *Agente intermediário em negócios escusos, que permite que a identidade do principal fique oculta*; 4. a. Perejil, b. Testaferro (no es *gíria*).

malvinense; 3. natural de las islas Malvinas; 7. **malvinero** (jpo); 8. [ambas están en RAE como sinónimos] *malvinense* es el gentilicio correspondiente al archipiélago; *malvinero* es adjetivo o sustantivo correspondiente a un adherente a la *causa nacional* de la recuperación del así considerado territorio irredento.

manda-chuva; 2. *gíria* y jpo 3. a. *Aquele que comanda*, b. *Figurão, chefe político;* 4. a. Capo, capito, jefe, b. mandamás, figurón.

mandonismo; 2. jpo; 3. Ejercicio abusivo de la autoridad entendido como un rasgo político cultural de estructuras locales, oligárquicas y personalizadas; 4. **caciquismo.**

marajá; 2. *gíria* [Aurélio] y jpo; 3. a. *Pessoa muito rica*, b. *Pessoa que exerce ou exerceu cargo público, e que recebe salário vultoso* [Aurélio].

melonear; 2. *gíria* y jpo; 3. Influir, persuadir a una persona, para que actúe de un modo no necesariamente conveniente para él pero favorable a quien lo melonea; 4. *Fazer a cabeça*; 5. "A ese *perejil* lo melonearon los del Movimiento Todos por la Patria, de veras se creyó que la derecha estaba por hacer un golpe contra Alfonsín"; 6. Hacer(le) la cabeza.

milagre econômico; 2. jpo; 3. *Crescimento econômico brasileiro impulsado pela política econômica do regime militar, com apogeu em 1972 e 1973.*

milícia; 2. jpo-social (rRJ); 3. *Organizações armadas mafiosas que agem nas favelas do Rio de Janeiro, expulsando os traficantes de drogas e estabelecendo um control territorial de fato, integradas por policiais militares, ativos ou aposentados, e civis.*

miscigenação; Sérgio Buarque de Holanda ofrece hipótesis sobre un fenómeno bien descripto por Freyre. Holanda habla de la ausencia de orgullo de raza de los portugueses, lo que permitía que se mezclasen con los indígenas y los negros con más facilidad que otros pueblos. Junto a ello, la plasticidad, la posibilidad de adaptarse a otro clima y a otro tipo de vida. Surge de ello la idea de que en Brasil la mixtura étnica fue mayor que en otros países. Aunque algunos autores calificaron las ideas de Gilberto Freyre como "democracia racial", lo último que se le habría ocurrido a Freyre es una noción de democracia entre las razas. Al contrario, expone la relación viciosa entre el blanco en su condición de señor y el negro esclavizado. En el prefacio a la edición de 2003 del clásico *Casa-grande & Senzala*, Fernando Henrique Cardoso escribe que "por detrás de las descripciones, a veces novelescas o distorsionadas, hay mucha investigación" en esa obra. De hecho, algunas de las ideas presentadas surgen antes, con el libro de Paulo Prado (1869-1933); pero este autor efectúa un retrato triste, y moralizante, de las tierras tropicales. Gilberto Freyre afirma que lo que los pequeñuelos de la casa-grande hacían se debía a la situación social que la esclavitud propiciaba. En el período de indiferenciación sexual, el *garoto* tenía la oportunidad de hacer todo aquello que le apeteciese. Hecho que inducía a la bestialidad y al sadismo. El sadismo que, para muchos autores, tomó cuerpo tan vehementemente en Brasil, es resultado especialmente de esta oportunidad. Del lado femenino, el sadismo no surgía en el acto sexual, sino que provenía del odio ante la "infidelidad" femenina. Si esto puede ser llamado de "democracia racial", tal vez a los demócratas les gustaría cambiar de apelativo. Con todo, la mixtura, a pesar de haberse tornado el símbolo de la brasileñidad, no es considerada por completo beneficiosa en todas las esferas psíquicas. El racismo, considerado crimen, pero mucho más fácil de ser asumido abiertamente en otros países, surge en Brasil de forma vergonzante. Brasil no es menos racista que la Argentina, pero se avergüenza más de su propio racismo. Tal vez justamente por no ser muy lisonjero criticar algo que, seguramente, hace también parte de la propia composición de parentesco. De este modo,

es curioso observar cómo se asusta el brasileño cuando alguien dice: *"você está vendo aquele negro ali?"*, escuchando la frase como una ofensa. El brasileño, al contrario, prefiere llamar *"moreninho"* al más oscuro de los negros o, peor aun, "mulato". Se trata de la insostenible necesidad brasileña de ser políticamente correcto. En este caso, lo políticamente correcto revela exactamente aquello que lo correcto tiene de menos loable. O sea, "negro" es una ofensa en el país que se dijo un día que existía "democracia racial", término conferido a un autor, Freyre, que justamente expuso la falta de democracia racial.

montonera; 2. jpo; 3. (v. caudillo); 5. "El caudillismo y las montoneras representaron la ambición de construir una sociedad sobre bases populares, en oposición al despotismo que destilaba el modelo liberal [...]. Se ubican en el contexto de la lucha de clases ligada a la cuestión nacional" (Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, *Facundo y la montonera*); "¡Montoneros, montoneros, son soldados de Perón, los *gorilas* tienen miedo, tienen miedo al paredón!" (consigna de los '70); 7. **montoneros, montos**; 8. El interés especial de la palabra deriva de su vitalidad a lo largo del tiempo. Primero se refiere a la historia del siglo XIX (v. **caudillo**); luego es resignificada por el **revisionismo histórico**, según el cual las montoneras pasaron a ser la encarnación del pueblo como sujeto político o parte activa de la lucha de clases. Luego está la consagración del término como nombre de la organización guerrillera peronista más importante; por fin, regresa en el contexto del así llamado **setentismo** a principios del siglo XXI.

movimiento; 2. jpo; 3. Resignificación del concepto (RAE: desarrollo y propagación de una tendencia religiosa, política, social, estética, de carácter innovador); 4. [*movimento*]; 5. "El peronismo no es un partido, es un movimiento. La UCR y el Partido Peronista nacieron como alternativas nacionalistas, frente a la clase conservadora-liberal dominante. Y ambos se convirtieron en lo que enfrentaban. No porque sean 'partidos' o 'movimientos', sino porque nacen como partidos de masas, y por eso hacen cualquier cosa por alcanzar el poder" (diálogo entre cordobés suculento y el meduso en *elforro.com*); 7. **movimientista**, **movimiento nacional/nacional y popular**; 8. Exponente importantísimo de la jerga política argentina, tiene un significado muy distinto en la brasileña (en la que, o bien es puramente partidaria, como en PMDB, o bien hace referencia a los "*movimentos sociais*"). El concepto dominante de movimiento (político y social) presenta dos aspectos centrales: forzosamente excluyente, porque se autopostula como totalidad legítima, de la nación y/o el pueblo (diferente a los

sentidos brasileños) y es una forma "no representativa" de representación: expresa/encarna directamente a los referentes sociales o políticos, no se trata de una mediación o de una relación agente-principal; de modo tal que cancela a los "representados" como tales. Aunque es común identificar el "movimientismo" argentino con el peronismo, la concepción movimientista de la política es muy anterior a este. [Interesante: Leis y Viola, *Sistema internacional y democracias de mercado en Brasil y Argentina*, 2007.]

nacional y popular; 2. jpo de los '70 y, bastante, también de la actualidad; 3. Generoso modo nacionalista y/o populista de autocalificación que puede emplear el sujeto político que lo desee, aunque considerando que solamente él tiene el derecho de hacerlo (por implícita o explícita contraposición al resto de los sujetos en juego, que no serían nacionales ni populares); 5. "A defender al gobierno nacional y popular. No a la extorsión de la Sociedad Rural. Por la distribución de la riqueza. Sí a las retenciones. ¡Fuerza Cristina!" (Agrupación La Cámpora, julio de 2008); 7. Cultura nacional y popular, gobierno nacional y popular, universidad nacional y popular; 8. v. apartado ***política y palabras***

negra, **negro**; 2. gíria y jpo; 3. Es un término ómnibus de muchos significados coloquiales, entre ellos algunos con carga semántica sumamente diferentes: a. Como voz de cariño entre casados, novios o personas que se quieren bien (RAE), b. Des., y/o estigmatizante, racial, social, política o culturalmente, de pésimo gusto; 4. a. *Nego, nega*, b. *Nego, preto*; 5. "Venite a casa *prontito*, negro, que *estoy regalada*"; "En la intimidad, Perón llamaba Negrita a Eva", b. "Ese negro de mierda me volvió a mirar torcido"; "¿Vos te creés que por un *polvo* que te echaste con esa negrita mis hijos van a tener que compartir su patrimonio? ¡Sabés muy bien lo que tenés que hacer!"; "El Groncho Peronista Kirchnerista sufre la dualidad de decirse pero no sentirse peronista. Daría parte de su vida porque Perón lo hubiera echado de la Plaza y, a la vez, que eso nunca hubiera ocurrido. En el '76 era chico, pero hoy cuenta cómo *zafó* de los milicos. A la universidad iba a *levantarse minas* aunque por sus dichos parece que vivió la liberación de Argel" ("Todos gronchos. Argentina, crisol de grasas", *todosgronchos.blogspot*); 6. **groncho** (úsase, del mismo modo que **negro**, también para calificar despreciativamente a los peronistas); 7. **negrada**; 8. Tanto en castellano como en portugués la palabra tiene su carga, como se ve en expresiones del tipo "no somos negros", "trabajar como un negro". Pero la diferencia más interesante es que, como en otros casos, la palabra presenta un plus político en argentino (como invectiva, racista o gorila, *contra los peronistas*).

oligarquía; 2. jpo; 3. Especificación/resignificación del concepto clásico; 4. "Nuestra consigna debe ser servir al pueblo y no a nuestro egoísmo y ambición porque a eso yo lo llamo tener espíritu oligarca [...]. Le tengo más miedo a la oligarquía que puede estar dentro nuestro que a la que derrotamos el 17 de Octubre [...]. Esos que se llamaban dirigentes del pueblo, los socialistas y los comunistas, se aliaron con la más cruda y rancia oligarquía nacional e internacional para vender la Patria" (Eva Perón, *Historia del Peronismo*); "¡Y llora, llora, la puta oligarquía, porque se viene la tercera tiranía!" (consigna de la Juventud Peronista en 1973); "Odio visceralmente a la puta oligarquía, que no tendría problemas en matarnos como ya lo hicieron tantas veces en este país", aseguró Luis D'Elía, titular de la Federación Tierra y Vivienda (*Clarín*, 28-3-2008); 6. **régimen, régimen falaz y descreído, sinarquía internacional**; 7. **oligarca, garca**; 8. Los significados brasileños del término son dos: 1. Oligarquías locales (estaduales) y 2. (concepto más académico) Oligarquías políticas (políticos que se perpetúan en sus cargos y controlan el acceso oligopólicamente). El término argentino alude en cambio a un grupo fantasmático con supuesta capacidad de perpetuarse en la historia argentina, renovarse y sucederse generacionalmente, y transmutar según las necesidades de los tiempos (v.gr., los cambios en la economía internacional), de modo tal de mantener siempre el control y defender sus intereses antipopulares.

orçamento participativo; 2. jpo; 4. Presupuesto participativo.

***o senhor/você sabe com quem está falando*?**; 2. jpo-sociocultural; 3. *Expressão bastante autoritária e com intuito intimidativo, que requisita que o ouvinte reconheça os privilégios de que uma pessoa como o interlocutor deve desfrutar pelo status que possui*; 5. "*Acho que o senhor está furando fila... —Você sabe com quem está falando?*"; 8. v. apartado "Una perspectiva histórica de largo plazo".

país do futuro; 2. jpo; 3. *Expressão proveniente do livro de Stefan Zweig, resignificada zombeteiramente para denotar a suposta impossibilidade de superar as mazelas que afetam à sociedade brasileira*; 7. "*Brasil, eterno país do futuro*"; 8. Ironiza también un supuesto desinterés de Brasil por su pasado.

patota; 2. *gíria* (falso amigo, porque el término tiene significados sumamente diferentes en cada país) y jpo; 3. a. Grupo habitualmente integrado por jóvenes, que suele darse a provocaciones, desmanes y abusos en lugares públicos (RAE), b. Grupo informal dentro de organizaciones (políticas,

sindicales, empresariales, etc.) cuyo recurso es la fuerza o la amenaza (*apriete*), c. "Grupo de tareas" represivas durante el terrorismo de Estado (1976-1981); 5. a. "Patotero, ¡rey del bailongo!, patotero, sentimental..." (*Patotero*, tango), b. "Yo soy el ala intelectual de la patota" (diputado justicialista José Luis Manzano, 1983), c. "Lo recuerdo no sólo referido a la sindical, también aplicada a los grupos operativos de los *chupaderos*"; 7. **en patota, patotear, patotero**.

patria; 2. jpo y patriarca; 3. Resignificación facciosa del término originario; 5. "¡Perón, Evita, la patria peronista!"; "¡Perón, Evita, la patria socialista!". "Pagados por la burocracia, pagados por la patria metalúrgica, persiguen el objetivo que aquí haya una derrota" (Agustín Tosco a obreros de Villa Constitución, 1973); "La UOM no es cualquier gremio para la política argentina [...]. No fue de un día para el otro que se pasó de hablar de la patria metalúrgica –figura que simbolizaba el poder de la UOM en los '70– al quebranto actual: el sindicato declaró un pasivo de 10,2 millones de dólares (por deudas con empleados y colaboradores), y la obra social, de 150 millones de pesos" (*Clarín*, 30-12-2002); 7. **patria peronista, patria socialista, patria sindical, patria metalúrgica, patria contratista, patria petrolera, patria financiera, etc.**; 8. Para sostener una hipótesis sobre el carácter faccioso de la política argentina este patriarca es una verdadera cantera. La resignificación tuvo dos momentos. El primero es el momento nacionalista: solo habrá patria cuando nuestra idea de la patria sea la idea de todos. El segundo es una consecuencia inevitable de este impulso **unanimista**: las reacciones defensivas y la identificación corporativa, así como el uso de los términos en retóricas invectivas, para denunciar supuestas o reales colusiones de intereses.

paz e amor; 2. jpo; 3. *Linha cor-de-rosa do Partido dos Trabalhadores (PT); "Nas eleições de 1989, o Lula falava que não ia pagar a dívida externa e ponto. Agora ele pensa na ALCA... A linha paz e amor do presidente hippie tá meio estranha com a lei seca. Ele deveria era legalizar a maconha, então*!"; 7. ***Lulinha paz e amor***.

pelego; 2. jpo; 3. des. para sindicalista burocratizado o cooptado por el Estado; 4. **burócrata sindical** [nb: **carnero**]; 7. *Peleguismo*, *sindicalismo pelego*; 8. *Os sindicatos pelegos nunca entravam em conflitos, e eram atraentes pelos benefícios seletivos que concediam.*

picareta; 2. *gíria* e jpo; 3. a. *Quem finge, sem contrangimento, qualidades profissionais que não tem*; b. *Quem exerce intermediação clientelista mediante*

expedientes ou embustes para distribuir favores e beneficiar-se deles; 4. [nb: chanta] [nb: politiquero].

piquetero; 2. jpo y social; 3. Grupos de trabajadores desempleados que interrumpen la circulación pública con el propósito de sensibilizar la opinión social y política; 7. **piquete, neopiquetero**.

sicobolche; 2. jps y jpo; 3. Pequeño burgués que combina en sus convicciones marxismo y psicoanálisis; 5. "Me gustaba ir [al bar] La Paz *de levante*. ¡Estaba lleno de sicobolches!".

tirano prófugo; 2. jpo; 3. Denominación apelativa impuesta durante la Revolución Libertadora a Juan Perón; 5. "Debo recordarles que la excomunión del tirano prófugo por parte de la Iglesia Católica está vigente" (cardenal Antonio Caggiano, marzo de 1962); 7. **segunda tiranía**; 8. Perón era legalmente innombrable, y en el régimen antiperonista, sujeto a su propia interdicción, era el modo más frecuente de referirse a él (los antiperonistas recalcitrantes se condenaban a sí mismos al ridículo); el propósito era conferir la mayor carga de abyección e infamia posibles a alguien que debía ser literalmente borrado de la política contemporánea, remitido a la historia de las **tiranías** argentinas.

tragar sapos; 2. *gíria* y jpo; 3. a. Resignarse a engullir algo muy desagradable pero indispensable para obtener cierto resultado, b. Soportar aquello que se considera ética o políticamente objetable pero que se entiende como un precio inevitable para los fines que se persiguen; 4. *Engolir, engolir sapo, engolir a seco*, nb: ***levar desaforo para casa***; 5. "Los compañeros que fundaron el Frente Grande en 1989 se habían cansado de tragar sapos y comer vidrio en el Partido Justicialista"; 6. nb: **comer vidrio**, **morfarse un garrón**.

vazar; 2. *gíria* y jpo-mediática; 3. a. Ir-se, b. *Deixar escapar uma informação confidencial*; 4. a. Borrarse, picárselas, rajarse, tomárselas, olivarse, tomarse el olivo, tomarse las de Villadiego, poner pies en polvorosa, hacer mutis por el foro, ahuecar (se usa poco), tomarse el buque, etc.; b. Filtrar(se); 5. a. "*Estou vazando, pessoal. Até mais*!", b. "*Vazou toda a história sobre [...] agora, um mês antes das eleições! Estamos fritos*!"; 6. *Mandar-se, picar a mula;* nb: *cair fora.*

voto de cabestro; 2. jpo; 3. *Prática típica da República Velha, quando os* ***coroneis*** *organizavam a votação coactiva dos camponeses ou trabalhadores que deles dependiam*.

xiita; 2. jpo; 3. Integrante del ala más radical del PT, o exintegrante incorporado a otras organizaciones que *corren* al PT *por la izquierda*.

zurdo; 2. *gíria* y jpo [curiosa ausencia en RAE y DIHA]; 3. Políticamente de izquierda (en general des.); 4. [trosko]; 5. "Un zurdo a la violeta, andaluz, en Madrid, fanático del cante jondo. Le gustaba el tango, ¡pero me decía que el de Pugliese era música proletaria y el de Piazzolla era música burguesa! Me *llenó tanto las bolas* que le dije que la orquesta de Troilo era *peruca*, Mariano Mores *radicheta* y el Tata Cedrón *sicobolche*; ¡el *tipo* no salía de la lucha de clases!"; "Entonces, Mirta Legrand no podría haber dicho en Brasil 'se viene el zurdaje'"; "Sí, estos dos dicen que son peronistas, pero tienen una cara de bolches que *mamita mía*...; "—Señor, no insulte"; "—No le digas señor, *pelotudo*, ¡decí compañero!"; 6. nb: **bolche**; 7. **la zurda, zurdo a la violeta, zurdaje**; 8. Del mismo modo que en el caso de **facho**, la jerga política brasileña carece de la *gíria* análoga.

Bibliografía

Abraham, Tomás (s.f.): *Lecturas de Halperin Donghi*, Buenos Aires, mímeo.

Abranches (1988): "Presidencialismo de coalizão: o dilema institucional brasileiro", en *Revista de Ciências Sociais*, Río de Janeiro, vol. 31, núm. 1.

Aguinis, Marcos (2007): *El atroz encanto de ser argentinos*, Buenos Aires, Emecé.

Almeida, Alberto (2007): *A cabeça do brasileiro*, Río de Janeiro, Récord.

Almeida, Hamilton (2005): *Sob os olhos de Perón. O Brasil e as relações com a Argentina*, Río de Janeiro, Récord

Altamirano, Carlos (1999): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé.

Anderson, Benedict (2008): *Comunidades imaginadas. Reflexões sobre a origem e a difusão do nacionalismo*, San Pablo, Companhia das Letras.

Armijo, Leslie Elliot, Faucher, Philippe, y Dembinska, Magdalena (2006): *Compared to What? Assessing Brazil's Political Institutions; Comparative Politica Studies*, vol. 36, núm. 9.

Benzaquen de Araújo, Ricardo (1994): *Casa-Grande & Senzala e a obra de Gilberto Freyre nos anos 30*, Río de Janeiro, editora 34,

Bonvecchi, Alejandro (2013): *Presidencia fuerte y presidentes débiles*, Buenos Aires, UTDT.

Buarque de Holanda, Sergio (1995): *Raízes do Brasil*, San Pablo, Companhia das Letras.

Cardoso, Fernando Henrique: "Um livro perene (presentación de *Casa Grande & Senzala* de Gilberto Freyre)", en: Freyre, Gilberto (2007).

Cavarozzi, Marcelo (1996): *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens.

Cervo, Amado, y Clodoaldo Bueno (2008): *História da Política Exterior do Brasil*, Brasilia, UnB,

Cheresky, Isidoro (2010): "Representación institucional y autorrepresentación ciudadana en la Argentina democrática", en *Ciudadanos y política en los albores del siglo XXI*, Buenos Aires, Manantial.

Chiaramonte, José Carlos (1998): *Ciudades, provincias, estados. Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel Historia.

Couto, Cláudio Gonçalves (2010): "Constitución, gobierno y democracia en Brasil", en *Ciudadanos y política en los albores del siglo XXI*, Buenos Aires, Manantial.

D'Araujo, Maria Celina (2009): *A elite dirigente do governo Lula*, Río de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas, CPDOC.

da Cunha, Euclides (1981): *Os Sertões. Campanha de Canudos*, Brasilia, Francisco Alves.

DaMatta, Roberto (2001): *O que faz o Brasil, Brasil*?, Río de Janeiro, Rocco.

DaMatta, Roberto (1978): *Carnavais, Maladros e Heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*, Río de Janeiro, Zahar Editores.

Decca, Edgar Salvadori de (2002): *Cidadão, mostre-me a identidade!* Cad. CEDES, vol. 22, núm. 58.

de Ípola, Emilio, y Portantiero, Juan Carlos (1986): *Ensayos sobre la construcción de un orden*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Delamata, Gabriela (2003): *De los "estallidos" provinciales a la generalización de las protestas en Argentina*, Nueva Sociedad, Buenos Aires, núm. 182.

De Riz, Liliana (1986): "Política y *partidos*. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, *Chile*, *Brasil*, Uruguay", en *Desarrollo Económico*, vol. XXV, núm. 100.

Doratioto, Francisco (2002): *Maldita guerra. Nova história da Guerra do Paraguay*, San Pablo, Companhia das Letras.

dos Santos, Wanderley Guilherme (1979): *Cidadania e Justiça*: *a política social na ordem brasileira*, Río de Janeiro, Ed Campos.

Echeverría, Esteban: *El matadero*, varias ediciones.

Elias, Norbert (1999): *Los alemanes*, México, Instituto José María Luis Mora.

Escalante Gonzalbo, Fernando (1995): *El principito, o al político del porvenir*, México, Cal y arena.

Faoro, Raimundo (1998): *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, San Pablo, Globo.

Fausto, Boris (1994): *História do Brasil*, San Pablo, Edusp.

Fausto, Boris, y Devoto, Fernando (2004): *Brasil e Argentina. Um ensaio de história comparada (1850-2002)*, San Pablo, Editora 34.

Fernandes, Florestan (2007): *O negro no mundo dos blancos*, San Pablo, Global Editoral.

Ferrer, Christian (2011): "El país del Ave Fénix. Un comentario sobre el devenir histórico de los argentinos para no argentinos", en *Nueva Sociedad*, núm. 233.

Freyre, Gilberto (2007): *Casa grande & senzala. Formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal*, San Pablo, Global Editoral.

Frigerio, Alejandro y Ribeiro, Gustavo Lins (2002): *Argentinos e brasileiros: encontros, imagens e estereotipos*, Petrópolis, Vozes.

Furtado, Celso (2000): *Formação Econômica do Brasil*, San Pablo, Companhia Editoral Nacional.

García Fanlo, José Luis (2007): *Sociología de la argentinidad*; Carrera de Sociología, Universidad de Buenos Aires.

Gendler, Daniel (2007): *Gatica y el ciclo del peronismo*, Buenos Aires, Cuadernos de argentinidad,.

Grimson, Alejandro (compilador) (2007): *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.

Grün, Roberto (s/f): *O "Capitalismo de Compadres"*, Río de Janeiro, Plataforma Democrática.

Halperin Donghi, Tulio (1997): *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Helal, Ronaldo (2007): "'Jogo bonito' y fútbol criollo: la relación futbolística Brasil-Argentina en los medios de comunicación", en Grimson (2007).

Hernández, José: *El gaucho Martín Fierro*, varias ediciones.
Kamel, Ali (2006): *Não somos racistas. Uma reação aos que querem nos transformar numa nação bicolor*, Río de Janeiro, Editora Nova Fronteira.
Katz, Sebastián (2012): *Sesgos distributivos*, Buenos Aires, mímeo.
Lafer, Celso (2002): *La identidad internacional de Brasil*, México, Fondo de Cultura Económica.
Lazzarini, Sergio (2011): *Capitalismo de laços*, Río de Janeiro/San Pablo, Campus.
Leis, Héctor y Viola, Eduardo (2007): *Sistema Internacional com Hegemonia das Democracias de Mercado. Desafios de Brasil e Argentina*, Florianópolis, Editora Insular.
— (2003): *Húbris é o fio que tece a tragédia da Argentina*, mímeo.
Leite da Silva, María Odila (2005): *A interiorização da Metrópole e outros estudos*, San Pablo, Alameda.
Loureiro, Maria Rita, Abrucio, Fernando, Pacheco, Regina Silvia (2010): *Burocracia e política no Brasil. Desafios para o estado democrático no século XXI*, Río de Janeiro, FGV.
Lucca, Juan (2012): *Partidos e identidades en las democracias argentina y brasileña*, tesis doctoral, FLACSO, Buenos Aires.
Machado de Assis [1881] 1995: *Memórias póstumas de Brás Cubas*, San Pablo, Biblioteca Folha.
— [1899] 1963: *Quincas Borba*, San Pablo, Cultrix.
Manin, Bernard (1998): *Los principios del gobierno representativo*, Madrid, Alianza.
Mann, Michael (1997): *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza.
Martínez Estrada, Ezequiel (2001 [1942]): *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Losada.
Mello e Silva, Alexandra de (1998): "Idéias e política externa: a atuação brasileira na Liga das Nações e na ONU", en *Revista Brasileira de Política Internacional*, núm. 41.
Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano*, varias ediciones.
Murilo de Carvalho, José (2007): *D. Pedro II. Ser ou não ser*, San Pablo, Companhia das Letras.
Negretto, Gabriel L. (2001): "Negociando los poderes del presidente: reforma y cambio constitucional en la Argentina", *Desarrollo Económico,* vol. 41, núm. 163, octubre-diciembre.
Neiburg, Federico, y Plotkin, Mariano (2004): *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
Nino, Carlos (2005): *Un país al margen de la ley*, Buenos Aires, Ariel.
Nobre, Marcos (2013): *Imobilismo em movimento. Da abertura democrática ao governo Dilma*, San Pablo, Companhia das Letras.
Novaro, Marcos (2011): *Historia de la Argentina 1955-2010*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Nunes, Edson (2003): *A gramática política do Brasil. Clientelismo, corporativismo e insulamento burocrático*, Río de Janeiro, Garamond.
O'Donnell, Guillermo (1985): *¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Estudios Cedes,.
— (1984): *Estado y alianzas en Argentina*, Buenos Aires, Estudios Cedes.
Oliveira, Chico de (2003): *Crítica a razão dualista. O ornitorrinco*, San Pablo, Boitempo Editorial.
Oliveira Rufino, Renata: "Telenovelas e identidad nacional. Un estudio comparativo entre Brasil y Argentina", en Grimson (2007).
Ortiz, Renato (1985): *Cultura brasileira e identidade nacional*, San Pablo, Editora Brasiliense.

Oszlak, Oscar (1986): *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
Palermo, Vicente (2013): "Un *vira-lata* sin complejos. Brasil frente al siglo XXI. Explorador", en *Le monde diplomatique*, Buenos Aires.
— (2007a): *Del otro lado del río. Uruguayos y argentinos entre el ambientalismo y la política*, compilación, Buenos Aires, Edhasa.
— (2007b): *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Sudamericana.
— (1998): "Os caminhos da reforma na Argentina e no Brasil", en *Lua Nova*, *Revista de Cultura e Política*, San Pablo, Cedec.
Palermo, Vicente, y Melamed de Menezes, Thiago (2012): "Lulismo, gobierno de Lula y transformaciones de la sociedad brasileña: los términos del debate interpretativo", en *Temas y Debates*, núm. 23.
Palermo, Vicente, y Novaro, Marcos (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Norma.
Paradiso, José (1993): *Debates y trayectoria de la política exterior Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
Persello, Ana Virginia (2013): "Administración pública y partido gobernante", en Plotkin y Zimmermann (2013).
Plotkin, Mariano, y Zimmermann, Eduardo (2013): *Los saberes del Estado*, Buenos Aires, Edhasa.
Pousadela, Inés: "Las políticas públicas y las matrices nacionales de cultura política", en Grimson (2007).
Quiroga, Hugo (2010): *La república desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires, Edhasa.
Reis, Fabio Wanderley (2000): *Mercado e utopia. Sociedade brasileira*, San Pablo, Edusp.
Ribeiro, Darcy (1995): *O povo brasileiro. A formação e o sentido de Brasil*, San Pablo, Companhia das Letras.
Ribeiro, Gustavo Lins (2004): "Tropicalismo y europeísmo. Modos de representar a Brasil y Argentina", en *La antropología brasileña contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo libros.
Ricci, Rudá (2013): "A introdução do ensaio sobre o fordismo lulista", en <http://rudaricci.blogspot.com.ar/2013/01/a-introducao-do-ensaio-sobre-o-fordismo.html>.
Ricupero, Bernardo (2008): *Sete lições sobre as interpretações do Brasil*, San Pablo, Alameda.
Rosanvallon, Pierre (2007): *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial.
Russel, Roberto, y Tokatlian, Juan Gabriel (2003): *El lugar de Brasil en la política exterior argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
Saraiva, Miriam (2012): *Encontros e Desencontros. O lugar da Argentina na política externa brasileira*, Belo Horizonte, Fino Traço.
Sarlo, Beatriz (2010): "Con Kirchner no se puede acordar ni un picnic", entrevista para *La Nación*, Buenos Aires, 19 de abril.
— (2009): *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (2005): *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Sarmiento, Domingo Faustino: *Facundo. Civilización y barbarie*, varias ediciones.
Scalabrini Ortiz, Raúl: *El hombre que está solo y espera*, varias ediciones.

Schwarz, Roberto (1998): *Machado de Assis. Uma revisão*, Río de Janeiro, In-Fólio.
Segato, Rita (2007): *La nación y sus otros*, Buenos Aires, Prometeo.
Seixas Corrêa, Luis Felipe (2000), "Diplomacia e História: Política externa e identidade nacional brasileira", *Política Externa*, vol. 9, núm. 1.
Semán, Pablo, y Merenson, Silvina: "¿Cómo se dividen los brasileños? Construcción de mapas sociales en Brasil y Argentina", en Grimson (2007).
Serrafero, Mario (1995): *Primacía de las instituciones*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.
Shumway, Nicolas (2011): *Historia personal de una pasión argentina*, Buenos Aires, Emecé.
Sigal, Silvia (2006): *La plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Skidmore, Thomas (1989): *Preto no branco. Raça e nacionalidade no pensamento brasileiro*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
Sikkink, Kathryn (2009): *El proyecto desarrollista en la Argentina y Brasil: Frondizi y Kubitschek*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Smulovitz, Catalina (2013): "Acceso a la Justicia. Ampliación de derechos y desigualdad en la protección", en revista *SAAP*, Buenos Aires, noviembre.
Souza, Amaury de y Lamounier, Bolívar (2010): *A classe média brasileira. Ambições, valores e projetos de sociedade*, Río de Janeiro, Elsevier.
Souza Martins, José de (2003): "A reforma agrária no segundo mandato de Fernando Henrique Cardoso", en *Tempo social. Revista de Sociologia da USP*, San Pablo, vol. 15, núm. 2, noviembre.
Sovik, Liv (2009): *Aqui ninguém é branco*, Río de Janeiro, Aeroplano.
Terán, Oscar (2007): *Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
Torrado, Susana (1992): *Estructura social de la Argentina (1945-1983)*, Buenos Aires, Ediciones de la flor.
Vargas Llosa, Mario (1999): "En el carnaval de Río de Janeiro", en *El País*, Madrid.
—: *La guerra del fin del mundo*, varias ediciones.
Venturelli, Claudia (1999): "Chacho–Sarmiento", en *Revista de Argentinidad*, Buenos Aires.
Weffort, Francisco (1989): *O populismo na política brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
Wentzel, Marlene (2009): "Una aproximación a la antropofagia cultural", en <www.antropologiadelcuerpo.com>.
Winand, Érica (2010): *Diplomacia e defensa na gestão Fernando Henrique Cardoso (1995-2002)*, Universidade de Franca.
Zanatta, Loris (2011): *Eva Perón. Una biografía política*, Buenos Aires, Sudamericana.
Zweig, Stefan (2006): *Brasil, um país do futuro*, Porto Alegre, L&PM Pocket.
— (2001): *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado.

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2015 en Altuna Impresores SRL
Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

